

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTA PASTORAL

- En la misión "¿Qué quieres que haga por ti?" 1043

CARTAS

- Con conciencia de enviados 1083
- Sabiduría de vida que alcanza el corazón 1086
- No podemos quedar al margen 1089
- Visitemos al preso, acogamos al forastero 1092

HOMILÍAS

- Vigilia de oración de jóvenes 1095
- Misa de inicio de curso de la curia 1101
- Misa de la fiesta de la Real Esclavitud de la Almudena 1107
- Misa de inicio del año judicial 1112
- Misa inaugural de "Paz sin Fronteras" 1115
- Palabras del cardenal Osoro en la clausura de "Paz sin Fronteras" 1120
- Misa en la festividad de Nuestra Señora de la Merced en la cárcel de Soto del Real 1123
- Misa de envío de profesores 1129

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1134
- Defunciones 1139
- Asociaciones y Fundaciones Canónicas 1140
- Actividades Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid. Septiembre 2019 1141

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Carta Pastoral "Es Cristo en vosotros la esperanza de la gloria. Al servicio de la misión" 1147

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Actividades Sr. Obispo. Septiembre 2019 1187
- Nombramientos 1192
- Incardinaciones 1195
- Excardinaciones 1196
- Defunciones 1197

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Decretos 1199

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1204

Conferencia Episcopal Española

- Fallece el obispo de Zamora 1207

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVII - Núm. 2926 - D. Legal: M-5697-1958

- "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo" (Sal 42,3). Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana 1209
- Monseñor Ayuso y Monseñor López Romero, nuevos cardenales españoles 1232
- José Francisco Matías, administrador diocesano de Zamora 1235

Iglesia Universal

- Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por el cuidado de la creación 1237
- Carta apostólica en forma de "Motu Proprio" Aperuit Illis con la que se instituye el domingo de la Palabra de Dios 1241
- Jornada Mundial del migrante y del refugiado 1253

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A MOZAMBIQUE, MADAGASCAR Y MAURICIO

- Saludo del Santo Padre a los periodistas durante el vuelo a Maputo 1259
- Encuentro con los obispos, sacerdotes, religiosos/as, consagrados, seminaristas y animadores 1261
- Encuentro interreligioso con los jóvenes 1268
- Santa Misa por el progreso de los pueblos 1275
- Encuentro con los obispos de Madagascar 1280
- Vigilia con los jóvenes 1288
- Santa Misa. Campo diocesano de Soamandrakizay, Antananarivo 1293
- Santa Misa. Monumento de María, Reina de la Paz, Port Louis 1297
- Conferencia de prensa durante el vuelo de vuelta 1302

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTA PASTORAL

EN LA MISIÓN:
«¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?»

Introducción

En estos cuatro últimos años hemos realizado un camino largo en nuestra archidiócesis de Madrid. Ha venido marcado fundamentalmente por *procesos*, aun que hemos vivido también algún *evento* que nos ha ayudado a profundizar en ellos. Ha sido un camino marcado por la necesidad de abrir a todos los hombres a la alegría que nace de la fe, la esperanza y el amor, fruto del encuentro con Jesucristo que engendra en el corazón de todos esa pasión por darlo a conocer. Creemos que Él es la Vida, el Camino, la Verdad, y la Salvación para toda la humanidad. Y con este convencimiento asumimos y queremos vivir con todas las consecuencias las palabras del Papa Francisco: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo, siempre nace y renace la alegría. Me parece tan importante que a todos los fieles cristianos los quiero invitar a una nueva etapa evangelizadora, marcada por esa alegría, indicando, así, caminos para la marcha de la Iglesia, en los próximos años»¹.

¹ EG 1.

El Papa Francisco nos recuerda que «también los creyentes corren el riesgo [...] Y muchos caen en él, y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida»². Precisamente para no caer simplemente en la queja, hemos estado tres años realizando el Plan Diocesano de Evangelización, el PDE como lo hemos venido llamando, que lo que pretendía era que los propios cristianos, a través de grupos de reflexión y trabajo y con el método de la *lectio divina*³, fuesen descubriendo *entre todos, con todos y para todos* los retos que consideraban más urgentes que acometer en la misión de la Iglesia diocesana en estos momentos. Quiero manifestar aquí mi agradecimiento a todos los grupos de parroquias, comunidades e instituciones diversas de la Iglesia que han realizado este trabajo y que, como ellos mismos han manifestado, han visto que el origen de nuestra alegría es el encuentro con Jesucristo. En definitiva, las palabras del Papa Francisco se hicieron evidentes en estos grupos: «Nos hace tanto bien volver a Él, cuando nos hemos perdido! [...]. ¡No huyamos de la resurrección de Jesús!, ¡nunca nos declaremos muertos!, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida, que nos lanza hacia adelante!»⁴.

Después de los trabajos de estos tres años del PDE, recopilando todo lo que los grupos han aportado y que se recoge en el Documento final del Plan Diocesano de Evangelización⁵, discerniendo las aportaciones de todos los grupos, se han concluido tres líneas de fuerza que coinciden con algunos de los temas tratados en los últimos Sínodos: familia, jóvenes y presencia de los laicos en la vida social. Será sobre estas tres líneas sobre las que trabajemos y diseñemos el Plan Misionero Diocesano (PDM). Hemos de cuidar el estilo de evangelizar, de realizar la misión. Lo hemos de hacer desde una convicción que deberíamos tener clara, expresada también por el Papa Benedicto XVI: «La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción»⁶.

¿Dónde está el lugar preferente de la misión? Podemos decir que «la actividad misionera representa, aún hoy día, el mayor desafío para la Iglesia [...] y que la

² EG 2.

³ Como es sabido, se llama así al itinerario que, de manera personal o comunitaria, nos conduce desde el texto de la Palabra de Dios hacia el encuentro con el Señor que habita en la Iglesia. Es una lectura orante de la Palabra de Dios utilizada desde los primeros tiempos del cristianismo.

⁴ EG 3.

⁵ Documento final del Plan Diocesano de Evangelización 2015-2018.

⁶ EG 14.

causa misionera debe ser la primera. Tomarnos en serio estas palabras significa reconocer que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia [...], nos hace falta pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia»⁷.

Desde estas convicciones quiero acercar a vosotros esta carta pastoral que os escribo al iniciar el primer año del Plan Diocesano Misionero. Quiere ser coherente con lo que al inicio de mi ministerio episcopal en Madrid comenzamos. Todos sabéis la gracia que ha sido el curso pasado el celebrar el Año Jubilar Mariano. Tenía un fin muy preciso: aprender junto a María a ser discípulos misioneros. *Con María, discípulos misioneros de Jesucristo*, como decía el lema. Os confieso que para mí fue un año de gracia el contemplar, vivir y anunciar que en María nuestra Madre tenemos el prototipo del discípulo misionero. Fue una gracia recibir las peregrinaciones de vicarías, algunos arciprestazgos, asociaciones, movimientos, colegios e instituciones muy diversas, así como impartir tres catequesis sobre el santo rosario en cada una de las ocho vicarías de la diócesis.

Pero lo más importante es volver hoy a constatar junto a vosotros que «pueden ser diferentes los caminos, pueden ser variadas las metodologías, son distintas las espiritualidades», pero sabiendo que «en la Palabra de Dios, aparece permanentemente este dinamismo de salida, que Dios quiere provocar en los creyentes [...]. Todos somos llamados a esta nueva salida misionera [...]. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio»⁸. Quiero daros las gracias a todos los sacerdotes y miembros de la vida consagrada y al laicado por el protagonismo que tenéis en hacer verdad que «la Iglesia sabe involucrarse [...]. La comunidad evangelizadora se mete, con obras y gestos, en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación, si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así olor a oveja y estas escuchan su voz»⁹.

⁷ EG 15.

⁸ EG 20.

⁹ EG 24.

He pedido luz al Señor para que me ayudara a elegir una página del Evangelio que diese el título y los contenidos fundamentales de esta carta pastoral. Y encontré en el Evangelio de san Marcos la respuesta que articula este texto que deseo que nos lleve a todos a vivir ilusionados en la misión. El misionero debe salir y ver las necesidades de los hombres de su tiempo, para llevar a Jesucristo y que sea el Señor el que hable y llegue al corazón de todos los que necesitan una «luz más grande». Cuando estamos asistiendo a una nueva época histórica, los discípulos de Jesús debemos ser protagonistas y entregar lo que es más necesario: la fe, la luz, un modo nuevo de entender al ser humano y de apartar de su vida todas las esclavitudes que solamente Jesucristo puede eliminar. En el inicio del cristianismo, a pesar de las persecuciones que sufrieron los primeros cristianos, la humanidad encontró la novedad más grande: los hombres y las mujeres somos todos hijos de Dios, con igual dignidad; somos todos hermanos y todos debemos percibir que somos imágenes de Dios, que se nos respeta en nuestra integridad, que tenemos valor en sí mismos y no por lo que somos o por lo que hacemos. Salgamos a la misión, pues «la actividad misionera representa, aún hoy día, el mayor desafío para la Iglesia»¹⁰. Todo esto lo he encontrado en el pasaje del ciego de Jericó (Mc 10, 46-52):

«Y llegan a Jericó. Y al salir él con sus discípulos y bastante gente, un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo), estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí”.

Muchos lo increpaban para que se callara. Pero él gritaba más: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”. Llamaron al ciego diciéndole: “Ánimo, levántate que te llama”. Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: “¿Qué quieres que haga por ti?”. El ciego le contestó: “Rabbuní, que recobre la vista”. Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha salvado”. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino».

Y también os propongo un himno que habéis cantado muchas veces, que debiera ser el que nos recuerde que somos discípulos misioneros, llamados y com-

¹⁰ RM 40.

prometidos, metidos de lleno escuchando a Jesús, viviendo un encuentro con Él y con palabras y obras en la misión:

«Nos envías por el mundo,
a anunciar la Buena Nueva (bis)
Mil antorchas encendidas
y una nueva primavera (bis)
Si la sal se vuelve sosa,
¿quién podrá salar el mundo? (bis)
Nuestra vida es levadura
nuestro amor será fecundo (bis)
Siendo siempre tus testigos
cumpliremos el destino (bis)
Sembraremos de esperanza
y alegría en los caminos (bis)
Cuanto soy y cuanto tengo,
la ilusión y el pensamiento (bis)
Yo te ofrezco mis semillas
Y tú pones el fermento (bis)
Nos envías por el mundo
a anunciar la Buena Nueva (bis)
Mil antorchas encendidas,
Y una nueva primavera (bis)»

Cesáreo Gabarain, *Nos envías por el mundo*

Encontré además el título de la carta «¿Qué quieres que haga por ti?» y también los contenidos fundamentales de la misma que deseo nos guíen en este curso pastoral y primero del PDM: 1. En la misión evangelizadora, nada de este mundo nos resulta indiferente; 2. Vivamos la misión en comunión, unidos por la misma preocupación; 3. ¿Contaminados por la cultura del descarte o sanados por Jesucristo?; 4. Escuchemos cómo los hombres buscan y confían en Jesús: «Jesús, ten compasión de mí»; 5. Tentación en la misión: ocultar la realidad: «muchos lo increpaban para que se callara»; 6. Mirada y oído de Jesús en la misión: se detiene y llama: «¿Qué quieres que haga por ti?»; 7. En la misión, el abrazo y la ternura curan y atraen: Bartimeo recobra la vista y se hace discípulo.

Para seguir pensando

1. ¿Expreso con mi vida que es connatural a mi ser de discípulo misionero el salir, el anunciar el encuentro, el abrazo del Señor a la humanidad?

2. ¿Qué encuentro de novedad en la misión del cristiano?

3. Al leer el texto de Mc 10, 46-52 y la letra del himno que propongo, ¿qué nace en mi corazón?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

1.- En la misión evangelizadora, nada de este mundo nos resulta indiferente

«Y llegan a Jericó». ¡Qué hondura adquiere ver cómo el Señor se mueve por este mundo, cómo entra en las situaciones que viven las personas! Preocupado por todas las circunstancias, especialmente las que generaban sufrimiento, entraba en las mismas con el ardor de quien se ve a sí mismo con una tarea urgente y fundamental: «Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades, porque para esto he sido enviado»¹¹. La Iglesia tiene esa misma misión. Nos lo ha recordado el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: «Sería un error entender la misión como una heroica tarea personal, ya que la obra es, ante todo, de Jesús [...]. Es el primero y el más grande evangelizador [...]. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la novedad es de Dios, que Él nos amó primero y que es Dios quien hace crecer lo que hemos sembrado. Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea exigente y desafiante»¹².

Aquellas palabras de Jesús, «es preciso que anuncie», siguen teniendo para la Iglesia una importancia capital. Hemos de identificarnos siempre con ellas pues, como nos dice el Concilio Vaticano II, «testificando y exponiendo la fe de todo el Pueblo de Dios, congregado por Cristo, no puede demostrar de forma más elocuente la solidaridad, respeto y amor de este hacia toda la familia humana, en la que está inserto, que entablando con ella un diálogo sobre todos estos problemas, aportando la luz del Evangelio y suministrando a la humanidad las fuerzas salvíficas que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, recibe de su Fundador»¹³. Las palabras que siguen no tienen menos importancia, pues nos introducen de lleno en cómo ha de ser esa acción evangelizadora y nos ayudarán a adentrarnos en la profundidad de los retos que deseamos afrontar como Iglesia que camina en Madrid: «Hay que salvar [...] a la persona humana y renovar la sociedad humana. Por consiguiente, el hombre, pero el hombre en su unidad y totalidad, con cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad»¹⁴. ¿Cómo llegar a la totalidad de lo que es el hombre en estos momentos de la historia, en las circunstancias concretas que vive? ¿Cómo tocar el corazón del ser humano al que le llegan tantas cosas y le hacen

¹¹ Lc 4, 43.

¹² EG 12.

¹³ GS 3.

¹⁴ GE 3a.

olvidar otras que son las más importantes en la situación cultural que estamos viendo? Y aquí no valen lamentos o caer en situaciones de desesperanza o impotencia, pues sabemos bien que quien lo puede todo es el Señor y Él nos da siempre lo necesario para afrontar todas las situaciones del ser humano y poder llegar a su corazón.

«No se mueve la Iglesia por ninguna ambición terrena, solo pretende continuar bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra del mismo Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido»¹⁵. La entrada de Jesús en Jericó nos recuerda una vez más la misión de la Iglesia que no puede ser otra que la del mismo Jesús que, «al proclamar la altísima vocación del hombre y afirmar la presencia en él de un cierto germen divino, ofrece al género humano la sincera cooperación de la Iglesia para instituir la fraternidad universal que responda a esa vocación»¹⁶. Y si esta ha sido una misión que la Iglesia a través de los tiempos ha regalado en nombre de Jesucristo, no es menos cierto que en estos momentos de la historia, por las dificultades que pasa la humanidad en cuanto a la construcción de la fraternidad universal, es aún más necesaria.

Nunca puede olvidar la Iglesia *salir* a todas las situaciones en las que los hombres y las mujeres viven. Lo hizo Jesús y lo ha de hacer ella, pues quienes hemos acogido y participamos de la misma fe, reunidos en nombre de Jesucristo buscamos juntos el reino, lo construimos y lo vivimos. «Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza»¹⁷.

Hemos de conservar vivas las palabras y los hechos que dijo e hizo el Señor: «Es preciso que anuncie el reino de Dios en otras ciudades»¹⁸, y lo que hizo la Iglesia desde los primeros momentos de la evangelización; «¡ay de mí, si no evangelizara»¹⁹. Quiero recordar aquí unas palabras de san Pablo VI cuando nos escribía a la Iglesia que «evangelizar [es decir, la misión] constituye, en efecto, la

¹⁵ GE 3b.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ GS 4.

¹⁸ Lc 4, 43.

¹⁹ 1 Cor 9, 16.

dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda»²⁰. Vinculemos siempre la Iglesia a la acción evangelizadora: 1) Por su nacimiento, pues nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce; 2) Es enviada por el Señor, prolonga y continúa su acción con la oración, la escucha de la Palabra y las enseñanzas de los apóstoles, viviendo el amor fraterno, de tal modo que su testimonio se hace predicación y anuncio y provoca admiración y conversión, y 3) Permanece evangelizándose a sí misma, consciente de que es depositaria de la Buena Nueva que no puede guardar para sí misma²¹.

«Y llegan a Jericó»; podríamos traducirlo por «y llegan a Madrid». En este Madrid nuestro, en sus ciudades y pueblos, tenemos que evangelizar. Por eso, «fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demora y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie»²².

Desde esta mirada integral, es muy importante descubrir «que el mundo no puede ser analizado solo aislando algunos aspectos, porque el libro de la naturaleza es uno e indivisible, e incluye el ambiente, la vida, la sexualidad, la familia, las relaciones sociales, etc. [...] El Papa Benedicto XVI nos propuso reconocer que el ambiente natural está lleno de heridas producidas por nuestro comportamiento irresponsable. También el ambiente social tiene sus heridas. Pero todas ellas se deben al mismo mal, es decir, a la idea de que no existen verdades indiscutibles que guíen nuestras vidas, por lo cual la libertad humana no tiene límites. Se olvida que el hombre no es solamente libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea por sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también es naturaleza [...]. El derroche de la creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros mismos»²³. Tener en cuenta estas heridas y ser creativos para curarlas y poder así anunciar el Evangelio es todo un imponente desafío. Creo que, entre otras, la Vicaría para el Desarrollo Humano Integral, así como los trabajos de investigación de nuestras universidades de la Iglesia y la Comisión Diocesana de

²⁰ EN 14

²¹ Cfr. EN 15 y 16 y EG, 9-13.

²² EG 23.

²³ LS 6.

Ecología Integral tienen un trabajo por delante importante para la acción misionera de la Iglesia que camina en Madrid. Les pido que sigan entregándonos propuestas y herramientas que nos ayuden a evangelizar esta dimensión tan esencial para la vida de nuestros contemporáneos.

El Concilio Vaticano II nos advertía sobre «la condición del hombre en el mundo de hoy». Reconociendo que «para cumplir esta tarea, corresponde a la Iglesia el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio». Quizá no nos hemos dado cuenta de la profecía que suponían sus palabras dadas con esperanza, nos hablaba de cómo la humanidad se encontraba en un nuevo periodo de la historia. Y en ese sentido advertía de los cambios profundos: cambios en el orden social; cambios psicológicos, morales y religiosos; los desequilibrios en el mundo actual; las aspiraciones más universales del género humano; los interrogantes más profundos del hombre²⁴. La situación de la humanidad en el mundo ha cambiado, hemos de mirar esta nueva realidad y trabajar en esos campos que os invito a acoger a todos. Quienes vienen participando en nuestro proceso diocesano evangelizador y nos han entregado su reflexión sobre los «retos pastorales que tenía la Iglesia en Madrid», han sido mayoritariamente coincidentes en la necesidad de afrontar prioritariamente tres desafíos: familia, jóvenes y presencia de los laicos en la vida social. Todos podemos aportar algo en estas cuestiones. No en vano, el Espíritu Santo actúa en todos los seguidores de Cristo para mantenernos como discípulos misioneros.

En la Iglesia, como nos decía el Papa Francisco, «en su misión de fomentar la comunión dinámica, abierta y misionera, el obispo tendrá que alentar y procurar la maduración de los mecanismos de participación [...] y otras formas de diálogo pastoral, con el deseo de escuchar a todos y no solo a algunos que le acaricien los oídos. Y no tendremos que olvidar nunca que el objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos»²⁵. De igual modo, en todas las comunidades parroquiales habrán de crearse, donde no estuvieren, y mantenerse vivos los organismos de participación y misión que el Concilio Vaticano II nos señaló: consejos pastorales,

²⁴ Cfr. GS 5-10.

²⁵ EG 31.

consejos económicos y otros según las necesidades de cada momento. «Salió el Señor de Jericó». Así ha de salir la Iglesia en Madrid. Ello supone actuar y vivir la pastoral en clave de misión que pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Nos lo decía clarivamente san Pablo VI en su encíclica *Ecclesiam suam*: «Es el deber de la evangelización. Es el mandato misionero. Es el ministerio apostólico. No es suficiente una actitud fielmente conservadora. Ciertamente, tendremos que guardar el tesoro de verdad y de gracia que la tradición cristiana nos ha legado en herencia; más aún: tendremos que defenderlo. *Guarda el depósito*, amonesta san Pablo (1 Tim 6, 20). Pero ni la custodia ni la defensa encierran todo el quehacer de la Iglesia respecto a los dones que posee. El deber congénito al patrimonio recibido de Cristo es la difusión, es el ofrecimiento, es el anuncio, bien lo sabemos: *Id, pues, enseñad a todas las gentes* (Mt 28, 19) es el supremo mandato de Cristo a sus apóstoles»²⁶. Por eso, dice Francisco, «invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades [...]. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y, especialmente, con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral», donde el «anuncio se concentra en lo esencial»²⁷, sin que perdamos profundidad y verdad.

Para seguir pensando

1. ¿Me identifico con las palabras de Jesús «es preciso que anuncie el Evangelio»? ¿Por qué?
2. ¿Qué implica para mí salvar a la persona y renovar la humanidad?
3. ¿Qué me dice esta expresión: «Nunca puede olvidar la Iglesia salir a todas las situaciones en las que viven los hombres»?
4. ¿Qué supone para un cristiano incorporar a la misión la preocupación por la ecología integral?

²⁶ ES 32.

²⁷ EG 33.

5. ¿Qué signos de los tiempos destacaría hoy como importantes para tener en cuenta en la misión?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

2.- Vivamos la misión en comunión, unidos por la misma preocupación

«Y al salir Él con sus discípulos y bastante gente». El Señor quiso enseñarnos que hemos de salir juntos, como Él lo hizo, con sus discípulos y con bastante gente. La salida tenemos que hacerla viviendo la comunión. Solamente saliendo juntos haremos creíble la Buena Noticia. Ya nos lo decía san Pablo VI: existe un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. No es posible la misión, el anuncio, si separamos a Cristo de la Iglesia. La misión es la vocación clara y definitiva de la Iglesia de Jesucristo. Tiene que seguir confiadamente las huellas de su Fundador, que ya desde el inicio mismo nos enseñó a vivir en clave de misión, a convertir nuestra vida en misión.

¡Qué fuerza tiene recordar aquí el discurso del Papa Benedicto XVI a las Obras Misionales Pontificias! «Los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del Pueblo de Dios no son solo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones»²⁸. «Los apóstoles, transformados interiormente el día de Pentecostés por la fuerza del Espíritu Santo, comenzaron a dar testimonio del Señor muerto y resucitado. Desde entonces, la Iglesia prosigue esa misma misión, que constituye para todos los creyentes un compromiso irrenunciable y permanente. Por consiguiente, toda comunidad cristiana está llamada a dar a conocer a Dios, que es Amor»²⁹.

Cuando os hablo de vivir la misión en comunión y unidos por la misma preocupación, quisiera invitaros a que no hagamos reduccionismos cayendo en una misión meramente programática que se concentra exclusivamente durante un tiempo determinado, en el que unimos esfuerzos y recursos, en una salida misionera de modo que, cuando concluye, todo vuelve a ser igual. Quiero proponeros algo mucho más audaz, que va más allá de una misión programada, aunque no excluyamos momentos que se alienten especialmente: os convoco a una misión permanente. No se trata de programar acciones, que no se descartan y habrá momentos y circunstancias en las que debamos hacerlo, se trata de proyectar algo que no tiene terminación, que nos hace permanecer en «estado de misión». De tal manera que la misión

²⁸ Benedicto XVI, Discurso a las Obras misionales Pontificias (5-V-2007).

²⁹ Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada Mundial de Misiones: «La caridad alma de la misión».

se convierta en una clave de interpretación de toda nuestra acción pastoral, en la que se torna en todo un proceso en el que entran todos los ámbitos de la acción pastoral ordinaria. Es así como hemos de leer lo que Jesús nos dice: «Y al salir él con sus discípulos y bastante gente».

Convirtamos la misión en el paradigma de toda la acción evangelizadora. «La responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo en su parte»³⁰. Ello nos hará pensar no solamente en misionar para que se acerquen más personas a la catequesis o a los sacramentos. Es ir mucho más allá: se trata de asumir el desafío de repensar la realidad de todas nuestras tareas, catequesis, sacramentos, etc., en clave y en perspectiva misionera. La propuesta pastoral en clave misionera no es algo que se me ocurra de repente, surge de la lectura de los textos del Concilio y del magisterio de los Papas y, muy en concreto, de san Pablo VI, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Surge de la necesidad de una nueva relación con los que están fuera, es decir, con los no creyentes, los alejados, los no practicantes, la nueva cultura en la que estamos sumergidos y que constituye para nosotros un lugar prioritario para la misión. Se trata de vivir en un nuevo paradigma, pues, como hemos señalado, «la pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así” [...]. Intentar conseguir los fines, sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos [...] se convierte en mera fantasía [...]. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y muy especialmente, con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral»³¹.

La misión, el salir juntos a ella, el realizarla en estos momentos que nos toca vivir, no es fácil. Tenemos por delante un inmenso desafío a la creatividad pastoral. El fenómeno de la globalización, con tantos cambios culturales acelerados, la influencia tan grande de los medios de comunicación social y los múltiples retos de la movilidad humana y la diversidad suponen el nuevo horizonte en el que tenemos que incidir. Asumamos este desafío con la confianza ilimitada de que el Señor está con nosotros, nos acompaña en esta salida misionera. Salgamos juntos con Él, como lo hicieron en Jericó los apóstoles y otras gentes. No olvidemos aquello que tan bellamente afirmaba el Concilio Vaticano II: «La Iglesia sabe bien que solo Dios, a quien

³⁰ LG 17.

³¹ EG 33.

ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, que nunca se sacia plenamente con los alimentos terrestres [...]. Ninguna ley humana puede garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre tan perfectamente como el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia. [...] Por eso, la Iglesia, con la fuerza del Evangelio que le ha sido confiado, proclama los derechos del hombre y reconoce y aprecia mucho el dinamismo de este tiempo, con que se promueven por todas partes estos derechos. Sin embargo, este movimiento debe impregnarse del espíritu del Evangelio y protegerse de cualquier tipo de falsa autonomía. Pues estamos sometidos a la tentación de pensar que se protegen plenamente los derechos personales solo cuando nos vemos libres de toda norma de la ley divina»³². La urgencia de un giro decidido hacia una nueva orientación pastoral, animada por una verdadera conversión pastoral, es un desafío a nuestra sensibilidad de discípulos misioneros.

¡Qué fuerza tiene salir juntos a la misión! Estamos invitados todos a participar en la misión, a hablar entre nosotros los discípulos de Cristo con valentía y parresia. ¡Qué alegría se introduce en el corazón de los discípulos de Cristo cuando integramos en nuestras búsquedas libertad, verdad y caridad! Así salió el Señor con todos a la misión, porque solamente el diálogo honesto y leal, integrando esas realidades, nos hace crecer. Sin embargo, la palabrería, el rumor, la sospecha o el prejuicio destruyen la misión y nos incapacitan como discípulos misioneros. «No haya entre vosotros ninguna división», nos amonesta san Pablo³³. Buena parte de esto lo aprendimos en el Año Jubilar Mariano de la mano de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, a quien quisimos descubrir como la primera y prototipo de discípulo misionero. No juzguemos y valoremos lo de todos con esa capacidad de acoger que nos da solamente el Señor. Todos tienen derecho a que los escuchemos. Después, juntos hagamos el discernimiento. Hagamos viable que la Iglesia acoja, escuche y camine, pues si no es así, nos cerramos a la novedad y esa sorpresa que Dios nos da siempre cuando eliminamos prejuicios y estereotipos.

Salir sí, pero manteniendo cada vez más y mejor una relación profunda con Jesucristo, no solamente formal, sino vital. Sigamos a Jesús, haciéndonos discípulos a su estilo y manera, con la pasión por el Reino como centro de la vida y de la

³² GS41.

³³ 1 Cor 1,10.

acción eclesial. A ello nos ayudará una escucha atenta y diligente de la Palabra de Dios, que formula nuestra existencia, que nos ayuda a vivir en una intimidad con los deseos de Jesús y a descubrir que la misión es la razón de ser del discípulo. Y esto vivido en la parroquia, en la que se integran en la misión todas las realidades eclesiales que están en su territorio, manteniendo cada una de ellas su identidad, pero formulando explícita y visiblemente que juntos somos el lugar de la misión que afecta a toda la vida del barrio o del pueblo. Tengamos siempre este sueño de la Iglesia de la que somos parte y de la que María es modelo: siempre unida a Cristo, configurada con Él, presentándose en medio del mundo como faro de la humanidad. Regalemos de su parte a este mundo la fraternidad y el diálogo. Seamos capaces de encontrarnos con todas las culturas y con todas las situaciones en que se hallan el hombre y la mujer de nuestra época. Suscitemos vidas y caminos rectos y veraces que hagan retroceder las guerras, el hambre, las injusticias, las medias verdades. Que no sea la fuerza, sino el ímpetu del Espíritu Santo el que persuada a nuestros contemporáneos a caminar hacia la verdad, la luz, la vida y la fraternidad. Cuando era sacerdote joven, en mi primera y única parroquia, esta es la propuesta de Iglesia que hice a los jóvenes. Hoy compruebo con alegría que, después de tantos años y en las diversidades de circunstancias en las que se encuentran, aún les queda esta pasión y se la quieren transmitir a sus hijos y nietos.

Para seguir pensando

1. ¿Qué significa y cómo se traduce en la Iglesia que camina en Madrid el salir juntos?
2. ¿Qué es y qué supone la misión realizada en comunión, unidos por la misma preocupación?
3. ¿Qué características tiene la comunidad en la que vivo el permanecer en estado de misión como clave interpretativa de la acción pastoral?
4. Proteger los derechos humanos no es vernos libres de toda ley divina; todo lo contrario: los derechos se vuelven más vulnerables cuando apartamos a Dios del ser humano y convertimos al hombre en creador de esos derechos. ¿Qué pienso de esta afirmación y por qué?

[illegible]

3.- ¿Contaminados por la cultura del descarte o sanados por Jesucristo?

«Un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo), estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna». ¡Cuántas personas y grupos encontramos al borde del camino en estos momentos de la historia! Piensa por un momento en los que tú mismo ves y dales nombre. Estamos en una época nueva, la era de la cultura digital, del conocimiento y la información. Se generan enormes saltos cualitativos, cuantitativos, acelerados y acumulativos que tienen su manifestación en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus aplicaciones a tantos campos de la vida. Esta nueva realidad de las ciencias, de las tecnologías de la información e intercomunicación cibernética, ha favorecido un desarrollo de dimensiones planetarias en todos los ámbitos, sobre todo en el mundo económico y financiero. ¿Qué supone esta globalización como ideología económica cuando se idolatra el afán de lucro? Ciertamente afecta gravísimamente a los más pobres. Hoy hay muchos Bartimeos, pues las injusticias y las desigualdades son cada día más profundas. Cada día hay más gente al borde del camino, cronificada en la exclusión y la marginación sin acceso a derechos fundamentales³⁴. Frente a otras épocas, surge un fenómeno nuevo: aparece Bartimeo que está ciego y además se encuentra en la cuneta, al borde del camino. Hoy nos encontramos, también en nuestra archidiócesis, a hombres, mujeres y grupos que no solamente están *abajo* en la estratificación social, no solo no tienen ingresos suficientes; además carecen de poder, malviven en las periferias y, más que explotados, son manifiestamente prescindibles. Se encuentran fuera de nuestra sociedad, excluidos, sin voz ni derechos, sobrantes y descartados.

¿Qué nos está sucediendo? ¿Qué constataciones podemos hacer de nuestra cultura? ¿Cómo afecta esto a la Iglesia? Recordemos algo que es fundamental: «La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social, pues el fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente por esta misma misión religiosa fluyen tareas, luz y fuerzas que pueden servir para construir y fortalecer la comunidad de los hombres según la ley divina [...]. Ella misma [la Iglesia] puede, incluso debe, suscitar obras destinadas al servicio de todos, y especialmente de los más necesitados, como las obras de misericordia u otras semejan-

³⁴ Cfr. VIII Informe Foessa sobre Exclusión y Desarrollo social en España, Caritas Española, Madrid, 2019.

tes. Además, la Iglesia reconoce todo el bien que se encuentra en el actual dinamismo social; sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización y asociación civil y económica»³⁵. Para la Iglesia, para todos los cristianos, es fundamental no olvidar esto. Ello nos llevará no solo a salir a los lugares donde están los que viven al borde del camino, sino a poner todos los medios necesarios para que nuestra cultura no sea dual y exclusógena, no tenga dos caminos, sino que tenga un único camino, el del encuentro. Los discípulos de Cristo tenemos la gran tarea por delante de cultivar esta cultura del encuentro, que es la que inició Nuestro Señor Jesucristo.

¿Por qué se da una cultura dualista? ¿Cómo se genera? ¿Qué está sucediendo para que estemos viviendo una cultura excluyente donde lo moderno, confortable y avanzado convive separadamente con lo antiguo, precario y miserable? Recordemos las consecuencias que tiene esta cultura dualista para la vida de los hombres. Entre otras cosas, que cada día se generan más personas y grupos de «ciegos y al borde del camino», porque la visión individualista y el afán consumista es lo que predomina. De tal modo, que la preocupación economicista se convierte en lo único esencial a costa de lo que sea. Ello genera una profunda crisis de valores donde las instituciones esenciales para la vida, como la familia o la educación, se ponen en cuestión, llevándolas a vivir una profunda crisis de significación y relevancia. Ciertamente, esta cultura dualista consolida dos situaciones: por una parte, viven bien los que tienen; por otra, están los sobrantes, los que quedan al margen y se ponen al borde del camino, a los que se van sumando las clases medias cada vez más frágiles.

¿Qué bueno es para la Iglesia ver cómo Jesús sale al encuentro del hombre siempre, en todas las situaciones, caminos y circunstancias! En efecto, «Cristo fue enviado por el Padre a “evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos” (Lc 4,18), “para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo»³⁶.

³⁵ GS42.

³⁶ LG 8c.

Hoy sigue habiendo personas y grupos humanos que viven al borde del camino y que, además, están ciegos. Pero, como nos decía el Papa san Juan Pablo II en su primera encíclica, «Jesucristo sale al encuentro del hombre de toda época, también de nuestra época, con las mismas palabras: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”. Estas palabras encierran una exigencia fundamental y, al mismo tiempo, una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo»³⁷.

A través de los siglos, comenzando por los mismos apóstoles, ¡cuántas veces ha aparecido Jesucristo en el camino real de los hombres, hasta llegar a la muerte por los hombres en su servicio a la verdad! Jesús siempre ha aparecido al lado de los caminantes angustiados (cfr. Lc 24,13-35), como lo está ahora en tantas partes de la tierra donde se padece la injusticia y la exclusión. Allí está Jesús realmente, donde un hombre o una mujer toman la decisión firme no desde sus propias fuerzas, sino desde las que les presta Jesucristo, de ser, en su nombre, portavoz y abogado de todo ser humano que vive al margen.

Salgamos a los caminos, no nos dejemos encerrar. El proceso de secularización tiende a reducir a la fe y a la Iglesia al ámbito de lo privado, de lo íntimo. Pensemos lo que significamos en medio del mundo si llevamos a Jesucristo, si somos en Él, desde Él y por Él, y si llevamos a la vida el deseo de Cristo de ser uno, vivir la comunión, unidos los discípulos de Jesús y trabajando entre todos, con todos y para todos. El secularismo comienza negando toda trascendencia. Se produce entonces una tremenda deformación ética y estética, un debilitamiento del sentido de pecado personal y social, un aumento profundo del relativismo moral, que ocasionan desorientación e influyen de manera especial en los adolescentes y jóvenes. Hace muchos años le oía decir a un salesiano: «Roba, quítale al ser humano a Dios, despójale del referente último que es Dios, verás cómo se pierden todos los valores y termina convirtiéndose en alguien esclavizado, tirado al borde del camino».

En nuestra ciudad de Madrid pasea Jesucristo a través de tantos cristianos que entregan la vida. Por otra parte, tenemos muchos cristianos dispuestos a asumir

³⁷ RH 12.

la tarea de la evangelización directa. En este sentido, os invito a todos participar ya desde ahora en la Escuela de Evangelización que pronto inauguraremos para la formación de agentes evangelizadores. Dicha escuela nos preparará y nos hará ver los caminos por los que tenemos que pasar y hacernos presentes, pues hay personas y grupos al borde de los caminos y no los podemos olvidar. Laicos, adultos y jóvenes, vida consagrada, todos estáis llamados a vivir una experiencia singular mostrando el rostro de Jesucristo y la pertenencia eclesial con pasión, en las familias, en los grupos, con niños, jóvenes y adultos. Necesitamos evangelizar, pero no de cualquier forma, sino como nos decía el Papa san Pablo VI: «Lo que importa es evangelizar –no de manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta las mismas raíces– la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios».

Sé que puedo contar con vosotros, las familias, los jóvenes, los cristianos presentes en todos los ámbitos de la vida social de nuestra archidiócesis, asumiendo trabajos en las diversas obras sociales que tenemos o las nuevas que vayan surgiendo. Necesitan de acompañantes y tiene una importancia primordial el testimonio personal de los creyentes. Ese testimonio hace posible que los que nos escuchan y a los que acompañamos se pregunten en el fondo de su corazón: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esta manera? ¿Quién los inspira? ¿Por qué gastan el tiempo con nosotros? Sin olvidar que el testigo, si lo es de verdad, sabe serlo desde el silencio. Si, después, lo es también con sus palabras, será un testigo excepcional.

Para seguir pensando

1. ¿A quiénes encuentro hoy «al borde del camino», con nombres y situaciones?
2. ¿Cómo afecta a mi vida el encontrarme con personas excluidas, explotadas, sobrantes, descartadas? ¿Cuál es mi reacción inmediata? ¿Por qué?
3. ¿Qué obras suscito en la Iglesia, en mi comunidad para servir a todos? ¿Pongo algo de mi parte?

4. ¿Cómo he de colaborar en la construcción de la cultura del encuentro?

5. ¿Genero con mi modo de vivir una cultura dualista?

6. ¿Me dejo encerrar en el proceso de secularización? ¿Cómo me encierro o cómo salgo?

7. ¿Cómo me preparo para ser discípulo misionero?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

4.- El grito de esperanza de toda la humanidad: «Jesús, ten compasión de mí»

«Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Siempre me impresionó el grito de Bartimeo. Un grito que da porque pasa a su lado alguien del que ha tenido noticia y que es la esperanza de la humanidad. Siempre en ese clamor he visto la multitud de gritos que en diversas partes de la tierra dan los hombres y las mujeres en situaciones muy diferentes. Me impacta el grito de Bartimeo porque es el de quien reconoce en lo más hondo que él es de Dios, que no puede estar al borde del camino, que tiene que estar en el camino junto a los demás hombres. Qué bien lo reconoce el Concilio Vaticano II, cuando nos dice: «Dios, que cuida paternalmente de todos, ha querido que todos los hombres formen una única familia y se traten entre sí con espíritu fraterno. Pues todos, creados a imagen de Dios, que hizo de uno el linaje humano para que habitara toda la faz de la tierra, son llamados a uno e idéntico fin, es decir, a Dios mismo [...] Jesús cuando pide al Padre que todos sean uno [...], como nosotros también somos uno, ofreciendo perspectivas inaccesibles a la razón humana, sugiere cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y el amor»³⁸. No dejar a nadie apartado es tarea, propósito y compromiso de los discípulos de Jesucristo. No abandonar a ninguna persona en ninguna situación en la que se encuentre, por muy difícil que sea, es tarea de la Iglesia porque lo fue de Cristo.

¡Qué recuerdos nos trae el grito de Bartimeo: «Jesús, ten compasión de mí»! Son los gritos de tantos pobres, enfermos, de quienes sufren injusticias o no tienen lugar en este mundo, los que padecen hambre, los que no son reconocidos en su dignidad de imágenes e hijos e hijas de Dios, los que no saben quiénes son y para qué están en este mundo, los que no tienen una experiencia gozosa de la belleza de la familia, los que de formas tan diferentes están al borde del camino y que en forma de protesta o cansados ya y sin voz dicen una y otra vez, a veces sin saber del todo a quién se dirigen, ¡ten compasión de mí! Y la Iglesia atenta a todos los gritos y a quien está sin voz, como nos recordaba san Juan Pablo II, acercándose a los hombres y mujeres en todas sus situaciones, porque sabe que el hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en su misión. El hom-

³⁸ GS 24.

bre es el camino que nos traza Jesucristo a través del misterio de la Encarnación y Redención. En Jesús descubrimos cómo Él es el camino hacia Dios y el camino hacia el hombre. Y por ello la Iglesia, que tiene que seguir a Jesús, no permanece insensible a todo lo que le sirve al bien de la persona, como a todo lo que la amenaza y destruye.

En la línea de escuchar ese grito en nuestra Iglesia diocesana, «Jesús, ten compasión de mí», en el clamor de quienes están al borde del camino, os propongo tres categorías que necesariamente se han de convertir en tareas imprescindibles. Las sugiero porque las veo en el mismo Señor, en cómo Él realiza su camino: encuentro, acompañamiento y fermento.

¿Qué quiero vivir con la categoría de encuentro? Vivir como Jesús, que en todos sus caminos vive el encuentro con quienes están al borde del camino, no solamente cuando se encuentra con Bartimeo; lo vemos en todos los encuentros que aparecen en el Evangelio. Jesús no desaparece, va al encuentro de las personas, lo hace con la decisión de hacer ver que Dios vive en medio de la humanidad y también de sus dolores y esperanzas. Jesús se hizo hombre para encontrarse con todos, para dar y regalar la salvación. ¿A quién grita Bartimeo? ¿Por qué grita Bartimeo? Tiene necesidad de ver, tiene urgencia de estar en el camino con todos los seres humanos y no al borde, desea ser. La categoría de encuentro supone tener una mirada privilegiada sobre la realidad de la humanidad, supone tener la mirada de discípulos misioneros. El celo misionero consume la vida, el querer llevar al corazón de los hombres el sentido completo y unitario que solo da Dios a la vida y que colma su anhelo de infinito.

¿Qué queremos expresar con el término acompañamiento? Acompañar no es imponer, es ayudar a descifrar quién eres y cómo has de vivir. Acompañar es ser capaz de que otro vea con la luz que mi vida y mis palabras le dan quién es y a qué está llamado. Acompañar es tomar la decisión de ponerse al lado de los hombres y de las mujeres, ponerse de su parte para decirles y comunicarles quiénes son y qué tienen que hacer, cuál es su misión en esta tierra. No es fácil acompañar. Se trata de dejar que el otro sea lo mejor de él mismo y logre mostrar la dignidad que habita en él como hijo de Dios. Hay que sacar de él lo que Dios puso desde que lo creó. La mayor exclusión que podemos provocar y, por supuesto, eso supone la renuncia cobarde a no acompañar, es el *no mirar*, el pasar de largo y no complicarnos la vida. Mirar nos sitúa en el sendero del acompañamiento y la implicación personal,

en la cercanía y no en la distancia. Es como el padre que sale todos los días, varias veces, a mirar si se acerca el hijo que marchó. La mayor exclusión y descarte es no querer ver, no mirar. Por eso Jesús sale, escucha, se encuentra, acompaña y ve en profundidad toda su realidad, implicándose en ella.

¿Qué supone vivir la categoría de fermento? Que contagiamos y damos algo que viene de Dios, hace bien y nos hace crecer a nosotros y a los demás. Hay que decir, entre otras cosas, que la fe, la adhesión al Señor, mejora por sí sola el entorno en el que vivimos. La cercanía de Jesús a Bartimeo le generó esperanza y le abrió horizontes. El ver cómo Jesús se involucraba y escuchaba su grito, «Jesús, ten compasión de mí», ya le levantó de su postración. Por otra parte, para poder ver al otro, debemos cultivar el deseo de ver a Jesús. Se trata de suscitar una mirada que, para que pueda incluir sin relativizar la verdad, quiere ver siempre a Jesús en el rostro de los que sufren. Debemos incluir a todas las personas pero sin relativizar la verdad. El Dios que ha venido a este mundo y se hizo hombre se involucra en la vida cotidiana, no discrimina ni relativiza, su verdad es la del encuentro que descubre rostros, hace procesos y tiene la paciencia del fermento que hace crecer. La mirada de amor tampoco discrimina ni relativiza, es siempre misericordiosa, es mirada creativa, es mirada de amistad; y a los amigos se les acepta como son y se les dice la verdad.

Para seguir pensando

1. ¿Qué gritos escucho en estos momentos donde vivo, en España, en el mundo?
2. Aprender junto a Jesucristo el camino hacia Dios, ¿qué consecuencias trae para mi vida y para la Iglesia?
3. ¿Tengo celo misionero? ¿Cómo se manifiesta vivido en mi matrimonio, en mi familia, en el grupo de amigos, en mis proyectos profesionales y laborales, en mis compromisos, en la comunidad cristiana en la que vivo la fe?
4. ¿Acompaño y miro a los hombres en su realidad? ¿Recojo de cada ser humano con el que me encuentro en la vida lo que Dios puso en él? ¿Cómo entiendo yo, que la mayor exclusión que puedo realizar es no mirar?

[illegible]

5.- Tentación en la misión: ocultar la realidad: «Muchos lo increpaban para que se callara»

«Muchos lo increpaban para que se callara». En un mundo cambiante y acelerado, no podemos ser ocultadores de las realidades que nos rodean; al contrario, debemos mirirlas de frente y, sobre todo, no debemos silenciar los gritos de quienes expresan sus necesidades desatendidas. Pues bien, cuando estaba repensando y meditando en esta tentación del ocultamiento, vino a mi memoria que tenía guardados unos apuntes de las clases que impartía a los alumnos de la Escuela de Magisterio de Torrelavega (Cantabria). Me puse a buscarlos y pude releer que hablaba a los futuros educadores sobre la gravedad de que un educador oculte la realidad porque sus ideas no coincidan con lo que sucede. Los animaba en su futuro quehacer a fortalecer siempre todo brote de vida que supusiese crecimiento para los alumnos y contribuyese a cambiar la realidad y hacerla más humana. Les decía que educar es una de las tareas más apasionantes de la existencia. Requiere abrirse a todos los horizontes, ampliándolos siempre para ver más, ponerse en camino de forma abierta y renovada, dejarse cuestionar por las necesidades humanas, buscar siempre salidas, vencer el cansancio y los inconvenientes del camino y tratar de responder a las necesidades de quienes nos encontremos. Para esto, es necesario tener esperanza, saber que todo puede cambiarse. Precisamos esa sabiduría que nos sitúa siempre en la gran novedad que necesitamos. Bartimeo había estado mucho tiempo al borde del camino, quizá había gritado muchas veces, pero nadie se había acercado a su vida. Dejado al borde del camino, tuvo la ocasión de dar el grito a quien nunca nos deja de lado. Jesús nos pone en el centro del camino, responde a las preguntas que planteamos, nos abre al don de integrar el pasado, el presente y el futuro para hacer nos servidores de los demás, para no dejar nunca a nadie aparcado al borde del camino. Ningún ser humano puede ser olvidado y descartado. La mejor manera de eliminar el olvido y el descarte nos la ofrece Jesús con el testimonio de su vida. En ella encontramos tres aspectos esenciales para eliminar el ocultamiento y descarte:

1. Entender la vida como un camino y al hombre como caminante.

¿Qué es lo que nos sucede cuando venimos a este mundo, cuando nacemos? Nos ponemos en marcha a lo largo de la compleja existencia y nos encontramos con personas diferentes, con situaciones variadas, que nos hacen volver a ponernos en camino, porque no podemos estar quietos o estancados. Si no entramos en este dinamismo, nos anulamos como personas y anulamos a los que nos rodean. Se trata de caminar para salir de sí.

Eso ya genera una esperanza, es más, caminar es esperanza. Ante todos los males que hay en el mundo, especialmente cuando se ocultan personas y realidades incómodas o cuando no se deja caminar y se cierran caminos, provocamos el desaliento, el mismo que tenía Bartimeo. ¡Cuántos habrían pasado por ese mismo camino y cuántos habrían pasado de largo! Es más: quienes acompañaban a Jesús querían hacer lo mismo. Es Jesús quien actúa de otra manera, porque quiere que los hombres caminen y no los mantenemos apartados en el margen del camino.

2. Caminar en confianza y esperanza. ¿Cómo tener ambas? La confianza es un don. En un libro que publiqué hace dos años titulado *Los jóvenes confían en Jesús* ponía la confianza y la esperanza en el padrenuestro. En esta oración es donde Jesús expresa y nos contagia esa confianza y esperanza primordiales, de tal manera que parece que confianza y esperanza son lo mismo. No detenerse en el camino es la única manera de no caer en la tentación de ocultar y de descartar la gran oferta que puede hacer un educador cristiano a la sociedad. Es verdad que en ocasiones ha de hacerlo en soledad, pues no le respalda la sociedad que a veces promueve el detenerse en el camino, ni le respaldan los padres que desconocen los cimientos que deberían dar a sus hijos para que crezcan en la confianza y en la esperanza. Saber-se querido por Dios es la esencia del padrenuestro, la identidad de esta oración. Se trata de saber que Él nos sostiene: «Padre nuestro»; saber que no nos abandona: Padre nuestro»; saber que en esta confianza hago el camino de mi vida: «Padre nuestro»; saber que en ese camino se me devuelve la imagen que tengo y que soy de Dios: «Padre nuestro»; saber que espero en su corazón: «Padre nuestro»; saber que en el camino no me extravió y por eso no me detengo porque Él me guía: «Padre nuestro». La tentación de detenernos, de detener la marcha, de situarnos o situar al borde del camino es grande, la consecuencia es vivir en el *des-esperar*.

3. Caminar con el corazón lleno de inquietudes. Se camina con inquietudes y se deja de caminar cuando nos instalamos. Hay un deseo de verdad y de vida en todos los hombres, pero también es cierto que hay muchas situaciones que entorpecen este deseo. Y esto sucede cuando se cortan las alas de la imaginación y de la creatividad. A Bartimeo, al borde del camino y ciego, le cortaron sus alas. Vio un atisbo de luz cuando se enteró de que Jesús pasaba por el camino. Seguro que había oído hablar de Jesús, por

eso su imaginación y su creatividad le llevaron a gritar: «Jesús, ten compasión de mí». ¿Qué queremos, personas quietas o inquietas? Una persona inquieta es la que no dejará a nadie al borde del camino, buscará salidas creativamente, impulsará tareas y devolverá esperanza. ¡Qué belleza regala a la vida el ser humano en camino, que busca que todos los hombres y mujeres estén en el camino y no al borde, que tengan protagonismo en la historia, que gesta al hombre esperanzado! ¡Qué tristeza aporta a la vida y con qué tinieblas ensombrece la historia el ser humano quieto e instalado, el que, al no estar en camino, no ve los que están al margen!

Para seguir pensando

1. ¿Me sitúo en la realidad o la oculto? ¿Hago mi programa de vida, de familia o de comunidad, mirando u ocultando?

2. ¿Entiendo la vida como un camino y me miro a mí como un caminante? ¿Qué encuentro y qué doy en el camino?

3. ¿Hago el camino confiando y esperando? ¿Qué significa para mí confiar y esperar?

4. ¿Cómo percibo el abrazo de Dios? ¿Devuelvo ese abrazo a quien encuentro en mi camino?

5. ¿Es para mí el padrenuestro una manera de vivir y de entender la vida? ¿Por qué?

6. ¿Tengo inquietudes? ¿Me defino a mí mismo como quieto o como inquieto?

.....

.....

.....

.....

.....

6.- Mirada y escucha de Jesús en la misión, se detiene y llama: «¿Qué quieres que haga por ti?»

«Pero él gritaba más: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”. Llamaron al ciego, diciéndole: “Ánimo, levántate, que te llama”». Impresiona constatar hasta dónde llega la ternura de Dios: se hace hombre, entra por nuestros caminos, tiene una pasión singular por todo lo humano y ante las llamadas de auxilio, se detiene, llama a quien le requiere y responde con prontitud. Esta respuesta nos deja impactados: Dios se pone a nuestro lado, Dios habla con nosotros, Dios se interesa por nosotros, Dios responde a nuestros interrogantes. La ternura y el amor de Dios son manifiestas y colman el corazón. El Señor nos enseña una categoría que es clave en nuestra vida de cristianos y de la que el Papa Francisco nos ha hablado en muchas ocasiones. Me refiero a la proximidad. Como tal, es de ida y vuelta. ¿Qué quiero decir? Que, por una parte, el Señor se nos aproxima cuando estamos en una situación mala, como el caso de Bartimeo, solo, no escuchado por nadie, al borde del camino... Cuando grita, el único que le escucha es Jesucristo. Pide que lo acerquen a Él y se pone a su disposición: «¿Qué quieres que haga por ti?». Y, por otra parte, nosotros sentimos la proximidad del Señor y nos hacemos próximos a Dios mismo, entramos en comunión con Él. Esto es un amor de ida y vuelta.

¡Cuántas veces el Señor se ha acercado a nuestra vida y nosotros no lo hemos reconocido! Nos ha pasado en muchas ocasiones como a los discípulos de Emaús que no lo reconocieron. El caso de Bartimeo es diferente; él reconoce y siente que Cristo pasa a su lado, quiere estar con Él y por eso grita. Los gritos de Bartimeo son los gritos de todos los pobres de la tierra. También de los que no lo conocen y no ven, porque están ciegos para ver las necesidades de los demás y ciegos para entregar lo que más necesita el ser humano para ser: el amor mismo de Dios. Y no solamente se nos aproxima, sino que nos escucha, atiende nuestra necesidad, y expresa su cercanía en el ámbito de la justicia y del amor. No es justo que un ser humano esté tirado al borde del camino. A quien está así hay que aproximarle al amor mismo de Dios, que otorga siempre encuentro, comunión y solidaridad. ¡Qué perfección adquiere la proximidad entre el Padre y el Hijo! De esa proximidad procede el Espíritu Santo. Es una proximidad perfecta, dinámica, que nos hace descubrir hermanos en la carne de todos los hombres, de un modo singular en la carne sufriente de los pobres y tratados injustamente. Es la proximidad bidireccional que experimentamos cuando dejamos que entre el Señor en nuestra vida y de noso-

tros solamente salen sus obras y su amor hacia todos los que nos encontramos en el camino.

El encuentro de Jesús con Bartimeo y la pregunta «¿qué quieres que haga por ti?» ha de ser el encuentro que la Iglesia tiene que hacer con todos los hombres. Es un encuentro que da visibilidad a una Iglesia que no puede ser temerosa ni encerrada en sí misma, sino inflamada por el amor mismo de Cristo. Una Iglesia que no sabe de desilusión, que nunca abandona la comunión, que sabe que Pedro es Pío XII, san Juan XXIII, san Pablo VI, Juan Pablo I, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Que responde a las llamadas de Pedro y que no entra en la duda de la comunión. Que siempre regresa llena de alegría a la cercanía de Pedro y que llama a todos a vivir la experiencia de la proximidad. Esta es la Iglesia que fundó Jesucristo y a la que envió por el mundo para encontrarse con todos los hombres sin excepción.

La mirada y la escucha son actitudes fundamentales para realizar el encuentro. Precisamente por eso, la mirada de Jesús es tan importante. Penetra la existencia entera del ser humano y capta todas las necesidades fundamentales del ser humano. Todo el que se deja mirar por Jesús y mira a Jesús se conoce más y mejor. Quizá por eso santa Teresa de Jesús donde más se conoció a sí misma, conoció lo que quería el Señor de ella y conoció a Dios fue en la oración. De ahí que, cuando habla de cómo hacía oración y de lo que es orar, nos lo dice con una expresión muy sencilla, pero muy profunda con palabras que entendemos todos: «Él me mira y yo lo miro, lo miro y me dejo mirar por Él». La mirada de Jesús nos lleva al encuentro con Él y en ese encuentro nos sentimos incondicionalmente acogidos y escuchados. Esta fue la experiencia de Bartimeo. No podemos separar la escucha del encuentro ni el encuentro de la escucha.

Recuperemos para la Iglesia la categoría del encuentro. Y para ello utilicemos el diálogo con todos los hombres en todas las situaciones. En el encuentro se da el diálogo y en ese diálogo, para que sea verdadero, necesariamente se ha de dar la escucha. Esto no es algo nuevo. Nos lo recuerda san Pablo VI: «La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio [...]. El diálogo debe caracterizar nuestro oficio apostólico, como herederos que somos de un estilo, de una directiva pastoral que nos ha sido transmitida por nuestros predecesores del siglo pasado, comenzando por el grande y sabio León XIII, que casi personifica la figura

evangélica del escriba prudente, *que como un padre de familia saca de su tesoro cosas antiguas y nuevas* (Mt 13, 52)»³⁹.

Revelar a Jesucristo y su Buena Noticia a quienes no lo conocen o han aparcado su vivencia cristiana, alentar a vivir con la fuerza del Espíritu Santo a quienes se sienten miembros de la Iglesia, siendo testigos fuertes de Cristo, ese ha de ser el programa fundamental de la Iglesia. Es el mismo que ha venido utilizando la Iglesia desde el día de Pentecostés en el que comenzó su misión. Un programa en el que el encuentro con las diversas culturas tiene que establecerse desde la escucha y el diálogo. Viene bien volver a escuchar lo que nos decía san Pablo VI: «La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea no llega a su vida concreta»⁴⁰.

Pero volvamos al inicio de la Iglesia para recordar con las mismas palabras de san Pablo VI que «no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo»⁴¹. «Gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece. Él es el alma de esta Iglesia»⁴². «Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu»⁴³. Nosotros vivimos en la Iglesia un momento privilegiado del Espíritu. Por todas partes se trata de conocerlo mejor, tal como lo revela la Escritura. Uno se siente feliz de estar bajo su moción. Se hace asamblea en torno a Él. Quiere dejarse conducir por Él»⁴⁴. «Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación»⁴⁵.

Era con su Palabra con la que Jesús se ganaba el corazón de las gentes. Así lo vemos de continuo en el Evangelio cuando nos dice «que venían a escucharlo de

³⁹ ES 38.

⁴⁰ EN 63c.

⁴¹ EN 75a.

⁴² EN 75d.

⁴³ EN 75e.

⁴⁴ EN 75f.

⁴⁵ EN 75h.

todas partes», pues se maravillaban de sus enseñanzas y de sus obras. La gente percibía que quien les hablaba tenía autoridad. Su Palabra no se mueve tanto en el orden del hacer como en el del ser, aunque dice lo que hace y hace lo que dice. En el encuentro con Bartimeo, la centralidad está en la persona de Jesucristo; después vendrá el hacer, pero lo primero ha sido la llamada de Bartimeo a Jesús y su respuesta, su Palabra: «¿Qué quieres que haga por ti?».

¡Qué bueno es convertirnos en servidores de la Palabra! Hemos de dejarnos educar por ella. Es fecunda cuando se hace vida en nosotros. Seamos conscientes de que no somos dueños de la Palabra, tan solo somos sus servidores. Acercamos la Palabra a los hombres y mujeres y vemos cómo se hace vida. Para acercar la Palabra, cuidemos la mirada e imitemos a Jesús. En la acción misionera, la mirada es muy importante, la mirada es dignificadora. No podemos cerrar los ojos ante nadie, ni hacernos los distraídos. El Señor nos llama y nos pide que amemos, miremos, acariciemos, acompañemos y enseñemos. Hay una tentación permanente en la vida del ser humano; cuando algo o alguien nos puede complicar la vida, nos hacemos los distraídos y nos desentendemos.

La mirada tiene que ser confiada, superando la tentación de curiosar en la vida de los demás. Es la mirada atenta que pone todo el corazón con quien se encuentra, que no está pensando en separar el trigo de la cizaña. Mira sin más, se fía, acoge, promueve, entra dentro de la persona y alcanza su corazón. Naturalmente la mirada tiene que ser esperanzadora, lo que no impide discernir y detectar la cizaña. Sin embargo, no se alarma y pone todo su amor en que solamente crezca el trigo, lo bueno del ser humano, la imagen de Dios que somos.

Para seguir pensando

1. Decir a quien me encuentro en el camino de la vida «¿qué quieres que haga por ti?», ¿complica e implica mi vida, me hace prójimo como el Buen Samaritano?
2. ¿Cómo vivo la proximidad: en teoría o en mi vida real? ¿Qué implica en mi existencia personal hacerlo de una u otra manera? ¿A qué me lleva?
3. ¿Doy visibilidad al encuentro con los más pobres y necesitados? ¿Cómo?

4. ¿Vivo la misión en la Iglesia con temor y desilusión o con la pasión de quien sabe que esta es cuestión fundamental para un discípulo misionero?

5. ¿Tengo tentaciones de abandonar la comunión con quien me interpela, aunque sea inadecuadamente, me interroga, pone las páginas del Evangelio ante mis ojos, o a través de personas concretas que viven junto a mí?

6. ¿Capto las necesidades de los hombres? ¿Estoy con los ojos abiertos a la realidad? ¿Qué hago para ello?

7. ¿Dialogo con todos los hombres en todas las situaciones? ¿Miro, acompaño, promuevo, enseño, acaricio todas las situaciones en las que viven las personas diciendo de corazón «qué quieres que haga por ti»?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

7.- En la misión, el abrazo y la ternura curan y atraen: Bartimeo recobra la vista y se hace discípulo

«El ciego le contestó: “Rabbuní, que recobre la vista”. Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha salvado”. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino». ¡Qué importante es que el ser humano se sienta atendido en sus necesidades! ¡Cuánto valoramos no ser un número entre muchos! El ciego al borde del camino tiene un nombre, Bartimeo, y tiene una historia personal, es el hijo de Timeo. Pero aún más importante es encontrar siempre a alguien que se fije en nosotros, que nos mire y que nos atienda. Bartimeo encontró a Jesús del cual seguro que había tenido noticia. Y tiene la oportunidad de dar aquel grito que alcanzó el corazón del Señor: «Hijo de David, ten compasión de mí». Aquel grito cambia su vida. Es el grito que tantas gentes dan en este mundo desde las periferias existenciales. El Señor se valió de los que le acompañaban. Les dijo «llamadlo», e hicieron la llamada al más puro estilo de Jesús: «ánimo, levántate, que te llama».

Qué importante es tener en la vida personas que nos digan, sobre todo en los momentos difíciles, «¿qué quieres que haga por ti?». La importancia de estas palabras reside en que muestran interés por la persona y por su situación, y expresan el deseo de implicarse con ella e incorporarla a la vida con la dignidad de un hijo de Dios. No basta cualquier persona para sanar. Bartimeo reconoce que Jesús es Rabbuní, Maestro. Y le expresó al Señor su necesidad, «que recobre la vista». Hoy podríamos traducir su petición por: que sepa ver lo que soy, que me ayudes a salir del descarte, que sepa vivir con el valor que tiene la vida, que descubra esperanza y horizontes, que dé valor a quien es el sentido de la existencia, y que ponga todos los medios necesarios para que nadie esté excluido del camino. «Que vea, Señor», reconoce sin rodeos a quien puede hacer algo por él. Jesús responde con la misma simplicidad: «anda, tu fe te ha salvado». Es la fe la que salva, es la fe la que nos devuelve la dignidad, la que nos hace ver con la novedad de Jesucristo. Nos descubre que somos hijos de Dios y hermanos, que nadie puede hacerse dueño de nadie pues el dueño de todo es Dios y Él quiere que la fraternidad sea lo que canalice la vida entre nosotros. Él hace posible que nadie prescinda de nadie, que nadie margine a nadie. Todos en el centro, tal como nos ha puesto Dios mismo.

Hemos de asumir el compromiso de que la nueva cultura emergente sea íntimamente evangelizada, que se reconozcan los verdaderos valores, que se defiendan los derechos humanos, que se promueva la justicia en todas las estructuras

de la sociedad. Es urgente acercar a todos el humanismo verdad, el que nos ha regalado Jesucristo, el que hace nuevas todas las cosas. Como verdadero humanismo no nos puede apartar a los hombres de la relación con Dios, sino todo lo contrario. Hará ver la necesidad de establecer esa relación tan especial, aquella que tuvo Bartimeo y merced a la cual se dirigió al Señor con aquella fuerza: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Ese grito lo siguen dando nuestros contemporáneos. Es verdad que no se dirigen directamente a Jesús porque quizá no lo ven. Pero para nosotros los cristianos es una gran interpelación. El grito, la necesidad de escuchar «¿qué quieres que haga por ti?», es manifiesta. Los cristianos hemos de tener en el centro de nuestra vida a Jesucristo para salir a su encuentro con ese humanismo verdad que interpela, que da respuestas y que muestra lo que dijo Jesús a Bartimeo: «Anda, tu fe te ha salvado».

De ahí que la Iglesia tiene necesidad de mostrar cada día más claramente el rostro del Señor en la vida real, para que nuestra sociedad perciba los verdaderos valores. Para ello es necesario recuperar la conciencia de la primacía de los valores morales. Nos han de llevar a no dejar al margen a nadie. Nos ayudará a ello el volver a la verdadera sabiduría, a comprender el sentido último de la vida y a los valores incuestionables. Como nos decía el Concilio Vaticano II, «nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría»⁴⁶.

«Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús». ¿Quién produjo en Bartimeo esta reacción? Sencillamente, la ternura del abrazo de Jesús. Cristo, con su amor y el don de sí a los demás, introdujo en nuestra existencia una dinámica que lo transforma todo. Nos sitúa en el horizonte del amor, que es central en la experiencia cristiana, y hace palpable la ternura, aparcada entre tantas prisas con las que vivimos. Es necesario que con la mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, contemplemos todo lo que acontece y hagamos posible ese salto que acerca a todos a Jesús. Él tiene siempre palabras de vida. ¡Es lo que sucede con Bartimeo! Termina, tras recobrar la vista, incorporándose a los seguidores de Jesús: «Y al momento recobró la vista y los seguía por el camino». La fuerza de la Iglesia reside esencialmente en su capacidad de amar y de enseñar a amar. Seguir

⁴⁶ GS 15.

los pasos y las huellas de Jesús nos lleva a aprender de Él, con Él y por Él cómo acoger su amor y sembrarlo en el mundo. Esto es válido también para quienes puedan ser más hostiles a nuestra acción misionera. La forma de acercarnos a ellos nos la revela el último Concilio: «Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro respeto y amor. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con ellos el diálogo»⁴⁷.

Volvamos a lo nuclear de la misión. Tenemos la gran encomienda de seguir preguntando a todos los hombres y mujeres, en todas las situaciones, «¿qué quieres que haga por ti». Y lo queremos hacer como el Señor lo hizo con Bartimeo, en el horizonte de las bienaventuranzas, donde hay una primera bienaventuranza que no está dicha sino predicha y que es el mismo Jesucristo. Él es la gran Bienaventuranza. El Señor nos quiere seguir congregando en torno a la verdad, al bien y a la belleza.

Sí, el Señor nos quiere congregar en torno a la verdad, quiere de nosotros que, como Bartimeo, sintamos en lo más profundo del corazón aquellas palabras de Jesús: «Anda, tu fe te ha salvado». Ello requiere que seamos discípulos misioneros enamorados y apasionados por haber encontrado en Jesucristo, que es la verdad del hombre y la verdad de la vida. Este encuentro nos llevará a ser fieles servidores, empeñados en anunciar el Evangelio desde y con una vida espiritual centrada en la escucha de la Palabra de Dios, en la celebración de la Eucaristía y viviendo siempre con la fuerza de la misericordia de Dios que acogemos en la celebración del sacramento de la Penitencia. Así, asumiendo con fuerza el mandato del amor, paseamos por este mundo en las realidades concretas que viven los hombres contagiando aquello que estamos viviendo.

Por otra parte, también necesitamos contemplar al bien que es el mismo Jesús. Servidores de la Vida, nos tenemos que nutrir contemplando a quien es la Vida. Hoy el discípulo misionero o es contemplativo o se cansará de la misión. ¡Qué bien nos lo hacen entender los jóvenes que tienen una sensibilidad especial para pasar tiempo contemplando al Señor vivo en el misterio de la Eucaristía! Nutrirnos, ver al Señor, contemplarlo para salir y curar no desde nuestro yo, sino con el amor y el bien de Él. El ardor es obra y don del Espíritu Santo y se basa en

⁴⁷ GS 38.

la docilidad al impulso del Espíritu que moviliza y transforma todas las dimensiones de la existencia.

Tampoco podemos olvidar la belleza que encontramos en Jesucristo. ¡Qué bien nos describe la belleza de evangelizar la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*! En su descripción está el modo de regalar la belleza que se nos pide entregar a todos los seres humanos: «Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia– con un ímpetu interior que nada ni nadie sea capaz de extinguir. Sea la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo»⁴⁸.

Para seguir pensando

1. Me dejo preguntar por Jesús, ¿qué quieres que haga por ti? ¿Qué le diría?
2. ¿Manifiesto a quienes me encuentro por la vida que me preocupa por ellos, que los fundamentos de mi vida se fraguan con la misma pregunta de Cristo: «¿Qué quieres que haga por ti?»?
3. Crear, confiar, contagiar esperanza, crear la atmósfera que Jesús hizo experimentar a Bartimeo, ¿es mi ocupación como discípulo misionero?
4. ¿Mi preocupación es impulsar los valores que promueve el humanismo de Cristo? ¿Sé que esto se verifica si tengo en el centro de mi vida a Cristo? ¿Sé que esto se verifica si muestro su rostro en la vida real?

⁴⁸ EN 80g.

5. La fuerza dinámica que lo transforma y cambia todo es Cristo con su amor, es la ternura de su abrazo incondicional. ¿Vivo sabiendo que la tarea y la fuerza de la Iglesia está en su capacidad de amar y de enseñar a amar como lo hizo Jesús?

6. El abrazo de Jesús se nos describe con una belleza inaudita en las bienaventuranzas. ¿Tengo en mi vida ese horizonte? ¿Dónde se encuentra y está la belleza de evangelizar?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Conclusión

Quiero terminar esta carta pastoral, recogiendo unas palabras del Papa Francisco con las que os animo a vivir el protagonismo misionero que nos pide el Señor a la Iglesia y que en el Año Santo Mariano descubríamos en la Santísima Virgen María. En manos de Santa María la Real de la Almudena pongo a nuestra Iglesia diocesana, con el deseo de que nos haga como Ella, discípulos misioneros: «Cada Iglesia particular [...] está llamada también a la conversión misionera. Ella es sujeto primario de la evangelización en cuanto manifestación concreta, en un lugar del mundo, de la única Iglesia; de modo que, en ella, está verdaderamente y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica. La diócesis es la Iglesia, encarnada en un espacio determinado, que está provista de todos los medios de salvación dados por Cristo y a los que da un rostro local. Su alegría de comunicar a Jesucristo se expresa tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares más necesitados, como en una salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales [...]. Y para que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma»⁴⁹.

Con gran afecto os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Madrid, 15 de agosto de 2019, fiesta de la Asunción de María.

⁴⁹ EG 30.

CARTAS

CON CONCIENCIA DE ENVIADOS

2 al 8 de septiembre de 2019

Cuando me puse a escribir esta carta al comenzar el curso, recordé la página del Evangelio que el lunes pasado nos regalaba la Iglesia: esa que relata la vuelta de Jesús a Galilea y, en concreto, a Nazaret, que era donde había sido criado. Nos ayuda a asumir el realismo con el que tenemos que vivir nuestra vida cristiana, porque también todos nosotros volvemos a los lugares donde vivimos, trabajamos, o estudiamos. Como Nazaret para Jesús, esos lugares a los que volvemos son significativos para nosotros. En ellos hemos de vivir y dar lo mejor de nosotros mismos, al tiempo que vamos a aprender de quienes nos rodean: familia, amigos, compañeros de trabajo, profesores que nos enseñan y nos regalan todo lo que nos ayuda a crecer como personas... Comenzar un nuevo curso en nuestro Nazaret, cada uno en el lugar donde esté, es una aventura maravillosa para todos, en la que podemos acentuar nuestra misión como cristianos, cada uno según la edad y las responsabilidades que tenga. Es una gran oportunidad para dar un salto cualitativo en nuestra vida; es una gracia inmensa que, si la acogemos como discípulos de Cristo, siguiendo sus huellas, nos permite vivir de un modo

singular en medio de nuestras tareas y participar en la transformación de nuestro mundo.

¿A qué transformación me refiero? A esa que proclamó Jesús en su tierra cuando dijo: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido: me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor" (Lc 4, 18-19). El Señor llama a todos los hombres y mujeres de este mundo. Los que un día dijimos que sí y deseamos asumir este compromiso de transformación del mundo, que hemos recibido la vida del Señor, hemos sido invadidos por su Espíritu y ungidos, damos gracias a Dios por su llamada y por mantener nuestro entusiasmo en la misión. También le pedimos que mueva el corazón de todos los hombres que aún no lo conocieron o que, habiéndole conocido, sintieron que su entusiasmo decaía al ver la falta de testimonio de quienes creemos en Él.

Sí, el Señor llama e invita a tomarnos en serio la transformación de este mundo; llevando una vida que demuestre que esta transformación es sinónimo de honestidad y justicia y antónimo de cualquier forma de corrupción. Esto es posible. Hay que hacerlo siempre con la alegría y el entusiasmo que nos reclama y nace del encuentro con Cristo, que nos hace libres, sensibles a todas las necesidades de la humanidad, con capacidad crítica, con ese liderazgo que proviene de vivir una vida conforme a la dignidad con la que nos ha revestido el Señor. Os invito a vivir este compromiso con transparencia y responsabilidad concreta por los demás y por el mundo.

Todos estamos de acuerdo en que podemos embellecer el mundo en el que vivimos si somos fieles a la belleza que, en su pueblo de Nazaret, Jesús expresó que traía y ofrecía a todos los hombres. ¡Qué palabras más precisas tiene el Señor para decirnos su misión e invitarnos a la misma! Ofrezcamos con obras y palabras la Buena Noticia, que es Jesucristo, a los más pobres; cada uno de nosotros puede pensar en estos momentos quiénes son los más pobres y cómo los tenemos en nuestro corazón. Regalemos la libertad que Dios ha dado y garantizado a todos los hombres y que, a menudo, nosotros retenemos a personas o grupos, dando la posibilidad de que todos tengan horizontes en la vida, visión auténtica de quiénes son y de quiénes son también los que viven junto a ellos. Rompamos toda opresión, toda atadura que nos limite desarrollar las dimensiones que tiene el ser humano, entre las que se encuentra la dimensión trascendente.

A modo de grito os ofrezco estas ideas para acoger en este nuevo curso:

1. ¡Qué grande es Jesucristo!
2. Quién sino Él nos ofrece tantas y tan bellas tareas para que los hombres nos sintamos ofreciendo una nueva imaginación a la humanidad.
3. Quién sino Él es capaz de desafiar miradas miopes y cortoplacistas, seductoras de resignación por la avidez de ese juego peligroso que es la competitividad.
4. Quién sino Él es huésped de sueños que desafían tantas certezas para nuestro tiempo y es generador de horizontes de vida que señalan nuevas miradas, llenas de compasión para todos los hombres.
5. Quién sino Dios nos hace testigos fuertes de apertura a todos los hombres porque todos ellos son hermanos nuestros.
6. Quién sino Él nos ofrece nuevos canales de entendimiento, de solidaridad, de creatividad, de ayuda mutua.
7. Quién sino Jesucristo nos da las medidas reales que nos impulsan al compromiso, a romper el anonimato y el aislamiento.
8. Quién sino Él nos invita a construir de una manera nueva la historia.

Comencemos el nuevo curso con conciencia de enviados. Esto es ser discípulos misioneros.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Cardenal Osoro, arzobispo de Madrid

SABIDURÍA DE VIDA QUE ALCANZA EL CORAZÓN

9 al 15 de septiembre de 2019

Ahora que ha comenzado el curso escolar en todos los niveles de enseñanza, conviene recordar que conocer y educar han sido inseparables para establecer un futuro de progreso, de justicia y de paz en nuestro mundo. A través de todos los tiempos, una educación al servicio del hombre y no de las ideas de unos pocos ha ayudado a convivir y ha dejado huellas imborrables en la cultura de todos los pueblos.

La educación es el mejor arte para construir hombres y mujeres libres, conocedores de su verdad. Cuanto más se da una adecuada formación conforme a la naturaleza del hombre, que es un ser abierto y relacional, más sabiduría se le ofrece en todos los aspectos de la vida y en todas las dimensiones que tiene y vive.

Este es un trabajo arduo, sin tregua, constante; es un trabajo como el del jardinero "que pone todos los medios para que la flor florezca también entre piedras". Es un trabajo para el cual no valen ideas preconcebidas, porque de lo que se trata es de servir al hombre y hacerlo sin escamotear ninguna de las realidades que

tiene. Ello reclama determinación sin fanatismos, valentía sin exaltación, libertad para reconocer todas las dimensiones -que luego el ser humano verá si cierra o no-, tenacidad con inteligencia... Abrir la vida así supone, ya por principio, decir no a la violencia que destruye, que sea la paz la que nos hace encontrarnos con nosotros mismos y con los demás, y sí a vivir la experiencia de reconciliación con uno y con los otros.

Una educación integral garantiza abrir al ser humano a todas las dimensiones que tiene y da conocimientos y sabiduría. ¿Cómo? Nos permite reconocer y abrir la dimensión trascendente, viéndonos cada uno como una criatura que es de Dios, al que le ha sido dada la libertad incluso para negarlo. No se trata de hacerse dueño de sí mismo y de los demás, no se trata de imponer ideas, sino de reconocer realidades que van mucho más allá. Es verdad que hay unas palabras que para los que creemos tienen una fuerza extraordinaria, pero que son las que garantizan la libertad. Ese compromiso incansable de reconocer, garantizar y reconstruir continuamente y concretamente la dignidad a menudo olvidada o ignorada de quien tengo al lado, para que todos puedan ser protagonistas.

Cuando abandonamos partes de nosotros mismos y no las atendemos o las dejamos en la periferia, estas palabras adquieren más fuerza: "Y en tu sabiduría formaste al hombre, para que dominase sobre las criaturas que tú has hecho y para regir el mundo con santidad y justicia, y para administrar justicia con rectitud de corazón" (Sab 9, 1-3). Precisamente, cuando al ser humano se lo reconoce como alguien que viene a este mundo para estar en él sirviendo a los demás con rectitud de corazón, somos capaces de buscar por todos los medios, construir y promover la cultura para la que estamos creados los hombres: la del encuentro. No fuimos creados para la dispersión ni tampoco para el descarte. Sí lo fuimos para vivir ese proceso constante en el que todos se sientan involucrados, en reconocernos en lo que somos, estrechando lazos, con ese corazón que me hace decir a quien veo que es mi hermano. Y con él hago procesos y proyectos que van mucho más allá de las ideas, pues tienden puentes, reconociendo al otro y estrechando lazos, siempre abriendo caminos, buscando metas comunes, valores compartidos, ideas que favorezcan levantar la mirada hacia todos y al servicio de todos.

Me ha impresionado siempre una página del Evangelio en la que Jesús ve a un hombre con parálisis en un brazo (cfr. Mc 3, 1-6). Ve su corazón, ve su sufrimiento. No se detiene en que era sábado, sino en la persona. ¿Qué educación

hemos de dar? ¿Qué conocimientos y sabiduría hemos de entregar? Siempre tenemos que ayudar a que todos vean la persona, sus necesidades más hondas. Afrontar esto en la educación es de gran trascendencia. Se pueden tener métodos diferentes, pero siempre que sirvan a la persona, para que esta sea más y haga ser más a los demás. Jesús eligió esto, a pesar de los problemas que le iba a traer curarlo. Le dijo: "Levántate y ponte ahí en medio", y preguntó y nos sigue preguntando: "¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?". Y restableció a aquel hombre, lo curó. Si queremos servir al hombre entremos en su corazón y dejémonos preguntar, llegando al fondo del corazón, si damos vida o muerte, si entregamos bien o mal.

Esta educación supone apostar por otro estilo de vida:

1. No te quedes en esa sensación de inestabilidad e inseguridad que favorece formas de egoísmo.
2. No te mantengas en la autorreferencialidad que siempre te aísla y te llena de cosas para compensar y entra en itinerarios que te hagan crecer en la solidaridad, la responsabilidad y el cuidado basado en la compasión.
3. Vuelve a optar por el bien y regéntrate más allá de todos los condicionamientos mentales y sociales que te impongan.
4. No hay sistemas que anulen la capacidad de belleza y de seguir alentando lo que Dios puso en el corazón de los hombres.
5. Despierta a vivir una nueva reverencia a la vida y ante la vida; celebra la vida.
6. Desarrolla la capacidad de salir de ti hacia el otro. Difunde ese nuevo paradigma acerca del hombre, de la vida, de la sociedad, de la relación con la naturaleza que te ha revelado Jesucristo.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Cardenal Osoro, arzobispo de Madrid

NO PODEMOS QUEDAR AL MARGEN

16 al 22 de septiembre de 2019

Estos días nos hemos encontrado en la capital de España hombres y mujeres de todos los continentes, convocados por la Comunidad de Sant'Egidio y la Iglesia que camina en Madrid, como buscadores de la paz en esta tierra. Desde la amistad y el respeto, con confianza, hemos trabajado por la *paz sin fronteras*. Han sido días de alegría anunciando la dignidad del ser humano y su vocación a la comunión, con las exigencias de justicia y de paz que aprendemos de la sabiduría divina. Orar, reflexionar, compartir y buscar han sido tareas de cuantos nos hemos reunido en este Encuentro de Oración por la Paz en el Espíritu de Asís.

Ya en la inauguración del encuentro, en un abarrotado Palacio Municipal de Congresos, se manifestó que los hombres renovados por el amor de Dios son capaces de cambiar las reglas, la calidad de las relaciones y las estructuras sociales. Pueden llevar la paz donde hay conflictos, construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, y buscar justicia donde domina la explotación de otros.

En las posteriores jornadas, en las distintas mesas redondas, latía de fondo la misma pregunta: ¿podemos quedar al margen, sin tomar decisiones profundas, cuando se ve amenazada la paz y se pisan derechos humanos fundamentales? Descubrimos la urgencia de llamar a todos a que vivamos unidos, a preocuparnos los unos por los otros, reconociendo siempre al otro como mi hermano. Hay que vivir una relación siempre positiva con los demás, que esté llena de iniciativas para provocar en este mundo la paz. Se trata de promover el desarrollo y el reconocimiento, cada día con más claridad, de la dignidad del otro, y posibilitar pasillos humanitarios para todas aquellas personas que se vean amenazadas. ¿Te has dado cuenta de que estamos llamados a ser protagonistas para ir junto a los otros, nunca para ir unos contra otros? No dejemos a nadie aparcado, en la orilla; tengamos la valentía de escuchar el grito de nuestro hermano, y la decisión clara y contundente de decirle: "¿Qué quieres que haga por ti?".

Estos días hemos visto, hablado y confrontado que aquellas palabras del Papa san Pablo VI siguen vigentes: "El desarrollo integral de los pueblos es el nuevo nombre de la paz". Ello nos lleva a ver que tenemos deberes que no podemos dejar para otros momentos: el deber de la solidaridad, el deber de la justicia social, el deber de la caridad universal. Debemos promover un mundo más humano para todos; en donde todos tengan algo que dar y recibir, sin que el progreso de unos sea obstáculo para el desarrollo de los otros. Qué palabras más bellas las del Papa san Juan Pablo II, cuando nos dice que "la paz es *opus solidaritatis*"; es un bien indivisible que o es de todos o no es de nadie.

Por eso, en el Encuentro Internacional *Paz sin Fronteras* también hemos recordado a tantas víctimas que siguen gritándonos: ¡paz!, ¡encuentro!, ¡reconciliación!, ¡entrega! Y lo hacen desde esas guerras olvidadas, con tantos heridos, desplazados y refugiados; lo hacen con hambre. Hay tantas y tantas personas viviendo con miedo.

Es esencial que busquemos un sistema educativo que genere en lo más profundo de nuestro corazón la conciencia de paz y que así quede eliminada la conciencia de guerra, de estar los unos contra los otros. Eso no es nuestro, lo nuestro es el encuentro, la fraternidad, la vida, la paz. No estamos aquí para eliminarnos los unos a los otros.

Tomemos conciencia de lo que realmente somos: un familia, que habitamos en esta casa común que es la tierra. Tenemos un mandato: "Amaos los unos a los

otros"; por tanto, somos servidores de los demás, no nos servimos de ellos. Recordemos las palabras que Jesús dijo en el lavatorio de los pies a sus discípulos: "Lo que yo hice, hacedlo vosotros los unos a los otros?". Tenemos un modo de ser y de actuar: ser samaritanos, nunca pasar de largo de quien me encuentre; la de preguntar a quien me encuentre en el camino: "¿Qué quieres que haga por ti?"; la de ser como el padre del hijo pródigo, hombres y mujeres de puertas abiertas, que dejan entrar y permiten que, quien entra, encuentre el abrazo y la misericordia de Dios.

Al acabar este encuentro, todos hemos sentido una llamada en nuestro corazón: la llamada a vivir ejerciendo y habitando en este mundo con los dos títulos más bellos, más dinámicos y comprometidos que tenemos: hijo y hermano. Hijo porque todos tenemos un origen común y, precisamente por ello, todos somos hermanos, miembros de una gran familia a la que miramos con amor y entrega.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Cardenal Osoro, arzobispo de Madrid

VISITEMOS AL PRESO, ACOJAMOS AL FORASTERO

23 al 29 de septiembre de 2019

Hace unos días honramos a la Virgen de la Merced, patrona de instituciones penitenciarias, y este domingo celebramos la Jornada Mundial del Migrante y Refugiado. Pensemos un momento en estas dos realidades por las que el Señor tiene una especial predilección: "Estuve en la cárcel y vinisteis a verme", "fui forastero y me hospedasteis" (cfr. Mt 25, 31-46). Son obras de misericordia que hay momentos y circunstancias en la vida que olvidamos.

Debemos tener un corazón grande, ese que se agranda cuando vivimos con todas las consecuencias el mandato de Jesús: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". Tengamos la valentía de ser samaritanos: hombres y mujeres que no vivimos para nosotros mismos, sino que miramos de frente las situaciones que hacen sufrir a las personas, a quienes las padecen directamente y a sus seres queridos más cercanos.

He tenido la gracia y la oportunidad de vivir un año más la fiesta de la Virgen de la Merced en la cárcel y encontrarme con los internos y con el personal que los

atiende. Ese día pensaba en la visita de la Virgen María a Isabel, pues yo también visitaba a mis hermanos. Esta visita de María a su prima tiene una mística que debe estar presente en nuestra vida cuando escuchamos en el Evangelio: "Estuve en la cárcel y vinisteis a verme". María va a ver a su prima Isabel, ya anciana. Ella no puede moverse. Va recorriendo una región montañosa, que quiere decir que no era fácil de atravesar. Y va para llevarle la noticia de que Dios la ha amado mucho y de que para Él nada hay imposible. Isabel va a tener un hijo y percibe ese amor de Dios en el mismo saludo que le hace María, y su hijo salta de gozo en el vientre, pues también siente la cercanía del Señor.

Hay que llevar la presencia de Dios a toda realidad humana. "Estuve en la cárcel y vinisteis a verme". Llevemos a los internos la humanidad de Cristo, su sabiduría, su amor, su entrega y su cercanía. Saltará de gozo su corazón porque encontrarán la libertad en el amor que el Señor les da. El hombre está creado para amar y para vivir en la libertad de los hijos de Dios; para amar al prójimo sea quien sea, tal como nos enseña Jesucristo. Él es el Buen Samaritano que, como el de la parábola, ve a uno tirado medio muerto y se para a atenderlo; no mira quién es, simplemente es un hermano. Y nos invita a nosotros a ser samaritanos. Hay personas privadas de libertad por algo que hicieron. La respuesta de los amigos del Señor ha de ser regalarles gratuitamente lo que más necesitan en estos momentos: el amor y la consideración que Dios mismo tiene de ellos y que desea que les llegue a través de nosotros. Quiere que seamos Jesús para ellos, pues esto los rehabilita. Estamos invitados a vivir la experiencia de un amor incondicional a todos, pero estos días os invito a dárselo de forma especial a quienes, por los motivos que fueren, perdieron la libertad y se sienten señalados en lo oscuro que hicieron. Necesitan ser señalados por el amor mismo del Señor que se canaliza también a través de nosotros.

Nunca olvidemos a nuestros hermanos que están en la cárcel. Superemos como María las dificultades que encontremos e, igual que Ella, llevemos a Jesús y hagámoslo presente. Ella nos ayuda a vivir con la confianza absoluta de quien rehabilita, cura, impulsa la vida, regala un corazón limpio y con capacidad de ayudar a todos siempre: Jesucristo. Nuestra visita a la cárcel es curativa para nosotros y para quienes visitamos; ninguno es más que otro, somos iguales y con una necesidad inmensa de amar a los demás.

Por otra parte, también tenemos la gracia de celebrar este 29 de septiembre la Jornada Mundial del Migrante y Refugiado, una invitación a vivir y recuperar

una dimensión de nuestra existencia cristiana que tiene el riesgo de adormecerse: "Estaba sin casa, sin tierra, y me hospedasteis, me acogisteis y me dejasteis entrar en vuestra tierra". Somos hermanos-prójimos y no extranjeros, lo cual incluye en nuestra vida la imitación al Señor en el amor al prójimo. Qué fuerza y belleza tiene pensar algo así: "Me diste la oportunidad de compartir conmigo lo que tú tenías y a mí me faltaba".

¿Cómo no conmovernos a la manera que lo hacía Jesús cuando veía las necesidades que tenían los que encontraba por la vida? Hemos de aprender a rezar bien el padrenuestro, que supone sabernos hijos de Dios y hermanos de todos los hombres. Rezarlo como lo hacían nuestros abuelos, que lo ponían en práctica cuando llamaba a la puerta de casa un pobre o un extranjero, haciéndolos partícipes de lo que ellos tenían. Nunca nos cerremos a las necesidades de los demás. Nunca nos cerremos a la fraternidad. El auténtico desarrollo es aquel que pasa por incluir a todos los hombres y mujeres del mundo, promoviendo su crecimiento integral y preocupándose por las generaciones futuras. Recuperemos la centralidad de la persona y busquemos el desarrollo de todas las dimensiones de la misma, incluyendo la espiritual.

Visitar al que está en la cárcel y acoger al que ha dejado su tierra, tener presentes a aquellos cuyos derechos se ven cuestionados (migrantes, refugiados, víctimas de trata...), supone tener la mente de Cristo, cuidar nuestra fe y no convertirla en una idea más. Vivamos como discípulos de Cristo la experiencia eclesial de los primeros cristianos. Salieron del solar de Palestina al mundo conocido de entonces, retirando muros y construyendo puentes, haciendo un nosotros fraternal y universal con el amor mismo de Cristo, dando la vida por quienes se encontraban.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Cardenal Osoro, arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(06-09-2019)

Muchas gracias por vuestra presencia después de estas vacaciones. Iniciamos esta oración de todos los primeros viernes de mes, aquí en la catedral, que desea ser también un momento de comunión y de vida con todos los jóvenes en los diversos movimientos, asociaciones o parroquias donde están. Que se note y se viva la experiencia de que somos la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia fundada por el Señor, la Iglesia que acoge su palabra, la Iglesia que sale, que solamente anuncia a nuestro Señor Jesucristo cuando experimenta, vive y manifiesta la comunión. Y os invita a los jóvenes a ser precisamente en Madrid los que llevéis a cabo esa necesidad de experimentar y vivir la comunión, que es la única manera de hacer creíble el Evangelio de Jesucristo nuestro Señor.

Esta noche, como todos los días, el Señor nos sorprende. Nos sorprende con su palabra. Esta palabra que se va a proclamar el domingo próximo. Esta palabra que la proclamamos también en esta oración que ha organizado la comunidad de San't Egidio, que está presente, y cuyos miembros están presentes en nuestra archidiócesis de Madrid precisamente porque la semana próxima celebramos

en Madrid el Encuentro Internacional de la Oración por la Paz en el espíritu de Asís. Estáis todos invitados. Y sabéis que el día 15 se celebra aquí la eucaristía por la mañana, y después por la tarde es la inauguración oficial de este encuentro en el que van a participar personalidades de la cultura, de la política, de la Iglesia, de todos los continentes, y también confesiones religiosas que no son cristianas. También los cristianos que están separados de la Iglesia. Todos, en el espíritu de Asís, vamos a vivir este encuentro.

Yo quisiera acercar precisamente hoy a vosotros esta página del Evangelio que acabamos de proclamar, y que tiene como tres realidades que yo quisiera acercar a vuestro corazón y a vuestra vida: un centro en primer lugar, un proyecto en segundo lugar, y un bien. Un centro. Pongamos en el centro a nuestro Señor. Un proyecto: cargar con la cruz, ir en pos del Señor, siguiendo al Señor, siguiendo sus pasos, siguiendo sus huellas. Y un bien que el Señor nos regala. Quien no renuncia a otros bienes, y no coge este bien, no puede ser discípulo mío.

Sobre estas tres realidades yo querría hoy, esta noche, acercar a vuestro corazón, en la presencia del Señor, algo que me parece que es importante también para todos nosotros.

Un centro. queridos jóvenes: yo os invito a poner en el centro de nuestra vida a nuestro Señor Jesucristo. Mirad: os estoy invitando a la oración por la paz. A este Encuentro Internacional. Quien organiza hoy esta oración han organizado también este Encuentro Internacional, que lo hacen siempre en los lugares donde todos los años se realiza, en los diversos lugares del mundo. Pero mirad: un centro. La fraternidad, que es una dimensión en sí esencial del ser humano, porque el ser humano es un ser relacional, nos relacionamos los unos con los otros, es más, tenemos necesidad de relacionarnos. Esta conciencia viva de ser hombres y mujeres que nos relacionamos, que el mismo Señor nos ha dicho: amaos los unos a los otros, nos tiene que llevar a tratar a cada persona como un verdadero hermano, como una verdadera hermana.

Queridos jóvenes. Mirad: sin poner en el centro a Jesucristo, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una sociedad en paz, estable, de una sociedad duradera. Y es necesario recordar permanentemente nosotros que la fraternidad comienza uno a experimentarla y a vivirla por ejemplo en el seno de la familia. Cada uno de los miembros tenemos una responsabilidad en la construcción

de esa fraternidad. Y así como en la familia, en pequeño, se construye la fraternidad, así a nivel más grande tenemos que construir también nosotros esa fraternidad humana. Que es también fundamento y camino primordial para la paz. Mirad: los cristianos tenemos la responsabilidad, en el espíritu de Asís, de contagiar al mundo con el amor mismo de Jesucristo nuestro Señor. Este Jesús que una vez más, esta noche, con su presencia, nos acompaña.

Un centro: Jesucristo. Solamente contemplando a nuestro Señor. Por eso, os habéis dado cuenta de que el Evangelio que hemos proclamado, esta página del Evangelio, comienza diciendo: mucha gente en aquel tiempo acompañaba a Jesús, y Él se volvió y les dijo. Esta noche, los que le acompañamos somos nosotros.

Queridos amigos: en este mundo en el que vivimos cada día hay mayor interdependencia, más comunicaciones, que se entrecruzan en todo nuestro planeta, y se hace más fácil ver la conciencia de que todos los hombres formamos una unidad y compartimos un destino común. A pesar de las diversidades, de las razas, de las culturas, de las sociedades, tenemos la vocación de formar una comunidad. Tenemos la vocación que nos da nuestro Señor, que nos ha dicho: amaos, quereos, no os destruyáis, no os maltratéis, no viváis dispersos, no viváis cada uno por vuestra cuenta, no viváis en la inseguridad.

Este mundo, que quizá tiene una característica importante, que es que hemos sin darnos cuenta globalizado la indiferencia; nos hacemos indiferentes ante muchas cosas: ante el dolor del hermano, ante el hambre, ante la muerte, ante tantas cosas... Parece como si no pasase nada, mientras no nos pase a nosotros. En muchas partes del mundo se están lesionando muchas cosas para el ser humano: se lesiona la paz, la convivencia, el derecho a la vida, el derecho a la libertad que todo ser humano tiene, a la libertad también religiosa, a creer... Hay muchos cristianos, en muchas partes del mundo, en estos momentos, que están perseguidos por ser cristianos simplemente. Por poner en el centro a Jesucristo. Pero, queridos amigos, Jesús en el centro, dejando que nos acompañe, nos mete un espíritu dentro de nosotros tan fuerte, tan grande, que nos hace amigos de Él. Y nos hace vivir en la vida como amigos de Él. Y nadie es más grande que el Señor. El amigo hace las cosas y vive siguiendo las huellas desde Jesús, que ha dado la vida por nosotros. Tened en el centro a Jesucristo siempre. No os arrepentiréis. Poned en el centro de vuestra vida a Jesús. Y si alguna vez nos despistamos, volvamos al centro. Él nos alienta. Él nos abraza. Él nos quiere. Él ilumina. Él nos da la mano. Hagamos lo que hagamos.

En segundo lugar, un proyecto. Jesús nos regala un proyecto. Lo habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado: si alguno viene a mí, y quien no carga con su cruz y viene en pos de mí no puede ser discípulo mío. Quien no carga con su cruz.

Queridos amigos: ayer celebrábamos la fiesta de santa Teresa de Calcuta, la madre Teresa de Calcuta. Santa Teresa de Calcuta tuvo una experiencia religiosa que yo os invito a que la tengáis también vosotros esta noche. Ella, fijándose y teniendo en el centro a Jesús, y mirando la cruz del Señor, vio que este Dios que se había hecho hombre, que no tenía pecado... Él tenía sed de que todos los hombres percibiesen que Él les amaba, que Él les quería, que Él no nos dejaba solos, que Él apostaba por el hombre, sea quien fuese. Y ella, al ver eso, sintió la llamada también a quitar la sed, y a prestar la vida para quitar la sed de los que más lo necesitan, de esos por lo cuales Jesús daba la vida, por todos los hombres, porque todos tenemos una cruz: el pobre su pobreza, pero el rico a veces la ignorancia de no darse cuenta de que tiene al lado a alguien a quien le bastarían unas migajas, como en aquella parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro. Pero es pobre también. Y Jesús, dando la vida, para que todos nosotros experimentemos el amor: ese amor de Dios que nos invita precisamente a seguirlo a Él, a regalar su amor, a regalar su paz, a regalar la dignidad del ser humano, y a no robarle a nadie la dignidad del ser humano, a dársela, a promoverla.

No me digáis, queridos jóvenes, que cuando uno pone en el centro al Señor y acoge el proyecto de Jesús -carga con tu cruz, qué es lo que tienes, qué es lo que te pasa, cuál es tu cruz, ponla al lado del Señor- Él te da luz, Él te da capacidad para que lo sigas y te lances también a quitar la sed que tantos y tantos hombres y mujeres en este mundo tienen. Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí no puede ser discípulo mío.

Discípulos de Jesús. Discípulos de Jesús. ¿Dónde está tu hermano? Este es el discípulo de Jesús. ¿Dónde está tu hermano? Para comprender mejor la vocación del ser humano a la paz y a la fraternidad, para conocer más adecuadamente los obstáculos que se interponen en la realización y en descubrir caminos, para dejarse guiar por nuestro Señor, tenemos esta pregunta que nos sigue haciendo el Señor a nosotros, aquella que hizo Dios a Caín después de haber matado a su hermano: ¿dónde está tu hermano? Recordad que Caín respondió al Señor con una respuesta vaga, ignorante, no seguía las huellas de Dios: ¿es que yo tengo que cuidar a mi hermano? ¿Acaso yo tengo que cuidar a mi hermano?

Queridos amigos, hoy Jesús nos pregunta: ¿cuál es tu proyecto?, ¿qué sed tienes?, ¿dónde está tu hermano?, ¿dónde está ese joven que está estudiando contigo y quizá parece feliz, pero no sabe ni para quién vive ni para quién es, tiene proyectos quizá alomejor buenos, porque no son malos es decir, solidarios, pero los vive con las medidas de sí mismo, y por tanto los vive con esas medidas que quien no entre en esas medidas no puede compartir la vida con él. ¿Dónde está tu hermano?

Según el relato de Caín y Abel, todos los hombres procedemos de unos padres comunes, creada por Dios, y nos ha creado Dios a su imagen y semejanza. Daos cuenta de algo que es especialmente importante: hoy, también nosotros matamos al hermano. Y lo matamos cuando no vivimos sus miedos, cuando nos preocupamos de los otros, cuando pasamos a su lado sin mirarlos, sin detenernos, sin preguntarles... Hoy en nosotros, lo mismo que en Caín, se pone en evidencia la dificultad de la tarea a la que estamos llamados todos los hombres: a vivir unidos. Pero no de cualquier manera, sino unidos por el amor de Dios. Un amor que no discrimina a nadie, que no echa a nadie, que el otro puede pensar diferente, totalmente distinto a mí, pero yo no le veo, porque el centro mío es Cristo. No le veo como enemigo. Aunque él lo quiera ser mío. Es mi hermano. Esto tiene unas exigencias radicales para todos nosotros. Algunos dirían: eso es ser tonto. Pues sí, si hay que ser tonto... mirad a Jesucristo, presente en la eucaristía, en esa imagen que tenemos al fondo. A quienes le llevaban y le ponían en la cruz, a quienes le insultaban y se reían de él, la respuesta de Jesús fue: perdónales, porque no saben lo que hacen. No se han enterado para qué están en este mundo. No se han dado cuenta ni de quienes son ellos ni, por supuesto, de quién soy yo.

Queridos amigos: en el centro, Cristo. Y en vuestro corazón, un proyecto. Un proyecto: el de Cristo. Con la cruz que tengáis. No somos perfectos nadie. Pero esa cruz nuestra, al lado del Señor, se convierte en algo que dinamiza nuestra vida de tal manera que nos convierte en seguidores de Jesucristo nuestro Señor, en discípulos que vamos en pos de Él.

Y en tercer lugar, un bien. Ha sido preciosa la página del Evangelio en la que el Señor nos habla de ese bien, y nos lo dice con una especie de parábola: uno que quiere construir una torre y no calcula, no se sienta a deliberar cómo la va a construir, y resulta que no la puede acabar porque se le termina el dinero. O aquel rey que quiere dar una batalla a otro rey, y no se sienta a calcular primero cómo podrá

salir al paso de los que le atacan con muchos más soldados que él, y pierde la batalla. Y Jesús dice: mirad, ¿sabéis cómo venceréis?, si tenéis un único bien. No se trata de construir torres, no se trata de ganar batallas. ¿Qué bien tenéis en vuestro corazón?. Todo aquel que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío. El bien grande de la vida, el que me hace a mí estar junto al otro, el que me hace buscar la paz, el que me hace buscar la reconciliación, el que me hace entregar la esperanza a todos los hombres, el que me hace ser un ser humano con capacidad de decir: tú eres mi hermano, eso me lo da Jesucristo. Es el bien.

Solamente los hombres y mujeres de este mundo podremos responder a la construcción de la paz y de la fraternidad a la que el Señor nos llama, no con nuestras fuerzas; no con nuestra fuerza que a veces cae en la diferencia, en el egoísmo, en el odio, en aceptar y vivir en las diferencias... No. La fraternidad esta enraizada con la paternidad de Dios. Una paternidad que genera fraternidad. Esa de la que nos habla nuestro Señor cuando Jesús nos dice: el amor del Padre que yo os he manifestado es el que os regalo hoy, para os sintáis hermanos los unos con los otros. La fraternidad, la paz, ha sido generada en Cristo por su muerte y por su resurrección.

Pues, queridos amigos, yo esta noche, en esta página del Evangelio, os invito a que pongáis en primer lugar, en el centro, a Cristo; a que tengáis un proyecto: ese tener sed, sed, y quitarla como el Señor nos la quita. Y que tengáis un bien en vuestra vida: podéis tener muchas cosas, que serán legítimas, pero que no os ahogue el bien más grande, que es el mismo Señor, a quien nosotros ahora adoramos.

Que durante este mes tengáis este regalo: ved cuál es mi centro, cuál es mi proyecto, qué es mi vida, el máximo bien de mi vida.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE INICIO DE CURSO DE LA CURIA

(05-09-2019)

Queridos hermanos obispos, don Jesús, don José, don Juan Antonio y don Santos. Queridos hermanos vicarios episcopales, vicario general. Queridos hermanos sacerdotes, seminaristas. Queridos hermanos y hermanas todos lo que hoy nos reunimos porque iniciamos este curso nuevo pastoral en nuestra curia diocesana, y porque el Señor, como nos decía el salmo 97, quiere seguir dando a conocer su salvación a todos los hombres.

Iniciamos este curso con el comienzo de un Plan Diocesano Misionero. Todos sabéis que hemos estado, en los tres años anteriores, con el Plan Diocesano de Evangelización, viendo los retos que los cristianos experimentaban que tenía en estos momentos la Iglesia que camina en Madrid. Y, ciertamente, en todos los grupos que trabajaron, se recogieron todas las aportaciones que ellos hacían; y es verdad que fueron muchos los retos que tenemos, pero, con respecto a todas las demás, una mayoría muy grande apuntaron los grupos tres retos que son esenciales para nosotros. Y, por ser mayoría también, y lo que había dicho la gente

que había trabajado, me parecía que era bueno acogerlo. Son: el tema de la juventud, el tema de la familia y el tema de la presencia de los laicos en la vida social, en el mundo.

El año pasado tuvimos un año especial, Mariano, celebrando los 25 años en que Pedro - entonces Juan Pablo II- inauguraba esta catedral. Y Pedro -hoy Francisco, pero es el mismo- está hoy precisamente en un viaje misionero por las tierras de África. Nos está invitando a salir. Nos está invitando a acercar la vida de Jesucristo a todas las situaciones que estén viviendo los hombres. Y, en ese sentido, nosotros hemos hecho, para este próximo trienio, un Plan Diocesano Misionero, en el que vamos a trabajar al mismo tiempo, durante los tres años, esos tres retos que los cristianos de Madrid han dicho que son importantes y esenciales. Que es verdad que coinciden con los retos que la Iglesia a nivel universal ha vivido, especialmente sobre todo en los dos últimos sínodos: el sínodo de la familia, el sínodo de los jóvenes, y ese intento que el papa insiste tanto en que los cristianos estemos presentes en medio del mundo. ¿Por qué? Porque, como hemos escuchado en el salmo que hemos recitado juntos, el Señor quiere dar a conocer su victoria. Quiere revelar a todos los hombres su justicia, que no es la justicia de los hombres: es la justicia de Dios, que va más al fondo, más adelante, e incluso también más atrás. Quiere hacer que los hombres contemplen la victoria de nuestro Dios. Que aclamen a Dios. Y precisamente por eso, nosotros comenzamos también este Plan Misionero Diocesano, que quiero invitar a todos los que formamos parte de la Curia diocesana a que trabajemos en él.

La Palabra de Dios que acabamos de escuchar nos invita fundamentalmente a tres actitudes: conocer, prestar y entrar.

Conocer. No iniciamos el Plan Diocesano Misionero de cualquier manera. Como os decía antes, hemos tenido el año pasado el Año Mariano porque queríamos fijarnos en qué expresión cristiana ha querido nuestro Señor que todos los discípulos entrásemos en el mundo. Y es verdad que lo hemos encontrado en su Santísima Madre, la Virgen María. Fue un Año Mariano, Santo, en el que la cercanía de María la hemos palpado. Y en el que María nos ha remitido a hacer verdad lo que hoy la Palabra nos dice: conozcamos más y más a Jesucristo. No se puede salir a anunciarle sin conocer más y más a Jesucristo, como hace un instante nos decía el apóstol Pablo en este texto de la Carta a los Colosenses. Decía Pablo, refiriéndose a los Colosenses: "No dejamos de rezar a Dios por

vosotros, para que sigáis teniendo un conocimiento perfecto de Cristo, un conocimiento de su sabiduría, una inteligencia espiritual que nos es regalada por nuestro Señor".

Conoced al Señor. Su voluntad. Su sabiduría. Agradadle en todo. Fructificando en obras buenas siempre. Y todo esto no por nuestras fuerzas, sino que sabemos que el poder y la gracia de nuestro Señor nos da fuerza, nos da paciencia, nos da magnanimidad y nos ofrece también esa alegría que no nace del triunfo de la vida, sino que nace del abrazo que Dios nos da permanentemente. Conocer a Dios. Y hacer posible que, en ese conocimiento, nosotros compartamos siempre con los que nos encontremos la herencia que el Señor nos ha dado. Esa herencia que nos ha sacado, como decía el apóstol, de las tinieblas, y nos ha mostrado la luz que aparece en nuestro Señor Jesucristo.

Por eso hoy, queridos hermanos, nosotros, como nos decía el Evangelio en el mismo comienzo, en esta página de san Lucas, en el capítulo 5, nosotros también nos agolpamos alrededor de Jesús, para oír la palabra que el Señor nos da. Yo quise hacerlo visible. Y por eso el día 5 de octubre, si Dios quiere, aquí, en la catedral, vendrá el Cristo de Medinaceli. Estará todo el día, para que la gente pueda rezarle, pueda... terminará por la noche con una procesión desde la catedral hasta el lugar donde Él está, en el santuario de Medinaceli. Yo os invito... es un gesto, pero es verdad que quiere hacernos ver que solo conociendo a Jesucristo podemos hacer este Plan Diocesano Misionero. Solo conociendo al Señor podemos salir a dar a conocer a Jesucristo. Conocer.

En segundo lugar, prestar. Lo habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado, queridos hermanos: había dos barcas, vacías, aparcadas, y Jesús se las pidió a los pescadores que habían desembarcado. Esas barcas podemos ser cada uno de nosotros. Pueden ser todos los cristianos que formamos parte de nuestra Iglesia diocesana. Como las barcas, prestemos nuestra vida para Jesús se suba, entre en nuestra existencia. Y, además, entre en nuestra existencia y Jesús pueda hablar desde nuestra vida, como hablaba desde las barcas. Nos dice que sentado, es decir, con autoridad. Y enseñaba. Seamos capaces todos de prestar nuestra existencia, prestar nuestra vida para que el Señor hable.

Por tanto, queridos hermanos, conozcamos a Jesús. Prestemos nuestra vida para que el Señor hable. Para que el Señor se dirija. Jesús, cuando hablaba,

no se quedaba en palabras: curaba, amaba, hacía experimentar a los hombres con los que se encontraba el cariño y el abrazo de Dios, que cree en la persona, que cree en sus posibilidades, que se acerca a todos sin excepción, que no hace un grupo aparte.

Y en tercer lugar, no solamente hay que conocer y prestar la vida, sino entrar en la profundidad. Rema mar adentro, le dijo el Señor a Pedro. Podemos tener la tentación, también nosotros, de decir: maestro, pero si estamos haciendo lo mismo siempre, repitiendo cosas, y no hemos cogido nada. Pero ojalá seamos como Pedro: por tu palabra, echaré las redes. Entra en la profundidad.

Nos ha dicho el Evangelio que, en la orilla, el Señor le dijo a Pedro: entra, sigue adelante. Los que somos de mar, aunque no entremos en la profundidad de las aguas, porque ya no tenemos la agilidad que teníamos antes, sabemos que en la superficie del mar hay oleaje, sobre todo en el Norte, y cuando entras, sin embargo, y buceas un poco, en la profundidad hay calma. Para dar profundidad a las cosas, esto es lo que quiere decir el Señor: entra, entra en la profundidad, no te quedes en la superficie agitada.

Pero estas palabras son para todos nosotros, queridos hermanos. No nos quedemos en los dimes y diretes. No nos quedemos en eso. Entremos en la profundidad. En la profundidad de la misión de la Iglesia. En la profundidad de esta Iglesia que sigue caminando con Pedro. Yo os lo digo de verdad: para mí Pedro me envió a Orense, el mismo Pedro que me ordenó de obispo me envió a Asturias, sigue Pedro enviándome a Valencia que era Benedicto XVI, y sigue enviándome Pedro a Madrid que es Francisco. Pero es Pedro.

Entra en la profundidad. No hagas daño a la Iglesia. No hagas daño a la misión de la Iglesia. No perturbes la misión de la Iglesia. Echa las redes. Es necesaria la fe, queridos hermanos. Es precioso ver a Pedro decir al Señor: por tu palabra, echaré las redes.

Esta es la experiencia que el Señor nos pide: conocerlo, prestar la vida y entrar en la profundidad. Hicieron tal redada, nos dice el Evangelio, que necesitaron otra barca vacía para llenarla de peces. Hay un acto de fe que es necesario para salir a la misión, queridos hermanos. Acto de fe que hizo Pedro cuando se arroja a los pies de Jesús, nos dice el Evangelio, y le dice: Señor, perdóname, perdóname,

soy un pecador, apártate de mí. Jesús lo incorporó a Él. Y Pedro lo siguió. Lo importante no es, quizás, las dudas que tenía Pedro. Lo importante es que Pedro se arrodilla ante el Señor y lo sigue.

Pues, queridos hermanos: entremos en esta profundidad. Solo desde aquí entenderemos el Plan Diocesano Misionero. Si no, una cosa más. Otra cosa más. Si no entramos en el misterio de la Iglesia, que quiere apostar por entregar a todos los hombres que se encuentren en el camino el anuncio de Jesucristo, en todas las realidades que tenemos nosotros; porque la Iglesia se vale de los medios reales, de los que tienen los hombres para anunciar el Evangelio. Y por eso necesitamos de la economía, y necesitamos de la catequesis, y necesitamos de la Palabra y de comprender cada día más y mejor, y necesitamos de la liturgia, y necesitamos celebrar la fe, y necesitamos el compromiso de los cristianos en la vida social, y necesitamos ayudar a que el amor de Jesús llegue al corazón de todos los hombres, y que la mirada de Jesús llegue a todos los hombres. Y por eso necesitamos acción caritativa, acción social, y los medios de comunicación para hacer llegar esta noticia de Jesucristo a los hombres.

Queridos hermanos: veis que la Palabra del Señor, que es la que hoy se proclama en toda la Iglesia, los textos de la lectura continua son una llamada a todos nosotros, cariñosa, del Señor, como la que le hizo a Pedro: cuento con vuestras barcas; cuento con que vais a conocer cada día más y mejor a nuestro Señor; que prestáis la vida, la que tenemos: con los límites que tiene, pero la prestamos, porque el Señor quiere subir a esta barca mía, y el Señor me pide que entre en esta profundidad: es la profundidad que descubrimos en el misterio de la eucaristía, donde el Señor se hace realmente presente; Jesús resucitado, el que se apareció a Pedro; el mismo que le dijo a Pedro: echa la red; el mismo que le dijo a Pedro: ¿me amas?, ¿me amas más que estos?, y Pedro respondió: sí, Señor, tú sabes que te quiero. Yo creo que esto es lo que todos los que estamos aquí esta mañana queremos decirle al Señor: tú sabes, Señor, con los límites que tenemos, que te queremos. Y queremos prestarte nuestra barca.

Esto es lo que yo os quería decir al inicio de curso. Que el Señor nos bendiga y que la Santísima Virgen María, que siempre nos acompaña, pero que el año pasado nos tuvo un acompañamiento especial, en esta advocación nuestra de Nuestra Señora de la Almudena, sigamos teniéndola junto a nosotros, porque Ella siempre nos alienta y nos hace escuchar aquellas palabras que salieron de su boca

también a los que necesitaban que el Señor se hiciese presente para poder celebrar la fiesta, y que necesitamos nosotros: haced lo que Él os diga.

Por eso, vamos a encontrarnos con Cristo. Que nos dice que demos la vida. Que seamos hermanos. Que no creemos conflicto. Que seamos hombres y mujeres de acción bondadosa siempre a los demás. Que no nos detengamos en el defecto, sino que entremos en la profundidad, que es ver la imagen de Dios en cada ser humano que nos encontremos. Que así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL CARLOS OSORO EN LA MISA DE LA FIESTA DE LA REAL ESCLAVITUD DE LA ALMUDENA

(08-09-2019)

Queridos hermanos obispos, don Juan Antonio y don Jesús. Excelentísimo cabildo catedral. Queridos hermanos sacerdotes. Queridos seminaristas.

Excelentísimo señor alcalde de nuestra ciudad de Madrid. Autoridades civiles y militares. Ilustrísimas autoridades. Hermanos y hermanas todos.

En esta fiesta de la Santísima Virgen María, y en este domingo, el Señor nos permite descubrir qué significa para todos nosotros pertenecer a la Real Esclavitud. Qué contenido damos a nuestra vida cuando nos incorporamos a esta asociación de la Iglesia. Lo habéis escuchado en la Palabra que hemos proclamado. Pero quizá donde mejor se ve es fijándonos por unos instantes en dos expresiones de la Santísima Virgen María. La primera de ellas, cuando el Señor le pide que ofrezca su vida para ser su madre. Cuando le pide un servicio a esta humanidad. Y recordáis la expresión de la Virgen: "he aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra". Y otra de ellas es la actitud de la Virgen ante las necesi-

dades de los hombres. El primer milagro que hace Jesucristo, donde se manifiesta que es Dios, es en las bodas de Caná. Una situación de una familia, de un grupo, que vivía en apuros, que tenía necesidad, que no podía celebrar la fiesta porque faltaba el vino. La respuesta de María recordad que fue también con esta expresión: "haced lo que Él os diga".

Son dos expresiones, "aquí me tienes, Señor" y "haced lo que Él os diga", que de alguna manera definen lo que está celebrando en estos momentos esta Real Esclavitud. Y yo quisiera que lo descubriésemos también en la Palabra que el Señor nos entrega este domingo, a través de la Iglesia. Con tres palabras: sabios, hermanos y centrados. Tres palabras que resumen la Palabra de Dios que acabamos de proclamar, y que nos manifiestan también el significado de esas dos expresiones de la Virgen María.

En primer lugar, vivir con la sabiduría de Dios. Esto es lo que hace María. Daos cuenta de que, cuando a través del ángel, Dios la pide que preste la vida para hacerse presente en este mundo, para tomar rostro humano, Ella, no es que dude, hace una pregunta: "¿Cómo será esto? No conozco varón". "El Espíritu vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra". Es decir: es la sabiduría de Dios, a la que responde la Virgen María, porque lo que no es posible para los hombres, Ella sabe que es posible para Dios, porque tiene la sabiduría de Dios. Y por eso dice: "aquí estoy. Hágase en mí según tu palabra".

Por eso, hermanos, han sido maravillosas las expresiones que hemos escuchado en la primera lectura del libro de la Sabiduría. ¿Qué hombre conoce el designio de Dios? ¿Quién comprende lo que Dios quiere? ¿Quién rastreará las cosas del cielo? ¿Quién conocerá el designio de Dios? Solamente aquellos que acogen la sabiduría de Dios. Solo conocemos de verdad si acogemos la sabiduría de Dios. Así haremos los caminos rectos y descubriremos que esta sabiduría salva, es salvadora para los hombres.

En segundo lugar, hermanos, vivir como hermanos. No solamente vivir con la sabiduría de Dios, que ya es. Sino que se tiene que manifestar: vivir como hermanos. La Virgen María, en las bodas de Caná, no se pone aparte, no se echa a un lado ante las dificultades reales que tienen los hombres. Aquella familia en concreto. Ella dispone, pero naturalmente remite. Remite a alguien que nos hace diferentes.

Si os habéis dado cuenta, en esta segunda lectura que hemos proclamado, de la carta de Pablo a Filemón, hay algo extraordinario. Quizá algo que es necesario que los hombres conozcan cada día más, y más y más: el descubrir que tenemos un título que nos ha dado el mismo Jesucristo cuando nos ha dado su vida por el bautismo. Somos hermanos de todos los hombres. Porque quien siendo Dios se hizo uno de tantos, y se hizo hombre, y se hizo el hermano mayor de todos los hombres. Esto es lo que expresa Pablo. Pablo, anciano, prisionero, había conocido a Filemón. Y Filemón se había convertido al cristianismo. Un hombre que tenía esclavos. Y en un viaje, Filemón le presta uno de sus esclavos para que vaya con él. Y este esclavo se convierte. Se hace cristiano. Y Pablo, cuando lo devuelve a su dueño, lo que hace es mostrarle cómo tenemos que tratarnos los unos a los otros cuando tenemos la vida del Señor. La tiene Filemón, el dueño. Pero le dice Pablo: No he querido retenerlo conmigo. Quizá se apartó de ti, que lo tenías como esclavo, para que lo recobres ahora, mucho mejor, como hermano".

Hermanos. Queridos hermanos: esta es la palabra. Somos hermanos. Un discípulo de Cristo ve en el otro a un hermano. Y esto no es buenismo. Esto es vivir en lo que somos. Si tenemos la vida del Señor, que es nuestro hermano mayor, que nos ha hecho hermanos de todos los hombres, de todos los hombres, devolvamos, como el apóstol Pablo hizo a Filemón, el recado: es tu hermano. Remítamos y vivamos esta experiencia de sabernos hermanos. Con la sabiduría de Dios, y viéndolo como hermanos.

Y, en tercer lugar, centrados, queridos hermanos. Centrados. Sí. El centro de nuestra vida es Jesucristo, Esta tarde estamos reunidos aquí, y nos reúne su santísima Madre. Pero nos reúne y nos remite, como hizo en las bodas de Caná, a hacer lo que El nos diga. Queridos hermanos: centrados. Tenemos un centro, que es Cristo; tenemos una tarea, la que hizo Jesucristo; y tenemos una riqueza, la que viene de Jesucristo. Tenemos, por supuesto, un centro. Lo habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado: si alguno viene en pos de mí, si alguno se viene conmigo, y no pospone a su padre y a su madre... ¿Acaso Jesús está contra la familia? ¿Acaso Jesús nos pide que la dejemos al lado y no nos preocupemos de ella? Resultaría muy extraño que Jesús nos pidiera esto. Sería inhumano. Y Jesús es la humanidad en plenitud. Eso no es posible. Lo llamativo es que se haya mantenido lo que Jesús nos dice aquí, en estas palabras. Nos quiere decir que el que quiera ser discípulo de Él, es alguien que le elige a Él, a Jesús. Que le elige como valor absoluto de la vida.

Esta es la elección que hizo la Virgen María cuando Dios le dijo: "¿me prestas la vida". Y Ella dijo: aquí estoy. Elijo servir a Dios. Hacerme esclava de Dios. La referencia última en todo, por encima de todo, es Jesucristo. ¿Veis? Centrar. El centro de nuestra vida es Jesucristo. Por eso, los cristianos, cuando nos reunimos los domingos a celebrar la Eucaristía, lo que queremos hacer es recordar que el centro es Cristo. No tenemos otro. Y es su palabra, que nos orienta, que nos encamina.

Tenemos un centro. Tenemos una tarea. La segunda afirmación que hacía el Evangelio: quien no lleve su cruz, no puede ser discípulo mío. Llevar la cruz. Llevar la cruz no quiere decir únicamente vivir con serenidad, dificultades y sufrimientos. Llevar la cruz quiere decir seguir el camino que Jesús nos enseñó, afrontando con confianza esfuerzos, sufrimientos, y que esto comporta seguimiento. Y esto puede llegar a hacernos sufrir, como Jesús tuvo que sufrir las consecuencias. Pero este es el camino que lleva la vida. Una tarea: seguir a Jesús.

¿Veis? Centrados en Cristo significa tenerle a Él, seguir sus huellas, seguir sus pasos, y también significa tenerle como única riqueza. "El que no renuncia a sus bienes no puede ser discípulo mío". Esta afirmación de Jesús propone un camino de liberación total. La renuncia a todo lleva consigo renuncias a seguridades, a prestigio, a poder, a dinero. Se trata de una disponibilidad y una libertad para el seguimiento de Jesús: convertir la propia vida en don y en servicio a los otros. Que es lo que hizo Jesús, y es lo que hizo la Santísima Virgen María. Porque, queridos hermanos, cuando Ella presta la vida a Dios, convirtió su vida en don y en servicio a todos los hombres, por los siglos de los siglos.

Por eso, hermanos, en esta tarde, le damos gracias al Señor. Nosotros queremos ir detrás de aquel que, enamorando nuestro corazón, nos despierta posibilidades ignoradas de nuestro ser. Queremos ir tras el Señor. Pero queremos hacerlo como lo hizo la Santísima Virgen María. Y sabemos que Ella nos ayuda. Fue Jesús, cuando estaba en la cruz, cuando nos la regaló como madre: "Ahí tienes a tu madre", le dijo a Juan, y en Juan estábamos todos nosotros. Para hacernos también esclavos de nuestra madre. Y para hacernos hombres y mujeres que queremos vivir con la sabiduría de Dios, siendo hermanos de todos los hombres, y centrando nuestra vida en Jesucristo nuestro Señor.

Hermanos: Jesucristo se hace presente aquí, en el altar, en el misterio de la Eucaristía. Jesucristo viene junto a nosotros. Haced lo que Él os diga, nos ha dicho

y nos dice su Santísima Madre. Es más, Ella ha dicho: hágase en mí según tu palabra. Y nosotros, esta tarde, al reunirnos aquí en esta fiesta de gozo, le decimos al Señor: Señor, nosotros queremos tener tu sabiduría, deseamos ser hermanos de los hombres, deseamos construir la fraternidad, pero sabemos que solamente solo podemos conquistar y poseer si centramos tu vida en tu persona. Que es lo que queremos hacer en esta celebración de la Eucaristía, y en esta fiesta de la Real Esclavitud.

Que el Señor os bendiga siempre y os guarde. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE INICIO DEL AÑO JUDICIAL

(09-09-2019)

Querido sacerdote, don Silverio. Queridos hermanos sacerdotes y diáconos. Excelentísimo señor presidente del Tribunal Supremo y del Consejo General del Poder Judicial. Excelentísimo señor presidente del Tribunal Constitucional. Magistrados. Y personal de la administración de justicia.

Yo os agradezco el que el comienzo de vuestros trabajos en este curso lo realicemos iniciando este trabajo en esta celebración de la Eucaristía, con la convicción absoluta de lo que nos decía hace un instante el salmo 61: "De Dios me viene la salvación y la gloria".

Como hemos repetido, es esperanza, es roca, es salvación, nos fiamos de Él, desahogamos en Él nuestro corazón.

La palabra que el Señor entrega a la Iglesia en este día nos habla precisamente, en primer lugar, de aprender de Cristo siempre. En la persona de Cristo se

encierran todos los tesoros del conocer, como nos decía hace un instante el apóstol Pablo en este texto de la carta a los Colosenses. Se encierran todos los tesoros. Se encierra la sabiduría. Y Dios ha querido dar a conocer la gloria y la riqueza por Jesucristo nuestro Señor. Este misterio, en quien está encerrado todo el saber y todo el conocer, por supuesto que tienen que ver con vuestro trabajo en búsqueda, también, de la justicia.

En el transcurso de vuestros años de trabajo, habéis experimentado que la búsqueda de la justicia duradera siempre es una misión que compromete; que os pide un trabajo arduo, constante, sin tregua; que, como decía el Papa en la Jornada mundial de la Paz de este año, es como una flor frágil: trata de florecer entre las piedras siempre. Pero florece, la justicia. Y, por tanto, nos reclama a todos nosotros el seguir diciendo con determinación, sin fanatismos, con valentía, sin exaltación, con tenacidad pero con inteligencia: no a la injusticia que destruye siempre la paz entre los hombres y la reconciliación.

Y la justicia sabemos que no solo es la ausencia de injusticia, sino el compromiso incansable, especialmente de aquellos que tenéis una responsabilidad amplia de reconocer y de garantizar y reconstruir concretamente esa dignidad que tantas veces olvidamos o ignoramos de todos los hombres. Para que puedan sentirse los principales protagonistas del destino de este mundo, pero haciéndolo sin perder de vista que la justicia es, de alguna manera, ese caldo de cultivo que provoca siempre el bien entre nosotros.

Una cultura de la justicia es, precisamente, lo que el apóstol nos indica también cuando nos dice que aprendamos de Cristo a descubrir los tesoros del saber y del conocer. Una cultura de la justicia requiere un proceso constante, en el cual cada nueva generación se siente involucrada por un camino que tiene que ser el que propicie siempre la cultura del encuentro. Y puede impregnar todo: reconocer al otro, estrechar lazos, tender puentes. Y, en este sentido, es importante fundamental vuestro trabajo.

Yo, sinceramente, teniendo la fuerza de la palabra del Señor, os lo agradezco. Porque, como nos decía el apóstol hace un instante, aprendemos de Cristo esos tesoros donde se encierra el saber, el conocer, y también vuestro trabajo.

En segundo lugar, hemos escuchado el Evangelio, que nos hablaba y nos hacía en primer lugar una pregunta: una pregunta sobre la justicia. ¿Qué está per-

mitido en sábado, hacer el bien o hacer el mal? Es verdad que había grupos en tiempos de Jesús, como nos dice el Evangelio, los escribas y fariseos, que estaban al acecho para saber si curaba en sábado el Señor. Para tener algún motivo de acusación. Por eso, qué importante la pregunta qué les hace: ¿qué está permitido, hacer el bien o hacer el mal?.

Qué maravilla, queridos hermanos, hermanas, que vosotros, en vuestro trabajo, también tenéis esta pregunta, porque buscáis siempre el bien, buscáis el que se logre el bien. El bien es la justicia, el bien logra la paz, el bien nos entrega a los hombres la capacidad para vivir en la reconciliación. Pero, al mismo tiempo, el Evangelio da una sentencia, como habéis escuchado una sentencia justa: Jesús echó una mirada a los que estaban a su alrededor, y le dijo a aquel hombre, que quería hacerle un bien, porque quería recuperarlo: extiende tu brazo. Y nos dice el Evangelio que quedó restablecido. Quedó curado. Curado. Es verdad que a los que buscaban hacer daño, eliminar a quien quería curar, y por tanto hacer justicia, es verdad que aquello les sentó mal, porque no querían hacer el bien en aquel caso. Les importaba más una situación que era secundaria que la situación principal, que es que el corazón del ser humano esté reconciliado consigo mismo y esté reconciliado también con los demás. Por eso, a esta pregunta sobre la justicia hay una sentencia justa que es la que da Jesús: su brazo quedó restablecido.

Queridos hermanos: que vuestros trabajos, durante este curso que iniciáis, sean precisamente para restablecer esa justicia, y esa paz que nace también de la justicia, en todos los hombres y en todas las situaciones por las que estáis trabajando. Que el Señor bendiga durante este año vuestros trabajos y os de el conocimiento de esa sabiduría que Jesucristo, una vez más, nos entrega con su presencia real, en el misterio de la Eucaristía.

Que el Señor os bendiga siempre.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA INAUGURAL DE 'PAZ SIN FRONTERAS'

(15-09-2019)

Queridos hermanos y hermanas:

Al reunimos en este domingo en el que comenzamos este Encuentro Internacional *Paz sin Fronteras* en Madrid, recibid la acogida de la Madre Iglesia en esta celebración de la Eucaristía, donde la compasión y la misericordia de Dios tienen una presencia y manifestación clara. Solo el Señor crea en nosotros un corazón puro y nos renueva por y desde dentro, impulsándonos con su Espíritu y abriéndonos los labios, para que desde lo más hondo de nuestra existencia hablemos del Dios de la paz y lo alabemos por siempre.

Queridos hermanos, la Palabra de Dios que hemos proclamado, nos muestra tres realidades de nuestra existencia: cercanos, invadidos, escogidos. 1) Cercanos a Él y contagiados por su misericordia y compasión; 2) Invadidos por su gracia, con el regalo de la fe y del amor, y 3) Escogidos e invitados a regalar su misericordia y amor.

Nuestro encuentro hoy tiene un significado singular. Nos hemos reunido aquí en Madrid personas llegadas de diferentes partes del mundo con una tarea: la paz. Es decir, vincular nuestra vida y esfuerzos a construir la cultura del encuentro, haciendo este trabajo con realismo encarnado, no desgajados de la memoria pero sin buscar refugios culturales a quien nos funda; viviendo desde un universalismo integrador a través del respeto a las diferencias; en el ejercicio del diálogo, abriendo siempre espacios de encuentro y desde una apertura a la vivencia religiosa con un compromiso personal y social. Gracias, Señor, por estos días que iniciamos de encuentro, reflexión y compromiso.

Desde la Palabra de Dios que acabamos de proclamar, me permito acercar su luz con tres ideas que resumen lo que el Señor nos quiere decir hoy:

1. Acercaos. Acercaos a Él y contagiaos con su misericordia y compasión (Ex 32,7-11. 13-14). El Señor nos dice a todos los hombres lo que dijo a Moisés: "Anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo, [...] se han hecho un novillo de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: este es tu Dios". Hermanos, ante la cultura del fragmento o de la no integración, se nos está pidiendo en estos momentos de la historia no favorecer nunca a quienes pretenden capitalizar el resentimiento y el olvido de nuestros orígenes; ambas tareas debilitan vínculos. Cuando olvidó a Dios, el pueblo de Israel se hizo ídolos que dividían a los hombres, se olvidó de quien le había creado y liberado de la esclavitud. Y fue Moisés quien intercedió por su pueblo ante Dios. Asumió el compromiso de hablar a Dios para que su misericordia viniese sobre ellos. Hoy el Señor nos está invitando a trabajar con el realismo de la encarnación para crear más cauces de encuentro entre los hombres, más relaciones entre todos los creyentes, pues Dios siempre es un Dios de paz y no de guerra. Nos invita a recordar que seamos fieles a nuestro origen: ha sido el Señor quien nos ha sacado de la esclavitud y somos a quienes Él prometió multiplicar.

Por otra parte, desea que no nos desgajemos de la memoria: "Acuérdate de tus siervos, Abraham, Isaac y Jacob, a quienes juraste por ti mismo diciendo: multiplicaré vuestra descendencia [...] y toda esta tierra [...] se la dará a vuestra descendencia para que la posea siempre". La memoria es potencia unitiva, es potencia integradora. La memoria viene a ser el núcleo vital de un pueblo, permite reencontrarse con los principios y redescubrir la misión. Y hoy se acerca el Señor a nosotros para que caigamos en la cuenta de quiénes somos, pues hemos de buscar el modo de

entender al ser humano en su origen. Fuimos creados a imagen de Dios, por tanto, creados para el encuentro, no para la división. No estemos divorciados con nosotros mismos; vivamos desde la llamada que todos tenemos a la trascendencia. Caer en la cuenta de que no son las corrientes de moda, ni los sentimientos del momento, ni las opiniones llenas de suficiencia que en el fondo ocultan desconcierto, las que nos ayudan al encuentro. Quien nos ayuda al encuentro es quien estuvo desde el principio con los hombres, quien nos creó a su imagen, para vivir unidos, buscando siempre la paz e intentando hacer de nuestro mundo una casa de familia. Por ello, acerquémonos a Él y dejémonos contagiar por su misericordia y compasión. Este contagio nos hará personas de encuentro.

2. Invadidos. Invadidos por su gracia con el regalo de la fe y del amor (Tim 1, 12-17). Hay que entrar en la cultura de la globalización desde el horizonte de la universalidad, nos incorporamos en armonía todos, sin renunciar a lo nuestro, a algo que nos trasciende. Y ello no se puede hacer por vía del consenso, sino del diálogo que es la vía más humana de comunicación. Tenemos la urgencia de instaurar espacios de diálogo que destruyan prejuicios y construyan siempre en función de la búsqueda del común, del compartir, con un trabajo y un proyecto compartidos. ¡Qué bien nos lo ha dicho el apóstol san Pablo en ese diálogo que mantiene con Timoteo! ¡Qué apertura comunica san Pablo después de vivir el encuentro con Jesucristo!

La confesión paulina de la obra que hizo Jesucristo en él, que se fió de su persona y le confió el ministerio, tiene una fuerza extraordinaria para nosotros también. El Señor se ha fiado y ha tenido compasión; derrocha su gracia en nuestras vidas, pues nos ha dado la fe y su amor. Y nos la dio para que ese derroche de amor lo mostremos con nuestra vida a todos los que encontremos en el camino. Hagamos puentes para comunicarlo, construyamos pistas por donde todos puedan pasar. Sí, nos dio la fe y el amor, que nos regalan una visión absolutamente nueva del hombre y de todo lo que existe, donde nadie sobra y todos tienen un lugar, donde nadie estorba sino que todos somos necesarios. La presencia de Dios en nuestra vida es una fuerza creativa, dinamiza hacia la belleza, la bondad, el bien y el encuentro. Nos hace descubrir lo que san Pablo vivió cuando nos dice: "Podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que os digo: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero". Mantengamos vivas las huellas de Jesús para derrochar y comunicar la gracia. Entremos y mantengamos en medio del mundo esta corriente de gracia, siendo hombres y mujeres de fe y comunicadores del amor mismo de Dios.

3. Escogidos e invitados. Escogidos e invitados a regalar su misericordia y amor. Nosotros somos la Iglesia que, tejida por la caridad del Espíritu Santo, se encuentra con el Señor y con todos los hombres. Nos sabemos escogidos e invitados a proponer y regalar a todos los hombres la misericordia y el amor de Dios. Tres parábolas revelan el rostro que se manifiesta en Jesucristo y que el Señor quiere y desea que se manifieste a través de nosotros, a quienes nos ha dado su vida.

En la parábola de la oveja perdida es llamativo que el pastor deje a las 99 y se vaya tras la perdida. Expresa el valor del ser humano, nos manifiesta cómo todos hemos de estar atentos a las situaciones de nuestros hermanos los hombres, especialmente si hay situaciones inhumanas en las que puedan vivir. ¡Qué belleza adquiere la parábola cuando descubrimos que, desde el momento en que se entera de que una oveja se ha perdido, esta absorbe toda la preocupación del pastor! ¿Es así en nuestra vida cuando vemos que los hombres se desvían por el cauce de la división, de la ruptura, del enfrentamiento? ¿Vamos en su búsqueda? Cuando la encuentra, el pastor carga con ella en sus hombros. ¡Qué retrato hace Jesús de Dios! Dios es solo amor y su ternura cuida de nosotros: carga sobre sus hombros nuestra vida. Va en búsqueda hasta que encuentra; la búsqueda de Dios no tiene límites. Escogidos e invitados a mostrar el amor de Dios que es el que genera la paz. Y la alegría del encuentro, pidiendo a los amigos que lo feliciten, encontró a la oveja perdida.

La segunda parábola nos habla de la moneda perdida que pierde una mujer y que la busca por todos los lugares de la casa. Cuando la encuentra se lo comunica a todas sus vecinas. Expresa el empeño de buscar la moneda perdida y la alegría de encontrarla. Jesús con esta parábola nos muestra a un Dios que ama a todos, sea cual sea su conducta. Nos busca siempre, quiere encontrarse con todos. Pone de manifiesto el amor incondicional de Dios que va más allá de todo lo imaginable: siempre sale a nuestro encuentro, somos valiosos, nadie está perdido nunca. Dios nos está buscando y nosotros hemos de ser buscadores de todos los hombres para devolverles su dignidad. Jesús rompe nuestros esquemas, nos revela la compasión de Dios sobre el ser humano. Y nos lanza a construir el mundo regalando misericordia y compasión.

La tercera parábola es la del hijo pródigo o, mejor, la del padre misericordioso, porque aquí el importante es el padre. Refleja dos situaciones existenciales: el hijo menor que reclama su identidad (dame la parte de mi herencia, devuélveme

lo mío, quiero vivir por mi cuenta), prescindiendo de Dios; y el hijo mayor que, teniéndolo todo con su padre, viviendo en la presencia de Dios, no es consciente de lo que tiene y se molesta porque el padre haga una fiesta cuando regresa su hermano. Son dos situaciones de ruptura con la esencia de quien posibilita construir la cultura del encuentro.

El hijo menor, en medio del mundo, se da cuenta de que perdió su identidad y toma la decisión de regresar y volver a recuperarla. Huir de uno mismo y de los demás es lo que crea disputas, envidias, guerras, enfrentamientos. En el regreso siente la acogida y la alegría de Dios; percibe el abrazo y la alegría de recuperar su identidad. Es la manera de crear encuentro y no distancias. Mientras, el hijo mayor, que está molesto por la acogida de su hermano, tiene que escuchar de su padre algo de lo que no se había dado cuenta nunca a pesar de haber vivido siempre a su lado: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo, deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado". Es decir, no te has enterado de mi cercanía y amor y no lo sabes comunicar, por eso te molesta la presencia de tu hermano. Cercanía, libertad, identidad, donación, esperanza, pasión por los demás, es lo que nos regala siempre Dios.

Hermanos, Jesucristo se hace presente en el misterio de la Eucaristía y su encuentro con nosotros nos impulsa a vivir cercanos a Dios, invadidos por su gracia y escogidos e invitados para vivir e impulsar siempre la cultura del encuentro, que lo es de paz, de servicio a la fraternidad. Estos días serán para nosotros días de gracia, pues nos convertimos en buscadores intrépidos del deseo del Señor expresado por los pastores de Belén: gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres que ama el Señor. Amén.

PALABRAS DEL CARDENAL OSORO EN LA CLAUSURA DE 'PAZ SIN FRONTERAS'

(17-09-2019)

Eminencias, excelencias, venerables, queridos amigos:

¡Qué agradable y saludable es construir la paz! ¡Qué bien queda el corazón humano cuando nos dedicamos a construir puentes y no a poner muros! ¡Qué importante es tomar decisiones claras y apostar por la cultura del encuentro! Y por ello desechamos las armas que lleven al desencuentro, a la ruptura, a la violencia, al descarte entre los hombres. Para todos nosotros, estos días vividos en Madrid han sido un regalo, pues poder expresar lo que hace posible ayudar a dar vida, a darnos la mano, a poder ser protagonistas de una lucha activa desde el diálogo y el encuentro, evitando y luchando contra la división, las rupturas, los enfrentamientos, la violencia, la discriminación, la guerra, esto es y ha sido un regalo. Hemos vivido y nos hemos animado a no ser islas, a no sembrar prejuicios, enemistades o condenas, hemos querido sembrar semillas de paz. Salimos de aquí con un título, "sembradores de paz", allá donde estemos, en las tareas y responsabilidades que tengamos.

La misma pregunta que Dios hizo a Caín ante el asesinato de Abel, sigue siendo necesaria que nos la dejemos hacer nosotros: "¿Dónde está tu hermano?". La globalización de la indiferencia que nos cierra en nosotros mismos hace que la respuesta a esta pregunta tenga la misma respuesta que tuvo él: "No lo sé; ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?". La humanidad lleva inscrita la vocación a la fraternidad, por ello la importancia de este encuentro, que nos hace caer en la cuenta de que ser "sembradores de paz" es una exigencia de quienes no estamos dispuestos a olvidar el proyecto de quien nos creó, la vocación originaria de ser hijo y hermano.

Todos nosotros, deseamos comprometernos y buscar por todos los medios, hacer comprender que la fraternidad es el fundamento y el camino para la paz. Se me ocurre regalaros estas bienaventuranzas al finalizar este encuentro. He creído que han sido realizadas estos días por todos nosotros, yo solo las transcribo y pongo en palabras lo que está en vuestro corazón:

1. Bienaventurados cuando escuchamos a quienes han sufrido en su carne la experiencia denigrante de la guerra, que muy a menudo viven a nuestro lado.
2. Bienaventurados cuando descubrimos que la guerra constituye una grave y profunda herida que se inflige a la fraternidad entre los hombres, aunque se haga en lugares distantes a nosotros.
3. Bienaventurados cuando, ante tantos conflictos en el mundo, ninguno de ellos los vivo desde la indiferencia, sino que afectan a mi vida.
4. Bienaventurados quienes se sienten cercanos a quienes viven en tierras donde las armas imponen el terror, la destrucción, y les hacen sentir su cercanía.
5. Bienaventurados los que, mediante la oración, el servicio a los heridos, a los que pasan hambre, a los desplazados, refugiados o viven con miedo, les hacen sentir su amor.
6. Bienaventurados quienes, convencidos de lo que significa la paz para los hombres, hacen llegar a cuantos siembran la violencia y la muerte, la noticia y la llamada a que renuncien al exterminio del hermano.

7. Bienaventurados quienes asumen las vías del diálogo y el encuentro, del perdón y de la reconciliación para construir a su alrededor la paz y devolver la confianza y la esperanza.

8. Bienaventurados quienes dedican la vida a hacer descubrir que el enemigo es un hermano al que tampoco podemos exterminar, sino que debemos convencer que no niegue el derecho a vivir del otro y de una vida plena para todos.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA MISA EN LA FESTIVIDAD
DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED
EN LA CÁRCEL DE SOTO DEL REAL

(24-09-2019)

Querido director de este centro. Guardia Civil. Muchas gracias a todos por la presencia. Y queridos hermanos y hermanas.

Este verano yo no he venido, como suelo hacer otros años. Y tenía como ganas de, o necesidad de venir en este día, ¿no? Tan es así que hay reunión de obispos de la Comisión Permanente, a la que pertenezco, pero la he dejado, no discretamente, porque se enterarán de dónde estoy, pero me he venido a veros a vosotros porque me parecía que era importante estar con vosotros, presidiendo la Eucaristía y celebrando esta fiesta de la Santísima Virgen María. Esta fiesta que tiene siempre unas entrañas especiales de misericordia.

Yo querría dejaros tres palabras que creo que son importantes y que acabamos de escuchar en la Palabra de Dios que hemos proclamado. Por una parte, el interés de Dios en que seamos libres, tal como nos decía el profeta. Por otra parte, el apóstol nos invita también a nosotros a vivir con especial cariño este encuentro

con nuestro Señor. Pero especialmente yo quisiera centrarme hoy en el evangelio que hemos proclamado hoy y que quizás habéis escuchado muchas veces. Y hay tres palabras que a mí me parece que son importantes: salir, encontrarnos y ponernos en brazos de esta madre que nos reúne hoy a nosotros, aquí, en esta fiesta.

En primer lugar, salir. Habéis visto cómo la Santísima Virgen María cuando recibe la noticia de que va a ser madre de Dios, y Ella acepta ese compromiso de hacer llegar a este mundo la presencia de Dios valiéndose de Ella, porque Dios quería hacerse hombre, Ella se pone en camino. Y se pone en camino para ir donde una mujer anciana que no entiende lo que pasa y que, por obra de Dios, va a tener un hijo. Pero la Virgen María quiere hacerla sentir que Dios está con ella, que Dios está a su favor, que Dios está de su parte. Pero para eso es necesario salir. Y eso es lo que quería deciros a vosotros también esta mañana, con esta primera palabra: que la Virgen María nos invita a salir. A salir de nosotros mismos. Si os dais cuenta, cuando nos centramos en nosotros mismos, a veces vivimos en la tristeza. La tristeza llega a nuestra vida cuando solo nos miramos a nosotros mismos. Hay lugares donde a veces pues esa tristeza se da más. Uno va a una residencia de ancianos y uno ve, pues eso, la ancianidad, que a veces es triste: hay soledad, no hay fuerzas, y la gente es consciente de todo eso. Y por eso en esas residencias suele haber también modos y maneras de alentar y de salir, de que no se centren en ellos mismos, los ancianos.

Pero esto nos puede suceder aquí también, en la cárcel, ¿entendéis? Aquí no estáis por gusto. Pero, naturalmente, cuando entráis vosotros, os puede pasar pues eso: que la tristeza ahoga vuestra vida. Porque hay muchos recuerdos, a veces de personas a las que queréis, hay recuerdos incluso de cuando pues en libertad podíais hacer las cosas que a vosotros os parecía. Pero la Virgen nos invita a salir de nosotros mismos. A que miremos de verdad, siempre, otros horizontes distintos que nos da Ella. Daos cuenta, por ejemplo, de que la Virgen se hizo presente en un lugar donde la gente estaba en apuros, por ejemplo las bodas de Caná: la Santísima Virgen María se hace presente. Aquella gente no podía celebrar la fiesta, no había vino. Y en el mundo antiguo, esto era importante. Ahora parece que es algo secundario. En el mundo antiguo era muy importante. De tal manera que no había fiesta: era más bien pues aquello un cementerio. Entonces, la Virgen María interviene. Y se dirige a los que habían preparado la fiesta, y al mayordomo, y les dice: hacer lo que Él os diga. Hacer lo que Él os diga. Y esta mañana viene también a nosotros a decirnos: oye, haced lo que Él os diga.

Las lecturas nos dicen: salir. Como Ella. Pongámonos en camino. En un camino que, es verdad, tiene dificultades. Nos dice el evangelio que era montañoso. Haya dificultades. Pero Ella sale. Ella se pone en marcha. Sale de sí misma. ¿Cómo hacer esto aquí, entre nosotros, entre estas paredes? ¿Cómo salir de nosotros mismos y no centrarnos en nosotros mismos, que nos lleva a la tristeza, a la desolación, al mero recuerdo, que es bueno, pero tanto tanto que nos haga ahogarnos en nosotros mismos es malo. ¿Cómo hacerlo? Pues mirad: primero, centrándonos en otros. La Virgen María salía porque quería ir a ver a una anciana. A una mujer. Para decirle que para Dios nada hay imposible. Que para Dios no vale la tristeza, no vale el agobio. Pero el evangelio también nos da datos a nosotros para descubrir esto en la vida.

Una mujer, que la han puesto en el santoral el Papa, es una mujer de África, una mujer de color negro, y es una mujer extraordinaria. Esta mujer fue esclava. Era esclava. Y seguro que lo pasó muy mal. Y la trataron muy mal. Pero esta mujer tenía a Dios en el corazón. Y se decía a sí misma: yo no puedo hacer con estos que me tratan así lo mismo que hacen conmigo. Y los miraba de otra manera. Y les hablaba de otra manera. Resultado: que cambió el corazón de muchos de los que le rodeaban. Porque no se centraba solo en los sufrimientos que ella tenía, que ciertamente los tenía. Que la hicieron padecer mucho. Mirada de frente a los demás. Y veía, incluso en aquellos que la trataban mal, porque era una esclava, ella veía a un hermano. Y ella conquistó su propia libertad, y salió de la esclavitud, precisamente amando. Queriendo a la gente.

Pero ya os he contado otras veces que un cardenal, que está en proceso de beatificación, que era arzobispo en Vietnam, este hombre le metieron en la cárcel sin tener culpa de nada. Y él pensó: bueno, yo qué puedo hacer en la cárcel para que esta manera de vivir tremenda, que la gente tiene unos sufrimientos por estar aquí y se lleva mal y... ¿Qué hacer? Y aquel hombre, en muy poco tiempo, convirtió la cárcel en un lugar de fraternidad. Porque todos se miraban de otra manera. Y empezó con los cristianos que había allí. Había otra gente. Pero empezó con los cristianos. A uno que cuidaba la cárcel le preguntó que si podía tomar las medicinas que necesitaba, y le mandaron desde su casa las medicinas, que eran una botellita de vino y pan. Y con el vino que tenía celebraba la misa en la celda, consagraba la eucaristía y después todo eso, en trocitos muy pequeños, se lo llevaba a los cristianos para que lo tomaran y se alimentaran; y les decía: de lo que coméis, dad. De lo que coméis, dad. Si tenéis salud, dad salud.

Pero así nos pasa... También en la persecución nazi. Ese santo al que les encarcelaron sin más. Pues no había dificultades... Y sin embargo, este hombre, ¿qué hace? Que cuando van a matar a otro, que es padre de familia, él a los que le van a matar, porque ya estaban todos para que les diesen un tiro, y delante de los demás, porque sacaron de la fila a los que iban a morir, él dice: yo por ese. Y dio la vida. Por él. Por un padre de familia. Y es el padre de familia el que, para el proceso de canonización, ha testificado que él se salvó y siguió con su familia.

Por eso, salir. Hoy la Virgen nos invita a salir. A salir de nosotros. A hacer felices a otros. Eso que os dice Paulino a veces, que os dice con una palabrota que yo no me atrevo a decirla, pero él la dice muchas veces. Pues eso que os dice Paulino es verdad, en la medida en que salgamos y busquemos al otro, y le demos al otro, no egoísmos nuestros, sino lo mejor de nosotros, estamos ayudando a que este lugar sea un lugar diferente, distinto. Salir. Como María.

Encontrarnos. Con nosotros mismos y con los demás. Es la segunda palabra. María se encontró con Isabel. Y dice que en el encuentro la criatura que llevaba Isabel en su vientre saltó de gozo. Es decir, percibió la presencia de Dios. Oiga, ¿por qué no hacemos posible nosotros que los demás perciban que algo distinto está en nuestra vida? Que lo perciban. Y no hay que hacer ninguna oposición especial. Ni ningunos estudios especiales. Hay que dejar que el Señor entre en nuestro corazón y en nuestra vida. Como entró en la Virgen María cuando dijo Ella: aquí estoy. Cuando Dios le dijo: oye, hay que resolver el problema de la humanidad. Los hombres no acaban de enterarse de que Dios es el dueño y el Señor de todo. Y es necesario que Dios se haga presente en esta tierra. ¿M aceptas? ¿Y tú aceptas entrar en este proyecto? Y María dijo: aquí estoy. Y nos diría a nosotros: oye, ¿aceptáis entrar en un proyecto que es de Dios? ¿Aceptáis que con vuestra vida los demás noten que algo distinto está sucediendo?. Esto no esperéis a hacerlo, bueno, ya lo haremos cuando salgamos de aquí. Que es verdad. Hay que empezar a hacerlo aquí. Aquí. Tenemos que empezar a hacerlo aquí. Es lo que siempre hacemos, que yo mismo lo hago: ya lo haré mañana. Y te pasan los años y te das cuenta de que te vas a morir y no has hecho nada de lo que querías hacer. Hay que hacerlo. Encontrarse. Hay que encontrarse con las personas. Pero en ese encuentro con las personas, ¿qué doy yo? ¿Doy mis egoísmos? ¿Doy lo malo mío? ¿O doy lo mejor? María entregó lo mejor.

Salir. Encontrarnos. Y ponernos en manos de Ella.

Se pueden repartir las estampas que voy a daros porque os voy a hablar de 'poneros en manos de Ella' solamente con una estampa que vais a ver. Porque es mejor entenderlo desde la imagen. Es una estampa en la que está, por una parte tiene la mano derecha tocando un pie y la mano izquierda tocando el corazón de Jesús. En la imagen que os doy... perdonarme... yo, por un momento... somos mayores, somos mayores, pero qué bonito es, aunque seamos mayores, hacernos un poco niños y decirle a la Virgen: nos ponemos en tus manos. Y nos ponemos en tus manos para estas dos cosas que está haciendo la Santísima Virgen y que tenéis aquí, en la imagen: para dejar que toque nuestro pie. ¿Por qué? Porque el pie nos hace caminar, y entramos por un camino o por otro, depende de la dirección que tomemos. Dejándonos tocar por la Santísima Virgen María, vamos a decirle: oye, que yo vaya a hacer caminos de fraternidad, que yo haga caminos de bondad, que yo haga caminos donde el otro siempre se construya, que no sea una persona que todo el día está diciendo lo negativo... Hay gente que se empeña en vivir triste. Y entonces haya gente que dice: qué mal está, esto no puede ser... Todo el día así. Esto es imposible. Así se construye la vida malamente. Solamente el ser humano que tiene horizontes, y la Virgen María nos da horizontes: nos toca el pie, para que vayamos por caminos de fraternidad, de bondad, de alegría, de verdad, de vida, de honradez... Esos caminos que son importantes.

Pero no solamente se queda tocando el pie: toca el corazón con la otra mano. Si os habéis dado cuenta, con la mano izquierda toca el corazón. Está la Virgen tocando el corazón de Jesús. Pero ese Jesús somos cada uno de nosotros. Quiere tocar nuestro corazón. Un corazón raquítico, en el que no entran más que los que piensan como yo, no vale para cambiar este mundo. Un corazón grande sí que vale para cambiar este mundo. Y, mirad, ¿cómo se hace ese corazón? Jesús nos dio la solución. Luego lo vamos a hacer: vamos a rezar el Padre Nuestro. Quien reza el Padre Nuestro entiende perfectamente que todos, sean quienes sean, son hermanos suyos. Y si no lo hace así, no ha rezado bien el Padre Nuestro. Jesús nos enseñó el Padre Nuestro. Y toca nuestro corazón para que nosotros... Hay gente que dice: eso es buenismo. Bueno, pues si eso es buenismo, yo quiero ese buenismo. Quiero ese buenismo. Yo quiero que los demás sean mis hermanos. Y quiero hacerlo visible. Y este mundo necesita esto: esta dirección. Y si Jesús toca mi corazón, yo entiendo lo que me dice cuando habló y dijo: amaos. Os doy un mandamiento único, nuevo: amaos los unos a los otros como yo os he amado. Recordad que cuando Jesús está en la cruz había gente que estaba mofándose de Él. Y Él se dirige a Dios y dice: perdónales porque no saben lo que hacen. No se han enterado. Perdónales. Bueno.

Yo os digo esto para que de vez en cuando os pongáis en manos de Dios. Y no hace falta hacer muchas cosas. Cuando nos levantamos por la mañana qué distinta va a ser la vida aquí si me dejo tocar mis pies para ir por el buen camino y encontrarme con el otro de verdad, y no para reírme, no para mofarme de él, no para hacerle daño, no para... Y qué distinto será si me dejo tocar el corazón, porque será un corazón grande.

Que nos sintamos así al comenzar el día siempre. Qué bonito es este regalo en esta fiesta de la Merced. Porque la gran merced de la Virgen es que nos entrega a Jesucristo nuestro Señor.

Pues que el Señor os bendiga y os guarde siempre. Salid. Salid de vosotros. No seáis tristes. Es normal que a nadie nos guste estar aquí. Encerrados. No nos gusta. Por lo menos, a mí tampoco me gustaría. Pero salid de vosotros. Aquí también se puede salir de uno mismo. Encontraos con la gente. Con todos. No digáis este no. Pero encontraos para darles lo mejor de vosotros mismos, no para encima azuzarles para que vivan en lo peor. Y dejaos poner en manos de la Virgen. Poneos en manos de la Virgen.

Pues que el Señor os bendiga. Y yo sé que tengo dos deudas con vosotros: el libro, que está en marcha; es difícil hacerlo, porque yo he comprobado que para no identificar a nadie hay que hacer ahí una serie de cosas que, por partes, hay que hacerlas, y no es fácil hacerlo; y también he visto que cantáis muy bien y yo ya tengo, eso sí que, el dispositivo está preparado para grabar cualquier día. Yo tengo las personas, y el director me ha dicho que sí, que se puede hacer. Así que, bueno. Lo digo para que veáis que no me he olvidado de vosotros. Al contrario. Siempre que estoy con vosotros yo salgo de aquí de otra manera. Porque me anunciáis el evangelio. Pues gracias.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE ENVÍO DE PROFESORES

(27-09-2019)

Queridos hermanos sacerdotes. Querida delegada. Queridos hermanos y hermanas, todos profesores: no hacéis cualquier construcción, sino la de un ser humano al cual queréis llegar a su corazón para que desarrolle todas las dimensiones de su vida. Por eso, hace un instante le decíamos al Señor: defiende mi causa, sálvame. Y decíamos en el salmo 42: nuestra causa es la causa del hombre que, en definitiva, es la causa de Dios. Y reconocíamos en el salmo que el Señor es nuestro Dios y nuestro protector; que el Señor nos hace vivir en la luz y no en la sombra; que el Señor nos hace experimentar que el otro no es enemigo, sino que es hermano. Por eso, decíamos al Señor, con el salmista: envía tu luz y tu verdad. Envía tu luz y envía tu verdad.

Nosotros nos acercamos hoy, al comienzo del curso, al altar del Señor. Queremos estar junto al Señor porque sabemos que Él nos da confianza, nos da alegría, y le damos gracias por tener en nosotros esta tarea tan extraordinaria y tan bella como es anunciar también con nuestra vida a nuestro Señor Jesucristo.

Queridos hermanos: la Palabra de Dios que hemos proclamado hoy nos ayuda a entender incluso nuestra propia vocación como educador. Siendo distinto, siendo diferente. Sin embargo, en toda nuestra diócesis describimos una pintura bellísima. Quizá con coloridos distintos, como nos decía antes en la monición de entrada Inmaculada. Pero hacemos una tesela bella. Y la hacemos pensando siempre en los demás.

La fuerza se muestra en vosotros. Por eso, yo quisiera acercar hoy la Palabra de Dios con tres palabras, a vuestro corazón: trabajar, confesar, vivir y anunciar. Juntas estas dos últimas palabras, porque no anuncia el que no vive. Y no vive plenamente el que no anuncia.

Estamos comenzando un nuevo curso. Y la carta pastoral que he escrito para toda la diócesis la he titulado: En la misión, ¿qué quieres que haga por ti?. Esa expresión, ¿qué quieres que haga por ti?, es la expresión que nuestro Señor Jesucristo un día le dijo al ciego Bartimeo. Aquel ciego que estaba al borde del camino, aquel ciego a quien querían tapar y hacer que no gritase, pero que el Señor se volvió hacia él y le preguntó: "¿Qué quieres que haga por ti?". En este dinamismo, a mí me gustaría que situaseis también el trabajo que realizáis en vuestra misión.

En primer lugar, trabajar. La fuerza se muestra a través de vosotros. A través de lo que hacéis. A la obra. Nos decía el Señor: a la obra, que estoy con vosotros. Que estoy con vosotros. Lo decía el profeta Ageo en un contexto muy singular. Él había visto el templo en su primer esplendor. Y ahora pregunta: ¿Y qué es lo que veis ahora? Pero les animaba: ánimo Josué, ánimo pueblo. A la obra, que estoy con vosotros, que la vais a hacer mejor, que la vais a hacer más bella. Se trata de trabajar, queridos hermanos. No nos tocan, ni a vosotros ni a mí, tiempos fáciles. Otros han sido también difíciles. Pero a nosotros nos toca vivir un momento especial de la historia de la humanidad. Muchas cosas están cambiando, y cambiarán. Pero, por muchas dificultades que tengamos, sean las que tenemos para realizar nuestra misión, o sean las que nos pongan los demás, el Señor esta tarde nos dice lo mismo que les dijo al pueblo de Israel: a la obra, que estoy con vosotros.

El Señor nos dice: ¿quién queda entre vosotros que haya visto esta casa en su primer esplendor? El esplendor del ser humano, el esplendor de la humanidad, está en nosotros también, queridos hermanos. Porque no tendrá esplendor la humanidad si olvida a Dios. Si retira a Dios. No habrá esplendor en esta humanidad si

no hay personas que digan, como el Señor a Bartimeo: ¿qué quieres que haga por ti? No habrá esplendor. Y, naturalmente, hay que hacer lo que el Señor hizo.

¿Qué es lo que veis ahora? Quizá vosotros, queridos hermanos, veis dificultades, veis que la tarea es difícil. La tarea en sí misma, y además las dificultades que nos ponen los demás. Sin embargo, tened ánimo: vamos a la obra. Yo estoy con vosotros. Este encuentro que tenemos esta tarde aquí, entre nosotros, no es una cosa más que hacemos para comenzar el curso y porque digamos es preceptivo o no, queridos hermanos. Queremos expresar públicamente entre nosotros que, en medio de la dificultad, en medio de nuestro trabajo, que no es fácil en estos momentos, hacemos caso a nuestro Señor y logramos, junto a Él, tomar el ánimo y meter-nos a la obra. Porque el Señor no nos abandona: está con nosotros, en medio de mostros Él mantiene el Espíritu. Y lo mantiene vivo. En medio de nosotros, Él sacudirá al cielo y a la tierra, al mar, al suelo firme, como nos decía hace un momento el profeta. Y tendremos tesoros. Y llenaremos de gloria esta humanidad si creemos, de verdad, que el Señor es el Señor de la vida. Él tiene la fuerza suficiente no solamente para dárnosla a nosotros, sino para mostrársela a los demás. Él tiene la fuerza suficiente para llenar nuestra vida de ese tesoro y de esa gloria que solamente la puede dar nuestro Señor Jesucristo.

Trabajad. No os desaniméis. El Señor está con vosotros.

En segundo lugar, confesad. Confesad. ¿Os habéis dado de las dos preguntas que el Señor les hace a los discípulos? ¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Y vosotros, quién decís que soy yo?. Son dos preguntas. La gente empezó a decir: unos, que Juan Bautista; otros, que Elías; otros que... Es decir, también entonces había dificultades. Y el Señor paseaba en medio de ellos. Pero había dificultades para reconocerle. Lo importante no es solo lo que dice la gente, que hay que tenerlo en cuenta para acercarnos a ello. El realismo en el que nos pone el Señor la misión es muy clara: tenemos que saber lo que piensa la gente. No podemos anunciar a nuestro Señor, y ser testigos de nuestro Señor, sin saber lo que piensa la gente, y las necesidades que tiene el ser humano en cada momento. Por eso el Señor les pregunta, como nos pregunta a nosotros: quién dice la gente que soy yo. Quién dice la gente que soy yo. Algunos ni le conocen en estos momentos en los que vivimos.

Pero la segunda pregunta es también muy importante: y vosotros, ¿quién decís que soy yo?. Mirad: para confesar la fe hay que tener una relación muy pro-

funda con Jesús. Los discípulos de Jesús contestaron: el Mesías de Dios. Pedro, en nombre de todos, dijo: tú eres el Mesías de Dios. La confesión de boca es fácil, la confesión con las obras es más difícil, porque este mismo si os dais cuenta negó al Señor, tuvo dudas, no experimentó del todo la cercanía de Dios, podía ser otra cosa distinta. Terminar como terminaba no le daba confianza para decir: sí, soy discípulo del Señor. Contestar: ¿quién decís que soy yo?.

Queridos hermanos: esto supone pasar tiempos también hablando con el Señor. Pasar tiempos escuchando su palabra. Pasar tiempo viendo el rostro de Jesús en las personas que tenemos alrededor. Y en los que más heridas tienen en nuestro mundo. ¿Quién decís vosotros que soy yo?.

¿Veis? Hay que trabajar. A la obra. El Señor está con nosotros. Y hay que confesar a Dios. Hay que ver qué es lo que piensa la gente de Cristo, y hay que ver también qué es lo que nosotros decimos de Él de verdad. Y qué estamos dispuestos a dar. Confesemos a Cristo: seamos educadores, trabajadores y confesores de la fe en el Señor y de la adhesión a nuestro Señor Jesucristo.

En tercer lugar, vivir y enunciar. Uno las dos palabras. Vivir y enunciar. Jesús les dijo quién era, pero habéis escuchado en el Evangelio que les dijo también cómo habían de vivir: el hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser despedido por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado, pero al tercer día ha resucitado. Resucita. Jesús les dijo quién era. Él tenía que padecer. Él tenía que ser ejecutado. Y un discípulo, queridos hermanos, no es más que el maestro. Un discípulo también tiene que estar dispuesto a vivir y anunciar al Señor en medio de la dificultad. En medio de las turbulencias que pueda haber.

Yo ya no lo hago. Cuando era más joven, en mi tierra, me podía tirar al mar. Y aunque hubiese mucho oleaje, en el norte el oleaje es grande, en el Mediterráneo es más suave, pero en el norte es más fuerte, y el oleaje es más grande. Pero si te sumerges, por abajo tú no notas nada. Por abajo está en calma todo. Ves los peces y todo.

Sumergíos. No os quedéis en la superficie. ¿Dificultades?: muchas. Algunas además nos parece difícil superarlas. Pero entremos en la profundidad. El ser humano tiene necesidad de Dios. El ser humano tiene necesidad de Dios. La historia de la humanidad no se puede escribir, si quieres ser esta humanidad cada vez más

humana, solo desde ella misma. Es necesario que Dios entre. Y para ello a veces nosotros tenemos que entrar en la profundidad. Porque en la superficie nos quedamos con el oleaje y las dificultades. En la profundidad, vemos que Dios es calma. Que Dios es necesario. Los peces no están arriba, en el mar. Están abajo. Y pasean tranquilamente.

Queridos hermanos: como veis, al iniciar este curso, y para poder responder a esta pregunta, ¿qué quieres que haga por ti?, es necesario que acojáis estas tres tareas: que trabajéis, a la obra, a la obra, Dios está con nosotros, el Señor está con nosotros; confesad también vuestra fe, con las dos preguntas al tiempo: viendo cómo está la gente, lo que piensa la gente, lo que vive la gente, las necesidades de la gente... Pero vosotros, sobre todo, quién decís que es el Señor. Confesad vuestra fe. Sin miedo. Sin vergüenza. Y vivid y anunciad. Vivid en medio de este mundo, con la sencillez de un ser humano que ha puesto la vida en manos de Dios y que sabe que sin Dios esta humanidad no puede vivir. Que lo necesita, y por eso lo anunciáis. Por eso queréis comunicar a los demás la vida del Señor. Y queréis hacerlo, no de cualquier manera, no dais catequesis, es verdad, pero estáis trabajando en una tarea que es esencial para el presente y para el futuro de los hombres. Sin Dios, queridos hermanos, el ser humano no vive. Convierte este mundo en una selva, donde el animal que más puede se come al otro.

Dios es necesario para que este mundo sea un paraje en el que todos podamos vivir y que todos podamos sentir la necesidad del uno y del otro. Que vosotros seáis también ejemplo de esa estela que, con colores diferentes, hacéis un gran dibujo aquí, en nuestra archidiócesis de Madrid.

Que Jesucristo, que es a quien queremos confesar, que es por quien queremos trabajar, y que es a quien queremos anunciar, nos haga sentir hoy su cercanía y su amor.

Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

ARCIPRESTE:

- **De San Ramón Nonato:** P. Agustín Sánchez Baz, C.M.F. (10-09-2019).
- **De San Blas:** D. Antonio García Rubio (26-09-2019).

PÁRROCOS:

- **De San Miguel de los Santos:** D. Gabriel Córdoba Rodríguez. (10-09-2019).
- **De San Gabriel de la Dolorosa:** P. Miguel Ángel Pardillo Arranz, C.P. (10-09-2019).
- **De Santísimo Redentor:** P. José Miguel de Haro Sánchez, C.SS.R. (10-09-2019).
- **De San Juan XXIII, de Alcobendas:** P. Rafael Antonio Vera Gállego, M.Sp.S. (10-09-2019).
- **De San Blas:** D. Juan Carlos Antona Gacituaga. (10-09-2019).
- **De Nuestra Madre del Dolor:** P. Javier López Díaz, T.C. (10-09-2019).

- **De San Gerardo María Mayela:** P. Damián María Martos Nieto, C.S.S.R. (10-09-2019).
- **De San Juan Bosco:** P. Ángel Téllez Sánchez, S.D.B. (10-09-2019).
- **De Santa María Madre de la Iglesia:** P. Herminio Martínez, S.M. (10-09-2019).
- **De Nuestra Señora del Perpetuo Socorro:** P. Damián Cubillo Ávila, C.S.S.R. (10-09-2019).
- **De Doce Apóstoles:** D. Juan Aurelio Sánchez Martínez (26-09-2019).
- **De Presentación de Nuestra Señora:** D. Pablo Martínez González (26-09-2019).

PÁRROCOS "IN SOLIDUM"

- **De San Diego:** P. Manuel Romero Jiménez, T.O.R. (Moderador) y P. Andrés Fidencio Valdez Domínguez, T.O.R. (26-09-2019).

ADMINISTRADORES PARROQUIALES:

- **De Virgen de la Candelaria:** D. Antonio García Rubio. (10-09-2019).
- **De Transfiguración del Señor y de Nuestra Señora de la Soledad:** P. Gonzalo González Gómez.-C.S.V. (10-09-2019).
- **De San Luis de los Franceses:** P. Modeste Munini, S.V.D. (26-09-2019).

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De Santísimo Redentor:** P. Antonio Puerto Diosdado, C.S.S.R. y P. Enrique Gómez-Blanco Pontes, C.S.S.R. (10-09-2019).
- **De San Alejandro:** D. Jesús Manuel Duarte González. (10-09-2019).
- **De Buen Pastor y Nuestra Señora del Consuelo:** D. Abel Pagán Valentín. (10-09-2019).
- **De María Auxiliadora:** P. Sergio Huerta Moyano. S.D.B. (10-09-2019).
- **De Santa María Madre de la Iglesia:** P. Julián Vicario, S.M. (10-09-2019).

- **De San Gerardo María Mayela:** P. Nicanor Brasa Prieto, C.SS.R. (10-09-2019).
- **De Nuestra Señora del Perpetuo Socorro:** P. Víctor Chacón Huertas, C.SS.R. y P. Antonio Manuel Quesada Montoro, C.SS.R. (10-09-2019).
- **De San Juan de la Cruz:** D. David Rodríguez Cuadrado, por dos años. (10-09-2019).
- **De San Antonio de la Florida y San Pío X:** D. Luis García-Nieto Sánchez, por dos años. (10-09-2019).
- **De Asunción de Nuestra Señora, de Pozuelo de Alarcón:** D. Alejandro Carrara Navas, por dos años. (10-09-2019).
- **De Inmaculada Concepción, de Soto del Real:** P. Carlos Rey Estremera, S.D.B. (10-09-2019).
- **De Virgen Peregrina:** P. Carlos Huete Mejía, O.M.I. (26-09-2019).
- **De Presentación de Nuestra Señora:** D. Buenaventura Ndayambaje. 26-09-2019).
- **De San Lorenzo Mártir, de San Lorenzo de El Escorial:** P. José Mojadas Gómez, O.S.A. 26-09-2019).
- **De Nuestra Señora de Altagracia:** P. Alberto Joao Domingos Vicente, S.V.D. y P. Dong-Ji Liu, S.V.D. 26-09-2019).

ADSCRITOS:

- **A San Miguel de los Santos:** D. Saturnino García Fernández Villarjubín. (10-09-2019).
- **A San Jenaro:** D. Emile Nockolibo. (10-09-2019).
- **A Santa María la Blanca de Montecarmelo:** D. Malaquías Noé Tchitunda. (10-09-2019).
- **A Bautismo del Señor:** D. Mateusz Cymek. (10-09-2019).
- **A Santa María Micaela y San Enrique:** D. Óscar Arnoldo Contreras Acevedo. (10-09-2019).
- **A San Pablo VI, de Tres Cantos:** D. John Alexander Sebasthiyan. (10-09-2019).
- **A Virgen de la Nueva:** D. Ángel González Bravo. (26-09-2019).
- **A Santa María del Pinar:** D. Erik Hannover Díaz Ruiz. (26-09-2019).
- **A Virgen del Castillo, San Isidoro y San Pedro Claver:** D. Alain Mwinkiew Muswale. (26-09-2019).

- **A Nuestra Señora de Covadonga:** D. Vicente Caicedo Potes. (26-09-2019).
- **A San Diego:** P. Martiniano Sánchez Zúñiga, T.O.R. (26-09-2019).
- **A San Miguel Arcángel de Carabanchel:** D. Zeferino Capeva Nejandu. (26-09-2019).
- **A San Ildefonso:** D. Patricio Simao. (26-09-2019).
- **A Nuestra Señora del Carmen, de Pozuelo de Alarcón:** D. José Ricardo Vivas Ramírez. (26-09-2019).
- **A San Bernabé, de El Escorial:** D. Juan Delgado Álvarez. (26-09-2019).
- **A San Lorenzo Mártir, de San Lorenzo de El Escorial:** P. Modesto García Grimaldos, O.S.A. (26-09-2019).
- **A Natividad de Nuestra Señora, de Navacerrada:** D. Jakub Szyrszen. (26-09-2019).

OTROS OFICIOS:

- **Promotor de Justicia y Defensor del Vínculo del Tribunal Eclesiástico Metropolitano:** D. Eduardo José Gonçalves López. (10-09-2019).
- **Secretario de la Vicaría VII:** D. Luis Miguel Motta de la Rica. (10-09-2019).
- **Capellán de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense:** D. Fernando Cárdenas Artola. (10-09-2019).
- **Capellán de la Universidad Autónoma de Madrid:** D. Santiago Tornos Alonso. (10-09-2019).
- **Capellán de la Residencia de la Comunidad de Madrid "Vallecas":** D. Conrado Bascones Casas. (10-09-2019).
- **Capellán del Tanatorio de la M-30:** D. Jesús Manuel Duarte González. (10-09-2019).
- **Coordinador de Catequesis de la Vicaría VIII:** D. Andrés Esteban Colmenarejo. (10-09-2019).
- **Capellán del Hospital de la Fuenfría:** D. Clemente Arturo Lebrún Lunar. (26-09-2019).
- **Capellán de la Residencia de San José y Orcasur:** P. Lucio Bezana Salas, S.M. (26-09-2019).
- **Coordinador de Pastoral Vocacional de la Vicaría VII:** D. Alejandro Carrara. (26-09-2019).

- **Coordinador de Pastoral Juvenil de la Ciudad de la Vicaría VII:** Fray Eduardo Aroca Grande, T.O.R. (26-09-2019).
- **Colaborador de la Parroquia de Santa María de Martala:** D. Evaristo Alonso Cuenca. (26-09-2019).

DIÁCONOS:

- **Asunción de Nuestra Señora, de Pozuelo de Alarcón:** D. Eduardo Crespo Lázaro. (10-09-2019).
- **Diácono a Nuestra Señora de las Fuentes:** D. Roberto Antonio Madriz Díaz (26-09-2019).

DEFUNCIONES

– El día 5 de septiembre, falleció en Madrid, el P. JOSÉ RAMÓN HERNÁIZ FERNÁNDEZ, de 71 años de edad, Franciscano Capuchino, Vicario Parroquial de San Antonio de Cuatro Caminos.

– El 13 de septiembre, falleció D. JUAN MANUEL RASCÓN, padre del sacerdote D. Juan Luis Rascón Ors, que es párroco de San Pio X y San Antonio de la Florida.

– El día 18 de septiembre falleció en Madrid el sacerdote D. LUCINIO MONTÓN RUBIO, a los 85 años de edad. Era natural de Perales de Alfambra (Teruel). Fue ordenado sacerdote el 05-10-1956. Era diocesano de Madrid. En esta Archidiócesis de Madrid fue profesor en el Colegio Arzobispal, colaborador en la parroquia Ascensión del Señor y colaborador en la parroquia de San Sebastián Mártir de Carabanchel (1994-2011).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ASOCIACIONES Y FUNDACIONES CANÓNICAS

EXTINCIÓN.-

- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Santa María del Mar y San Bruno" (11-09-2019).**

ACTIVIDADES CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

SEPTIEMBRE 2019

Día 2, lunes.

- Tiene un encuentro con el Hno. Provincial de La Salle, en el Palacio Arzobispal.

Día 3, martes.

- Participa en el encuentro de formadores del Seminario Conciliar, en los Molinos.

Día 4, miércoles.

- Preside la Santa Misa del Espíritu Santo y participa en la solemne Apertura del Curso Académico 2019-2020 de la Universidad Pontificia de Comillas.
- Se entrevista con el Director de Acuartelamiento del Ejército de Tierra, D. Enrique Millán Martínez, en el Arzobispado.

Día 5, jueves.

- Se entrevista con el P. Rodrigo Carrizo Moya, Presidente de la Fraternidad Misionera del Verbum Dei.
- Preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Misa de Inauguración del curso pastoral de la Curia.
- Por la tarde recibe visitas en el Palacio Arzobispal.
- Celebra la fiesta de Santa Teresa de Calcuta en el Hogar del Inmaculado Corazón de María con las Misioneras de la Caridad, voluntarios y residentes.

Día 6, viernes.

- Recibe al Obispo de Mongomo (Guinea Ecuatorial), Mons. Juan Domingo Esono, en el Palacio Arzobispal.
- Al finalizar la tarde preside la vigilia de oración "Adoremus" con los jóvenes, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 7, sábado.

- Participa en la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación 2019: "Custodios de la Biodiversidad", organizada por la Asamblea Episcopal Ortodoxa de España y Portugal y el Arzobispado de Madrid.
- Por la tarde bendice los locales parroquiales de la parroquia Asunción de Nuestra Señora de Aravaca. Participa en el septenario en honor de Nuestra Señora del Buen Camino Coronada, patrona de la localidad.

Día 8, domingo.

- Celebra la Eucaristía en la parroquia de San Basilio el Grande.
- Por la tarde preside la Eucaristía en la fiesta de la Real Esclavitud y entrega de las medallas de esclavos de honor en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.
- A continuación participa en la procesión con la imagen Nuestra Señora del Buen Camino Coronada de la parroquia Asunción de Nuestra Señora de Aravaca.

Día 9, lunes.

- Preside la Eucaristía de apertura del Año Judicial en la parroquia Santa Bárbara.

Día 10, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde recibe al Arzobispo de Cotonou, Mons. Roger Hounghbedji, en el Palacio Arzobispal.

Día 11, miércoles.

- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 12, jueves.

- Se reúne con el Comité Ejecutivo de la CEE.
- Por la tarde recibe al Arzobispo de Changanacheerry, India.

Día 13, viernes.

- Concelebra la Eucaristía con el Patriarca de Venecia, S.E. Mons. Francesco Moraglia y recibe una réplica de la Cruz de Lampedusa, en la Catedral.
- Participa en la rueda de prensa de presentación del Encuentro Internacional Paz sin Fronteras, organizado por la Comunidad de Sant'Egidio y el Arzobispado de Madrid.

Día 15, domingo.

- Preside en la catedral Santa María la Real de la Almudena la Misa de inauguración del Encuentro Internacional Paz sin Fronteras, organizado por la Comunidad de Sant'Egidio y el Arzobispado de Madrid. Emite TRECE.
- Participa en el Palacio Municipal de Congresos en el Acto de Inauguración del Encuentro Internacional Paz sin Fronteras.

Día 16, lunes.

- Interviene en la mesa redonda "Vivir juntos en la ciudad", del Encuentro Internacional Paz sin Fronteras, en el Círculo de Bellas Artes.

Día 17, martes.

- Preside en la catedral de la Almudena la oración por la Paz y la ceremonia de clausura del Encuentro Internacional Paz sin Fronteras.

Día 18, miércoles.

- Celebra una Misa en la asamblea votiva de las madres Clarisas Capuchinas, que se desarrolla en la casa de espiritualidad Beata María Ana Mogas.
- Preside en el Seminario Conciliar la Misa de acogida de los nuevos alumnos, con rezo de vísperas. Comparte con ellos la cena.

Día 19, jueves.

- Participa en Cercedilla en la XXI jornada de convivencia de Cáritas Diocesana de Madrid.
- Tiene un encuentro con los Obispos Combonianos y superiores y superiores generales de los Misioneros Combonianos en Madrid.
- Participa en la ceremonia de entrega de los Premios Razón Abierta en la Universidad Francisco de Vitoria.

Día 20, viernes.

- Imparte en el Seminario Conciliar un retiro a los sacerdotes de la Vicaría III.

Día 21, sábado.

- Preside una solemne Eucaristía en la parroquia Cristo Resucitado, con motivo del 50º aniversario.

Día 22, domingo.

- Participa en la clausura del Congreso Nacional de Misiones que se celebra en la parroquia San Francisco de Borja.
- Preside la Eucaristía de toma de posesión del nuevo párroco de la parroquia San Lorenzo Mártir, en San Lorenzo de El Escorial, padre Miguel Gómez Martín, osa.

Día 23, lunes.

- Presenta el libro "41 años abriendo horizontes" dedicado al padre Garralda, en el salón de Alfa y Omega.

Día 24, martes.

- Al inicio de la mañana se reúne con la Comisión Permanente de la CEE.
- A continuación preside en la cárcel de Soto del Real la Eucaristía en la festividad litúrgica de Nuestra Señora de la Merced, patrona de instituciones penitenciarias.
- Al finalizar la tarde participa en la iglesia de San Antón en el acto de presentación del libro "Salvados por Francisco".

Día 25, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Permanente de la CEE.
- Al finalizar la tarde preside una Misa funeral por el descanso eterno del cardenal José Manuel Estepa en la parroquia Asunción de Nuestra Señora.

Día 26, jueves.

- Recibe al Nuncio de Ecuador, Mons. Carrascosa, en el Palacio Arzobispal.
- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Al finalizar la tarde preside la entrega de las ayudas del Fondo Sabadell Ético-Solidario.

Día 27, viernes.

- Se reúne con la Provincia Eclesiástica en el Seminario Diocesano de Getafe "Ntra. Sra. de los Apóstoles" en el Cerro de los Ángeles.
- Se entrevista con el Visitador Apostólico Rumano y con el vicario del Ordinariato, Andrés Martínez.
- Por la tarde preside en la Catedral la Misa de envío de profesores de religión de centros públicos y concertados.

Día 28, sábado.

- Preside la oración y bendice en el atrio de la Catedral la marcha solidaria con migrantes y refugiados, organizada por Cáritas Diocesana de Madrid, la Mesa por la Hospitalidad y la Comisión de Ecología Integral.

- Celebra una Misa de acción de gracias en la parroquia San Alfonso M^a de Ligorio en el 20º aniversario de la comunidad Siervos de Cristo Vivo en Madrid.

Día 29, domingo.

- Preside una Misa en la Casa de Cantabria en honor a la patrona, la Bien Aparecida.
- Celebra la Eucaristía en San Jerónimo el Real en honor al titular del templo.

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

CARTA PASTORAL

"ES CRISTO EN VOSOTROS LA ESPERANZA DE LA GLORIA"

AL SERVICIO DE LA MISIÓN

INTRODUCCIÓN

Para el desarrollo de esta carta pastoral tenemos algunas indicaciones que nos vienen del Santo Padre y de la Conferencia Episcopal Española. Como hemos recordado frecuentemente, el Papa Francisco quiere que en todas las diócesis el próximo mes de octubre sea un mes misionero. Secundando esta iniciativa, celebramos hace unos meses un Congreso diocesano en el que trabajaron conjuntamente la Delegación de misiones y la Escuela de Evangelización. Teniendo en cuenta las indicaciones que allí se nos hicieron, desarrollaremos esta iniciativa en cada parroquia con la ayuda de la vida consagrada y con los movimientos eclesiales.

La Conferencia Episcopal Española, a través de la Comisión de Apostolado Seglar, está preparando para febrero de 2020 un Congreso de laicos en el

que está prevista una fase diocesana, que nosotros ya hemos puesto en marcha y que ocupará el primer trimestre de nuestro curso pastoral. Después, una representación de nuestra diócesis participará en el Congreso que tendrá lugar en Madrid.

Además de estos acontecimientos eclesiales, por mi parte me propongo recordaros algunas cuestiones que nos ayuden a situarnos ante el combate frente a esta sociedad globalizada que cada vez tiende más hacia el pensamiento único, disolviendo todo vínculo con la tradición e imponiendo un modo de vivir individualista, sin sentido de pertenencia y separado de Dios. Ante esta sociedad laicista, la única respuesta es la evangelización: proponer a Jesucristo y una cierta Regla que nos enseñe a vivir.

Cristo es la razón de nuestra esperanza. Su victoria sobre el pecado y sobre la muerte nos la ha regalado mediante el Bautismo: por medio de este sacramento estamos unidos a Él como los sarmientos están injertados en la vid (Jn 15). En esta viña, que es la Iglesia, Cristo resucitado está presente, vivimos de su Palabra y de los sacramentos que nos van gestando como una nueva creación. Mediante la liturgia irrumpe el cielo en la tierra. La liturgia celebrada se prolonga en la oración del corazón, en la comunión entre los hermanos y en la extensión de la Compasión divina a todos los hombres. Conociendo la revelación de este misterio de presencia del Resucitado, con San Pablo os recuerdo a todos que *"es Cristo en vosotros la esperanza de la gloria"* (Col 1, 27).

I. EL SENTIDO DE LA MISIÓN

En nuestra diócesis de Alcalá de Henares comenzaremos el mes misionero el 1 de octubre, memoria de Santa Teresa de Lisieux, invocando a la Patrona de las misiones. Después del rezo de Vísperas en el Monasterio de las Carmelitas de la Imagen (Alcalá de Henares), nos trasladaremos en procesión hacia la Catedral donde inauguraremos solemnemente, en comunión con el Papa Francisco, la Misión Diocesana. Las iniciativas previstas (visitas a las casas, rezo público del Santo Rosario todos los Domingos intercediendo por cada continente, oración por los enfermos y encarcelados, vigiliyas de oración, charlas misionales, etc.) se darán a conocer en el mes de septiembre con sesiones de información y preparación previstas por la Delegación de misiones y la Escuela de Evangelización.

Concluiremos el mes misionero uniéndonos a la celebración de la Vigila de todos los Santos en lo que hemos nombrado "Holywins". En esta ocasión invitamos a todos los niños a la fiesta que por la tarde tendrá lugar en el patio del Palacio Arzobispal. Es conveniente que los niños desde el principio de curso se identifiquen con algún Santo (este año sirven de referencia los Santos misioneros) y que acudan a la fiesta vestidos de ángeles, de Santos de todas las épocas, reproduciendo algún misterio del Rosario, etc. Se trata de evidenciar la victoria de la Virgen y los Santos sobre la muerte, mostrando las bellezas de la Iglesia celestial. La fiesta de los niños concluirá con el traslado procesional a la Catedral, donde tendrá lugar la Santa Misa, la adoración y la noche de evangelización. Conviene animar a los niños y a las familias desde el principio de curso y procurar entre todos estimular la fantasía de los niños para que guarden imágenes cristianas en su memoria.

Para que este mes de octubre promueva en todos nosotros el impulso hacia la misión e imprima como un sello de identidad en nuestra Iglesia, conviene que nos preguntemos seriamente por el sentido de la misión. Para ello, hacemos siempre referencia al mandato misionero de Jesús: *"Id al mundo entero y predicad el evangelio a todas las criaturas. El que crea y sea bautizado se salvará, pero el que no crea se condenará"* (Mc 16, 15-16). Siguiendo este mandato nació la Iglesia apostólica animada por el Espíritu Santo desde el acontecimiento de Pentecostés (Hch 2, 1 ss). El libro de los Hechos de los Apóstoles del Nuevo Testamento guarda memoria del comienzo y el desarrollo de la Iglesia naciente, de lo que llamamos la Iglesia apostólica. En este sentido considero que no hay mejor introducción a la misión que proponer en las parroquias y movimientos una *Lectio divina*, compartida en grupos, de los Hechos de los Apóstoles. En este texto comprobamos la sinergia entre la acción del Espíritu Santo y la respuesta de los apóstoles; en él aprendemos cómo nace la Iglesia y cuáles son sus características (Hch 2, 42-57); aprendemos también la importancia de la oración por Pedro y por la Iglesia, los signos que el Señor les concede y el carácter testimonial hasta la muerte de los discípulos. Entre los santos evangelizadores que hemos de distinguir destaca la figura de San Pablo que, junto con San Pedro, son las grandes figuras de los Hechos de los Apóstoles.

Lo que de manera original y fresca aparece en la comunidad de la Iglesia naciente, con el tiempo se ha ido, en ocasiones, oscureciendo o simplemente separando lo que necesariamente debe permanecer unido. Me refiero a la separación entre la oración y la acción evangelizadora, la separación también entre la liturgia y

la atención a los pobres o la acción social, la separación extrema entre la contemplación y la vida activa misionera, entre el anuncio del Evangelio y la promoción social, etc. Por eso, además de una lectura orada de los Hechos de los Apóstoles, conviene que nos preguntemos por el sentido de la misión, por su origen, sus medios y su desarrollo.

a) Origen de la misión

Al plantearme el origen de la misión (más allá del mandato de Jesús que se contiene en el evangelio de San Marcos 16, 15), me vienen a la memoria las palabras de Jean Corbon en su libro *Liturgia fontal*, que en cierta ocasión fue presentado a los sacerdotes de la diócesis. El capítulo XX de este libro se titula así: *La misión de la liturgia de los últimos tiempos*. Recomendando vivamente su lectura. Para facilitarla seleccionaré a continuación algunas reflexiones del que fue uno de los redactores del Catecismo de la Iglesia Católica.

Respecto al origen de la misión dice este autor: "Podemos hacer todas las reflexiones de teología o de pastoral misional que queramos, pero el misterio de la misión se adueñará de nuestra vida tan sólo si nuestro corazón es transformado, labrado e irrigado por la Comunión divina. Es necesario que estemos habitados por ella. La liturgia vivida comienza a vivificarnos a nivel del corazón, por la oración cada vez más cotidiana, y desde allí penetra nuestra naturaleza, nuestra actividad y toda relación. Cuanto más nos deifica, más nuestra vida llega a ser obra de Dios; cuanto más la Comunión divina restaura nuestra relación, tanto más llegamos a ser Iglesia. La liturgia dilata así a la Iglesia en espacio humano de Compasión divina. Es en este momento de madurez cuando el misterio de la Liturgia, celebrada y vivida, desgarró el corazón de la Iglesia, como el Amor ha desgarrado el del Padre y el Espíritu el de Cristo al expirar en la Cruz. Entonces la Compasión se derrama sobre el mundo, y de ahí la misión" (Jean Corbon, *Liturgia fontal*, Palabra, p. 249).

A raíz de este texto podemos comprender que la misión no es algo que nace de nosotros, ni se reduce a un envío de Alguien. Este Alguien antes habita en nuestro corazón y lo dilata, lo reviste de su Amor y de su Compasión. Este don nos alcanza por la liturgia celebrada y vivida en la oración del corazón. Es ahí donde nuestro corazón es transformado y late con la fuerza del Espíritu, que le regala la Compasión divina capaz de distinguir, averiguar y ser capaz de alcanzar todo sufrimiento

humano. Por tanto, cuando hablamos de preparar la misión diocesana, a lo que nos referimos es a purificar nuestro corazón, a intensificar la oración personal y comunitaria, siendo conscientes de que es en la liturgia donde somos alcanzados por la acción del Espíritu Santo que promueve en nosotros un renovado Pentecostés. Es inútil, por tanto, separar la liturgia de la oración, separar la oración y la liturgia de la acción pastoral y de la acción social. Será como romper a Cristo. Por el contrario hemos de entender que todo tiene su unidad en el misterio de Cristo resucitado que nos envía con el Padre el Espíritu, quien, a su vez, nos regala un corazón dilatado como el de Cristo. En el Espíritu que obra en la liturgia está el origen, es Él quien nos revela a Cristo, quien transforma todo en su Cuerpo y es Él quien derrama la Comunión y la Compasión divina que nos lleva a la misión.

b) Los medios para la misión

Cuando nos referimos a los medios en el contexto de las misiones, no nos referimos a los medios materiales que siempre son subsidiarios, ni nos referimos a ningún tipo de táctica o estrategia. De lo que se trata es de presentar a Cristo y, por tanto, la mediación necesaria es la acción del Espíritu y el testimonio de los bautizados. Es más, la verdadera mediación es la Iglesia como Cuerpo de Cristo, en quien resplandece toda la acción redentora y salvífica del Resucitado. Él es la Cabeza de un cuerpo que como pueblo vive enraizado en Él, participando de la alianza nueva y eterna que Él selló con su sangre.

Por eso cuando hablamos de la celebración eucarística, o de vigiliass de oración, o del rezo público del rosario, la visita a los enfermos, etc., de lo que estamos hablando es de presentarnos como el Cuerpo de Cristo, dando testimonio de las maravillas que Él obra en nosotros, como Dios obró en el antiguo pueblo de Israel. Es el mismo Espíritu que nos alienta a la misión y al testimonio el que despierta la sed de los que no forman parte del pueblo de Dios o andan dispersos por el mundo. Como dice el autor que hemos citado "el mismo Espíritu que anima al *pueblo de Dios* es el Espíritu que gime en el corazón de las naciones" (p. 250). Por eso, no hemos de tener miedo a salir a anunciar a Cristo y a predicar el Evangelio como Buena Noticia de salvación. Nuestro verdadero aliado es el corazón de toda persona que está a la espera de que se le anuncie la Verdad. Esta es la verdadera Justicia: darle al corazón lo que espera, lo que verdaderamente necesita, anunciarle el Amor de Dios como respuesta adecuada a las ansias de Bien y de Verdad.

Así pues, "la misión es esencialmente Epifanía de Cristo a través de su Iglesia como nueva comunidad de Caridad. La Iglesia no es una cadena mundial de publicidad evangélica, ni una asociación de las sucursales de los discípulos de Jesús: ella es la novedad de la Comunión del Espíritu Santo entre los hombres. Esta es la Buena Noticia que se anuncia por su sola existencia: que el amor imposible esté aquí como un acontecimiento real. El Dios vivo no necesita presentación: Él es y viene. Lo mismo sucede con la Iglesia, acontecimiento de la caridad divina entre los hombres. Si la Iglesia no llega a ser ella misma acogiendo al Espíritu Santo que la hace Cuerpo de Cristo, no es más que un grupo sociocultural entre otros; es entonces, al faltar la liturgia fontal, cuando los cristianos recurren a la publicidad. Pero si la Iglesia local es una comunidad de Caridad, los hombres pueden quizá rechazar esta noticia conmovedora del amor de Dios por ellos, pero no pueden no verla. La misión como Epifanía es, ante todo, este misterio de Luz (Jn 13, 35)" (p. 254).

c) El fin de la misión

La misión tiende, como no puede ser de otra manera, a engendrar la vida de Cristo en los corazones de todos los hombres. Así lo expresaba San Pablo en su etapa de madurez: "Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia" (Fil 1, 21). Este misterio, que "estaba escondido desde los siglos y desde las generaciones, ahora se ha manifestado a los creyentes... que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria" (Col 1, 27).

La presencia de Cristo que nos abre a la esperanza de la gloria se hace posible, en primer lugar, por el anuncio y el advenimiento de la Palabra. Se trata de la Palabra de Dios, inspirada por el Espíritu Santo y que contiene a Cristo. Esta Palabra, que es espíritu y vida, cumple todo lo que dice. Es una Palabra performativa, que cambia los corazones y los reviste de la fuerza de Cristo. Por eso, el misionero es principalmente evangelizador, lleva en sus labios la Palabra de Dios y se presenta como testigo que verifica el carácter curativo de la Palabra.

La Palabra de Dios, que es Cristo anunciado, viene siempre cargada de promesas que se han cumplido en Él y que ahora han de cumplirse en nosotros. Estas promesas desembocan en los sacramentos de la Nueva Alianza, que poseen toda la fuerza salvífica de Cristo. Los sacramentos son acciones de la Igle-

sia, los cuales, en sinergia con el Espíritu Santo, nos hacen presentes en signos materiales a Cristo resucitado y nos hacen participar de su misma vida. Por eso, Palabra y Sacramento edifican la Iglesia, esposa de Cristo, que es el lugar por donde discurre la vida de Cristo a todos sus miembros incorporados a Él por el Bautismo.

La vida de Cristo resucitado se nos ofrece en plenitud por medio de la Eucaristía, que contiene al autor de los sacramentos. En este caso, el Espíritu Santo por medio de la *epiclesis* nos introduce en la actualización de la muerte y resurrección de Cristo, presente en el Cuerpo que se entrega y en la Sangre que se derrama. Por la *epiclesis* (llamada y acción del Espíritu Santo) se abren para nosotros las puertas del cielo y nos unimos a la liturgia celeste. El cielo acontece en la tierra y se nos invita a comulgar en el mismo dinamismo de Amor que lleva a Cristo a entregarse totalmente por nosotros en la cruz. La participación en este dinamismo de autodonación radical de Cristo es la caridad que, unida a la compasión divina, es la fuente de la misión.

Para anunciar la Palabra es necesario que el testigo evangelizador esté pegado a ella, que viva en intimidad con Jesucristo y esté dispuesto a vivir de ella hasta el extremo del martirio. Si esto es así, el fuego de su Palabra y el testimonio de su Vida serán un reclamo para los demás, de tal manera que, como Juan Bautista, será un precursor de la Gloria de la que ya participamos en los sacramentos. Estos nos introducen en la vida de Cristo, sanan nuestras heridas y pecados, nos capacitan para vivir la vocación en el estado de vida de cada uno y nos sumergen en la comunión que toma cuerpo en la comunidad cristiana.

La comunidad cristiana es el Cuerpo de Cristo que visibiliza la caridad, un modo nuevo de vivir que viene posibilitado por la gracia redentora de Jesucristo y que hace posible la presencia del Espíritu Santo en sus dones y carismas. La misión, expresión de la Caridad y Compasión divina, presenta a la Iglesia, a cada comunidad cristiana, como el lugar donde se puede vivir, donde se visibiliza la nueva creación operada por Cristo. La misión, por tanto, presenta a Cristo anunciado en la Palabra, celebrado en la liturgia y vivido en la comunión fraternal. Es así como se hace posible ahora un renovado Pentecostés donde el Espíritu Santo, señor y dador de vida, alcance nuestras vidas y nos impulse a salir a las calles y a las plazas como hicieron Pedro y los demás apóstoles (Hch 2) predicando a Jesús como el

Señor y llamando a la conversión: "convertíos, y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesucristo para el perdón de nuestros pecados, entonces recibiréis el don del Espíritu Santo, porque la promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y también para todos los extranjeros que llame el Señor Dios nuestro" (Hch 2, 38-39).

Esperarlo todo del Espíritu Santo es el primer movimiento de la *epiclesis* (llamada y efusión). Por eso, la Virgen María es siempre el modelo de toda misión. Ella es la docilidad y humildad que, tocada por la Gracia, se abre a la acción del Espíritu Santo; Ella como criatura es la impotencia consentida que abre paso a la omnipotencia divina; Ella es la ofrenda permanente de su carne al Verbo creador que recibe como respuesta la carne resucitada asunta al cielo. Con María, con los misterios del Santo Rosario, queremos llevar a cabo la misión diocesana presentándonos como el Cuerpo de Cristo que lleva en sus entrañas la fuerza del Evangelio. Con María queremos ser testigos de esperanza en la Gloria que Dios tiene preparada para sus hijos y que comienza en este mundo cuando somos alcanzados por Cristo. Esto os anunciamos: "que es Cristo en vosotros la esperanza de la gloria" (Col 1, 27).

II. UN LAICADO AL SERVICIO DE LA MISIÓN

La Comisión de Apostolado seglar de la Conferencia Episcopal Española ha propuesto para el mes de febrero de 2020 un Congreso de laicos con la participación de todas las diócesis. Para ello está prevista una fase diocesana, que nosotros tenemos previsto realizar en el primer trimestre de este curso pastoral. Con este Congreso se pretende revitalizar el laicado en las diócesis, tomar conciencia de los nuevos retos que actualmente se presentan para la Iglesia Católica en estos momentos y proponer caminos para la transmisión de la fe y la urgente evangelización. Con este motivo, además de animaros a participar en el desarrollo de esta iniciativa, me parece oportuno ofreceros las siguientes consideraciones:

a) La raíz está en el Bautismo

En primer lugar, conviene recordar que por el sacramento del Bautismo somos incorporados a la Iglesia y formamos parte del Cuerpo de Cristo. Hemos sido constituidos todos los bautizados, como dice San Pedro, en "un linaje es-

cogido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su propiedad, para anunciar las grandezas del que nos ha llamado de las tinieblas a su Luz maravillosa; los que en un tiempo no erais pueblo de Dios, ahora habéis venido a ser pueblo suyo" (1 Pe 2, 9-10).

Es, por tanto, Dios Padre quien por Cristo y mediante la acción del Espíritu Santo nos llama y quien nos introduce en su pueblo. La iniciativa es de Dios, quien nos precede con la gracia de la llamada, quien nos hace hijos suyos en el Hijo unigénito, quien nos santifica y quien nos capacita para participar en un sacerdocio real (el sacerdocio común) para hacer de nuestra vida una ofrenda espiritual y una alabanza a Dios Creador y Redentor. Este sacerdocio común se ejerce en la vida personal, familiar y social como miembros de un pueblo que Dios ha adquirido en propiedad al precio de su sangre y que tiene como misión anunciar las grandezas de quien nos ha hecho pasar de "las tinieblas a su luz maravillosa".

b) La unidad del Misterio de Cristo

La vocación o llamada a la evangelización tiene su raíz en el sacramento del Bautismo. Todos los bautizados, pues, estamos llamados a evangelizar, como miembros del Pueblo de Dios y esta vocación la llevamos a cabo, según hemos señalado antes, salvando la unidad del Misterio revelado en la plenitud de los tiempos: "que es Cristo en vosotros la esperanza de la gloria" (Col 1, 27). ¿Qué significa esto? Significa que no podemos dividir a Cristo, ni separar en la vida cristiana, lo que está unido. Es decir, que el verdadero apóstol vive unido a Cristo mediante la oración del corazón, que celebra la victoria sobre el pecado y la muerte en la liturgia y que participa de la comunión que regala el Espíritu Santo en la Iglesia, que se concreta en cada comunidad cristiana.

Esta misma comunión es la que se hace extensiva a todo el hombre, mediante la evangelización que invita a la conversión y a la fe, para entrar en la comunidad de los redimidos que viven la caridad de Cristo como signo de identidad. Esta caridad -ágape divina-, por ser regalada por el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones (Rm 5,5), no es una caridad utópica o ideal, sino que es el fruto de la presencia santificadora de la gracia de Cristo. Es una nueva creación, que como proceso nos hace vivir en Cristo cambiando nuestros corazones para vivir como hermanos con una estrecha solidaridad.

c) La novedad cristiana

Esta es la verdadera novedad cristiana que, más allá de las estructuras y valores éticos, nos hace escapar de toda tentación de moralismo o de activismo, confiando siempre a nuestras fuerzas o estrategias la redención de las realidades personales, familiares, sociales y políticas de nuestra sociedad. Más allá de una sociedad en la que existen estructuras -algunas de pecado- y valores que cristalizan en una cultura -a veces de muerte-, la presencia de la Iglesia inaugura una realidad nueva, que no es estructura ni se agota en valores éticos, sino que es el Cuerpo de Cristo, en el que se instaura una nueva relación entre los hombres, promovida por el Espíritu Santo, que nos hace vivir en la caridad fraterna, social y política. En definitiva, es el Reino de Dios que está en medio de nosotros y que sufre violencia por manifestarse (Mt 11, 12). Es ahora cuando estamos invitados a pasar de la ley a la gracia, superando toda heteronomía entre la ley que indica el camino y la incapacidad de seguirlo. La gracia de Cristo supone que la nueva ley interior -el Espíritu Santo- cura las heridas del pecado y nos regala el Amor -ágape divina-, la caridad, que no es simplemente una regla de vida exterior, sino la conversión del corazón y la capacidad de cumplir la voluntad de Dios, en la que están depositados nuestro bien y nuestra salvación.

Si lo entendemos así, ya no es posible hablar de compromiso social o político sin la oración, la liturgia y la comunión en la Iglesia comunidad. Ya no es posible hablar de compromiso laboral o familiar sin la vinculación con Cristo y el misterio de su amor presente en los sacramentos, en la oración y en la vida fraterna y solidaria. No es posible hablar de cultura sin la raíz cristiana y sin la ejemplarización de un nuevo modo de vivir la realidad del pueblo de Dios a quien pertenecemos y cuya vida personal, familiar y comunitaria, inspirada por Cristo y por el Evangelio, cristaliza en la belleza del trabajo, en la creatividad artística, etc. Cuando escuchamos las palabras "Ahora hago todas las cosas nuevas" (Ap 21, 5), hemos de entender que Jesús no dejó las cosas como estaban. Ahora con la gracia de la redención se opera un nuevo génesis, una nueva creación que, a través de la liturgia celebrada, vivida y orada en el corazón, se hace presente en el mundo a través de los cristianos llamados a ser como la levadura que fermenta la masa (Mt 13, 33) y como "sal y luz del mundo" (Mt 5, 13-14). Es Cristo quien cura y perdona los pecados, es el Espíritu Santo quien convierte los corazones. A nosotros nos corresponde mantener con su gracia lo sanado y alumbrar con su luz las

tinieblas de una cultura que se cierra a la trascendencia y encierra al hombre en estructuras que conducen a la muerte.

d) ¿Qué significa "laico"?

Cuando hablamos de los "laicos" en la Iglesia nos referimos propiamente a "los fieles cristianos laicos", es decir, a los bautizados incorporados a Cristo y a la Iglesia, el pueblo de Dios. Dentro de esta denominación nos referimos tanto al "laicado asociado" en movimientos, comunidades y asociaciones cristianas, como a los laicos que participan en distintas tareas eclesiales (catequesis, liturgia, caridad, Cofradías y Hermandades, etc.) y también a los laicos que viven su vocación familiar, laboral, social o política sin pertenecer a ninguna asociación o movimiento eclesial. En la pretensión del Congreso organizado por la Conferencia Episcopal Española está posibilitar la participación de todos, con sus características particulares, para hacer presentes las distintas realidades que configuran el pueblo de Dios. También en nuestra diócesis os llamamos a todos a participar en la fase diocesana según las indicaciones que se nos irán comunicando.

A propósito de esta diversidad de modos de vivir la propia vocación laical hemos puesto en evidencia que, como nos recuerda el Concilio Vaticano II: "los laicos hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen su cometido en la misión de todo el pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo. En realidad, ejercen su apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y para la función y el desempeño de los negocios temporales, llevado a cabo con espíritu evangélico, de forma que su laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Pero, siendo propio del estado de los laicos el vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento" (Conc. Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, 2).

En este texto, ya clásico, se pone de manifiesto de manera clara que el fin del apostolado laical es la evangelización y santificación de los hombres, desarrollando su acción apostólica en la Iglesia y en el mundo, subrayando que lo específico laical es ser fermento en el mundo a través de su estado de vida, su vocación, su trabajo profesional y su inserción en la vida social y política. Tanto para el apostolado en la Iglesia como en el mundo, conviene insistir en la integridad de la vida

cristiana, que responde a la unidad del misterio de Cristo que, como hemos dicho, se hace presente en la liturgia vivida, se extiende en la oración del corazón, se expresa en la comunión fraterna y va al encuentro de los otros ejerciendo la Compasión divina mediante el anuncio de la Palabra y el testimonio de las obras.

A continuación, siendo variados los campos de apostolado de los laicos, quisiera insistir en algunos aspectos que considero importantes y que conviene tener en cuenta.

e) La formación de los laicos

Dando por supuesta la iniciación cristiana, de la que luego hablaremos, al afrontar el tema de la formación laical conviene que nos situemos frente a la cultura dominante y la situación social y política que estamos viviendo en España.

Si bien los acentos marxistas y liberales están siempre presentes en el ámbito cultural que nos rodea, hoy la situación en la que nos encontramos es más extrema. Estamos envueltos en una guerra cultural en la que el laicismo no persigue o ataca violentamente los cuerpos, sino que se ha introducido como un virus en las almas, en el hombre interior y está deconstruyendo lo humano. No sólo me refiero a la destrucción de la vida humana mediante el aborto legal y las técnicas de la llamada reproducción asistida; tampoco me refiero únicamente a la mentalidad divorcista, a la destrucción legal del matrimonio, que supone acabar con el pilar social que representan las familias para el bien común; ni siquiera me refiero como algo aparte a la ideología de género que niega la diferencia varón-mujer y que promueve la deconstrucción de la identidad humana en multitud de géneros y de orientaciones sexuales, que afectan también al campo educativo y sanitario. Tampoco quiero considerar como algo separado de la enfermedad global de nuestra cultura lo que ocurre en el campo laboral y en los mismos sindicatos, en la política y en los medios de comunicación, que nos encaminan hacia el pensamiento único, cambiando la realidad con el lenguaje manipulador.

Todo lo dicho anteriormente son síntomas de una enfermedad global que mata el alma. Esta enfermedad, anclada en un individualismo cerrado a la auténtica relación y encuentro con el prójimo, se llama nihilismo y exalta la soberanía de la voluntad del individuo para construir su cuerpo, su orientación sexual y afirmar la libertad como la posibilidad de todas las posibilidades. Es, por tanto, un nihilismo

optimista que, como un virus pernicioso, va matando el alma, sujetándola a los instintos y pasiones, poniéndola a merced de los sentimientos y afectos. En esta guerra, la razón queda debilitada y reducida a su dimensión instrumental como base de la ciencia y de la tecnología, que se presenta como una nueva redención capaz de llevarnos más allá de los límites de la naturaleza humana.

Como siempre, esta guerra es entre los poderosos de este mundo, movidos por el Maligno, y los pobres, comenzando por aquellos que no pueden nacer. Es una guerra promovida por grandes poderes financieros que quieren ir vaciando el planeta por todos los medios. Son ellos quienes, sirviéndose de programas elaborados en grandes universidades, nos quieren encaminar hacia el pensamiento único, atravesando nuestra alma, estimulando nuestros sentimientos y nuestras pasiones para que en nombre de una libertad ficticia se destruya nuestra libertad, que necesita de la virtud. Las apariencias marxistas (colectivistas) o liberales (individualistas) están manejadas por los poderosos, que por primera vez han logrado entrar en las almas de las personas destruyéndolas (haciéndolas esclavas del consumo) en nombre de la libertad. Lo he recordado en varias ocasiones: los poderosos han logrado hacer un cóctel entre el marxismo y el liberalismo en el que se exalta al individuo (ciudadano) sin raíces ni cimientos: rotos los vínculos con su cuerpo, con su familia, con la tradición, con la patria, etc., sólo queda el eslogan "derecho a decidir todas las posibilidades", olvidando que la libertad está dirigida e impulsada necesariamente por el poder mediático y tecnológico que la aboca a consumir.

Es esta una guerra perniciosa, porque las personas no la notan y, engañados en nombre de la libertad aparente y perversa, cada vez son más esclavos del consumo, de las adicciones y de la distracción que acaba embotando el alma, oscureciendo la conciencia moral y destruyendo lo específicamente humano. Los poderosos mercaderes ofrecen la redención mediante la tecnología y el consumo. Para ello necesitan destruir toda resistencia, sea promovida por la conciencia moral o sea promovida por la virtud y los vínculos familiares o comunitarios. Por eso necesitan exaltar al individuo solitario o masificado, sin el soporte de la familia y de los lazos solidarios de la comunidad. Necesitan individuos sin la propiedad necesaria para organizar espacios de vida que respondan a la verdad de la vocación humana, a la relación fraterna y a formar un pueblo que sabe marcar su rumbo. Un pueblo así sabe generar modos de vida humanos y cristianos, que promuevan la cultura de la vida y sabe organizar su trabajo, privilegiando las virtudes para ganar la auténtica libertad para el bien personal, familiar y para el bien común.

Lo que más teme el poder laicista, de pensamiento único y promotor del consumo, son las unidades de resistencia: personas formadas con espíritu crítico, familias sólidas abiertas a la vida y sostenidas en procesos comunitarios e iniciativas que generen un pueblo como la Iglesia, que vive del Evangelio, está enraizada en Cristo, cabeza de un pueblo, que forma una comunidad fraterna -el Cuerpo de Cristo- y que se abre a la relación desde la caridad -participación del ágape divina- vivida personalmente y en los ámbitos familiar, social y político. Desde esta perspectiva hemos de afrontar la formación de los laicos para que sea de un modo integral. Esta formación debe abarcar tanto el conocimiento de la fe y de la moral (teología) como la iniciación a la oración y a la vida litúrgica, la transmisión de la fe y el conocimiento del pensamiento filosófico. Es lo que la diócesis ofrece de dos modos: los cursos a distancia del *Instituto de Ciencias Religiosas* de la Universidad San Dámaso y los del *Instituto Diocesano de Teología "Santo Tomás de Villanueva"*. Al mismo tiempo, hemos de preparar laicos para renovar la catequesis, profundizar en la liturgia y promover la evangelización. Para ello se puede contar con las Escuelas de Catequistas, Liturgia y Escuela de Evangelización. Por otra parte, hay que referirse también a los *itinerarios de formación de laicos* previstos por la Comisión de Apostolado Seglar de la Conferencia Episcopal Española.

Continuando con la formación, es urgente abordar dos campos que por su importancia afectan a todos los laicos y de manera particular a quienes participan en las tareas educativas o en los movimientos de atención a jóvenes y adultos. Me refiero a la necesidad de responder a la ideología de género y a lo que hemos llamado pensamiento único. Para ello necesitamos laicos preparados para la educación afectivo-sexual y para acompañar la vocación al amor en los jóvenes, novios y para acompañar la pastoral familiar. Para ello es necesario conocer bien la llamada Teología del cuerpo que, con otras materias, se enseña en el *Pontificio Instituto Teológico San Juan Pablo II*. Del mismo modo, todos los laicos en su medida necesitan conocer la *Doctrina Social de la Iglesia*, que nace del encuentro del Evangelio con la sociedad. Es lo que llamamos la moral social, que alumbra el carácter inviolable de la vida humana, la dignidad e importancia del matrimonio y de la familia. Al mismo tiempo, la *Doctrina Social de la Iglesia* contiene los principios y criterios para organizar la sociedad respetando la dignidad del trabajo, dando criterios para la actividad económica, sindical y política, nacional e internacional. En este sentido, es muy conveniente que nos habituemos a desprivatizar la fe, de tal manera que los laicos o seglares se sientan llamados a renovar la vida social, siendo como la levadura que fermenta la masa (Mt 13, 33).

f) Algunas indicaciones pastorales

Más allá de las indicaciones generales, os propongo ahora algunas indicaciones pastorales dirigidas a los distintos campos de la misión de nuestra Iglesia particular, siempre en comunión con los demás obispos y con el Santo Padre.

Sirva en primer lugar de recordatorio, derivando de la unidad del Misterio de Cristo que hemos presentado, la importancia de la edificación de los tres sujetos desde los cuales nos podemos abrir al mundo y cumplir el mandato misionero del Señor resucitado: el sujeto cristiano (cada bautizado), la familia (iglesia doméstica) y la comunidad cristiana (parroquias, movimientos). Los tres se necesitan mutuamente y en su origen está la iniciación cristiana de cada bautizado. Sin una verdadera iniciación cristiana que introduzca a cada persona a vivir de Cristo presente en la Palabra y en los sacramentos no puede haber matrimonios cristianos que edifiquen su comunión de personas como una iglesia doméstica. Sin las familias cristianas, verdaderas cunas de la Iglesia y células de la sociedad, ni se edifica la comunidad cristiana, ni la sociedad tiene su fundamento para abrirse al futuro con esperanza.

La transmisión de la fe:

La primera tarea que se confía a la Iglesia es la transmisión de la fe apostólica. Ésta, como en la primera comunidad de discípulos, comienza con la conversión del corazón y el bautismo que nos vincula a Cristo y a su Iglesia. La fe viene del anuncio del Kerygma y de la predicación. Esta es la primera tarea referida a los padres de los niños y, en su momento, la propuesta para los niños en edad catequética, para los adolescentes y jóvenes y para los adultos ya bautizados. Para ello necesitamos ofrecer en las parroquias itinerarios de iniciación cristiana para los adultos sin bautizar y para aquellos que, siendo bautizados de niños, necesitan procesos catequéticos para la conversión permanente y la vida cristiana según su propio estado de vida.

Sobre esta cuestión hemos venido reflexionando los sacerdotes recientemente y continuaremos profundizando en un tema tan capital. Junto a esta reflexión conviene pasar a ofrecer en cada parroquia los itinerarios de iniciación cristiana presentes en la diócesis, con la ayuda de los distintos movimientos. En consonancia con las propuestas teóricas existen las iniciativas para el primer anuncio cristiano (Kerygma, Cursos de Cristiandad, Retiros de Emaús, etc.) así como los procesos

de comunidades con itinerario catequético (Acción Católica, Camino Neocatecumenal, Renovación Carismática, Comunión y Liberación, etc.) o referidos a matrimonios, con carácter formativo (Equipos de Nuestra Señora, Proyecto de amor conyugal, Hogares Don Bosco, Equipos parroquiales de matrimonios, Encuentro Matrimonial, etc.). De una manera o de otra hemos de acentuar la importancia del itinerario catequético como proceso de conversión y la necesaria pequeña comunidad catecumenal, en la que toma carne la unidad del Misterio de Cristo. Recuperar este celo por el Evangelio es el único camino de futuro para nuestra diócesis.

Para los procesos ordinarios de la catequesis de niños, adolescentes y jóvenes, dada la invasión de la ideología de género y las propuestas de distorsión de la sexualidad humana comenzando por la pornografía, conviene introducir en la catequesis de iniciación cristiana de niños las unidades pertinentes de la educación afectivosexual previstas por la Delegación de Catequesis y la Pastoral Familiar de la Diócesis. Del mismo modo conviene introducir a los adolescentes y jóvenes en la Teología del cuerpo, dándoles a conocer la grandeza de la vocación al amor, custodiada por la virtud de la castidad y el resto de virtudes que edifican el sujeto cristiano.

La pastoral matrimonial y familiar:

No descubro nada nuevo si insisto en la necesidad de presentar a los jóvenes la vocación al amor conyugal y cuidar los itinerarios de fe para los novios. Este trabajo lo vienen cuidando desde el *Centro de Orientación Familiar*, al que han de referirse todas las parroquias para suscitar y renovar la pastoral de novios y el acompañamiento en pequeños grupos. Para ello será necesario cuidar la Pastoral juvenil y buscar los vínculos con la Pastoral familiar y el Centro de Orientación Familiar.

Para las familias es urgente redescubrir la oración conyugal y familiar. La oración de familias de cada segundo domingo de mes tiene este objetivo. Este curso se va a seguir un itinerario por los arciprestazgos para dar a conocer esta iniciativa y los contenidos de esta Pastoral familiar y de la vida. La familia cristiana, que tiene su origen en el sacramento del matrimonio, vive del mismo amor de Cristo por la Iglesia que se alimenta en la Eucaristía y en la oración familiar unida a la Palabra de Dios y en la Liturgia de las Horas. Nos queda mucho camino por reco-

rrer para que la Lectio divina y la Liturgia de las Horas, junto con la oración conyugal y familiar, sea una realidad ordinaria en nuestras familias. De ahí la importancia de esta iniciativa de Oración de familias unida a las pautas para la oración que se ofrecen para cada semana.

Pasando a la necesidad formativa de los matrimonios, la Delegación de la Pastoral Familiar ha propuesto para este curso la divulgación de la Teología del cuerpo de San Juan Pablo II, apoyándose en los libros de un autor francés, Ives Semen, presidente del Instituto de Teología del cuerpo de Lyon (Francia). Los libros están editados en la Editorial Desclée De Brouwer, Bilbao. En español están los siguientes títulos: *La sexualidad según Juan Pablo II*; *La espiritualidad conyugal según Juan Pablo II* y *El amor en la familia según Juan Pablo II*. En este mismo orden de cosas conviene dar a conocer el *Proyecto de amor conyugal*, que es una iniciativa reciente y que tiene como propuesta profundizar en las catequesis de amor humano del Papa Juan Pablo II. Para ello han elaborado unos materiales para hacer asimilable y comunicable cada una de las catequesis.

Junto a la Delegación de Pastoral Familiar y de la Vida y el Centro de Orientación Familiar, la Asociación *Spei Mater*, radicada en nuestra Diócesis de Alcalá de Henares, ofrece tres proyectos: el proyecto Ángel para ayudar a las madres a que no acudan al aborto, el proyecto Raquel para acompañar a las madres que han abortado y el proyecto Parroquias por la vida. Este curso, Dios mediante, contará con un local propio en la ciudad de Alcalá.

Finalmente, no podemos olvidar la importancia de mostrar itinerarios y procesos para madurar en la masculinidad y feminidad. La ideología de género inoculada en los medios de comunicación y en los proyectos educativos de los colegios y en la sanidad están dando como resultado una mayor confusión en el tema nuclear de la identidad sexual, que es causa de sufrimiento para muchos padres. Como no puede ser de otra manera, la Iglesia no puede ser indiferente ante la presión cultural que estamos sufriendo y, por eso, no ha de desistir en proponer su ayuda para desenmascarar las propuestas distorsionadoras de la sexualidad humana y ofrecer el designio sobre el amor humano de Dios Creador y Redentor.

Tampoco conviene olvidar la fuente de sufrimiento que se deriva de las adicciones a las drogas, a las apuestas, al juego y, en concreto a la pornografía. Está siendo una plaga que afecta a multitud de personas, comenzando a la edad temprana.

na de los ocho años. Desde el curso pasado en nuestra diócesis está presente el programa Sexólicos anónimos que, de manera discreta, se va introduciendo paulatinamente. Esta realidad conviene que sea conocida, dentro del anonimato, por los sacerdotes y los matrimonios que colaboran en la Pastoral Familiar en las parroquias y movimientos.

La Pastoral de adolescencia y juventud:

A los adolescentes y jóvenes el Papa Francisco les ha regalado la Exhortación postsinodal "*Cristo vive*". De ella conviene retener lo que comenta el Papa sobre lo que la Palabra de Dios dice sobre los jóvenes. Las distintas figuras y referencias en el Antiguo y Nuevo Testamento sobre los jóvenes son una propuesta sencilla para adentrarse en la Sagrada Escritura y aprender a orar con la Palabra de Dios.

El núcleo fundamental de la Exhortación es su propuesta de Jesucristo, quien muerto y resucitado vive en nosotros y, por eso, la vida cristiana no es simplemente un ideal utópico, sino que es participación de la vida del Resucitado, tal como hemos explicado, en la unidad del Misterio. Cristo resucitado, en efecto, nos alcanza en la Liturgia celebrada con fe, vivida en la oración del corazón y prolongada en la comunión. La Palabra de Dios acogida y la celebración de la Liturgia forman la comunidad de discípulos que, al participar del Amor de Dios -la caridad, ágape divina- son llevados por la Compasión divina a todo tipo de apostolado.

También los adolescentes y los jóvenes tienen que ser introducidos en la oración personal y comunitaria, tienen que profundizar en la vida sacramental -fundamentalmente la Penitencia y la Eucaristía- y formar comunidad en su parroquia y en los movimientos.

Vivir en comunidad es una exigencia que reclaman los signos de los tiempos, como respuesta a una cultura y modo de vivir dominados por el individualismo y el consumo. Como dice el Papa Francisco, en María, la muchacha de Nazaret, los adolescentes y jóvenes han de encontrar la respuesta adecuada a la gracia de Dios. Ella es la Virgen humilde que confía plenamente en la acción de Dios. Es la mujer dócil a la acción del Espíritu Santo. Su secreto es la humildad que se deja guiar por la omnipotencia divina -hágase en mí según tu palabra-, y el consentimiento a la iniciativa divina -he aquí la sierva del Señor.

Con María, los jóvenes santos son un punto de referencia que pone en evidencia lo que puede la gracia de Dios cuando no ponemos obstáculos a su acción santificadora y reveladora del designio de Dios. Por eso, es importantísimo arrancarle a Dios su voluntad sobre nosotros, lo que llamamos vocación: ¿Señor, qué quieres de mí? El mejor camino para conocer la voluntad de Dios es la pureza del corazón, que se va adquiriendo con la confesión frecuente, la vida en la virtud, la oración y la dirección espiritual.

Queridos jóvenes: nadie da lo que no tiene. Si no tenéis intimidad con Jesucristo, si no sois constantes en la oración y meditación de la Palabra de Dios, si no os alimentáis con la vida sacramental y participáis de la vida de la comunidad cristiana, no podréis ser testigos de Jesucristo y de su Amor. En la vida cristiana no hablamos de memoria, sino que narramos con nuestro testimonio todo lo que el Señor nos regala mediante la Iglesia que es su Cuerpo. Sólo así podréis ser, como dice el Papa, el ahora de Dios, apóstoles entre los jóvenes, con iniciativas creativas desarrolladas en la Pastoral juvenil.

Tanto en la *Escuela de Tiempo Libre*, como en los itinerarios marcados para los viernes, comenzando con el primer viernes de oración diocesana de jóvenes, tenéis una ocasión para ir creciendo en la fe, para conocer personalmente al Señor y para ejercitaros en la virtud y en el apostolado, particularmente en la caridad. Para todos vosotros es importante el grupo y la comunidad parroquial. Por eso, unidos a vuestros sacerdotes, tenéis que convocar a otros adolescentes y jóvenes, sin miedo ni temor alguno. La experiencia del encuentro diocesano del curso pasado os tiene que animar a llevar adelante el anuncio cristiano a otros jóvenes sabiendo que podéis ser ocasión de gracia para ellos. Al mismo tiempo, tenéis que abriros a conocer los movimientos e iniciativas de apostolado presentes en la Diócesis o en otros lugares y que vienen a acrecentar las posibilidades de encontrarse con el Señor y crecer en la vida cristiana.

Para todos vosotros es importantísima la formación. Esta formación va dirigida a profundizar en la fe, a defenderla frente a propuestas ideológicas y a capacitarnos para seguir la propia vocación y trabajo. También para vosotros es muy importante conocer bien la bondad de la sexualidad humana, su distorsión por la concupiscencia y el pecado, y la propia vocación a un amor de donación en el matrimonio o en la virginidad. La Teología del cuerpo del Papa San Juan Pablo II es un instrumento que os ayudará a conocer profundamente y a descifrar las claves

para un verdadero amor, que siempre ha de estar custodiado por la virtud de la castidad. Esta virtud no anula nada que sea verdaderamente humano: ni el impulso erótico, ni los sentimientos, ni la voluntad de amar y ser amados. La virtud de la castidad significa "la integración lograda de la sexualidad en la persona y por ello en la unidad interior del hombre en su ser corporal y espiritual" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2337). Por la castidad, que integra ordenando los dinamismos de la persona, uno acaba proyectándose para poder darse en libertad. Sin la castidad uno no gobierna su libertad y al no poseerse no sabe renunciar al pecado ni aprende a dar en el lenguaje del cuerpo la propia persona para alcanzar, en el amor conyugal matrimonial, la comunión de personas que puede estar abierta a la procreación, que es fruto del amor.

Son muchos los aspectos formativos que podéis recibir y desarrollar en vuestra juventud. Sin ellos no contaréis con el bagaje adecuado para afrontar vuestra vida personal, vuestro trabajo y vuestra propia vocación. Por eso os animo a ser creativos y exigentes con vosotros mismos, reclamando la ayuda necesaria para complementar vuestra formación.

Pastoral educativa:

La Congregación para la Educación Católica acaba de publicar un documento sobre la necesaria educación afectivo-sexual y para responder a la distorsión antropológica que supone la ideología de género. El documento se titula *Varón y mujer los creó* y en él se ofrecen de manera sencilla y ordenada las claves de la antropología cristiana y las respuestas a las cuestiones que plantea la ideología de género. El texto está dividido en tres partes: Escuchar (puntos de encuentro y crítica), Razonar (argumentos racionales) y Proponer (antropología cristiana). A ello se añade una reflexión sobre el papel educador de la familia, la escuela y la sociedad. Concluye el documento con una llamada a la formación de los formadores y unas propuestas finales.

Tanto para los centros católicos o de inspiración cristiana como para los profesores de religión, este documento es una referencia necesaria para orientar vuestro trabajo y poner las bases para una educación afectivo-sexual expresiva de la vocación al amor. Es verdad que son muchas las veces que insistimos sobre este tema. Hemos de ser conscientes, sin embargo, de que hoy la cuestión social más seria es la crisis antropológica que deriva de las propuestas ideológicas que enca-

minan a la deconstrucción de la persona y a prácticas educativas y sanitarias que no salvaguardan el bien específicamente humano.

Sin una antropología adecuada es imposible educar. Por eso, ante una cultura que afirma la soberanía absoluta de la voluntad sin más criterio que el deseo y el gusto, la educación se encuentra en una situación de emergencia, como señalaba Benedicto XVI y recuerda este documento de la Congregación. Educar a la persona, y no sólo desarrollar habilidades técnicas, forma parte de un proyecto de educación integral que, salvaguardando la libertad, propone caminos para la perfección humana y su capacitación para la verdad, el bien y la virtud.

Los profesores de cualquier materia, y especialmente los profesores de religión, deben ser conscientes de la necesidad de formación. No me refiero a las cuestiones burocráticas que a veces os acaban aturdiendo, sino a los planteamientos serios y necesarios de una educación que tiene frente a sí todo un sistema jurídico, mediático e ideológico que en vez de proponer la verdad y el bien de la persona lo distorsiona, cuando no acaba en un verdadero nihilismo que niega la verdad como propuesta a enseñar y niega el bien objetivo como propuesta a educar.

La manera más rápida para salir de los lazos de las ideologías es remitir a la propia experiencia y a la experiencia de quienes nos han precedido en la búsqueda de la verdad y en la práctica del bien. Del mismo modo, la propuesta de la Palabra de Dios y las enseñanzas de la tradición apostólica contenidas en el Magisterio de la Iglesia Católica nos sirven como referentes que nos alumbran en el camino de encontrar la Verdad para así poder, con la Gracia de Dios, hacer el bien.

Además de la ayuda entre vosotros y los medios que os pueda proporcionar la *Delegación de enseñanza*, conviene que trabajéis unidos a las familias, sabiendo que su capacidad educadora es cada vez menor. Podréis con paciencia ayudar también a los padres y proporcionarles pautas para que sigan la educación de sus hijos. Un gran tema, muchas veces olvidado, es la formación de la conciencia moral para que, en medio de tantas voces, aprendamos a distinguir la Voz de Dios que resuena en nuestro interior y nos invita a seguir el bien y rechazar el mal. Sin esta brújula y sin vuestro testimonio y acompañamiento, muchos se verán perdidos y sin norte navegando como un barco a la deriva. Vosotros no tengáis miedo de dar testimonio de Jesucristo, el verdadero Maestro que nos enseña el camino de la

Vida. Seguro que de su mano podéis hacer un gran bien a aquellos que os han sido confiados.

La Pastoral de la Caridad:

Siguiendo el itinerario que poco a poco hemos ido desgranando, la caridad no es simplemente un ideal -la ágape divina- inalcanzable y utópico. Tampoco se reduce a las ayudas materiales a los necesitados. La caridad cristiana es lo más real que hemos conocido: es el Amor de Dios derramado en nuestros corazones (Rm 5, 5), es el fruto de la participación en la liturgia eterna que se celebra en la Eucaristía, es la presencia en nosotros de la Compasión divina. Jesucristo, siendo rico, se ha hecho pobre para enriquecernos con la salvación. No se ha hecho pobre sólo en lo exterior, se ha hecho pobre adentrándose en nuestra historia y llegando hasta lo más recóndito del sufrimiento humano.

Él nos enseña, por tanto, que la caridad no consiste simplemente en dar, sino en darnos y hacernos mensajeros de la Compasión divina ante todo sufrimiento y pobreza, también el sufrimiento de los inocentes.

Desde esta lógica toda *Pastoral social* y *Cáritas* son la verificación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, que genera una comunión entre los hermanos, fruto de la acción vivificadora del Espíritu Santo. La acción del Espíritu en nosotros nos impele a dilatar el corazón y extender la Compasión divina a todos los pobres y necesitados. Jesucristo no ama simplemente la pobreza, sino que se ha hecho pobre, invitándonos así a vivir desde la lógica del don hecho posible por el enriquecimiento que nos proporciona su gracia. Esta manera de ver las cosas destierra todo tipo de moralismo o de voluntarismo y abre la acción social y caritativa a la intimidad con Jesucristo (oración) y a la presencia vivificante de su Resurrección (liturgia). Unidos a Cristo y vivificados por el Espíritu Santo es cuando podremos darnos y dar lo que corresponde a la dignidad de las personas como imágenes de Dios y presencia del Resucitado.

Todo esto nos lleva a sensibilizar a toda la comunidad cristiana, sujeto de la Compasión divina, para que Cáritas, a través de sus personas y proyectos, sea una presencia visible de la Iglesia, edificada como una comunidad cristiana. El corazón de la Iglesia se extiende más allá de los rostros visibles y cercanos de los necesitados. Por eso *Manos Unidas* cumple la misión de universalizar el Amor,

haciéndose prójimo de los que están lejos geográficamente, pero no lejos del Amor de Dios.

Con estas sencillas reflexiones lo que pretendo es que nos preocupemos todos por garantizar la identidad cristiana de nuestra acción social y caritativa. Cuantos trabajáis en *Cáritas o Manos Unidas*, los que colaboráis en la *Pastoral penitenciaria* o en la *Pastoral de enfermos*, debéis ser iconos de Cristo, su presencia amorosa y compasiva que prolonga en el tiempo la acción del Buen Samaritano, que es Jesús. Como Él hizo, debemos tener los ojos agudos para no pasar de lado frente al sufrimiento humano. Como Él hemos de estar dispuestos a cargar con el herido, a curar con la Palabra y los sacramentos sus llagas y a conducirlo a la verdadera posada, que es la Iglesia. Siempre la mejor limosna, la mejor respuesta a toda necesidad es prestar la limosna del Evangelio, presentar a Jesús resucitado e incorporar al pobre, al herido y al necesitado a su Cuerpo, la comunidad cristiana: la Iglesia.

Agradezco de corazón todo el trabajo que, con esta Compasión divina, realizáis en las parroquias, junto a la vida consagrada y los movimientos. A todos os pido que os acerquéis al Maestro de la Vida, a Jesucristo. Con Él todo lo podemos. Sin Él dejamos de ofrecer lo único necesario. Os pido también que en este curso pongamos una atención particular en la *Pastoral de enfermos o de la salud*. Los nuevos delegados os visitarán para promover en todas las parroquias la atención, visita y oración por los enfermos. Del mismo modo, están preparando formación y presencia en los Centros de salud con incorporación del personal sanitario y del voluntariado, también de jóvenes, con el fin de responder a este campo extenso de la Pastoral que afecta a todas las familias. En su momento irán presentando la posibilidad de promover la peregrinación de enfermos a través de la Hospitalidad de Lourdes y otros santuarios. A María, Madre de todos los enfermos, confiamos estas iniciativas.

III. ¿UNA REGLA PARA VIVIR?

Son muchas las voces y las iniciativas que nos advierten que en esta sociedad globalizada, en la que tantas personas son presa de las ideologías y de las adicciones, en la que se exalta al individuo y la soberanía de su voluntad emotivista; en esta sociedad cada vez más gobernada mediáticamente, impulsada hacia el con-

sumo y el pensamiento único, etc., se está perdiendo el arte y la sabiduría de vivir. Los que confiaban en los cambios políticos han acabado por desengañarse. No es que se considere irrelevante la política. Todo lo contrario. Lo que se constata, en cambio, es una sociedad herida en sus familias, sin capacidad de reacción ante las graves cuestiones de lo específicamente humano y totalmente desvinculada y sin las raíces de la tradición cristiana.

Frente a este panorama, que hemos descrito en otras ocasiones, emergen las respuestas que vuelven la mirada sobre San Benito y lo que supuso el monacato para recuperar el arte de vivir cristiano. Como es sabido, en el siglo VI, viendo la corrupción de sus amigos, Benito deja la ciudad y se traslada como ermitaño a Subiaco, con la voluntad de buscar a Dios y seguir las palabras de Jesús: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará como añadidura" (Mt 6, 33).

Tras un largo proceso, unido a otros seguidores, San Benito fundó en Montecassino (Italia) un monasterio, origen de otros monasterios a los que confió su famosa Regla. Para que no nos equivoquemos, su verdadera regla es el Evangelio y su propósito es "no anteponer nada a Cristo" (Regla de San Benito, cap. 72). Con esta premisa, como él dice en el prólogo de la Regla, se trata de volver "por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien se habían apartado por la desidia de la desobediencia". En definitiva, se trata de volver a poner a Dios en el centro y descubrir en Jesucristo el Maestro de la vida que nos enseñe el arte de vivir.

Pese a todo lo que fue el esplendor del monacato y las raíces cristianas de Europa y Occidente, con el paso del tiempo hemos vuelto a desandar el camino. Desde el Renacimiento, pasando por la Ilustración y todas las propuestas laicistas que le han seguido, de nuevo hemos quitado a Dios del centro, lo hemos desplazado y en su lugar hemos puesto al hombre o aspectos parciales del hombre: la razón, la voluntad, los sentimientos, los impulsos básicos, etc. Con ello nos encontramos ahora, potenciada por los medios de comunicación y por la tecnología, en medio de una sociedad que de nuevo ha perdido el arte de vivir y está gobernada por grandes poderes que, en nombre de la libertad, destruyen la libertad y el alma humana.

El proceso de volver a poner a Dios Creador y Redentor en el centro para entender el misterio del hombre es lento y requiere un proceso comunitario parecido a lo que hizo San Benito para su época. Digo proceso comunitario porque no es

suficiente apelar a las familias cristianas como habitualmente suele hacerse. Hoy la familia en España y en Europa está muy herida. Son muchas las separaciones y divorcios y el índice de natalidad es casi de suicidio demográfico con vistas a mantener la tradición cristiana.

Centrándose en Dios, haciendo del Evangelio regla de vida, buscando no anteponer nada a Cristo, San Benito supo revestir de carne este proyecto de vida que plasmó en su famosa Regla. Al hablar de regla de vida no podemos pensar simplemente en algo externo que nos llevará al moralismo o al voluntarismo. Se trata de volver a Dios, de dejarnos curar por la gracia de Cristo, de enriquecernos con la virtud del Espíritu Santo y sus dones. De nuevo se trata de no romper la unidad del misterio de Cristo que "vive en nosotros, esperanza de la gloria" (Col 1, 27). Dicho esto, San Benito supo organizar el tiempo y supo jerarquizar los bienes para que, mediante la obediencia al maestro (Abad) y a las propuestas minuciosas de la Regla, se pudiera de nuevo aprender el arte de vivir cristiano, mediante la virtud y la primacía de la caridad.

Con estas bases, San Benito realizó un proyecto de vida comunitaria, distribuyendo el día y el tiempo, sabiendo cuánto había que dedicar a la alabanza divina, cuánto a la *Lectio divina* y al estudio, cuánto al trabajo manual, al descanso; cómo había que acoger a los huéspedes, cuidar de los ancianos y niños, cómo distribuir los espacios y cómo estar siempre acompañado por la Liturgia de las Horas, vigiliass y la celebración de la Eucaristía según el ritmo del Año litúrgico, etc. Todo ello está enmarcado en la Regla de vida que distingue los trabajos, sanciona las faltas, regula las salidas de los monjes e impregna hasta los mínimos detalles del saber de la obediencia con la que hay que volver a Dios.

Considerando lo que supuso la Regla de San Benito y la multiplicación de los monasterios para edificar la Europa cristiana, conviene que, salvando las distancias, extraigamos algunas consecuencias para el momento que estamos viviendo. Para ello, sabiendo la importancia del proceso comunitario, analizaremos previamente lo que pueda ser una regla de vida personal y familiar.

a) Regla de vida personal

Lo que digamos de la Regla de vida personal, salvando las características singulares de cada estado de vida y las peculiaridades de la edad, tiene aplicación

para toda persona, sirviendo como una guía general para liberar la libertad personal y capacitarla para vivir en la verdad y practicar el bien.

Siguiendo los postulados de la antropología cristiana sabemos que, incluso después del bautismo, permanece en nosotros la concupiscencia (deseo desordenado) que nos inclina al mal y hace fatigosa la práctica del bien. Esta sabiduría necesitamos recuperarla para no hacer procesos racionalistas de la educación, que se marcan objetivos sin caer en la cuenta de que todo hombre, varón o mujer, necesita ser curado de la herida del pecado, de los propios pecados y del ambiente en el que vivimos cuando la vida se organiza al margen de Dios. La curación de las heridas del pecado y de la concupiscencia que nos inclina al mal es obra de la Gracia redentora, con quien colabora la voluntad humana mediante la virtud.

Llamamos virtud o virtudes a una nueva capacidad humana que, superando el deseo desordenado (la concupiscencia), nos facilita la realización del bien de manera pronta y permanente. En este sentido conviene recordar que los actos humanos van determinando nuestra identidad y nuestro modo de ser. Hay actos que apenas dejan huella en nosotros (los llamados actos indiferentes) y hay otros actos que no simplemente pasan en nosotros, sino que tienen un efecto permanente y nos califican. Por ejemplo: beber agua cuando se tiene sed es un acto que, siendo necesario, no deja huella en nosotros respecto del bien de la persona en cuanto persona, lo que llamamos bien moral. En cambio, mentir nos hace mentirosos; robar nos hace ladrones; comer desordenadamente nos hace glotones y caer en el pecado de gula, etc.

Cuando un acto es bueno moralmente nos encaminamos hacia la virtud. Cuando un acto es malo nos encaminamos hacia el vicio. La virtud es un hábito operativo bueno; el vicio es un hábito operativo malo. Las virtudes acaban siendo como una nueva naturaleza, un nuevo organismo que nos capacita para obrar el bien.

Otro dato que nos proporciona la antropología cristiana es que todos los seres humanos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. El pecado va distorsionando esta imagen y de ahí la inclinación al mal. El bautismo restaura la imagen de Dios y con el proceso de la iniciación cristiana vamos recuperando la semejanza con Dios. Esta imagen y semejanza se manifiesta, entre otras cosas en nuestra vocación al amor. Somos huella de la Trinidad, imagen de Dios que es

Amor. Esta condición humana se ha visto acrecentada por la Encarnación de Jesucristo. Con su muerte y resurrección nos ha concedido el ser hijos de adopción y nos ha enviado con el Padre al Espíritu Santo que mora en nosotros y, con Él, toda la Trinidad. Ello explica que nuestro deseo de amor sea irrefrenable. Ello explica también que muchas personas, que desconocen que en nosotros permanece la concupiscencia como deseo desordenado e inclinación al mal, se lancen desaforadamente sobre los bienes de este mundo, los afectos y las personas, haciendo de ellas absolutos, como ídolos a los que se reclama lo que sólo Dios puede conceder.

Somos deseo de infinito, de absoluto. Somos deseo de Dios. El impulso irrefrenable que nos invita a amar necesita ser encauzado y dirigido a Dios. Para amar bien, jerarquizando los amores, y para ser amados como corresponde, necesitamos de las virtudes que nos orientan al bien y nos ayudan a jerarquizar el amor. Con la virtud de la religión aprendemos que hemos de amar a Dios sobre todas las cosas. Con las demás virtudes aprendemos a ganar la libertad para que hagamos de los bienes temporales, de los afectos y de las personas, camino hacia Dios, que es el Bien absoluto y el fin último del hombre.

Con estas reflexiones comprendemos que la vida humana y cristiana es un combate entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre la gracia y el pecado. En la medida en que somos atrapados por los dinamismos inferiores (instintos, emociones, pasiones, etc.) se debilitan los dinamismos superiores y espirituales: la inteligencia y la voluntad. Si uno es atrapado por la lujuria, la codicia, la envidia, etc., la inteligencia queda nublada, se oscurece y le cuesta descubrir la verdad. Del mismo modo, la voluntad se debilita y acaba pervirtiéndose la libertad, incapacitándose para el bien. Para salir de este drama y vencedores en el combate necesitamos la gracia de Cristo y la acción del Espíritu Santo, que sana nuestras heridas y perdona nuestros pecados. Con la gracia de Dios y las virtudes podemos vencer.

Sabiendo el Señor el drama que vivimos y el combate en el que estamos inmersos después del pecado original, nos regaló con el bautismo las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Se llaman teologales porque tienen por objeto a Dios y la bienaventuranza eterna. Es algo que no podemos alcanzar nosotros con nuestras fuerzas, por eso son regalo de Dios. Por la fe conocemos como Dios conoce, por la esperanza aspiramos a la Gloria por la misericordia de Dios, los méritos de Jesucristo y el auxilio divino. Por la caridad -ágape divina- podemos amar con el Amor de Dios y como Dios nos ama. Estas tres virtudes crecen con la

iniciación cristiana, con la oración y la fuerza redentora de los sacramentos. Son las virtudes más importantes que hemos de secundar con nuestra libertad. Son el equipaje para el cielo.

A las virtudes teologales le siguen en importancia las llamadas virtudes cardinales: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Estas virtudes morales no están al margen de la gracia de Dios, pero no son infusas. Se adquieren por medio del dominio personal, por la experiencia y por el aprendizaje. Se llaman cardinales porque de ellas proceden el resto de virtudes. La prudencia es el arte de guiar nuestra vida hacia el bien. La justicia es la virtud de la relación con los demás y nos enseña a dar lo debido a cada uno. La fortaleza es la resistencia en el bien y la capacidad de afrontar el sufrimiento y hacer frente al mal. La templanza es la virtud que regula el apetito sensible, como por ejemplo el impulso erótico por medio de la castidad. Así lo hace con el comer, beber o el gusto de las cosas o los afectos.

Una vida guiada por la virtud posibilita a la razón descubrir la verdad y a la voluntad dirigirse siempre hacia el bien con perseverancia. Las virtudes liberan la libertad de la esclavitud de las pasiones desordenadas y de los instintos, que necesitan ser dirigidos por la razón. Por medio de las virtudes se alcanza una connaturalidad con el bien que facilita a la inteligencia el conocerlo en las distintas circunstancias y poder realizarlo libremente y con facilidad. En cambio, una vida atrapada por los vicios y pecados dificulta a la inteligencia poder conocer el bien inteligible humano y a la voluntad la incapacita para ejercerlo.

Hemos de hablar del "*bien inteligible*" porque es el bien específicamente humano, el bien moral que custodia a la persona en cuanto persona humana. Se distingue del bien útil o del bien sensible porque, pudiendo ser legítimos e ir unidos al bien inteligible, no siempre coinciden. Por ejemplo, mentir podría ser útil para esconder ante otros que hemos robado, sin embargo, corrompe a la persona, que además de ladrón se hace mentiroso. La prudencia, con la conciencia rectamente formada, es la que nos hace descubrir el bien moral de la persona, el bien inteligible, y llevarlo a cabo ayudados por la fortaleza.

Planteadas así las cosas, comprendemos que la vida moral humana y cristiana es un combate entre el bien, presentado por las virtudes y rigiendo los bienes de la persona, y el mal, que cristaliza en los vicios y pecados. Los Padres del

desierto y los monjes descubrieron en su combate con el mal que había siete vicios o pecados capitales: la soberbia, la avaricia, la envidia, la lujuria, la pereza, la ira y la gula. A estos siete algunos añadieron la acedia que es como una pereza espiritual que no goza con el bien de la caridad y las cosas de Dios. Se llaman capitales porque de ellos se derivan los demás pecados. Diríamos que son como sus raíces, de donde proceden todos los males, vicios o pecados.

En este combate entre las virtudes (el bien inteligible) y los vicios o pecados, somos asistidos por la gracia de Dios, por la presencia del Espíritu Santo y el testimonio de los hombres y mujeres santos. El Espíritu Santo actúa a favor de la inteligencia y de la voluntad a través de sus siete dones: sabiduría, ciencia, consejo, fortaleza, piedad, entendimiento y temor de Dios. Estos dones, con las virtudes teologales o morales, forman como un nuevo organismo sobrenatural que nos capacita para el bien, que se corona con la virtud de la religión, que nos enseña a amar a Dios sobre todas las cosas y a servirle con la bendición y alabanza.

He querido entretenerme con este pequeño repaso de estas cuestiones elementales, necesarias para saber que hemos de afrontar la vida como un combate en el que también es necesario utilizar las armas de Dios. Así lo entiende San Pablo, que describe al cristiano revestido con las armas de Dios como un luchador de la lucha grecorromana (Ef 6, 11-18). El apóstol nos invita a revestirnos con las armas de Dios (la coraza de la justicia, el escudo de la fe, la espada del Espíritu, etc.) porque nuestra lucha no es sólo contra nosotros mismos u otros de nuestra carne y sangre, sino contra el Maligno y los poderes de este mundo, Tronos, Dominaciones, etc. Del mismo modo, San Juan nos habla de las tres concupiscencias de este mundo: la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida (1 Jn 2, 16). Siguiendo esta teología de San Juan, el Catecismo nos enseña que los enemigos del alma son: el mundo, el demonio y la carne. El mundo en este sentido no es el mundo creado por Dios, que vio que todo era bueno, sino el mundo dominado por el Maligno, donde domina el mal.

A la descripción de todo este bagaje moral en el que podemos distinguir entre el bien y el mal y afrontar la lucha por la virtud y la perfección humana y cristiana, hemos de añadir las circunstancias particulares de nuestra situación cultural y de nuestra sociedad. Hoy, como es sabido, estamos rodeados por una cultura anticristiana que nos invade a través de los medios de comunicación social (móviles, radio, televisión, tableta, ordenador, vídeos, redes sociales, etc.). En ellos podemos

encontrar el bien, pero necesitamos distinguirlo del mal y tener la fortaleza para resistir los estímulos que nos llegan constantemente a través de estos medios y a través del mismo ambiente en el que vivimos. A esto hemos de añadir que no está garantizada la educación en la virtud en el ámbito educativo y a veces ni siquiera en la familia. Del mismo modo, las leyes que se aprueban en los parlamentos nacional y autonómicos tampoco garantizan la ejemplaridad del bien.

Ante este panorama, sabiendo que estamos en una situación nueva por el poder de la tecnología y la cultura mediática, no podemos dejar inerte al individuo, comenzando por los niños, frente a un ambiente cada vez más hostil y que penetra por los sentidos en el alma. Es por tanto la hora de la Iglesia que, como Maestra y a la vez con carácter profético, nos ha de ayudar a desenmascarar el mal y a prevenir el bien, educando las conciencias y evangelizando, proponiendo a Jesucristo como el Maestro, Pastor y Guía de nuestras almas. Para ello será necesario tomar medidas en el ámbito personal, familiar y comunitario.

¿Necesitamos un plan de vida personal y una regla que marque las pautas de nuestro comportamiento? Pensando en cada persona, y distinguiendo edades y circunstancias, lo que es evidente es que necesitamos ordenar nuestra vida. Los antiguos decían "*Serva ordinem et ordo servabit te*" (guarda el orden y el orden te guardará a ti). Ya el mismo Aristóteles, en su *Metafísica*, decía que ordenar es propio de sabios. Para ello, lo primero es buscar un maestro. Un maestro sabio y prudente es el mejor medio para ordenarnos y crecer en la virtud. Un maestro y un amigo virtuoso son los mejores tesoros para la educación. Por tanto, si hablamos eclesialmente, necesitamos un Director espiritual que se distinga por su prudencia y por su santidad. En segundo lugar, cuidar que no falten buenos amigos para buscar juntos el bien y que no tengan reparos en decirnos la verdad, es otra condición para ordenar nuestra vida.

Además de un maestro y de un amigo, necesitamos, como hizo San Benito en su momento, jerarquizar los bienes y ordenar el tiempo y las actividades. San Benito lo tuvo más fácil, porque dejó la ciudad y pudo crear un orden nuevo en un tiempo y un espacio que estaban a su disposición. Nosotros, en la medida en que estamos condicionados por el urbanismo y por los horarios laborales, viviendas, etc., que no decidimos nosotros, hemos de saber ser creativos para llegar a un orden que incluya, además de la vida interior, un orden razonable para atender a los distintos aspectos de la vida personal. En concreto, hemos de distinguir el tiempo

para la oración y la alabanza divina; el tiempo para el estudio y el trabajo; el tiempo para el descanso, etc. Del mismo modo, hemos de saber prevenir el asalto de esta sociedad mediática y sus terminales: móvil, tableta, ordenador, radio, televisión, redes sociales, etc. ¿Cómo convivir con todos estos medios? Lo que no puede ser es no ofrecer ningún tipo de respuesta y dejarlo todo a la improvisación o a la rutina de lo que hacen los demás. Lo mismo ocurre con el ocio y el tiempo libre. ¿Cómo responder creativamente al modo desordenado de los horarios nocturnos, movidas, formas de diversión, etc.?

Con ello descubrimos que, además de un plan de vida y una regla que nos ayude a recuperar el arte de vivir, necesitamos del grupo, de la comunidad, de ambientes donde se visibilice la belleza del vivir cristiano y la presencia de una cultura que favorezca el crecimiento en la virtud. Así pues, junto al maestro, al amigo, necesitamos un ambiente que, sin separarnos del mundo, genere un modo nuevo de estar en el mundo. Con ello no quiero escapar a la pregunta fundamental: ¿Necesitamos una regla de vida para ordenar nuestra vida personal? Mi respuesta es que sí. Ahora bien, ya lo hemos dicho antes, no se trata de simples propósitos que nos hagan caer en el voluntarismo o en el moralismo. La regla de vida nace, es animada y sólo es posible cuando, unidos a Cristo, vivimos bajo el impacto de la gracia, de la acción redentora, curativa y santificadora del Espíritu. Si esto es así, ordenar el tiempo, jerarquizar los bienes, cuidar el espacio, no son un corsé exterior sino el fuego que anima y estimula el corazón. Las reglas exteriores no pueden ser la ley que mata, sino canales por donde discurra la Gracia de Dios, cristalizaciones del bien, ritos que conserven el bien adquirido, agendas que estén suscitadas y bendecidas por el Espíritu creador y redentor.

Descender a más detalles, como podréis comprender, depende de cada uno en ese diálogo entre Dios y la conciencia moral en la que resuena su Voz.

b) Una Regla de vida familiar

La familia cristiana tiene su origen en el sacramento del Matrimonio que enriquece a los esposos, varón y mujer, con el vínculo conyugal y con el mismo amor de Cristo por la Iglesia: la caridad, la ágape divina. Del matrimonio, si Dios bendice con el don de los hijos, surge la comunidad de personas que llamamos familia cristiana y que se edifica como una "iglesia doméstica" (Conc. Vaticano II; *Lumen Gentium*, 11).

Hoy la familia está en nuestra sociedad muy desasistida. Las nuevas leyes que se han venido aprobando en España no la favorecen. Tampoco la apoyan ni la cultura dominante, ni los medios de comunicación, ni el sistema educativo o sanitario, etc. Cada vez es más sustraída la autoridad de los padres para educar a sus hijos y de un modo invasivo las ideologías, particularmente la ideología de género, penetran e invaden las instituciones, las empresas y cualquier modo de relación de las personas y las familias con la sociedad.

No sostener al matrimonio y a la familia abierta a la procreación y educación de los hijos, al cuidado de los enfermos y ancianos, es un error grave que atenta contra la justicia, la piedad y contra el bien común. Sin embargo, nuestra sociedad privilegia cada vez más al individuo desvinculado y favorece cualquier tipo de distorsión antropológica bajo la presión de los *lobbies* que deconstruyen la naturaleza de la persona y acaban enfrentando al hombre y a la mujer.

Ante esta situación cultural, social y política, la familia se ve indefensa y con pocas posibilidades de hacer frente a esta avalancha de ataques que le llegan por todas partes. En ocasiones, incluso en la Iglesia, hemos confiado a las familias cristianas todo el peso de la transmisión de la fe y la custodia de los bienes intrínsecos al matrimonio, la educación de los hijos, la preparación al matrimonio, el cuidado de los mayores y enfermos, etc. Todo esto es verdad y responde al designio de Dios. Sin embargo, nuestras familias son más débiles, poco abiertas a la vida y con una capacidad educadora más reducida. Esta llamada familia nuclear (padres e hijos), contando con los horarios laborales muchas veces antifamiliares (incluso con la liberalización de los horarios en domingos y festivos), contando a su vez con las características de las viviendas y su difícil adquisición, etc., se ve cada vez con menos fuerzas y con menos capacidades para poder cumplir con su misión. Y es que la visión cristiana de la vida es una visión integral de la persona y de su vocación a la relación. Por eso no se puede vivir cristianamente con una visión individualista de la persona, ni siquiera de la familia. Necesitamos de la Doctrina Social de la Iglesia que nos enseña que la familia, célula de la sociedad, debe ser apoyada por la misma sociedad en el cumplimiento de su misión. Desde siempre nos recuerda esta DSI que el derecho tiene que ser favorable al matrimonio y a la familia, pilares del bien social y del bien común y sin los cuales no está garantizado el futuro humano y cristiano de la sociedad. Sin el bien social de la familia la sociedad acaba siendo un conglomerado de individuos.

Si siempre es necesario establecer un orden en la familia, en estas circunstancias es urgente. Los esposos y padres no pueden sin más dejarse llevar por las circunstancias o pensar que la escuela u otras instituciones van a solventar las necesidades de acompañamiento de los niños, adolescentes, jóvenes o adultos. La sociedad respecto de la familia tiene un carácter subsidiario y hay que favorecer que la familia pueda realizar su misión por sí misma, contando con las ayudas necesarias, comenzando por la distribución del trabajo y el salario familiar. Una sociedad justa favorece el primado de la persona y la centralidad de la familia, origen de la sociedad. La situación que vivimos actualmente en España es una situación anómala, que se acrecienta por el descenso de la nupcialidad, por el retraso de la edad para casarse, por las rupturas familiares y por el invierno demográfico que estamos sufriendo.

Una situación así no se arregla de cualquier manera. Necesitamos en primer lugar tomar conciencia de la grave situación. Las familias deben asociarse y buscar juntas caminos de solución que abarquen todos los aspectos, incluido el político y los medios de comunicación. Puestos a comenzar, hay que garantizar a los niños una buena educación en las virtudes, en la vocación al amor custodiado por la castidad, hay que discernir y acompañar la vocación de los jóvenes, poner las bases para una buena preparación al matrimonio o a la virginidad consagrada o al sacerdocio, proveer las necesidades de los enfermos y ancianos, etc. Todo ello necesita, a pesar de las circunstancias desfavorables, de rituales y de una Regla de vida interior y exterior.

Como primera determinación hay que garantizar el tiempo matrimonial y familiar. Para ello es necesario, al menos, habituarse a los consejos de familia para hacer posible el encuentro común en las necesidades básicas: comidas, oración compartida, encuentros de diálogo familiar y previsión del culto y descanso con participación de todos. Para ello es necesario ser proactivos, ponerse de acuerdo y obligarse a cumplir lo acordado. El pacto y el acuerdo, contando con la autoridad de los padres, debe estar referido también al uso de los medios informáticos y móviles, tableta, ordenador, videojuegos, redes sociales, televisión, radio, etc. Nos hemos visto envueltos en una cultura mediática y una sociedad nueva que merece discernimiento y criterios claros para tomar las decisiones adecuadas y no dar instrumentos a los niños, adolescentes o jóvenes que les puedan no sólo distraer sino corromper. Todos estos nuevos medios necesitan ser controlados y apoyados por los sistemas de seguridad establecidos para no ser contaminados por la pornogra-

fía, la violencia o las propuestas terroristas. No hacerlo es pecar de ingenuos o incluso pecar de omisión.

Si para un cristiano lo primero es amar a Dios y la virtud de la religión, hemos de garantizar que la familia cristiana favorezca en casa, y en comunión con la parroquia o comunidad cristiana, la presencia de la oración personal, familiar y comunitaria. Tampoco esto se puede dejar a la improvisación, sino que tiene que cristalizar en ritos, espacios de encuentro y concreción del tiempo dedicado a la alabanza (Liturgia de las Horas, partir la Palabra de Dios juntos, Rosario, *Via Crucis*, etc.), a la celebración de la Eucaristía y a la caridad (visita a enfermos, familiares, ancianos, actos de solidaridad, oración por los difuntos, visitas al cementerio, etc.). Transformar las familias en una iglesia doméstica es todo un programa que necesitamos descubrir, sabiendo que vivimos en tierra extraña y que estamos en una situación de emergencia.

El tema del estudio y el trabajo requiere una gran consideración. No podemos situar a los hijos en ambientes que los puedan destruir, como ha pasado con tantos padres que han confiado a sus hijos a las universidades y se han encontrado con *lobbies* e ideologías que los han atrapado, incluso a veces de una manera dramática, llevándoles a situaciones de verdadero deterioro moral y personal. No es un tema fácil y también éste merece una respuesta integral. Cuando no hay más remedio, los padres han de educar con espíritu crítico a sus hijos y acompañarles para que no sean embaucados por tantos maestros de la no verdad que existen.

A veces encontrar trabajo es todo un drama y conviene preverlo y acompañarlo. Los jóvenes tienen que saber que sin una buena preparación cada vez les resultará más difícil encontrar el trabajo que será confiado a la robótica. Discernir la futura profesión y tener disciplina en el estudio forma parte del proyecto familiar. Junto a esto hay que contar con el trabajo de los padres y las responsabilidades familiares. Ambos tienen que ser coordinados, sabiendo distinguir los tiempos de la etapa educadora de los niños de otros tiempos en que las ocupaciones están más diluidas. Contando con horarios laborales antifamiliares hemos de buscar el modo de conjuntar las responsabilidades y hacer posible el encuentro familiar. A veces, incluso, habrá que tomar decisiones drásticas para poder salvar lo necesario requerido por la familia en conjunto.

La situación no es fácil y más si observamos el modo habitual de vivir y divertirse los jóvenes, atrapados por las movidas, el ocio nocturno y las prácticas desordenadas de convivencia y relación entre ellos. Quien dice los jóvenes dice también tantos adultos que viven una vida desordenada y desarraigada de las familias. Siendo difícil la situación, no hay que caer en el chantaje afectivo de los hijos, que se refieren a que los demás hacen lo mismo. La respuesta es muy fácil: nosotros somos cristianos, hijos de Dios y no podemos vivir como los paganos. El Señor nos ha dado palabras de vida y nos ha mostrado un camino para vivir. Este camino está experimentado por muchas familias que, siguiendo a Jesucristo, por medio del combate y la lucha, han experimentado que su camino es un camino de salvación, en el que a veces no falta la Cruz.

Siendo este el criterio general, hay que favorecer que los jóvenes cristianos se encuentren entre ellos y que compartan un descanso sano y creativo. Las posibilidades son múltiples y para ello se necesita contar con otras familias cristianas, con la parroquia, los movimientos, etc. Lo que no se puede admitir es que no haya alternativas a una vida pagana y dirigida por mercaderes que no buscan más que el negocio y el consumo. El Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, se tiene que visibilizar en todas sus dimensiones, también en el descanso y el ocio.

Dentro de la Regla familiar no conviene olvidar el tiempo matrimonial. También los esposos necesitan su tiempo para el diálogo, la oración, el descanso compatible con las responsabilidades laborales y familiares. Dejarlo a la improvisación tampoco es un buen camino. En este sentido los grupos de espiritualidad matrimonial y familiar y los grupos de familias han ido encontrando sus momentos, ritos y encuentros conyugales que los ayudan en la relación sponsal y los mantienen unidos a la fuente de su matrimonio, que es Cristo y su Amor, que se reparte abundantemente en la Eucaristía. El recurso a la Virgen María y a la piedad mariana sirve de gran ayuda. No podemos olvidar que ella, en las Bodas de Caná, arrancó a su Hijo el primer signo, recordándole que no tenían vino. Este vino apuntaba a su Hora, a la sangre derramada en la Cruz, expresión de su Amor que nos regala también en la Eucaristía.

c) Una Regla comunitaria

Con lo que llevamos dicho se ha puesto en evidencia que la persona no puede ser reducida a individuo sin los vínculos de su cuerpo, su familia, la Iglesia

y la sociedad. Del mismo modo no podemos considerar a la familia aislada como autosuficiente para llevar adelante su misión. Por el principio de subsidiariedad cada familia debe cumplir sus responsabilidades según sus propias condiciones y su fe y debe encontrar en la sociedad la ayuda para llegar a donde no puede por sí sola, sin devaluar su fe y sus convicciones morales legítimas. La familia necesita de la Iglesia, el espacio donde vivimos como hijos de Dios, y de la sociedad donde estamos llamados a ser ciudadanos honestos y leales con las leyes legítimas.

Dado que la sociedad en el ámbito cultural, social y político está dominada por las ideologías, una Regla de vida comunitaria que venga de esta sociedad resultará incompatible con la fe, aunque sabemos y estamos convencidos de que lo cristiano es la perfección de lo humano. Por eso no podemos descuidar el ámbito de la cultura, los proyectos educativos, sanitarios y la racionalización del trabajo. Todo ello espera la respuesta organizada de los católicos, orientados siempre en la búsqueda del bien común.

Cuando la sociedad y sus leyes no favorecen un proyecto de vida comunitario acorde con los principios de la fe y la moral católica hemos de buscar respuestas creativas que actualicen lo que San Benito proporcionó para su época: enseñar de nuevo el arte de vivir humano y cristiano.

Hay algunos que, frente a los embates de la ciudad secular sin Dios y frente a una cultura globalizada y mediática que con el respaldo de las leyes penetra por todos los poros de la vida humana, han renunciado a la cultura urbana y han vuelto al campo buscando formas de vida asociadas y en grupo más pegadas a la naturaleza y a la agricultura. No significa que hayan desistido o abandonado los avances de la ciencia, de la tecnología o de la medicina. Se sirven proporcionalmente de ellos, pero buscan otros espacios significativos donde poder vivir inspirados por la fe y con proyectos educativos, familiares y de asistencia social adecuados a las propias necesidades. Para ellos, vivir pegados a la naturaleza, como primer libro que les ha entregado Dios para conocer sus maravillas, y poder llevar a cabo un proyecto comunitario según el modelo de la vida apostólica, es una opción necesaria y abierta al futuro, como previno San Benito. Sin embargo, no podemos olvidar, como nos recuerda la *Carta a Diogneto* (siglo II), que los cristianos, sin dejar el mundo, estamos llamados a ser el "alma" del mundo.

Sin descartar otras opciones legítimas, los sacerdotes y fieles, hemos de ser conscientes de que el presente y el futuro de la fe requieren urgentemente proyectos de vida comunitarios con fuerte identidad cristiana. Vivir la fe a la intemperie resulta cada vez más difícil y abandona a las personas y a las familias a vivir sin los resortes suficientes para el cultivo de la fe y la vida familiar. En este sentido, los sacerdotes, y los que se preparan en el Seminario para serlo, necesitan ser hombres de comunidad. No me refiero a la comunión que crea la fe. Esta es la realidad principal que nos introduce, como hemos dicho, en la unidad del Misterio de Cristo resucitado que es en medio de nosotros esperanza de la gloria (Col 1, 27). De nuevo conviene recordar: Cristo, resucitado, celebrado en la liturgia en comunión con la liturgia celeste y eterna; Cristo vivido en la oración del corazón que prolonga la liturgia y se extiende en la comunión fraterna; Cristo anunciado a los paganos con la fuerza del Espíritu Santo y presentando a la Iglesia, cuerpo de Cristo, para que puedan ver la novedad de la vida cristiana, la nueva creación.

Este es el proyecto necesario de toda vida cristiana, que ha de enraizarse y tomar carne en comunidades pequeñas a la medida de la comunidad apostólica, para vivir como ellas la comunión, recibir la enseñanza de los apóstoles, y unirse en la fracción del pan y en la oración (Hch 2 42). Esto es lo que ha inspirado a distintos movimientos y comunidades en el desarrollo de procesos de vida comunitaria para revitalizar la iniciación cristiana y para compartir juntos la fe. Son las familias cristianas las que empujan a los sacerdotes a participar de estos procesos y hacerlos presentes en las parroquias. Muchas veces los sacerdotes no saben cómo empezar y van confirmando cómo lo ordinario que ellos realizan no es suficiente para el momento actual, que está produciendo una gran fragmentación social y menos puntos de encuentro entre las familias. Son ellas, pues, por sus propios matrimonios y por el bien de los hijos, las que deben tomar la iniciativa como llamadas a la misión. Es la propia gracia del bautismo la que debe moverles a no conformarse con una vida cristiana superficial, que no garantiza la transmisión de la fe a sus hijos. No reclamar la ayuda de los movimientos con experiencia de vida comunitaria es estar ciegos ante el fenómeno de la descristianización que estamos sufriendo en España.

Cuando hablamos de procesos comunitarios no podemos caer en una visión unilateral o simplemente ideal o utópica. Hemos dicho que el verdadero realismo es Cristo y el Reino de Dios presente entre nosotros. Ello significa que en todo proceso comunitario Cristo es el centro y la liturgia es la que con la Palabra y los Sacramentos gesta a la Iglesia, su Cuerpo. Por tanto, las comunidades pequeñas,

unidas en la Iglesia, se reúnen para escuchar la Palabra y vivir de la Eucaristía. Con ello se inicia un proceso de acercamiento de las personas que, siendo diferentes, con trabajos distintos, domicilios particulares, confluyen en el seno de una comunidad en la que, como hermanos, se sobrellevan mutuamente, se inician en la oración y escucha de la Palabra y comparten sus bienes para que no haya pobres entre ellos. En la medida en que el proceso, que afecta a todos los miembros de la familia, avanza, es cuando se hace posible generar una cultura cristiana, una cultura de la vida y de la belleza de la fraternidad. Al mismo tiempo, estas comunidades, presentes en las parroquias y unidas a la Iglesia, tienen que ser conscientes de que no están separadas del mundo, sino enviadas al mundo para evangelizar. Evangelizar supone anunciar a Jesucristo y proponer un nuevo modo de vivir, que hay que evidenciar. También nosotros hemos de poder decir a los que viven sin fe: "venid y lo veréis". Y ¿qué han de ver? Una comunidad de hermanos que viven identificados con la caridad que reciben de Dios y que, a pesar de sus limitaciones y pecados, han depositado en Cristo su esperanza. Es de este modo como podemos mostrar la alegría del Evangelio y como la Palabra de Dios y la gracia sacramental van cambiando a las personas y promoviendo su conversión a Dios.

Alguno me puede preguntar: ¿Y esto qué añade a acudir a Misa los domingos y festivos y llevar con la familia una vida ordenada? La respuesta es sencilla. Lo importante es ser alcanzado por Cristo por los caminos que la Providencia tenga previstos. Sin embargo, hoy necesitamos personalizar la fe y poner nuestra persona y nuestras familias en juego con otros para edificar, por la gracia de Dios, la Iglesia. La pequeña comunidad ofrece esto mismo: caminar con otros en el seguimiento de Cristo y recibir el testimonio de otros, conociendo también sus debilidades, que son como las nuestras. ¿Y con esto qué hemos arreglado? Con eso damos respuesta al problema más grave que tiene nuestra sociedad, también los sacerdotes: el problema de la soledad.

En una comunidad pequeña de hermanos, vinculada a la parroquia y a la Iglesia, uno sabe que no está solo. Ahora puede compartir su vida. Sus problemas serán un reclamo para suscitar la respuesta de la comunidad. Cuando esté enfermo no estará solo, será cuidado y cuando llegue la muerte estará acompañado. Es más, sus hijos encontrarán un ambiente para vivir la fe en su familia y en su comunidad y cuando lleguen momentos difíciles sabrá que puede contar con los hermanos. Insisto en que no se trata de una realidad utópica. Es la caridad dando frutos. Frutos que necesitan comunicarse con amplitud de miras. Para ello toda la Iglesia, comenzando

por estas pequeñas comunidades, ha de tomar conciencia de ser como la levadura para llegar a fermentar toda la masa (Mt 13, 33). Para ello, de mano de la *Doctrina Social de la Iglesia*, los católicos han de impregnar los ambientes, las instituciones, los medios de comunicación social, la política, etc., del sabor del Evangelio y de la fuerza redentora de Jesucristo. Si no fuera así, una Iglesia en retirada acabará siendo un gueto. Por el contrario, los procesos comunitarios (que en otras épocas inspiraron las Hermandades, Cofradías, los Oratorios y los mismos monasterios y órdenes religiosas) lo que persiguen es traducir en cada momento el modo de vivir apostólico para, como los apóstoles, poder cumplir el mandato de Jesús: "Id al mundo entero y predicad el Evangelio" (Mc 16, 15).

Sea como sea, la ciudad secular nos plantea un serio reto a los cristianos. En un momento determinado de la historia San Benito supo ofrecer una respuesta concreta que luego sería apoyada por Carlomagno y por otros que contribuyeron a dar un rostro cristiano a la sociedad. Los monasterios que le siguieron buscaron lugares bellos y con agua abundante. La belleza de la naturaleza, cuidada esmeradamente por los monjes, les ofrecía una manera de gustar el paraíso perdido del cual fuimos expulsados por el pecado. Sus claustros cuadrados les recordaban la unidad de la Jerusalén celeste que "bajaba del cielo, de junto a Dios, con la gloria misma de Dios" (Ap 21, 10-11). Del mismo modo, cuando Jesús, estando los que le seguían en un descampado, mandó que se sentaran en grupos de cincuenta y les dio de comer, actualizaba la promesa del desierto convertido en vergel que anunció el profeta Isaías (Is 35, 1). Los grupos de cincuenta que mandó Jesús que se sentaran en la multiplicación de los panes y los peces, eran como rosetones y grupos florales (Mc 6, 40) que alegraban el yermo y donde se pudo comer abundantemente (Jn 6, 1-15). Se recogieron hasta *doce* canastas llenas con las sobras.

Estas imágenes nos muestran la condescendencia divina y la fecundidad de la Iglesia apostólica que comenzó con los doce apóstoles: "Dadles vosotros de comer" (Mc 6, 37). También nosotros, en el desierto de este mundo, recibimos el encargo del Señor y de nuevo invitamos a los hambrientos y sedientos a sentarse en grupos de cien y cincuenta. "Dadles vosotros de comer", debe resonar en el corazón de los sucesores de los apóstoles, que han de entregar a Cristo resucitado y dar a conocer su amor, que en la Eucaristía multiplica constantemente los panes. Si no damos a Cristo, no damos nada. El mundo continuará siendo un desierto y desfalleceremos de hambre. La Iglesia tiene la responsabilidad de recordarnos con el Apóstol que "*somos ciudadanos del cielo*" (Fil 3, 12). Esta es nuestra verdadera patria,

adonde hemos de dirigir nuestro deseo. Aunque los altavoces digan repetidamente que sois ciudadanos de la tierra, no les hagáis caso. Son las voces de los mercaderes de este mundo, que quieren anular nuestro deseo de infinito. Nosotros somos de Dios, amamos la tierra como obra de la Creación, pero sabemos que somos peregrinos y nuestra meta es el cielo. Como un anticipo del cielo la Iglesia, unida a la Jerusalén celeste, celebra la Liturgia eterna, donde somos saciados del manjar del cielo para que lo podamos compartir con todos los hermanos. Con la Eucaristía nos llega el cielo y por eso no me cansaré de repetir una y otra vez que *"Cristo es en nosotros la esperanza de la gloria"* (Col 1, 27).

Con todos estos elementos podemos entre todos, en la diócesis de Alcalá de Henares, comenzar a generar procesos de vida comunitaria. Con el tiempo y asistidos por la gracia de Dios podremos también diseñar una Regla de vida comunitaria. A San Benito y a la Virgen María, Reina de los apóstoles, confiamos este nuevo curso pastoral.

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo de Alcalá de Henares
Viaceli, agosto de 2019

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES SR. OBISPO. SEPTIEMBRE 2019

4 Miércoles

Ntra. Sra. de la Consolación

* A las 20:00 h. en la Universidad de Alcalá Pregón de la Virgen del Val.

5 Jueves

Santa Teresa de Calcuta

* Mañana y tarde visitas en el Palacio Arzobispal.

6 Viernes

* A las 9:30 h. en la parroquia de San Gabriel Arcángel de La Poveda en Arganda del Rey funeral por la Hna. María del Carmen, Franciscana Misionera de María.

* A las 12:00 h. en el cementerio-tanatorio de El Escorial funeral por don Carlos padre del Rvdo. Marcos Antonio Hurtado de Mendoza Infante.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares.

7 Sábado

* A las 19:30 h. en la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. de Villalbilla Santa Misa con ministerios (dos acólitos y un lector) a Siervos del Hogar de la Madre.

8 Domingo

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:00 h. en la parroquia de San Martín, obispo de Valdilecha Santa Misa en la fiesta de la Virgen de la Oliva.

* A las 18:00 h en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares Santa Misa con votos perpetuos de los Siervos y las Siervas del Hogar de la Madre.

9 Lunes

Santa María de la Cabeza, esposa de San Isidro Labrador

10 Martes

Beato José de San Jacinto y compañeros mártires.

* Reunión con Arciprestes y Delegados.

* A las 20:00 h. en la parroquia de San Andrés de Villarejo de Salván Santa Misa en la fiesta del Beato José de San Jacinto.

11 Miércoles

Ntra. Sra. de la Cueva Santa, Patrona de los Espeleólogos Españoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

12 Jueves

Santo Nombre de María

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa de envío de profesores de Religión.

13 Viernes

San Juan Crisóstomo, obispo y doctor

* A las 11:00 h. en la Catedral-Magistral Inauguración del Curso Académico de la Universidad de Alcalá de Henares y demás Universidades de la Comunidad Autónoma de Madrid.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa e imposición de medallas a nuevos miembros de la Cofradía de la Virgen del Val.

14 Sábado

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

* A las 13:00 h. en la parroquia de Asunción de Ntra. Sra. de Pezuela de las Torres Santa Misa por la fiesta de su patrón.

* A las 19:00 h. Procesión de la Virgen del Val en la Catedral-Magistral.

15 Domingo

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Ntra. Sra. del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares

* A las 12:00 h. Santa Misa en el Pabellón de Deportes Demetrio Lozano
El Val, en su fiesta.

16 Lunes

San Cornelio, papa y San Cipriano, obispo, mártires

* A las 10:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.
* A las 19:00 h. en la fiesta de la Virgen del Val procesión desde su ermita
hasta la Catedral-Magistral.

17 Martes

San Roberto Belarmino, obispo y doctor

Semana Pastoral Penitenciaria

* Jornada sacerdotal.

18 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 20:00 h. Santa Misa de inauguración de curso con promesas del
nuevo equipo formador del Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los
Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y
Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del
primero.

19 Jueves

San Jenaro, obispo y mártir

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal Civitas
Dei Aula Cultural Cardenal Cisneros: El arte cristiano de vivir. Presentación
de la Carta Pastoral "Es Cristo en vosotros la esperanza de la gloria. Al servicio
de la misión" por Mons. Dr. D. Juan Antonio Reig Pla, obispo de Alcalá
de Henares

20 Viernes

San Andrés Kim Taegon, presbítero, y San Pablo Chong Hasang y compa-
ñeros mártires

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

21 Sábado

San Mateo, apóstol y evangelista

* A las 10:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal Escuela de Evangelización: Presentación del Mes Misionero Extraordinario.

* A las 12:30 h. en la parroquia de Ntra. Sra. de la Antigua de Villar del Olmo Santa Misa por la fiesta de su patrón.

* A las 20:00 h. en la parroquia de San Juan Evangelista de Torrejón de Ardoz Santa Misa del Encuentro "Rocío Puerta del Cielo" (Hermandades del Rocío).

22 Domingo

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:00 h. en la parroquia de San Sebastián, mártir, de Velilla de San Antonio Santa Misa por las fiestas del Cristo.

23 Lunes

San Pío de Pietralcina, presbítero

* A las 12:00 h. en la Catedral de Zamora funeral por el obispo Mons. Gregorio Martínez Sacristán.

24 Martes

Ntra. Sra. de la Merced

* A las 11:00 h. en el patronato San José con la Mercedarias de Alcalá de Henares Santa Misa por la fiesta de su patrona.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

25 Miércoles

* A las 11:30 h. Santa Misa en la cárcel de Alcalá-Meco Madrid-2.

* A las 18:00 h. visita a las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares.

26 Jueves

San Cosme y San Damián, mártires.

Beata Teresa Rosat Balasch, H.D.C., mártir

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. en Rascafría Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en los ejercicios espirituales.

27 Viernes

San Vicente de Paúl, presbítero

* A las 11:00 h. en Getafe reunión con los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid.

* A las 19:00 h. Confirmaciones en el Colegio San Gabriel de Alcalá de Henares.

28 Sábado

San Wenceslao, mártir y San Lorenzo Ruiz y compañeros mártires

* A las 11:00h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. Eucaristía en la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. Eucaristía en Daganzo de Arriba.

29 Domingo

XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:00 h. Santa Misa y procesión en el Santuario del Cristo de Rivas.

* A las 18:00 h. Eucaristía en "las Claras" de Alcalá de Henares" en el Encuentro de Jóvenes.

30 Lunes

San Jerónimo, presbítero y doctor.

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCO

- **Rvdo. Sr. D. Iván BERMEJO JIMÉNEZ**, Párroco de San Marcos de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Manuel GARCÍA ÁLVAREZ**, Párroco de Santa María Magdalena de Torrelaguna. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Jaime MORENO BALLESTEROS**, Párroco de San Pedro Apóstol de Torremocha de Jarama. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Luis FUENTES FERNÁNDEZ**, Párroco de la Natividad de Nuestra Señora de Valdetorres de Jarama. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Aarón Ariel Jorge LIMA TOLEDO**, Párroco de la Purísima Concepción de Ajalvir. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Ilmo. Sr. D. Fermín PEIRÓ MANZANARES**, Párroco de San Pedro Apóstol de Alcalá de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2019/09/05.
- **Ilmo. Sr. D. Javier ORTEGA MARTÍN**, Párroco de San Juan Evangelista de Torrejón de Ardoz. Fecha de nombramiento 2019/09/05.

ADMINISTRADOR PARROQUIAL

- **Rvdo. Sr. D. Jaime MORENO BALLESTEROS**, Administrador Parroquial de San José de Patones. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Aarón Ariel Jorge LIMA TOLEDO**, Administrador Parroquial de Nuestra Señora de los Berrocales de Paracuellos de Jarama. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Alberto MORANTE CLEMENTE**, Administrador Parroquial de Santo Domingo de Silos de Pozuelo del Rey. Fecha de nombramiento 2019/09/05.

COADJUTOR

- **Rvdo. Sr. D. Óscar DÍAZ GURUMETA**, Coadjutor de San Juan Bautista de Arganda del Rey. Fecha del nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Álvaro José MARTÍNEZ PELLÓN**, Coadjutor de San Pedro y San Pablo de Coslada. Fecha del nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Jeremie HABYARIMANA**, Coadjutor de Santa Mónica de Rivas-Vaciamadrid. Fecha del nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Juan Miguel CORRAL CANO**, Coadjutor de la Purísima Concepción de Ajalvir. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Juan Miguel CORRAL CANO**, Coadjutor de Nuestra Señora de los Berrocales de Paracuellos de Jarama. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. P. Mariano GARCÍA YAGÜE, S.D.B.** Coadjutor de San José de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2019/09/05.
- **Rvdo. D. Vicente José GUZMÁN ANRIQUE**, Coadjutor de Santa Mónica de Rivas-Vaciamadrid. Fecha de nombramiento 2019/09/05.
- **Rvdo. Sr. D. Samuel GALÁN FERNÁNDEZ**, Coadjutor de San Pedro Apóstol de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2019/09/05.
- **Rvdo. Sr. D. Luis Eleazar MÉRIDAAMATO**, Coadjutor de Santo Tomás de Villanueva de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2019/09/05.
- **Rvdo. P. Ismael CASTELLANOS FERNÁNDEZ, S.M.** Coadjutor de San Pablo Apóstol de las Gentes de Coslada. Fecha de nombramiento 2019/09/13.

ADSCRITO

- **Rvdo. Sr. D. Eliseo GEA GIL**, Adscrito a la Parroquia de San Pedro y San Pablo de Coslada. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Manuel ARÓZTEGUI ESNAOLA**, Adscrito a Santo Domingo de La Calzada y de La Inmaculada de Algete.

OTROS CARGOS

- **Rvdo. Sr. D. Eliseo GEA GIL**, Capellán del Hospital del Henares de Coslada. Fecha de nombramiento 2019/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Francisco RODRÍGUEZ GONZÁLEZ**, Director Espiritual de los alumnos del Seminario Mayor Diocesano de la Inmaculada Concepción y de los Santos Niños Justo y Pastor. Fecha del nombramiento 2019/09/05.
- **Rvdo. Sr. D. Francisco RODRÍGUEZ GONZÁLEZ**, Capellán del Monasterio de las MM. Carmelitas de la Purísima Concepción de Alcalá de Henares. Fecha del nombramiento 2019/09/05.
- **Ilmo. Rvdo. Sr. D. Luis Eduardo MORONAALCUACIL**, Rector del Seminario Mayor del Seminario Mayor Diocesano de la Inmaculada Concepción y de los Santos Niños Justo y Pastor. Fecha del nombramiento 2019/09/05.
- **Rvdo. Sr. D. Carlos LANGDON DEL REAL**, Vice-Rector del Seminario Mayor del Seminario Mayor Diocesano de la Inmaculada Concepción y de los Santos Niños Justo y Pastor. Fecha del nombramiento 2019/09/05.

INCARDINACIONES

- **Rvdo. Sr. D. Aarón Ariel Jorge Lima Toledo,** Incardinado en la Diócesis de Alcalá de Henares el 31 de agosto de 2019.

EXCARDINACIONES

- **Rvdo. Sr. D. Fernando Ignacio Altolaguirre Orbe**, Excardinado de la Diócesis de Alcalá de Henares el 11 de septiembre de 2019.

DEFUNCIONES

– El día 5 de septiembre de 2019 falleció en San Lorenzo del Escorial, Madrid, D. CARLOS HURTADO DE MENDOZA RUIZ, padre del Rvdo. D. Marcos Antonio HURTADO DE MENDOZA INFANTES, Capellán del Hospital Príncipe de Asturias de Alcalá de Henares. Descanse en Paz.

SR. OBISPO

DECRETOS

**DECRETO
POR EL QUE SE CREAN CUATRO VICARÍAS
EPISCOPALES**

**GINÉS GARCÍA BELTRÁN,
Por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Getafe**

La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se le encomienda al Obispo para que la apaciente en el nombre del Señor, siendo imagen del Buen Pastor de nuestras almas, y bajo cuyo cuidado de Padre y Hermano encuentren los creyentes y todos los hombres de buena voluntad el don del Evangelio (cfr. CD, 11).

Por su misión apostólica, el Obispo ejerce el ministerio de enseñar, santificar y regir el Pueblo que se le ha confiado, bien por sí mismo, como con la colaboración de otros, especialmente de los presbíteros.

Los obispos, en su ministerio de gobierno, "deben reunir y formar a toda la familia de su grey, de tal manera que todos, conscientes de sus deberes, vivan y actúen en comunión de amor. Para poder hacer esto con eficacia es necesario que los obispos, *preparados para toda obra buena (2 Tim 2,21), y, soportándolo todo por los elegidos (2 Tim 2,10)*, organicen su vida de manera que esté adaptada a las necesidades de los tiempos" (CD, 16).

Por todo esto, y atendiendo a las necesidades de la Diócesis, he visto conveniente unir al oficio de los Vicarios Generales, la colaboración de cuatro Vicarios episcopales que atiendan a distintos asuntos de la pastoral tal como lo contempla la legislación canónica: "cuando así lo requiera el buen gobierno de la diócesis, el Obispo diocesano puede también nombrar uno o más Vicarios episcopales" (can. 476), que en el ámbito que se les encomienda tienen la misma potestad ordinaria que el Vicario general.

Quiero mediante la creación de estas nuevas Vicarías episcopales mostrar la necesidad y el deseo de un gobierno que se haga más cercano a las personas y a las diversas realidades de la diócesis, facilitando así la presencia del ministerio apostólico del Obispo, con cuya autoridad actúan los Vicarios, al tiempo que exprese el ser sinodal que define a la Iglesia del Señor.

Por ello, vengo a **DISPONER QUE EN LA DIÓCESIS DE GETAFE SE CREEN CUATRO VICARIAS EPISCOPALES PARA ÁMBITOS CONCRETOS DE LA PASTORAL DIÓCESANA, ASÍ COMO PARA EL CERRO DE LOS ÁNGELES, QUE QUEDARAN DISTRIBUIDAS ASÍ:**

1. VICARÍA PARA LA EVANGELIZACIÓN Y TRANSMISIÓN DE LA FE.

2. VICARÍA PARA LA PASTORAL CARITATIVA Y SOCIAL.

3. VICARÍA PARA EL APOSTOLADO SEGLAR.

4. VICARÍA PARA EL CERRO DE LOS ÁNGELES.

En documento aparte se especificará la extensión y competencias de cada una de estas Vicarías.

Esta nueva organización diocesana entrará en vigor el próximo día 1 de septiembre.

Dado en Getafe, tres de julio de dos mil diecinueve, fiesta de Santo Tomás Apóstol.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

**DECRETO
POR EL QUE SE CONVOCA
LA ELECCIÓN DE UNA TERNA
PARA EL NOMBRAMIENTO DE CADA ARCIPRESTE**

**GINÉS GARCÍA BELTRÁN
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE**

Habiendo expirado el plazo en que cesan los arciprestes por haber cumplido el tiempo para el que fueron designados.

Considerando que el Código de Derecho Canónico impone al Obispo la obligación de elegir para tal cargo a aquel sacerdote a quien considere idóneo, según las circunstancias de lugar y de tiempo (c. 554), después de oír, según su prudente juicio, a los sacerdotes que ejercen el ministerio en el arciprestazgo del que se trata (c. 533 § 2).

Por el presente, a tenor del Derecho Canónico, convoco a los sacerdotes seculares de cada arciprestazgo y a los religiosos con cargo pastoral en el

arciprestazgo, para que procedan en cada arciprestazgo a la elección de una terna de candidatos para el nombramiento de arcipreste, conforme a las siguientes normas:

1. Encomiando al Vicario General convocar a los sacerdotes seculares de cada arciprestazgo y a los religiosos con cargo pastoral en el mismo arciprestazgo, en el plazo comprendido entre el 1 y el 20 de septiembre de 2019, para que puedan tomar parte en la elección de la terna para el nombramiento de los nuevos arciprestes.

2. El proceso ha de desarrollarse con arreglo a lo que dispone el c. 119 del Código de Derecho Canónico, si bien se admite el voto por escrito en sobre cerrado de quienes se vean impedidos de asistir a la reunión.

3. Junto al nombre del candidato que haya obtenido la mayoría absoluta de votos (o relativa en tercera votación) me serán propuestos también los nombres de los dos sacerdotes que le sigan en número de votos.

En Getafe, a 13 de agosto de 2019, en la memoria de los mártires Ponciano e Hipólito, en el Año Jubilar del Centenario de la Consagración de España al Sagrado Corazón.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 8 de septiembre de 2019, el Sr. Obispo ha realizado los siguientes nombramientos pastorales.

I. NOMBRAMIENTOS PARROQUIALES

PÁRROCOS

- **D. José María Rodríguez López.** Asunción de Nuestra Señora, en Cadalso de los Vidrios.
- **P. Santiago de la Encarnación,** PdE. Virgen Madre, en Leganés.
- **D. Laureano Arrogante Gómez y Javier Merino López,** Administradores parroquiales in solidum de San Juan Bautista, en Rozas de Puerto Real.

VICARIOS PARROQUIALES

- **P. Francesco Montini,** de la Fraternidad Sacerdotal San Carlos Borromeo. San Benito Menni, en Fuenlabrada.

- **P. Stefano Luca Motta**, de la Fraternidad Sacerdotal San Carlos Borromeo. Adscrito en San Juan Bautista, en Fuenlabrada.
- **D. Momboladji Martin Chognika**. San José Obrero, en Móstoles.

II. OTROS NOMBRAMIENTOS

- **D. Francisco Javier Bescós Corral**. Rector de la Basílica dedicada al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles y Capellán del Colegio Juan Pablo II de Parla.
- **D. Francisco Javier Expósito Soriano**. Penitenciario de la SIC de Santa María Magdalena, en Getafe.
- **D. Gabriel Díaz Azarola**. Director de la Escuela Diocesana de Espiritualidad.
- **D. José María Rodríguez López**. Director espiritual del Seminario Menor en Rozas de Puerto Real.
- **D. José Antonio Medina Pellegrini**. Capellán de las Hermanas Clarisas, en Valdemoro.
- **D. Agustín Giménez González**. Capellán de las Madres Carmelitas Descalzas, en el Cerro de los Ángeles.
- **D. Dimitri Armejo Ticona**. Capellán del Colegio Juan Pablo II, en Parla.

FALLECE EL OBISPO DE ZAMORA

La diócesis de Zamora ha comunicado el fallecimiento de Mons. **Gregorio Martínez Sacristán**. El Obispo ha fallecido hoy, día 20 de septiembre, a los 72 años de edad.

Las Exequias tendrán lugar en la S.I. Catedral de Zamora, el lunes 23 de septiembre a las 12,00 horas y serán presididas por el Emmo. Sr. Cardenal D. Ricardo Blázquez, Arzobispo metropolitano.

La Capilla ardiente estará instalada en el Templo de San Andrés Apóstol (Capilla del Seminario Diocesano) desde las 11,00 horas del domingo día 22 de septiembre.

BIOGRAFÍA

Mons. **Gregorio Martínez Sacristán** nació el 19 de diciembre de 1946 en Villarejo de Salvanés, en la provincia de Madrid y diócesis de Alcalá de Henares. Se formó en el Seminario Mayor de Madrid y fue ordenado sacerdote el 20 de mayo de 1971. Se licenció en Teología, con especialización en Catequética, por el Instituto Católico de París, donde cursó estudios de 1974 a 1976.

CARGOS PASTORALES

Su ministerio sacerdotal ha estado vinculado a la diócesis de Madrid. La parroquia del pueblo madrileño de Colmenar de Oreja fue su primer destino. Estuvo como coadjutor entre 1971 y 1974. Tras un paréntesis de dos años para cursar estudios en París, regresó a España. Ese mismo año, 1976, fue nombrado coadjutor de la parroquia de Santa Eugenia, donde permaneció hasta 1978, y responsable del departamento para los adultos de la delegación diocesana de Catequesis, cargo que desempeñó hasta el año 1982. Mientras, durante el año 1978, fue capellán del Hospital Beata María Ana de Jesús.

También fue, de 1988 a 1995, director del Instituto de Teología a distancia; colaborador en la parroquia de San Vicente Ferrer, de 1983 a 2002; y miembro y relator del III Sínodo diocesano de Madrid, durante el año 2005.

Desde el año 1995, fue delegado diocesano de Catequesis; profesor de Catequética en la Facultad de Teología San Dámaso; colaborador en la parroquia de San Ginés de Madrid, desde 2002; y miembro del Consejo Presbiteral, desde el año 2003.

El 15 de diciembre de 2006 fue nombrado Obispo de Zamora y tomó posesión de la diócesis el 4 de febrero de 2007, consagrado por Antonio María Rouco Varela y sustituyendo al frente de la diócesis a Casimiro López. Hasta 35 obispos de España y Portugal presenciaron el acontecimiento.

OTROS DATOS DE INTERÉS

En la CEE, fue miembro de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades y de la Comisión Episcopal de Patrimonio Cultural. Cargo que ya desempeñó desde 2011 hasta 2013.

Con anterioridad, fue miembro de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis (2008-2011).

"MI ALMA TIENE SED DE DIOS, DEL DIOS VIVO"
(Sal 42, 3)

*Orientaciones doctrinales
sobre la oración cristiana*

Los **obispos miembros** de la **Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe** aprobaron en su reunión del pasado 3 de abril la nota doctrinal titulada "**Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo**" (Sal 42,3). **Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana.** Con esta nota se "quiere mostrar la naturaleza y la riqueza de la oración y de la experiencia espiritual enraizada en la Revelación y Tradición cristianas, recordando aquellos aspectos que son esenciales; ofreciendo criterios que ayuden a discernir qué elementos de otras tradiciones religiosas hoy en día muy difundidas pueden ser integrados en una praxis cristiana de la oración y cuáles (...). Con ello, queremos ayudar a las instituciones y grupos eclesiales para que ofrezcan caminos de espiritualidad con una identidad cristiana bien definida, respondiendo a este reto pastoral con creatividad y, al mismo tiempo, con fidelidad a la riqueza y profundidad de la tradición cristiana" (n.6). La **Comisión Permanente** de la CEE autorizó su publicación en su **CCXLIX reunión de los días 25-26 de junio de 2019.**

I. Situación espiritual y retos pastorales

1. La sed de Dios acompaña a todos y cada uno de los seres humanos durante su existencia. Así expresa san Agustín esta experiencia universal: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti"¹. Sin embargo, la cultura y la sociedad actuales, caracterizadas por una mentalidad secularizada, dificultan el cultivo de la espiritualidad y de todo lo que lleva al encuentro con Dios. Nuestro ritmo de vida, marcado por el activismo, la competitividad y el consumismo, genera vacío, estrés, angustia, frustración, y múltiples inquietudes que no logran aliviar los medios que el mundo ofrece para alcanzar la felicidad.

2. En este contexto no pocos sienten un deseo acuciante de silencio, serenidad y paz interior. Estamos asistiendo al resurgir de una espiritualidad que se presenta como respuesta a la "demanda" creciente de bienestar emocional, equilibrio personal, disfrute de la vida o serenidad para encajar las contrariedades...; una espiritualidad entendida como cultivo de la propia interioridad para que el hombre se encuentre consigo mismo, y que muchas veces no lleva a Dios. Para ello, muchas personas, incluso habiendo crecido en un ámbito cristiano, recurren a técnicas y métodos de meditación y de oración que tienen su origen en tradiciones religiosas ajenas al cristianismo y al rico patrimonio espiritual de la Iglesia. En algunos casos esto va acompañado del abandono efectivo de la fe católica, incluso sin pretenderlo. Otras veces se intenta incorporar estos métodos como un "complemento" de la propia fe para lograr una vivencia más intensa de la misma. Esta asimilación se hace frecuentemente sin un adecuado discernimiento sobre su compatibilidad con la fe cristiana, con la antropología que se deriva de ella y con el mensaje cristiano de la salvación.

3. Las preguntas que suscita esta situación son numerosas: ¿La oración es un encuentro con uno mismo o con Dios? ¿Es abrirse a la voluntad de Dios o una técnica para afrontar las dificultades de la vida mediante el autodomínio de las propias emociones y sentimientos? ¿Es Dios lo más importante en la oración o uno mismo? En el caso de que se admita una apertura a un ser trascendente, ¿tiene un rostro concreto o estamos ante un ser indeterminado? ¿Es el camino de

¹ San Agustín, *Confesiones*, I. 1: CCL 27, 1.

acceso a Dios que nos ha abierto Jesucristo uno más entre otros posibles o es el que nos conduce al Dios vivo y verdadero? ¿Qué valor tienen para un cristiano las enseñanzas de Jesús sobre la oración? ¿Qué elementos de la tradición multisecular de la Iglesia se deben preservar? ¿Qué aspectos propios de otras tradiciones religiosas pueden ser incorporados por un cristiano en su vida espiritual? Son cuestiones decisivas para discernir si estamos ante una praxis cristiana de la oración.

4. La Iglesia, consciente de que el corazón del hombre no encontrará descanso más que en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es el único que puede satisfacer su sed de eternidad, tiene el deber de proponer el mensaje cristiano en todos los tiempos. La experiencia cristiana, enraizada en la Revelación y madurada a lo largo de la historia, es tan rica que, según las exigencias y características de cada época, se privilegian unos aspectos u otros. Cuando la fe cristiana constituye un supuesto aceptado por la mayoría de la sociedad, que configura su identidad cultural y es fuente de unos valores compartidos, es lógico que los debates teológicos y las cuestiones morales ocupen el centro de interés en la vivencia de la fe. En cambio, cuando falta el fundamento de la fe personalmente asumida o, al menos, culturalmente compartida, las doctrinas se vuelven incomprensibles y las exigencias éticas acaban siendo inaceptables para muchos.

5. El momento actual plantea sus propias urgencias pastorales. Si bien siempre será necesario dar razón de nuestra esperanza (cf. 1Pe 3, 15) y presentar la bondad de las exigencias morales de la vida en Cristo para no caer en el peligro del fideísmo o de un cristianismo reducido a puro sentimiento, en este contexto cultural, en el que tantos viven al margen de la fe, el desafío básico consiste en "mostrar" a los hombres la belleza del rostro de Dios manifestado en Cristo Jesús de modo que se sientan atraídos por Él. Si queremos que todos conozcan y amen a Jesucristo y, por medio de Él, puedan llegar a encontrarse personalmente con Dios, la Iglesia no puede ser percibida únicamente como educadora moral o defensora de unas verdades, sino ante todo como maestra de espiritualidad y ámbito donde llegar a tener una experiencia profundamente humana del Dios vivo.

6. A esta Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe llegan frecuentemente consultas sobre la verdadera espiritualidad cristiana, especialmente sobre las

prácticas de meditación que incorporan métodos y técnicas importadas de las grandes religiones asiáticas, en alternativa o en concomitancia con la fe y la espiritualidad cristianas. En sintonía con las enseñanzas de la Iglesia², la presente notificación quiere mostrar la naturaleza y la riqueza de la oración y de la experiencia espiritual enraizada en la Revelación y Tradición cristiana, recordando aquellos aspectos que son esenciales; ofreciendo criterios que ayuden a discernir qué elementos de otras tradiciones religiosas hoy en día muy difundidas pueden ser integrados en una praxis cristiana de la oración y cuáles no; e indicando las razones de fondo de la incompatibilidad de ciertas corrientes espirituales con la fe cristiana. Con ello, queremos ayudar a las instituciones y grupos eclesiales para que ofrezcan caminos de espiritualidad con una identidad cristiana bien definida, respondiendo a este reto pastoral con creatividad y, al mismo tiempo, con fidelidad a la riqueza y profundidad de la tradición cristiana.

II. Aspectos teológicos

7. Un antiguo principio teológico dice: "*Lex orandi, lex credendi*", o bien: "*legem credendi lex statuat supplicandi*". La fe y la oración son inseparables, ya que "la Iglesia cree como ora"³ y en lo que reza expresa lo que cree. Por ello, si queremos afrontar adecuadamente esta problemática, nos hemos de referir brevemente a algunas cuestiones teológicas que tienen que ver con la cristología y con la comprensión de la salvación. De hecho, ciertos planteamientos dentro de la Iglesia han podido favorecer la acogida acrítica de métodos de oración y meditación extraños a la fe cristiana.

8. Durante las últimas décadas el misterio de Cristo ha estado en el centro del debate teológico. Además de la relación de continuidad entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe planteada por la incorporación de los métodos histórico-críticos, ha tenido gran trascendencia en la reflexión cristológica la realidad de la

² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* (11 octubre 1992), 4.^a parte, n. 2558-2854; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana - *Orationis formas* (15 octubre 1989); Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la New Age* (3 febrero 2003).

³ *Catecismo de la Iglesia Católica* (11 octubre 1992), n. 1124.

Encarnación y la confesión de Jesucristo como Salvador único y universal⁴. En relación con la doble naturaleza de la única persona divina del Verbo, algunos autores han cuestionado el carácter absolutamente singular del acontecimiento de la Encarnación del Hijo de Dios, interpretando este hecho histórico-salvífico como un símbolo de la presencia de Dios en todo ser humano. Jesús de Nazaret no sería el Hijo único de Dios hecho hombre en la plenitud de los tiempos, sino alguien en quien se habría dado la presencia de la divinidad con mayor intensidad, pero no de forma cualitativamente distinta a cualquier ser humano. Así, la Encarnación dejaría de ser un acontecimiento único y Jesucristo perdería la singularidad que le confiere su constitución divino-humana. Desde estos supuestos, Jesús no pasaría de ser un gran maestro que habría abierto un camino espiritual para que sus seguidores pudieran encontrar a Dios, igual que otros han iniciado tradiciones espirituales distintas. De ese modo, la humanidad de Cristo como camino concreto para llegar a Dios pierde su carácter único y su enseñanza no tiene más valor que la de otros maestros fundadores de religiones, con los que queda equiparado Jesús.

9. Por otra parte, el encuentro del cristianismo con otras religiones, especialmente asiáticas, ha dado lugar a las teologías del pluralismo religioso. Si, cuando se reduce la Encarnación a un símbolo, se diluye el carácter singular del Hijo, en estas teologías se difumina el rostro concreto del Dios cristiano, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Referirse a Dios como hizo Jesús llamándolo "Padre mío y Padre vuestro" (Jn 20, 17) sería una forma más de hablar de la divinidad, del mismo modo que otras religiones usan términos más adecuados a su contexto cultural. La Revelación acontecida en Jesucristo no sería decisiva para conocer la verdad sobre Dios. El relativismo que caracteriza la mentalidad de nuestro mundo se traslada así

⁴ Los papas han aprobado importantes declaraciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre estas cuestiones: Declaración para salvaguardar la fe de algunos errores recientes sobre los misterios de la Encarnación y la Trinidad - *Mysterium filii Dei* (21 febrero 1979); Declaración *Dominus Iesus*, sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia (6 agosto 2000). También la Conferencia Episcopal Española se ha pronunciado en distintas ocasiones sobre cuestiones relacionadas con la fe en Jesucristo: Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, *Cristo presente en la Iglesia*. Nota doctrinal sobre algunas cuestiones cristológicas e implicaciones eclesiológicas (1992); Asamblea Plenaria de la CEE, Instrucción pastoral *Teología y secularización en España* (30 marzo 2006), especialmente los números 22-35; Id., *Jesucristo, Salvador del hombre y esperanza del mundo*. Instrucción pastoral sobre la persona de Cristo y su misión (21 abril 2016).

al ámbito de lo religioso, de modo que ninguna religión puede presentarse con una pretensión de verdad. Todas las religiones quedan objetivamente equiparadas como caminos posibles de revelación y de salvación. Esta mentalidad vacía de contenido la fe cristiana y tiene consecuencias directas en algunos aspectos fundamentales de la vida de la Iglesia. No solo en la espiritualidad; pensemos, por ejemplo, en el peligro que esto entraña para la actividad misionera, que se volvería innecesaria si Cristo no fuera el Revelador del Padre y el Salvador único y universal⁵.

10. Además, es importante notar la sustitución que se ha producido en nuestra cultura de la idea cristiana de la salvación por el deseo de una felicidad inmanente, un bienestar de carácter material o el progreso de la humanidad. De este modo, la esperanza de los bienes futuros queda reemplazada por un optimismo utópico, que confía en que el hombre podrá alcanzar la felicidad mediante el desarrollo científico o tecnológico⁶. Cuando se experimenta que la prosperidad material no asegura esa felicidad, esta se busca en un subjetivismo cuyo objetivo es llegar a estar bien con uno mismo⁷. En ambos casos, se obvia el hecho de la muerte, el dolor, el fracaso y los dramas de la historia; se produce una mundanización de la salvación y se pierde el horizonte de eternidad que impregna la existencia humana.

⁵ Cf. San Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris missio* sobre la permanente validez del mandato misionero (7 diciembre 1990), n. 36; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dominus Iesus*, n° 4; Id., *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización* (3 diciembre 2007).

⁶ Cf. Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, sobre la esperanza cristiana (30 noviembre 2007), n. 22; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo*, sobre algunos aspectos de la salvación cristiana (22 febrero 2018), n° 6.

⁷ Sobre el pelagianismo y el gnosticismo actuales, cf. Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual (19 marzo 2018), n. 36-62; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo*, n° 3: "En nuestros tiempos prolifera una especie de neopelagianismo para el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o de las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad del Espíritu de Dios. Un cierto neognosticismo, por su parte, presenta una salvación meramente interior, encerrada en el subjetivismo, que consiste en elevarse con el intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida".

III. Las espiritualidades que se derivan de estas doctrinas

1. Asimilación de la metodología del budismo zen

11. El deseo de encontrar la paz interior ha favorecido la difusión de la meditación inspirada en el budismo zen en muchos ambientes de nuestra sociedad⁸. No podemos entrar aquí en un análisis de las diferencias entre las distintas corrientes. Aludiremos, más bien, a algunos elementos comunes. En primer lugar, la reducción de la oración a meditación y *la ausencia de un tú* como término de la misma convierten este tipo de prácticas en un monólogo que comienza y termina en el propio sujeto. La técnica zen consiste en observar los movimientos de la propia mente con el fin de pacificar a la persona y llevarla a la unión con su propio ser. Entendida así, difícilmente puede ser compatible con la oración cristiana, en la que lo más importante es el Tú divino revelado en Cristo.

12. Desde la idea de que el sufrimiento tiene su origen en la no aceptación de la realidad y en el deseo de que sea distinta, *la meta de la meditación zen es ese estado de quietud y de paz* que se alcanza aceptando los acontecimientos y las circunstancias como vienen, renunciando a cualquier compromiso por cambiar el mundo y la realidad. Por tanto, si con este método la persona se conformara solo con una cierta serenidad interior y la confundiera con la paz que solo Dios puede dar, se convertiría en obstáculo para la auténtica práctica de la oración cristiana y para el encuentro con Dios.

13. Además, frecuentemente el zen elimina *la diferencia entre el propio yo y lo que está fuera*, entre lo sagrado y lo profano, entre lo divino y lo creado. Una energía difusa anima toda la realidad visible e invisible que a veces adquiere fisonomía panteísta. Si en algún momento se alude a la divinidad, no se puede distinguir el rostro personal del Dios cristiano. Cuando la divinidad y el mundo se confunden y no hay alteridad, cualquier tipo de oración es inútil.

14. A veces la meditación zen es practicada por grupos cristianos y organizaciones eclesiales. Algunos llegan incluso a hablar de un supuesto *zen cristiano*.

⁸ Muchas veces estas técnicas de meditación, como el *mindfulness*, intentan esconder su origen religioso y se difunden en movimientos que se podrían reunir bajo la denominación *New Age*, por cuanto se proponen en alternativa a la fe cristiana.

En principio esto no supondría mayor dificultad si se limitara a incorporar a la pedagogía de la oración cristiana ciertas técnicas que predisponen el cuerpo y el espíritu al silencio necesario para la oración⁹, pero en no pocas ocasiones va más allá de esto, teniendo consecuencias para la misma comprensión de la oración. Como criterio de discernimiento, es bueno distinguir, en primer lugar, entre las técnicas concretas y el método. El método, como itinerario completo de meditación, es inseparable de la meta a la que se quiere llegar y de los supuestos antropológicos, religiosos y teológicos en los que nace y se sustenta. En cambio, las técnicas concretas para alcanzar ciertos estados de ánimo previos a la oración podrían aislarse del conjunto del método y de sus fundamentos. No es posible una oración propiamente cristiana que asuma globalmente un método que no esté originado o se aparte del contenido de la fe¹⁰. Tampoco se pueden aceptar acríticamente ciertos planteamientos que interpretan algunos temas centrales de la fe cristiana desde los esquemas de pensamiento propios del budismo zen, estableciendo paralelismos, por ejemplo, entre el camino del zen y Jesús como camino; o entre la *kénosis* de Dios (el Hijo de Dios que se vacía) y el desapego y el desprendimiento radical que se practica en el budismo (el vaciarse de uno mismo). Estos paralelismos llevan frecuentemente a desvirtuar el contenido de la fe, porque olvidan que la universalidad salvífica de Jesucristo "abarca los aspectos de su misión de gracia, de verdad y de revelación"¹¹.

2. Espiritualidad desde la teología del pluralismo religioso

15. El estudio comparado de las grandes tradiciones religiosas ha conducido a una toma de conciencia de los elementos comunes a todas ellas. La dificultad surge cuando de los análisis fenomenológicos se extraen conclusiones teológicas y el pluralismo religioso de hecho se transforma en un pluralismo religioso de derecho. En tal caso, todas las religiones serían igualmente mediaciones de la divinidad,

⁹ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Orationis formas*, n° 28.

¹⁰ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Orationis formas*, n° 3: "La oración cristiana está siempre determinada por la estructura de la fe cristiana, en la que resplandece la verdad misma de Dios y de la criatura. Por eso se configura, propiamente hablando, como un diálogo personal, íntimo y profundo, entre el hombre y Dios".

¹¹ San Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris missio*, n° 5.

que se manifiesta de múltiples maneras en cada una de ellas. Ninguna podría pretender exclusividad o totalidad frente a las demás, pues todas servirían para acceder a la divinidad y todas estarían limitadas por sus condicionamientos culturales, que explicarían sus diferencias.

16. El relativismo religioso se convierte de este modo en criterio de discernimiento de la auténtica espiritualidad. Así como las diversas religiones podrían constituir caminos válidos de salvación y de conocimiento de Dios, todas sus prácticas espirituales podrían conducir al encuentro con Él, ya que, si Dios no ha manifestado su rostro plenamente en ninguna de ellas, no podríamos saber qué camino es el mejor para llegar a Él. En esta lógica, los itinerarios de vida espiritual que sean capaces de relativizar sus características propias y enriquecerse con las prácticas y usos de los demás, es decir, la suma de las religiones, tendría más valor que cada una por separado. Como consecuencia, una nueva experiencia compartida de lo divino, fruto del encuentro y la conjunción de todas las religiones, sería más completa y enriquecedora que la propuesta limitada de cada una de ellas. En el fondo de este planteamiento hay una negación de toda posibilidad de llegar a tener un conocimiento positivo de Dios, aunque sea limitado.

17. Aplicando estos principios al cristianismo, la revelación de Cristo aparecería como una más, condicionada histórica y culturalmente y, por eso mismo, susceptible de ser complementada con las aportaciones de las otras experiencias religiosas. La afirmación de que Jesucristo nos revela el verdadero rostro de Dios y que quien le ha visto a Él ha visto al Padre (cf. Jn 14, 9) no habría que interpretarla en un sentido exclusivo, puesto que en Cristo no conoceríamos a Dios más que en otras religiones. El cristianismo estaría llamado a trascender lo propio para valorar lo que es común a todas las experiencias religiosas de la humanidad. Y en eso que es común hallaría la verdad que está presente en todas ellas.

18. La fe cristiana se fundamenta en el hecho de que Dios se ha revelado en su Hijo Jesucristo, que es su propia Palabra eterna, como Trinidad amorosa. Aun afirmando los límites de nuestros conceptos, sabemos que la representación trinitaria se corresponde con el ser de Dios; y que mediante el Hijo y el Espíritu se nos ha abierto el camino para llegar hasta el Padre. Por eso, aquellas formas de espiritualidad en las que en todo su recorrido se prescinde de la fe trinitaria y, parti-

cularmente de la Encarnación, no son compatibles con la fe cristiana, por distanciarse con claridad de la imagen cristiana de Dios. Una espiritualidad que se base en un apofatismo radical y excluyente de toda afirmación positiva acerca de Dios y proponga una vía exclusivamente negativa para llegar a Él, o que practique únicamente el silencio sumo como la actitud propia ante el absoluto, no es compatible con la fe cristiana de Dios¹².

3. Cristo como simple ejemplo

19. La interpretación del acontecimiento de la Encarnación como un "símbolo" lleva a concebir a Jesús como un modelo paradigmático del camino que todo ser humano está llamado a recorrer para llegar a Dios. La meta del itinerario espiritual sería la identificación con lo divino mediante un proceso de vaciamiento interior y de donación de sí mismo que conduce a un nuevo modo de ser. Esto, que está presente en todas las tradiciones religiosas, lo habría vivido de un modo ejemplar Jesús de Nazaret, pero no sería algo propio y exclusivo del cristianismo. Es más, este camino estaría de algún modo implícito en el interior de cada ser humano, aunque adormecido.

20. Según este planteamiento, la misión de Cristo habría consistido en indicar un camino -que no sería el único- para alcanzar la divinidad, y en despertar la conciencia de los hombres para que por sí mismos saquen a la luz lo que ya existía dentro de ellos. Esto lleva a una relativización de la mediación del Hijo para la salvación y, como consecuencia, de todos los elementos que en la enseñanza de Cristo y en la doctrina de la Iglesia se proponen como medios concretos para llegar a Dios. Todo esto serían mediaciones de valor secundario y que, a medida que se avanza en la experiencia espiritual, irían siendo superadas. El crecimiento espiritual llevaría a relativizar los aspectos concretos condicionados histórica y culturalmente de la persona de Jesús, para quedarse con aquellos que pueden ser válidos para todos los hombres con independencia de su credo. Esto conduce a una espiritualidad que, tomando a Jesucristo como modelo de un modo de ser y despojándolo de los elementos históricos concretos, ve en Él la realización del ideal común a todos los caminos espirituales de la humanidad.

¹² Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Orationis formas*, n° 12.

IV. Elementos esenciales de la oración cristiana

1. La oración de Jesús

21. Para responder a estos desafíos teológicos y pastorales y discernir los elementos esenciales de la oración cristiana, hay que dirigir en primer lugar una mirada a Jesucristo. Él es el único camino que nos conduce al Padre. Sus hechos y dichos son la norma y el referente principal de la vida cristiana. En los evangelios encontramos abundantes testimonios sobre la vida de oración del Señor y algunas enseñanzas al respecto. Jesús se retiraba a orar, unas veces solo (cf. Mc 6, 46; Mt 14, 23) y otras acompañado por alguno de sus discípulos (cf. Lc 9, 28; 22, 41). A veces pasaba la noche en oración alejado de las multitudes que le buscaban (cf. Lc 6, 12). Especialmente significativos son los momentos de oración antes de tomar decisiones importantes en su misión (cf. Lc 6, 12-13). Las palabras que pronunció en la cruz son su última oración con la que pone su vida en manos de Dios (cf. Lc 23, 46).

22. La oración del Señor es expresión de su relación filial con el Padre. Está, por tanto, dirigida a Dios y nunca es un ejercicio de introspección que termina en Él mismo. El Dios a quien el Señor se dirige tiene un rostro concreto. El Señor no vino al mundo para hacer su voluntad, sino para cumplir la voluntad del Padre que le había enviado (cf. Jn 6, 38). Su obediencia no es la de quien se somete por la fuerza a una imposición que le viene dada desde fuera, sino que nace del amor. Los momentos de mayor *kénosis* son ocasiones privilegiadas en las que la oración del Señor expresa, alimenta y vive humanamente su relación filial con el Padre. Es ese amor el que le lleva a vivir una entrega total y plena a la misión encomendada por el Padre. Todas las oraciones de Jesús son expresión de un corazón en el que no hay la más mínima disociación entre amor y obediencia en la realización de su misión salvífica¹³: su oración brota del gozo del Espíritu para dar gracias al Padre (cf. Lc 10, 21); se dirige al Padre con confianza antes de resucitar a Lázaro (cf. Jn 11, 41-42); pide por sus discípulos para que el mundo crea (cf. Jn 17); nace de su interior aceptando beber el cáliz de la cruz en el contexto de la pasión (cf. Lc 22, 42); suplica al Padre el perdón para sus verdugos desde la cruz (cf. Lc 23, 34), etc.

¹³ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2603: "Su conmovedor "¡Sí, Padre!" expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, de la que fue un eco el "Fiat" de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al "misterio de la voluntad" del Padre (Ef 1, 9)".

23. En la oración del Señor, el centro no son sus deseos ni la consecución de una felicidad terrena al margen de Dios, sino la comunión con el Padre. El criterio de autenticidad de la oración cristiana es la confianza filial en Dios, para aceptar que se haga siempre su voluntad, sin dudar nunca de Él y poniéndose al servicio de su plan de salvación. Vivir como si Dios no existiera es la mayor dificultad para la oración.

2. La enseñanza de Jesús sobre la oración

24. En este tiempo en el que parece que para muchos el primer problema de la oración es la cuestión de las técnicas para entrar en ella, llama la atención que Jesús no diera muchas instrucciones sobre esto. Para Él es más importante la sencillez exterior y la sinceridad interior. Esta es la clave para entender las breves indicaciones del Señor a los discípulos sobre cómo orar que encontramos en los textos evangélicos: no se puede separar la vida y la oración (cf. Mt 7,21); por eso, para presentar la ofrenda en el altar, es necesario estar en paz con los hermanos (cf. Mt 5, 23-25); la oración que nace del amor de Dios incluye pedir por los perseguidores (cf. Mt 5, 44); para orar en lo secreto, donde solo el Padre lo ve, no se necesitan muchas palabras (cf. Mt 6, 6-8); pedir perdón a Dios exige perdonar desde el fondo del corazón a los enemigos (cf. Mt 6, 14-15); para que la oración sea eficaz, hay que confiar en que ya se ha recibido lo que se ha pedido (cf. Mc 11, 24); es necesario orar siempre sin cansarse (cf. Lc 11, 5-13; 18, 1); la oración que llega a Dios nace de un corazón humilde (cf. Lc 18, 9-14); el cristiano reza en el Nombre de Jesús (cf. Jn 14, 13-14).

25. Entre todas las enseñanzas de Jesús sobre la oración destaca el Padrenuestro (cf. Mt 6, 9-13; Lc 11, 1-4). La oración del Señor es la propia del Hijo; la de los discípulos, la de quienes por gracia son hijos en el Hijo y, por eso, pueden dirigirse a Dios llamándole Padre. El cristiano reza el Padrenuestro con los mismos sentimientos filiales de Cristo, que no vino a hacer su voluntad, sino a cumplir la voluntad del Padre que le había enviado. Las tres primeras peticiones orientan el corazón del cristiano hacia Dios desde las mismas actitudes de amor y obediencia de Cristo. Si "lo propio del amor es pensar primeramente en Aquel que amamos"¹⁴, lo primero que aflora en la oración no es el "yo" del discípulo, sino el deseo de que el nombre "de Dios" sea santificado, de que venga "su" reino y de que

¹⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2804.

"su" voluntad, que no es otra que "todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1Tim 2, 2-3), se cumpla así en la tierra como en el cielo. El discípulo que vive con el deseo ardiente de buscar el Reino de Dios y su justicia (cf. Mt 6, 33), lo primero que expresa en su oración es ese deseo y esto la convierte en un grito de amor a Dios y de confianza en Él.

26. Las otras cuatro peticiones de la oración dominical nacen de un corazón que se sabe pobre y que con esperanza se dirige al Padre misericordioso en actitud suplicante, pidiendo por las propias necesidades y las de los demás¹⁵. El discípulo no está fuera del mundo, pero sabe que, a pesar de todas sus posibles riquezas, es una criatura necesitada de la providencia y del amor del Padre. Desde su pobreza y fragilidad pide por "nosotros", por todos los hombres del mundo, para que Dios los sostenga en el tiempo de la peregrinación, perdone sus faltas, les dé fortaleza en la tentación y los libre del Maligno, la mayor amenaza para la salvación de la humanidad, así como el origen de todos los males, de los que es autor e instigador.

27. La oración dominical constituye el modelo y la norma de la oración auténticamente cristiana, porque, en palabras de san Agustín, "si vas discurriendo por todas las plegarias de la santa Escritura, creo que nada hallarás que no se encuentre y contenga en esta oración dominical. Por eso, hay libertad para decir estas cosas en la oración con unas u otras palabras, pero no debe haber libertad para decir cosas distintas"¹⁶.

3. La meta de la oración cristiana

28. "Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias". La oración cristiana es un gesto gratuito de reco-

¹⁵ Cf. Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exultate*, n. 154: "La súplica de intercesión tiene un valor particular, porque es un acto de confianza en Dios y al mismo tiempo una expresión de amor al prójimo... La oración será más agradable a Dios y más santificadora si en ella, por la intercesión, intentamos vivir el doble mandamiento que nos dejó Jesús. La intercesión expresa el compromiso fraterno con los otros cuando en ella somos capaces de incorporar la vida de los demás, sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños. De quien se entrega generosamente a interceder puede decirse con las palabras bíblicas: "Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo" (2 M 15,14)".

¹⁶ San Agustín, *Carta 130, a Proba*, 12.

nocimiento a Dios, y no se puede instrumentalizar con otras finalidades. El centro y la meta es siempre Dios, a cuyo encuentro se encamina la vida del hombre. Sin fe, esperanza y caridad no podemos llegar a Él, y sin oración no podemos creer, esperar y amar. En palabras de san Agustín, "la fe, la esperanza y la caridad conducen hasta Dios al que ora, es decir, a quien cree, espera y desea"¹⁷.

29. El discípulo sabe que, habiendo seguido al Señor, su presente y su futuro, como el de su Maestro, están en las manos del Padre. Esto le da una gran *confianza* en medio de las pruebas y dificultades de la vida, porque le permite "no andar agobiado", ni "afanarse" por el cuerpo ni por el vestido ni por lo que va a comer o beber, ni por el mañana (cf. Mt 6, 25-34). De este modo, la vida se convierte en un auténtico camino de fe y de confianza en Dios. Esta actitud fundamental se expresa y se alimenta en la oración, en la que se entra, a su vez, "por la puerta estrecha de la fe"¹⁸, que no es otra cosa que "una adhesión filial a Dios, más allá de lo que nosotros sentimos y comprendemos"¹⁹. Por esa adhesión filial, el creyente no duda de la verdad de su Palabra y de sus promesas, confía en Él y le obedece. Esta "audacia filial"²⁰ se pone a prueba principalmente en la tribulación y lleva a vivir con la seguridad de que, si en algún momento Dios no concede lo que le pedimos, no es porque se haya olvidado de nosotros, sino porque nos quiere dar "bienes mayores"²¹. Si la oración es un acto de confianza en Dios, la perseverancia en ella es el signo más claro de una fe viva, ya que "orar es llamar con corazón perseverante y lleno de afecto a la puerta de Aquel que nos escucha"²². El abandono de la oración, por el contrario, es manifestación de una fe débil e inconstante. Consciente de la debilidad y fragilidad de su fe, el cristiano sabe que necesita orar para que el Señor aumente su fe y le conceda la gracia de perseverar en ella.

30. La oración es necesaria para crecer en la *esperanza*²³. Todos los seres humanos albergamos en nuestro corazón pequeñas esperanzas. En realidad,

¹⁷ *Ibid.*, 13.

¹⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2656, 2609.

¹⁹ *Ibid.*, n. 2609.

²⁰ *Ibid.*, n. 2610.

²¹ San Agustín, *Carta 130, a Proba*, 14.

²² *Ibid.*, 10.

²³ Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, n. 32. La oración es uno de los lugares privilegiados para el aprendizaje de la esperanza.

todos esos deseos remiten a algo más básico que los explica todos: "En el fondo, queremos sólo una cosa, la "vida bienaventurada", la vida que simplemente es vida, simplemente felicidad"²⁴. En las pequeñas esperanzas de la vida cotidiana, los seres humanos proyectamos nuestro anhelo de felicidad y de salvación, nuestra esperanza de llegar a una vida en plenitud. La meta verdadera es la Vida eterna que, en palabras del Señor, consiste en "que te conozcan a ti único Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo" (Jn 17, 3). Solo en el conocimiento de Dios y de Jesucristo se verán colmados todos los anhelos del ser humano: "Quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida"²⁵. La oración es el lugar privilegiado para mantener la esperanza y crecer en ella incluso en aquellas situaciones en las que humanamente parece que no hay motivos para seguir esperando. En esos momentos, la oración nos da la certeza de que no estamos solos, de que somos escuchados, de que hay una Esperanza absoluta, aunque no se realicen muchas de las esperanzas concretas y parciales que jalonan nuestra vida. Además, la oración nos hace crecer en el deseo de la Vida eterna, purifica nuestro corazón y lo ensancha para que sea capaz de recibir el Don prometido²⁶. Necesitamos orar para centrarnos en la verdadera meta de la esperanza, para perseverar en ella y disponernos a acoger el don de Dios²⁷.

31. Para Santa Teresa de Jesús, la oración es "tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama"²⁸. Recordando el amor de Dios se crece en el amor a Dios, ya que "amor saca amor"²⁹. Santa Teresa del Niño Jesús describe su experiencia de oración con estas sencillas palabras: "Para mí la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada al cielo,

²⁴ *Ibid.*, n. 11.

²⁵ *Ibid.*, n. 27.

²⁶ Cf. *ibid.*, n. 33: "define la oración como un ejercicio del deseo. El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado. "Dios, retardando , ensancha el deseo; con el deseo, ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz " (*Homilía sobre la Primera Carta de San Juan*)".

²⁷ Cf. *ibid.*, n. 34: "Así nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás".

²⁸ *Libro de la Vida*, cap. 8, 5.

²⁹ *Ibid.*, cap. 22, 14.

un grito de gratitud y de amor tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús"³⁰. Este amor "ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rom 5, 5). El Espíritu es el Don cuyo deseo quería el Señor suscitar en el corazón de la Samaritana al dirigirse a ella diciéndole: "Si conocieras el don de Dios..." (Jn 4, 10). Él siembra en nosotros la semilla del amor a Dios que se alimenta en la plegaria y es también el maestro interior para conducirnos al Padre: "El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rom 8, 26). Enviado a nuestros corazones, nos hace gritar "*Abba*" (cf. Rom 8, 14-16; Gal 4, 6). La vida de oración es obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente. Él nos guía interiormente para que lleguemos a entrar en lo más profundo de la misma vida del Dios Trinitario que es amor. En el Espíritu y por medio de Cristo, nos dirigimos al Padre. La forma trinitaria es tan esencial en la oración cristiana como en la confesión de fe. El Dios en quien el hombre hallará el descanso no es un ser impersonal, sino el Padre que se ha acercado a nosotros en el Hijo y en el Espíritu para que podamos compartir con Él la grandeza de su amor.

32. Creciendo en la fe, la esperanza y el amor a Dios por medio de la oración, el cristiano se ejercita en la vivencia de su relación filial con Él. Ahora bien, no podemos olvidar que, cuando es auténtica, la oración cristiana lleva consigo inseparablemente el amor a Dios y el amor al prójimo. La relación sincera con Dios se debe verificar en la vida³¹. Es un culto vacío y una falsa piedad la que se desentiende de las necesidades de los demás. Por eso, toda forma de espiri-

³⁰ *Manuscritos autobiográficos*, manuscrito C, 25r-25v.

³¹ El Papa Francisco, en la Exh. ap. *Gaudete et exultate*, insiste en los mismo en varias ocasiones: "La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos... El mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia" (n. 104-105; cf. también n. 26; 100). Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 33: "Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios".

tualidad que conlleve un desprecio de nuestro mundo y su historia, en particular de aquellos que más sufren, no es conforme con la fe cristiana. La verdad de la oración cristiana y del amor a Dios al que ella conduce se muestra en el amor y la entrega a los hermanos. El precepto del amor a Dios y al prójimo anima también la misión evangelizadora de la Iglesia para que todos los hombres se salven, según la voluntad divina³². Por eso la oración y la caridad son el alma de la misión, que nos urge a compartir la alegría del Evangelio, el tesoro del encuentro con Cristo³³.

4. La forma eclesial de la oración

33. Cuando el cristiano ora, lo hace siempre como miembro del Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. De ella recibe inseparablemente la vida de la gracia y el lenguaje de la fe: "Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y en la vida de la fe"³⁴. Si la Iglesia es el lugar donde se recibe la fe, es también el ámbito privilegiado donde se aprende a orar: "por una transmisión viva (la sagrada Tradición), el Espíritu Santo, en la Iglesia creyente y orante, enseña a orar a los hijos de Dios"³⁵. Y del mismo modo que la transmisión de la fe no es posible más que aprendiendo su lenguaje, así el aprendizaje de la oración requiere rezar con la Iglesia y en la Iglesia: "En la tradición viva de la oración, cada Iglesia propone a sus fieles el lenguaje de su oración"³⁶. El aprendizaje de la oración solo es posible en el ámbito de la iniciación

³² Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam Actuositatem* sobre el Apostolado de los laicos, 3.

³³ Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 8: "Sólo gracias a ese encuentro -o reencuentro- con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?".

³⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 171.

³⁵ *Ibid.*, n. 2651.

³⁶ *Ibid.*, n. 2663; Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, n. 34: "Ha de estar guiada e iluminada una y otra vez por las grandes oraciones de la Iglesia y de los santos, por la oración litúrgica, en la cual el Señor nos enseña constantemente a rezar correctamente".

cristiana, que debe comenzar en el seno de familia, donde "la fe se mezcla con la leche materna"³⁷.

34. Para la asimilación del lenguaje eclesial de la oración se necesita, en primer lugar, "la lectura asidua de la *Escritura*", a la que "debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre"³⁸, pues "a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus divinas palabras"³⁹. La oración cristiana es iniciativa de Dios y escucha del hombre. En esto se distingue radicalmente de cualquier otro tipo de meditación⁴⁰. Desde sus inicios, la comunidad cristiana ha rezado con los Salmos, aplicándolos a Cristo y a la Iglesia: en su variedad, reflejan todos los sentimientos y situaciones de la vida de Jesús y de sus discípulos⁴¹. La práctica de la "*lectio divina*", recomendada por la Iglesia, introduce al creyente en la historia de la salvación y personaliza la relación salvífica de Dios con su Pueblo. El lenguaje eclesial de la oración se encuentra sobre todo en la sagrada *liturgia*. El creyente "interioriza y asimila la liturgia durante su celebración y después de la misma"⁴². De este modo, al unir la oración personal y la liturgia, evita caer en el peligro de un subjetivismo que reduce la oración a un simple sentimiento sin contenido objetivo. El centro de la vida litúrgica lo constituye el sacramento de la Eucaristía, "fuente y culmen de toda la vida cristiana"⁴³ y, por ello, la oración más importante de la Iglesia. El encuentro sacramental con el amor de Dios en su Palabra y en el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se vive en la Santa Misa se prolonga en la adoración eucarística⁴⁴. El lenguaje eclesial de la oración se adquiere también

³⁷ Francisco, *Homilía. Misa en el Parque de los Samanes* (Guayaquil, 6 de julio de 2015).

³⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2653.

³⁹ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la Divina Revelación, n. 25.

⁴⁰ Cf. Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exsultate*, n. 149: "La oración confiada es una reacción del corazón que se abre a Dios frente a frente, donde se hacen callar todos los rumores para escuchar la suave voz del Señor que resuena en el silencio".

⁴¹ Cf. San Ambrosio, *Comentario sobre el salmo 1*: CSEL 64, 7.9-10.

⁴² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2655.

⁴³ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, 11.

⁴⁴ Cf. Francisco, *Catechesis* (15 noviembre 2017); cf. también *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2643: "La Eucaristía contiene y expresa todas las formas de oración: es la "ofrenda pura" de todo el Cuerpo de Cristo a la gloria de su Nombre (cf *Ml* 1, 11); es, según las tradiciones de Oriente y de Occidente, "el sacrificio de alabanza"".

entrando en contacto con los *testigos* que, bajo la acción del Espíritu Santo, han hecho posible "la tradición viva de la oración, por el testimonio de sus vidas, por la transmisión de sus escritos y por su oración hoy"⁴⁵. Ciertamente no hay una única espiritualidad cristiana. A lo largo de la historia de la Iglesia se han desarrollado diversas espiritualidades. Todas ellas "participan de la tradición viva de la oración y son guías indispensables para los fieles. En su rica diversidad, reflejan la pura y única luz del Espíritu Santo"⁴⁶.

35. Lo más importante en la plegaria "es la presencia del corazón ante Aquel a quien hablamos en la oración"⁴⁷. Si la naturaleza humana tiene un carácter inseparablemente corpóreo-espiritual, el ser humano tiene necesidad de expresar externamente sus sentimientos. *La oración vocal*, tan plenamente humana, es "un elemento indispensable de la vida cristiana"⁴⁸. No se puede oponer a la oración interior. Ambas se necesitan mutuamente, porque los seres humanos no podemos prescindir del lenguaje a la hora de pensar y de expresarnos; y porque la oración vocal, en la medida en que ayuda al orante a tomar conciencia de Aquel a quien está hablando "se convierte en una primera forma de oración contemplativa"⁴⁹. La invocación del nombre de Jesús, tan arraigada en el oriente cristiano, ha sido llamada con razón la oración del corazón, porque nadie puede pronunciar con los labios el nombre de Jesús sin tener su Espíritu (cf. 1 Cor 12,3)⁵⁰. Junto a la oración vocal, está *la meditación*. En ella el orante busca comprender las exigencias de la vida cristiana y responder a la voluntad de Dios. La meditación cristiana no consiste únicamente en analizar los movimientos del propio interior, ni termina en uno mismo, sino que nace de la confrontación de la propia vida con la voluntad de Dios que se intenta conocer a través de las obras de la creación y de su Palabra, plenamente revelada en Cristo. En *la contemplación*, las palabras y los pensamientos dejan paso a la experiencia del amor de Dios: el orante centra

⁴⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2683.

⁴⁶ *Ibid.*, n. 2684.

⁴⁷ *Ibid.*, n. 2700.

⁴⁸ *Ibid.*, n. 2701.

⁴⁹ *Ibid.*, n. 2704.

⁵⁰ Entre las prácticas de oración vocal recomendadas por la Iglesia hay que mencionar el rezo del Santo Rosario: San Pablo VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María (2 febrero 19974); San Juan Pablo II, Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, sobre el Santo Rosario (16 octubre 2002).

su mirada de fe y su corazón en el Señor y crece en su amor. Por ello, la oración contemplativa es, propiamente hablando, "la oración del hijo de Dios, del pecador perdonado que consiente en acoger el amor con el que es amado y que quiere responder a él amando más todavía"⁵¹; es al mismo tiempo "la expresión más sencilla del misterio de la oración"⁵² y su culmen, porque en ella llegamos a la unión con Dios en Cristo.

36. La oración también es combate⁵³ y supone un esfuerzo para superar las dificultades que aparecen en el camino. Los grandes maestros de la espiritualidad cristiana, para ayudar a perseverar en el camino de la oración y superar los obstáculos, han sugerido distintas técnicas y han descrito las varias etapas. En lo referente a *las técnicas*, a las que tanta importancia se da actualmente, debemos recordar de nuevo que más importante que una oración formalmente bien hecha, es que vaya acompañada y sea expresión de la autenticidad de la vida. De todos modos, la oración cristiana ha ido generando diversos métodos para ponerse en presencia de Dios con actitudes corporales y mentales, que no pretenden simplemente descubrir virtualidades escondidas en la persona, sino "abrirse en humildad a Cristo y a su Cuerpo místico, que es la Iglesia"⁵⁴. Estas técnicas, al igual que las que provienen de tradiciones ajenas al cristianismo, "pueden constituir un medio adecuado para ayudar a la persona que hace oración a estar interiormente distendida delante de Dios, incluso en medio de las sollicitaciones exteriores"⁵⁵. Pero nunca se pueden confundir las sensaciones de quietud y distensión o los sentimientos gratificantes que producen ciertos ejercicios físicos o psíquicos con las consolaciones del Espíritu Santo. Esto "constituye un modo totalmente erróneo de concebir el camino espiritual"⁵⁶.

⁵¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2712.

⁵² *Ibid.*, n. 2713.

⁵³ Cf. Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exsultate*, n. 158-162: "La vida cristiana es un combate permanente... Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero".

⁵⁴ San Juan Pablo II, *Homilía en IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús* (Ávila, 1 de noviembre de 1982).

⁵⁵ *Carta Orationis formas*, 28.

⁵⁶ *Ibid.*

37. En lo referente a *las etapas* en el camino de perfección, muchas escuelas de espiritualidad cristiana han adoptado el esquema de las tres vías (purificación, iluminación y unión). Este esquema debe entenderse siempre desde los supuestos de la fe cristiana: la "búsqueda de Dios mediante la oración debe ser precedida y acompañada de la ascesis y de la purificación de los propios pecados y errores, porque, según la palabra de Jesús, solamente "los limpios de corazón verán a Dios" (Mt 5, 8)"⁵⁷. Quien se ha purificado, por la iluminación de la fe, que ayuda a comprender la dimensión más profunda de los misterios confesados y celebrados por la Iglesia, es conducido al conocimiento interno de Cristo, que no consiste únicamente en saber cosas acerca de Él, sino en un conocimiento impregnado por la caridad. Finalmente, el cristiano que persevera en la oración puede llegar a tener, por gracia de Dios, una experiencia particular de unión. Esta es inseparable y se fundamenta siempre en la unión con Dios que se realiza objetivamente en el organismo sacramental de la Iglesia, como lo demuestra la tradición de los grandes santos. Cualquier misticismo que, rechazando el valor de las mediaciones eclesiales, oponga la unión mística con Dios a la que se realiza en los sacramentos, especialmente en el Bautismo y la Eucaristía o que lleve a pensar que los sacramentos son innecesarios para las personas "espirituales", no puede considerarse cristiano.

38. La Santísima Virgen María, Madre y modelo eminente de la Iglesia, es también para todos los cristianos ejemplo logrado de oración. En el tiempo que precede a la Anunciación, su plegaria la lleva a prestar atención a las cosas de Dios y a crecer en el deseo de entregarse totalmente a Él en el cumplimiento de su voluntad; cuando recibe el anuncio del Ángel, manifiesta su consentimiento para que se cumpla en Ella la Palabra que le ha sido anunciada y se ofrece a Dios como su humilde esclava (Lc 1, 38); en su cántico de alabanza manifiesta su alegría en el Señor, no sólo por lo que ha hecho en Ella, sino porque por medio de su Hijo se realiza la salvación de toda la humanidad (Lc 1, 46-55); en los acontecimientos de la infancia del Señor conservaba y meditaba todo en su corazón (Lc 2, 19), acogía las gracias que Dios le daba por medio de su Hijo y se disponía a responder con

⁵⁷ *Ibid.*, 18; cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, n. 33: "ha de purificar sus deseos y sus esperanzas. Debe liberarse de las mentiras ocultas con que se engaña a sí mismo: Dios las escruta, y la confrontación con Dios obliga al hombre a reconocerlas también... El encuentro con Dios despierta mi conciencia para que ésta ya no me ofrezca más una autojustificación ni sea un simple reflejo de mí mismo".

más generosidad; mirando a Jesucristo veía en actitud contemplativa al Hijo de Dios hecho hombre y era introducida como nadie lo ha sido jamás en la misma vida de la Trinidad; en Caná de Galilea se muestra como una mediadora eficaz ante su Hijo y su intercesión provoca que el Señor comience a realizar los signos que manifiestan la llegada de la hora de la salvación (Jn 2, 1-10); al pie de la cruz hace suyas las palabras de Jesús y en su corazón las transforma en su propia oración; en la espera del Espíritu Santo ora con la Iglesia (Hech 1, 14) haciendo suyas todas sus necesidades, y ora por ella para que no desfallezca en su misión. Ella, con su testimonio, ha sido para tantos maestros de oración el verdadero modelo de discípulo orante.

V. Conclusión

39. "La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios"⁵⁸. La sed de Dios que acompaña la existencia de todo ser humano se saciará finalmente cuando pueda contemplarlo cara a cara. Mientras tanto, la oración, expresión de este deseo de Dios "en medio de nuestra vida cotidiana"⁵⁹, es necesaria para perseverar en el camino de la santidad⁶⁰, a la que todos estamos llamados por voluntad de Dios (1 Tes 4, 3) y "sin la cual nadie verá al Señor" (Heb 12, 14). Ese es el verdadero objetivo de cualquier introducción a la vida de plegaria.

40. En esta nota hemos querido recordar los elementos esenciales que no pueden faltar en la iniciación a la oración cristiana. Exhortamos, pues, a los sacerdotes, personas consagradas, catequistas, a las familias cristianas, a los grupos parroquiales y movimientos apostólicos, a los responsables de pastoral de los centros educativos, a quienes están al frente de casas y centros de espiritualidad, cuya misión en la Iglesia consiste en ayudar a los cristianos a crecer en la vida interior, a que tengan en cuenta estos principios y no se dejen "arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas" (Heb 13, 9) que desorientan al ser humano de la vocación última

⁵⁸ San Ireneo de Lyon, *Tratado contra las herejías*, IV, 20, 7: PG 7,1037.

⁵⁹ Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exsultate*, n. 149.

⁶⁰ Cf. *ibid.*, n. 147: "La santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración... No creo en la santidad sin oración".

a la que ha sido llamado por Dios, y llevan a la pérdida de la sencillez evangélica, que es una característica fundamental de la oración cristiana.

Madrid, 28 de agosto de 2019, fiesta de san Agustín de Hipona.

**Los Obispos de la Comisión Episcopal
para la Doctrina de la Fe**

Presidente:

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Enrique Benavent Vidal, Obispo de Tortosa

Miembros: Excmos. y Rvdmos. Sres.

Agustín Cortés Soriano, Obispo de Sant Feliu de Llobregat
Luis Quinteiro Fiuza, Obispo de Tui-Vigo
José María Yanguas Sanz, Obispo de Cuenca
Juan Antonio Martínez Camino, S.J., Obispo Auxiliar de Madrid
Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo
Francisco Simón Conesa Ferrer, Obispo de Menorca

MONS. AYUSO Y MONS. LÓPEZ ROMERO, NUEVOS CARDENALES ESPAÑOLES

El papa **Francisco** ha anunciado hoy la creación de dos nuevos cardenales españoles: **Mons. Miguel Ángel Ayuso**, MCCJ, misionero comboniano y presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso; y **Mons. Cristóbal López Romero**, SDB, salesiano, arzobispo de Rabat (Marruecos). Al término del rezo del ángelus, de hoy domingo 1 de septiembre, el papa **Francisco** ha dado a conocer sus nombres, junto con una lista de otros once de todo el mundo.

Mons. Miguel Ángel Ayuso

Nació en Sevilla el 17 de junio de 1952. El 2 de mayo de 1980 hizo su profesión perpetua en el Instituto de los Misioneros Combonianos. del corazón de Jesús. Fue ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1980 y ejerció el ministerio misionero en Egipto y Sudán hasta 2002. Obtuvo una licencia en Estudios Árabes e Islámicos (P.I.S.A.I. Roma, 1982) y un doctorado. en teología

dogmática (Universidad de Granada, 2000). Desde 1989 fue profesor de islamología primero en Jartum, luego en El Cairo y, por lo tanto, en el Pontificio Instituto de Estudios Árabes e Islámicos, donde ocupó el cargo hasta 2012. del director. Presidió varias reuniones de diálogo interreligioso en África (Egipto, Sudán, Kenia, Etiopía y Mozambique). El 30 de junio de 2012, el Santo Padre Benedicto XVI lo nombró Secretario del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso. Nombrado por el Papa Francisco obispo titular de Luperciana, fue consagrado en marzo de 2016. El 25 de mayo fue nombrado **presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso**. Ha publicado libros y artículos en revistas internacionales. Además del español, sabe árabe, inglés, francés e italiano.

Mons. Cristóbal López Romero

Nació el 19 de mayo de 1952 en Vélez-Rubio (Almería) y se unió a la Familia Salesiana en 1964. Después de completar sus estudios secundarios en el Seminario Salesiano de Gerona, ingresó al Seminario Salesiano de Barcelona, donde estudió Filosofía y Ciencias de la Información, sección de Periodismo, en la Universidad Autónoma de Barcelona (1982). Hizo su primera profesión el 16 de agosto de 1968 y su profesión solemne el 2 de agosto de 1974. Fue ordenado sacerdote el 19 de mayo de 1979. Después de la ordenación, ocupó los siguientes cargos: desde 1979 hasta 1984 desarrolló su ministerio a favor de los marginados en La Verneda, en Barcelona; 1984-1986: dedicado a la Pastoral juvenil en el colegio Salesiano de Asunción (Paraguay); 1986-1992: Delegado Provincial de pastoral Juvenil y vocacional en Asunción; 1991-1992: Director del Boletín Salesiano en Asunción; 1992-1994: Párroco en Asunción; 1994-2000: Provincial de la Provincia Salesiana de Paraguay; 2000-2002: Director de la Comunidad, pastoral y docente del Colegio de Asunción; 2002-2003: Misiones en Paraguay; 2003-2011: Director de la Comunidad, ministerio parroquial y educación escolar en el centro de formación profesional en Kénitra, Marruecos; 2011-2014: Provincial de la Provincia salesiana de Bolivia; desde 2014: Provincial de la Provincia Salesiana de María Auxiliadora, en España.

El 29 de diciembre de 2017, **el Papa Francisco lo nombró Arzobispo de Rabat (Marruecos)**.

16 cardenales españoles en el Colegio Cardenalicio

Con la creación de los dos nuevos cardenales españoles, el próximo 5 de octubre, en el colegio cardenalicio habrá 16 cardenales españoles. De estos, son miembros de la CEE **Antonio M^a Rouco Varela**, arzobispo emérito de Madrid; **Francisco Álvarez Martínez**, arzobispo emérito de Toledo; **Carlos Amigo Vallejo**, arzobispo emérito de Sevilla; **Antonio Cañizares Llovera**, arzobispo de Valencia y vicepresidente de la CEE; **Lluís Martínez Sistach**, arzobispo emérito de Barcelona; **Ricardo Blázquez Pérez**, arzobispo de Valladolid y presidente de la CEE; **Carlos Osoro Sierra**, arzobispo de Madrid; y **Juan José Omella**, arzobispo de Barcelona.

Además de los españoles en la curia romana, **Eduardo Martínez Somalo**, prefecto emérito de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica y Camarlengo emérito del Colegio Cardenalicio; **Julián Herranz Casado**, presidente emérito del Consejo Pontificio para los Textos Legislativos y presidente de la Comisión Disciplinar de la Curia Romana; **Santos Abril y Castelló**, arcipreste emérito de la Basílica de Santa María la Mayor; **Luis Ladaria**, prefecto de Congregación para la Doctrina de la Fe. Completan la lista de cardenales españoles el agustino recoleto **José Luis Lacunza Maestrojuán**, obispo de la diócesis de David (Panamá), y el claretiano **Aquilino Bocos**, quien fue Superior general de la Congregación desde el año 1991 hasta el año 2004. A estos se sumarán **Miguel Ángel Ayuso** y **Cristóbal López Romero**.

JOSÉ FRANCISCO MATÍAS, ADMINISTRADOR DIOCESANO DE ZAMORA

El sacerdote **José Francisco Matías** ha sido elegido administrador diocesano de la **diócesis de Zamora**. El colegio de consultores procedía a la elección el **martes 24 de septiembre** tras el fallecimiento de **Mons. Gregorio Martínez Sacristán**. El hasta ahora vicario general estará al frente de la diócesis hasta el nombramiento y toma de posesión del nuevo obispo, informa en nota de prensa la diócesis.

Vicario general de Zamora desde 2011

José Francisco Matías nació en Belver de los Montes (Zamora) el 24 de agosto de 1956. Estudió en el seminario diocesano de Zamora y fue ordenado sacerdote el día 23 de octubre de 1982. Es licenciado en Teología (1982) y en Derecho Canónico (2002) por la Universidad Pontificia de Salamanca.

Fue educador del seminario menor entre 1982 y 1989, año en el que es nombrado rector y administrador de este seminario, cargo que desempeñó hasta el

año 1999. De 1987 a 1995 fue profesor de Religión en el Instituto Cardenal Pardo de Tavera en Toro. Durante los años que cursó Derecho Canónico en la Universidad Pontificia de Salamanca (1999-2002) fue formador del seminario mayor.

El 5 de junio de 2002 fue nombrado delegado diocesano para el Clero. Este mismo año, el 30 de julio, es nombrado vicario parroquial de la parroquia de San Lázaro de Zamora y juez diocesano del Tribunal Eclesiástico. El 31 de julio de 2003 pasa a ser párroco "in solidum" de esta misma parroquia. El 30 de julio de 2004 es nombrado canciller secretario general del obispado de Zamora, cesando como delegado diocesano para el Clero. El 3 de julio de 2007 se le nombra promotor de Justicia y defensor del vínculo del Tribunal Diocesano. El 5 de noviembre de 2008 es nombrado canónigo de la S.I. Catedral de Zamora y el 12 de septiembre de 2011, vicario general, cesando en el cargo de canciller secretario general.

Otros nombramientos: el 31 de enero de 2012, capellán de la Cofradía de Jesús Nazareno (vulgo Congregación); el 19 de julio de 2013, cesa en la parroquia de San Lázaro y se le nombra párroco de la parroquia de San Pedro y San Ildefonso de Zamora; el 15 de junio de 2015, vicario judicial y delegado episcopal para las Cofradías y Hermandades de la diócesis; y el 3 de diciembre de 2018 pasa a ser Párroco "in solidum" de la Unidad Pastoral El Buen Pastor de Zamora.

Ha pertenecido al Consejo Episcopal de Gobierno; Consejo Presbiteral; Colegio de Consultores; Consejo de Asuntos Económicos, y miembro de la Comisión diocesana de Asesoramiento y Control del Fondo Sacerdotal de Compensación.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA JORNADA MUNDIAL
DE ORACIÓN POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

1 de septiembre de 2019

"Dios vio que era bueno" (Gn 1,25). La mirada de Dios, al comienzo de la Biblia, se fija suavemente en la creación. Desde la tierra para habitar hasta las aguas que alimentan la vida, desde los árboles que dan fruto hasta los animales que pueblan la casa común, todo es hermoso a los ojos de Dios, quien ofrece al hombre la creación como un precioso regalo para custodiar.

Trágicamente, la respuesta humana a ese regalo ha sido marcada por el pecado, por la barrera en su propia autonomía, por la codicia de poseer y explotar. Egoísmos e intereses han hecho de la creación -lugar de encuentro e intercambio-, un teatro de rivalidad y enfrentamientos. Así, el mismo ambiente ha sido puesto en peligro, *algo bueno* a los ojos de Dios se ha convertido en *algo explotable* en manos humanas. La degradación ha aumentado en las últimas décadas: la contaminación constante, el uso incesante de combustibles fósiles, la intensiva explotación agrícola, la práctica de arrasar los bosques están elevando las temperaturas globales a niveles alarmantes. El aumento en la intensidad y frecuencia de fenómenos climáticos

extremos y la desertificación del suelo están poniendo a dura prueba a los más vulnerables entre nosotros. El derretimiento de los glaciares, la escasez de agua, el descuido de las cuencas y la considerable presencia de plásticos y microplásticos en los océanos son hechos igualmente preocupantes, que confirman la urgencia de intervenciones que no pueden posponerse más. Hemos creado una emergencia climática que amenaza seriamente la naturaleza y la vida, incluida la nuestra.

En la raíz, hemos olvidado quiénes somos: criaturas a imagen de Dios (cf. Gn 1,27), llamadas a vivir como hermanos y hermanas en la misma casa común. No fuimos creados para ser individuos que mangonean; fuimos pensados y deseados en el centro de una *red de vida* compuesta por millones de especies unidas amorosamente por nuestro Creador. Es la hora de redescubrir nuestra vocación como hijos de Dios, hermanos entre nosotros, custodios de la creación. Es el momento de arrepentirse y convertirse, de volver a las raíces: somos las criaturas predilectas de Dios, quien en su bondad nos llama a amar la vida y vivirla en comunión, conectados con la creación.

Por lo tanto, insto a los fieles a que se dediquen en este tiempo a la oración, que a partir de una oportuna iniciativa nacida en el ámbito ecuménico se ha configurado como *Tiempo de la creación*: un período de oración y acción más intensas en beneficio de la casa común que se abre hoy, 1 de septiembre, Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, y finalizará el 4 de octubre, en memoria de san Francisco de Asís. Es una ocasión para sentirnos aún más unidos con los hermanos y hermanas de las diferentes denominaciones cristianas. Pienso, de modo particular, en los fieles ortodoxos que llevan treinta años celebrando esta Jornada. Sintámonos también en profunda armonía con los hombres y mujeres de buena voluntad, llamados juntos a promover, en el contexto de la crisis ecológica que afecta a todos, la protección de la *red de la vida* de la que formamos parte.

Este es *el tiempo para habituarnos de nuevo a rezar* inmersos en la naturaleza, donde la gratitud a Dios creador surge de manera espontánea. San Buenaventura, cantor de la sabiduría franciscana, decía que la creación es el primer "libro" que Dios abrió ante nuestros ojos, de modo que al admirar su variedad ordenada y hermosa fuéramos transportados a amar y alabar al Creador (cf. *Breviloquium*, II,5.11). En este libro, cada criatura se nos ha dado como una "palabra de Dios" (cf. *Commentarius in librum Ecclesiastes*, I,2). En el silencio y la oración podemos escuchar la voz sinfónica de la creación, que nos insta a salir de nuestras cerra-

zones autorreferenciales para redescubrirnos envueltos en la ternura del Padre y regocijarnos al compartir los dones recibidos. En este sentido, podemos decir que la creación, *red de la vida*, lugar de encuentro con el Señor y entre nosotros, es "la red social de Dios" (*Audiencia con guías y scouts de Europa*, 3 agosto 2019), que nos lleva a elevar una canción de alabanza cósmica al Creador, como enseña la Escritura: "Cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor, ensálcelo con himnos por los siglos" (Dn 3,76).

Este es *el tiempo para reflexionar sobre nuestro estilo de vida* y sobre cómo nuestra elección diaria en términos de alimentos, consumo, desplazamientos, uso del agua, de la energía y de tantos bienes materiales a menudo son imprudentes y perjudiciales. Nos estamos apoderando demasiado de la creación. ¡Elijamos cambiar, adoptar estilos de vida más sencillos y respetuosos! Es hora de abandonar la dependencia de los combustibles fósiles y emprender, de manera rápida y decisiva, transiciones hacia formas de energía limpia y economía sostenible y circular. Y no olvidemos escuchar a los pueblos indígenas, cuya sabiduría ancestral puede enseñarnos a vivir mejor la relación con el medio ambiente.

Este es *el tiempo para emprender acciones proféticas*. Muchos jóvenes están alzando la voz en todo el mundo, pidiendo decisiones valientes. Están decepcionados por tantas promesas incumplidas, por compromisos asumidos y descuidados por intereses y conveniencias partidistas. Los jóvenes nos recuerdan que la Tierra no es un bien para estropear, sino un legado que transmitir; esperar el mañana no es un hermoso sentimiento, sino una tarea que requiere acciones concretas hoy. A ellos debemos responder con la verdad, no con palabras vacías; hechos, no ilusiones.

Nuestras oraciones y llamamientos tienen como objetivo principal sensibilizar a los líderes políticos y civiles. Pienso de modo particular en los gobiernos que se reunirán en los próximos meses para renovar compromisos decisivos que orienten el planeta a la vida, en vez de conducirlo a la muerte. Vienen a mi mente las palabras que Moisés proclamó al pueblo como una especie de testamento espiritual antes de entrar en la Tierra prometida: "Elige la vida, para que viváis tú y tu descendencia" (Dt 30,19). Son palabras proféticas que podríamos adaptar a nosotros mismos y a la situación de nuestra Tierra. *¡Así que escojamos la vida!* Digamos no a la avaricia del consumo y a los reclamos de omnipotencia, caminos de muerte; avancemos por sendas con visión de futuro, hechas de renunciaciones responsables hoy

para garantizar perspectivas de vida mañana. No cedamos ante la lógica perversa de las ganancias fáciles, ¡pensemos en el futuro de todos!

En este sentido, la próxima Cumbre de las Naciones Unidas para la Acción Climática es de particular importancia, durante la cual los gobiernos tendrán la tarea de mostrar la voluntad política de acelerar drásticamente las medidas para alcanzar lo antes posible cero emisiones netas de gases de efecto invernadero y contener el aumento medio de la temperatura global en 1,5°C frente a los niveles preindustriales, siguiendo los objetivos del Acuerdo de París. En el próximo mes de octubre, una asamblea especial del Sínodo de los Obispos estará dedicada a la Amazonia, cuya integridad está gravemente amenazada. ¡Aprovechemos estas oportunidades para responder al grito de los pobres y de la tierra!

Cada fiel cristiano, cada miembro de la familia humana puede contribuir a tejer, como un hilo sutil, pero único e indispensable, la *red de la vida* que abraza a todos. Sintámonos involucrados y responsables de cuidar la creación con la oración y el compromiso. Dios, "amigo de la vida" (Sb 11,26), nos dé la valentía para trabajar por el bien sin esperar que sean otros los que comiencen, ni que sea demasiado tarde.

Vaticano, 1 de septiembre de 2019.

Francisco

CARTA APOSTÓLICA
EN FORMA DE "MOTU PROPRIO"
DEL SANTO PADRE FRANCISCO

APERUIT ILLIS

CON LA QUE SE INSTITUYE EL
DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

1. "Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras" (Lc 24,45). Es uno de los últimos gestos realizados por el Señor resucitado, antes de su Ascensión. Se les aparece a los discípulos mientras están reunidos, parte el pan con ellos y abre sus mentes para comprender la Sagrada Escritura. A aquellos hombres asustados y decepcionados les revela el sentido del misterio pascual: que según el plan eterno del Padre, Jesús tenía que sufrir y resucitar de entre los muertos para conceder la conversión y el perdón de los pecados (cf. Lc 24,26.46-47); y promete el Espíritu Santo que les dará la fuerza para ser testigos de este misterio de salvación (cf. Lc 24,49).

La relación entre el Resucitado, la comunidad de creyentes y la Sagrada Escritura es intensamente vital para nuestra identidad. Si el Señor no nos introduce es imposible comprender en profundidad la Sagrada Escritura, pero lo contrario también es cierto: sin la Sagrada Escritura, los acontecimientos de la misión de Jesús y de su Iglesia en el mundo permanecen indescifrables. San Jerónimo escribió con verdad: "La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo" (In Is., Prólogo: PL 24,17).

2. Tras la conclusión del *Jubileo extraordinario de la misericordia*, pedí que se pensara en "un domingo completamente dedicado a la Palabra de Dios, para comprender la riqueza inagotable que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo" (Carta ap. *Misericordia et misera*, 7). Dedicar concretamente un domingo del Año litúrgico a la Palabra de Dios nos permite, sobre todo, hacer que la Iglesia reviva el gesto del Resucitado que abre también para nosotros el tesoro de su Palabra para que podamos anunciar por todo el mundo esta riqueza inagotable. En este sentido, me vienen a la memoria las enseñanzas de san Efrén: "¿Quién es capaz, Señor, de penetrar con su mente una sola de tus frases? Como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos. Porque la palabra del Señor presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian. El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra, para que todo el que la estudie pueda ver en ella lo que más le plazca. Escondió en su palabra variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos en que concentrar su reflexión" (*Comentarios sobre el Diatésaron*, 1,18).

Por tanto, con esta Carta tengo la intención de responder a las numerosas peticiones que me han llegado del pueblo de Dios, para que en toda la Iglesia se pueda celebrar con un mismo propósito el *Domingo de la Palabra de Dios*. Ahora se ha convertido en una práctica común vivir momentos en los que la comunidad cristiana se centra en el gran valor que la Palabra de Dios ocupa en su existencia cotidiana. En las diferentes Iglesias locales hay una gran cantidad de iniciativas que hacen cada vez más accesible la Sagrada Escritura a los creyentes, para que se sientan agradecidos por un don tan grande, con el compromiso de vivirlo cada día y la responsabilidad de testimoniarlo con coherencia.

El *Concilio Ecuménico Vaticano II* dio un gran impulso al redescubrimiento de la Palabra de Dios con la Constitución dogmática *Dei Verbum*. En aquellas

páginas, que siempre merecen ser meditadas y vividas, emerge claramente la naturaleza de la Sagrada Escritura, su transmisión de generación en generación (cap. II), su inspiración divina (cap. III) que abarca el Antiguo y el Nuevo Testamento (capítulos IV y V) y su importancia para la vida de la Iglesia (cap. VI). Para aumentar esa enseñanza, *Benedicto XVI* convocó en el año 2008 una *Asamblea del Sínodo de los Obispos* sobre el tema "La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia", publicando a continuación la Exhortación apostólica *Verbum Domini*, que constituye una enseñanza fundamental para nuestras comunidades[1]. En este Documento en particular se profundiza el carácter performativo de la Palabra de Dios, especialmente cuando su carácter específicamente sacramental emerge en la acción litúrgica[2].

Por tanto, es bueno que nunca falte en la vida de nuestro pueblo esta relación decisiva con la Palabra viva que el Señor nunca se cansa de dirigir a su Esposa, para que pueda crecer en el amor y en el testimonio de fe.

3. Así pues, establezco que el III Domingo del Tiempo Ordinario esté dedicado a la celebración, reflexión y divulgación de la Palabra de Dios. Este *Domingo de la Palabra de Dios* se colocará en un momento oportuno de ese periodo del año, en el que estamos invitados a fortalecer los lazos con los judíos y a rezar por la unidad de los cristianos. No se trata de una mera coincidencia temporal: celebrar el *Domingo de la Palabra de Dios* expresa un valor ecuménico, porque la Sagrada Escritura indica a los que se ponen en actitud de escucha el camino a seguir para llegar a una auténtica y sólida unidad.

Las comunidades encontrarán el modo de vivir este *Domingo* como un día solemne. En cualquier caso, será importante que en la celebración eucarística se

[1] Cf. AAS 102 (2010), 692-787.

[2] "La sacramentalidad de la Palabra se puede entender en analogía con la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino consagrados. Al acercarnos al altar y participar en el banquete eucarístico, realmente comulgamos el cuerpo y la sangre de Cristo. La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido" (*Exhort. ap. Verbum Domini*, 56).

entronice el texto sagrado, a fin de hacer evidente a la asamblea el valor normativo que tiene la Palabra de Dios. En este domingo, de manera especial, será útil destacar su proclamación y adaptar la homilía para poner de relieve el servicio que se hace a la Palabra del Señor. En este domingo, los obispos podrán celebrar el rito del Lectorado o confiar un ministerio similar para recordar la importancia de la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia. En efecto, es fundamental que no falte ningún esfuerzo para que algunos fieles se preparen con una formación adecuada a ser verdaderos anunciadores de la Palabra, como sucede de manera ya habitual para los acólitos o los ministros extraordinarios de la Comunión. Asimismo, los párrocos podrán encontrar el modo de entregar la Biblia, o uno de sus libros, a toda la asamblea, para resaltar la importancia de seguir en la vida diaria la lectura, la profundización y la oración con la Sagrada Escritura, con una particular consideración a la *lectio divina*.

4. El regreso del pueblo de Israel a su patria, después del exilio en Babilonia, estuvo marcado de manera significativa por la lectura del libro de la Ley. La Biblia nos ofrece una descripción conmovedora de ese momento en el libro de Nehemías. El pueblo estaba reunido en Jerusalén en la plaza de la Puerta del Agua, escuchando la Ley. Aquel pueblo había sido dispersado con la deportación, pero ahora se encuentra reunido alrededor de la Sagrada Escritura como si fuera "un solo hombre" (Ne 8,1). Cuando se leía el libro sagrado, el pueblo "escuchaba con atención" (Ne 8,3), sabiendo que podían encontrar en aquellas palabras el significado de los acontecimientos vividos. La reacción al anuncio de aquellas palabras fue la emoción y las lágrimas: "[Los levitas] leyeron el libro de la ley de Dios con claridad y explicando su sentido, de modo que entendieran la lectura. Entonces el gobernador Nehemías, el sacerdote y escriba Esdras, y los levitas que instruían al pueblo dijeron a toda la asamblea: "Este día está consagrado al Señor, vuestro Dios. No estéis tristes ni lloréis" (y es que todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras de la ley). [...]"; No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza!" (Ne 8,8-10).

Estas palabras contienen una gran enseñanza. La Biblia no puede ser sólo patrimonio de algunos, y mucho menos una colección de libros para unos pocos privilegiados. Pertenece, en primer lugar, al pueblo convocado para escucharla y reconocerse en esa Palabra. A menudo se dan tendencias que intentan monopolizar el texto sagrado relegándolo a ciertos círculos o grupos escogidos. No puede ser

así. La Biblia es el libro del pueblo del Señor que al escucharlo pasa de la dispersión y la división a la unidad. La Palabra de Dios une a los creyentes y los convierte en un solo pueblo.

5. En esta unidad, generada con la escucha, los Pastores son los primeros que tienen la gran responsabilidad de explicar y permitir que todos entiendan la Sagrada Escritura. Puesto que es el libro del pueblo, los que tienen la vocación de ser ministros de la Palabra deben sentir con fuerza la necesidad de hacerla accesible a su comunidad.

La homilía, en particular, tiene una función muy peculiar, porque posee "un carácter cuasi sacramental" (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 142). Ayudar a profundizar en la Palabra de Dios, con un lenguaje sencillo y adecuado para el que escucha, le permite al sacerdote mostrar también la "belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para estimular a la práctica del bien" (*ibíd.*). Esta es una oportunidad pastoral que hay que aprovechar.

De hecho, para muchos de nuestros fieles esta es la única oportunidad que tienen para captar la belleza de la Palabra de Dios y verla relacionada con su vida cotidiana. Por lo tanto, es necesario dedicar el tiempo apropiado para la preparación de la homilía. No se puede improvisar el comentario de las lecturas sagradas. A los predicadores se nos pide más bien el esfuerzo de no alargarnos desmedidamente con homilías pedantes o temas extraños. Cuando uno se detiene a meditar y rezar sobre el texto sagrado, entonces se puede hablar con el corazón para alcanzar los corazones de las personas que escuchan, expresando lo esencial con vistas a que se comprenda y dé fruto. Que nunca nos cansemos de dedicar tiempo y oración a la Sagrada Escritura, para que sea acogida "no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como Palabra de Dios" (1 Ts 2,13).

Es bueno que también los catequistas, por el ministerio que realizan de ayudar a crecer en la fe, sientan la urgencia de renovarse a través de la familiaridad y el estudio de la Sagrada Escritura, para favorecer un verdadero diálogo entre quienes los escuchan y la Palabra de Dios.

6. Antes de reunirse con los discípulos, que estaban encerrados en casa, y de abrirles el entendimiento para comprender las Escrituras (cf. Lc 24,44-45), el

Resucitado se aparece a dos de ellos en el camino que lleva de Jerusalén a Emaús (cf. Lc 24,13-35). La narración del evangelista Lucas indica que es el mismo día de la Resurrección, es decir el domingo. Aquellos dos discípulos discuten sobre los últimos acontecimientos de la pasión y muerte de Jesús. Su camino está marcado por la tristeza y la desilusión a causa del trágico final de Jesús. Esperaban que Él fuera el Mesías libertador, y se encuentran ante el escándalo del Crucificado. Con discreción, el mismo Resucitado se acerca y camina con los discípulos, pero ellos no lo reconocen (cf. v. 16). A lo largo del camino, el Señor los interroga, dándose cuenta de que no han comprendido el sentido de su pasión y su muerte; los llama "necios y torpes" (v. 25) y "comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras" (v. 27). Cristo es el primer exegeta. No sólo las Escrituras antiguas anticiparon lo que Él iba a realizar, sino que Él mismo quiso ser fiel a esa Palabra para evidenciar la única historia de salvación que alcanza su plenitud en Cristo.

7. La Biblia, por tanto, en cuanto Sagrada Escritura, habla de Cristo y lo anuncia como el que debe soportar los sufrimientos para entrar en la gloria (cf. v. 26). No sólo una parte, sino toda la Escritura habla de Él. Su muerte y resurrección son indescifrables sin ella. Por esto una de las confesiones de fe más antiguas pone de relieve que Cristo "murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas" (1 Co 15,3-5). Puesto que las Escrituras hablan de Cristo, nos ayudan a creer que su muerte y resurrección no pertenecen a la mitología, sino a la historia y se encuentran en el centro de la fe de sus discípulos.

Es profundo el vínculo entre la Sagrada Escritura y la fe de los creyentes. Porque la fe proviene de la escucha y la escucha está centrada en la palabra de Cristo (cf. Rm 10,17), la invitación que surge es la urgencia y la importancia que los creyentes tienen que dar a la escucha de la Palabra del Señor tanto en la acción litúrgica como en la oración y la reflexión personal.

8. El "viaje" del Resucitado con los discípulos de Emaús concluye con la cena. El misterioso Viandante acepta la insistente petición que le dirigen aquellos dos: "Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída" (Lc 24,29). Se sientan a la mesa, Jesús toma el pan, pronuncia la bendición, lo parte y

se lo ofrece a ellos. En ese momento sus ojos se abren y lo reconocen (cf. v. 31).

Esta escena nos hace comprender el inseparable vínculo entre la Sagrada Escritura y la Eucaristía. El Concilio Vaticano II nos enseña: "la Iglesia ha venerado siempre la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo" (*Const. dogm. Dei Verbum*, 21).

El contacto frecuente con la Sagrada Escritura y la celebración de la Eucaristía hace posible el reconocimiento entre las personas que se pertenecen. Como cristianos somos un solo pueblo que camina en la historia, fortalecido por la presencia del Señor en medio de nosotros que nos habla y nos nutre. El día dedicado a la Biblia no ha de ser "una vez al año", sino una vez para todo el año, porque nos urge la necesidad de tener familiaridad e intimidad con la Sagrada Escritura y con el Resucitado, que no cesa de partir la Palabra y el Pan en la comunidad de los creyentes. Para esto necesitamos entablar un constante trato de familiaridad con la Sagrada Escritura, si no el corazón queda frío y los ojos permanecen cerrados, afectados como estamos por innumerables formas de ceguera.

La Sagrada Escritura y los Sacramentos no se pueden separar. Cuando los Sacramentos son introducidos e iluminados por la Palabra, se manifiestan más claramente como la meta de un camino en el que Cristo mismo abre la mente y el corazón al reconocimiento de su acción salvadora. Es necesario, en este contexto, no olvidar la enseñanza del libro del Apocalipsis, cuando dice que el Señor está a la puerta y llama. Si alguno escucha su voz y le abre, Él entra para cenar juntos (cf. 3,20). Jesucristo llama a nuestra puerta a través de la Sagrada Escritura; si escuchamos y abrimos la puerta de la mente y del corazón, entonces entra en nuestra vida y se queda con nosotros.

9. En la Segunda Carta a Timoteo, que constituye de algún modo su testamento espiritual, san Pablo recomienda a su fiel colaborador que lea constantemente la Sagrada Escritura. El Apóstol está convencido de que "toda Escritura es inspirada por Dios es también útil para enseñar, para argüir, para corregir, para

educar" (3,16). Esta recomendación de Pablo a Timoteo constituye una base sobre la que la Constitución conciliar *Dei Verbum* trata el gran tema de la inspiración de la Sagrada Escritura, un fundamento del que emergen en particular la *finalidad salvífica*, la *dimensión espiritual* y el *principio de la encarnación* de la Sagrada Escritura.

Al evocar sobre todo la recomendación de Pablo a Timoteo, la *Dei Verbum* subraya que "los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación" (n. 11). Puesto que las mismas instruyen en vista a la salvación por la fe en Cristo (cf. 2 Tm 3,15), las verdades contenidas en ellas sirven para nuestra salvación. La Biblia no es una colección de libros de historia, ni de crónicas, sino que está totalmente dirigida a la salvación integral de la persona. El innegable fundamento histórico de los libros contenidos en el texto sagrado no debe hacernos olvidar esta finalidad primordial: nuestra salvación. Todo está dirigido a esta finalidad inscrita en la naturaleza misma de la Biblia, que está compuesta como historia de salvación en la que Dios habla y actúa para ir al encuentro de todos los hombres y salvarlos del mal y de la muerte.

Para alcanzar esa finalidad salvífica, la Sagrada Escritura bajo la acción del Espíritu Santo transforma en Palabra de Dios la palabra de los hombres escrita de manera humana (cf. *Const. dogm. Dei Verbum*, 12). El papel del Espíritu Santo en la Sagrada Escritura es fundamental. Sin su acción, el riesgo de permanecer encerrados en el mero texto escrito estaría siempre presente, facilitando una interpretación fundamentalista, de la que es necesario alejarse para no traicionar el carácter inspirado, dinámico y espiritual que el texto sagrado posee. Como recuerda el Apóstol: "La letra mata, mientras que el Espíritu da vida" (2 Co 3,6). El Espíritu Santo, por tanto, transforma la Sagrada Escritura en Palabra viva de Dios, vivida y transmitida en la fe de su pueblo santo.

10. La acción del Espíritu Santo no se refiere sólo a la formación de la Sagrada Escritura, sino que actúa también en aquellos que se ponen a la escucha de la Palabra de Dios. Es importante la afirmación de los Padres conciliares, según la cual la Sagrada Escritura "se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita" (*Const. dogm. Dei Verbum*, 12). Con Jesucristo la revelación de Dios alcanza su culminación y su plenitud; aun así, el Espíritu Santo continúa su acción.

De hecho, sería reductivo limitar la acción del Espíritu Santo sólo a la naturaleza divinamente inspirada de la Sagrada Escritura y a sus distintos autores. Por tanto, es necesario tener fe en la acción del Espíritu Santo que sigue realizando una peculiar forma de inspiración cuando la Iglesia enseña la Sagrada Escritura, cuando el Magisterio la interpreta auténticamente (cf. *ibíd.*, 10) y cuando cada creyente hace de ella su propia norma espiritual. En este sentido podemos comprender las palabras de Jesús cuando, a los discípulos que le confirman haber entendido el significado de sus parábolas, les dice: "Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo" (Mt 13,52).

11. La *Dei Verbum* afirma, además, que "la Palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres" (n. 13). Es como decir que la Encarnación del Verbo de Dios da forma y sentido a la relación entre la Palabra de Dios y el lenguaje humano, con sus condiciones históricas y culturales. En este acontecimiento toma forma la Tradición, que también es Palabra de Dios (cf. *ibíd.*, 9). A menudo se corre el riesgo de separar la Sagrada Escritura de la Tradición, sin comprender que juntas forman la única fuente de la Revelación. El carácter escrito de la primera no le quita nada a su ser plenamente palabra viva; así como la Tradición viva de la Iglesia, que la transmite constantemente de generación en generación a lo largo de los siglos, tiene el libro sagrado como "regla suprema de la fe" (*ibíd.*, 21). Por otra parte, antes de convertirse en texto escrito, la Sagrada Escritura se transmitió oralmente y se mantuvo viva por la fe de un pueblo que la reconocía como su historia y su principio de identidad en medio de muchos otros pueblos. Por consiguiente, la fe bíblica se basa en la Palabra viva, no en un libro.

12. Cuando la Sagrada Escritura se lee con el mismo Espíritu que fue escrita, permanece siempre nueva. El Antiguo Testamento no es nunca viejo en cuanto que es parte del Nuevo, porque todo es transformado por el único Espíritu que lo inspira. Todo el texto sagrado tiene una función profética: no se refiere al futuro, sino al presente de aquellos que se nutren de esta Palabra. Jesús mismo lo afirma claramente al comienzo de su ministerio: "Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír" (Lc 4,21). Quien se alimenta de la Palabra de Dios todos los días se convierte, como Jesús, en contemporáneo de las personas que encuentra; no tiene

tentación de caer en nostalgias estériles por el pasado, ni en utopías desencarnadas hacia el futuro.

La Sagrada Escritura realiza su acción profética sobre todo en quien la escucha. Causa dulzura y amargura. Vienen a la mente las palabras del profeta Ezequiel cuando, invitado por el Señor a comerse el libro, manifiesta: "Me supo en la boca dulce como la miel" (3,3). También el evangelista Juan en la isla de Patmos evoca la misma experiencia de Ezequiel de comer el libro, pero agrega algo más específico: "En mi boca sabía dulce como la miel, pero, cuando lo comí, mi vientre se llenó de amargor" (Ap 10,10).

La dulzura de la Palabra de Dios nos impulsa a compartirla con quienes encontramos en nuestra vida para manifestar la certeza de la esperanza que contiene (cf. 1 P 3,15-16). Por su parte, la amargura se percibe frecuentemente cuando comprobamos cuán difícil es para nosotros vivirla de manera coherente, o cuando experimentamos su rechazo porque no se considera válida para dar sentido a la vida. Por tanto, es necesario no acostumbrarse nunca a la Palabra de Dios, sino nutrirse de ella para descubrir y vivir en profundidad nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos.

13. Otra interpelación que procede de la Sagrada Escritura se refiere a la caridad. La Palabra de Dios nos señala constantemente el amor misericordioso del Padre que pide a sus hijos que vivan en la caridad. La vida de Jesús es la expresión plena y perfecta de este amor divino que no se queda con nada para sí mismo, sino que se ofrece a todos incondicionalmente. En la parábola del pobre Lázaro encontramos una indicación valiosa. Cuando Lázaro y el rico mueren, este último, al ver al pobre en el seno de Abrahán, pide ser enviado a sus hermanos para aconsejarles que vivan el amor al prójimo, para evitar que ellos también sufran sus propios tormentos. La respuesta de Abrahán es aguda: "Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen" (Lc 16,29). Escuchar la Sagrada Escritura para practicar la misericordia: este es un gran desafío para nuestras vidas. La Palabra de Dios es capaz de abrir nuestros ojos para permitirnos salir del individualismo que conduce a la asfixia y la esterilidad, a la vez que nos manifiesta el camino del compartir y de la solidaridad.

14. Uno de los episodios más significativos de la relación entre Jesús y los discípulos es el relato de la Transfiguración. Jesús sube a la montaña para rezar con

Pedro, Santiago y Juan. Los evangelistas recuerdan que, mientras el rostro y la ropa de Jesús resplandecían, dos hombres conversaban con Él: Moisés y Elías, que encarnan la Ley y los Profetas, es decir, la Sagrada Escritura. La reacción de Pedro ante esa visión está llena de un asombro gozoso: "Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías" (Lc 9,33). En aquel momento una nube los cubrió con su sombra y los discípulos se llenaron de temor.

La Transfiguración hace referencia a la fiesta de las Tiendas, cuando Esdras y Nehemías leían el texto sagrado al pueblo, después de su regreso del exilio. Al mismo tiempo, anticipa la gloria de Jesús en preparación para el escándalo de la pasión, gloria divina que es aludida por la nube que envuelve a los discípulos, símbolo de la presencia del Señor. Esta Transfiguración es similar a la de la Sagrada Escritura, que se trasciende a sí misma cuando alimenta la vida de los creyentes. Como recuerda la *Verbum Domini*: "Para restablecer la articulación entre los diferentes sentidos escriturísticos es decisivo comprender *el paso de la letra al espíritu*. No se trata de un paso automático y espontáneo; se necesita más bien trascender la letra" (n. 38).

15. En el camino de escucha de la Palabra de Dios, nos acompaña la Madre del Señor, reconocida como bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de lo que el Señor le había dicho (cf. Lc 1,45). La bienaventuranza de María precede a todas las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús para los pobres, los afligidos, los mansos, los pacificadores y los perseguidos, porque es la condición necesaria para cualquier otra bienaventuranza. Ningún pobre es bienaventurado porque es pobre; lo será si, como María, cree en el cumplimiento de la Palabra de Dios. Lo recuerda un gran discípulo y maestro de la Sagrada Escritura, san Agustín: "Entre la multitud ciertas personas dijeron admiradas: "Feliz el vientre que te llevó"; y Él: "Más bien, felices quienes oyen y custodian la Palabra de Dios". Esto equivale a decir: también mi madre, a quien habéis calificado de feliz, es feliz precisamente porque custodia la Palabra de Dios; no porque en ella la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, sino porque custodia la Palabra misma de Dios mediante la que ha sido hecha y que en ella se hizo carne" (*Tratados sobre el evangelio de Juan*, 10,3).

Que el domingo dedicado a la Palabra haga crecer en el pueblo de Dios la familiaridad religiosa y asidua con la Sagrada Escritura, como el autor sagrado lo

enseñaba ya en tiempos antiguos: esta Palabra "está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que la cumplas" (Dt 30,14).

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, el 30 de septiembre de 2019.

Memoria litúrgica de San Jerónimo en el inicio del 1600 aniversario de la muerte.

Francisco

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y
DEL REFUGIADO 2019

[29 de septiembre de 2019]

“No se trata sólo de migrantes”

Queridos hermanos y hermanas:

La fe nos asegura que el Reino de Dios está ya misteriosamente presente en nuestra tierra (cf. *Conc. Ecum. Vat. II, Const. Gaudium et spes*, 39); sin embargo, debemos constatar con dolor que también hoy encuentra obstáculos y fuerzas contrarias. Conflictos violentos y auténticas guerras no cesan de lacerar la humanidad; injusticias y discriminaciones se suceden; es difícil superar los desequilibrios económicos y sociales, tanto a nivel local como global. Y son los pobres y los desfavorecidos quienes más sufren las consecuencias de esta situación.

Las sociedades económicamente más avanzadas desarrollan en su seno la tendencia a un marcado individualismo que, combinado con la mentalidad utilitarista

y multiplicado por la red mediática, produce la “globalización de la indiferencia”. En este escenario, las personas migrantes, refugiadas, desplazadas y las víctimas de la trata, se han convertido en emblema de la exclusión porque, además de soportar dificultades por su misma condición, con frecuencia son objeto de juicios negativos, puesto que se las considera responsables de los males sociales. La actitud hacia ellas constituye una señal de alarma, que nos advierte de la decadencia moral a la que nos enfrentamos si seguimos dando espacio a la cultura del descarte. De hecho, por esta senda, cada sujeto que no responde a los cánones del bienestar físico, mental y social, corre el riesgo de ser marginado y excluido.

Por esta razón, la presencia de los migrantes y de los refugiados, como en general de las personas vulnerables, representa hoy en día una invitación a recuperar algunas dimensiones esenciales de nuestra existencia cristiana y de nuestra humanidad, que corren el riesgo de adormecerse con un estilo de vida lleno de comodidades. Razón por la cual, “no se trata sólo de migrantes” significa que al mostrar interés por ellos, nos interesamos también por nosotros, por todos; que cuidando de ellos, todos crecemos; que escuchándolos, también damos voz a esa parte de nosotros que quizás mantenemos escondida porque hoy no está bien vista.

«¡Ánimo, soy yo, no tenéis miedo!» (Mt 14,27). *No se trata sólo de migrantes, también se trata de nuestros miedos*. La maldad y la fealdad de nuestro tiempo acrecienta «nuestro miedo a los “otros”, a los desconocidos, a los marginados, a los forasteros [...]. Y esto se nota particularmente hoy en día, frente a la llegada de migrantes y refugiados que llaman a nuestra puerta en busca de protección, seguridad y un futuro mejor. Es verdad, el temor es legítimo, también porque falta preparación para este encuentro» (*Homilía*, Sacrofano, 15 febrero 2019). El problema no es el hecho de tener dudas y sentir miedo. El problema es cuando esas dudas y esos miedos condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en seres intolerantes, cerrados y quizás, sin darnos cuenta, incluso racistas. El miedo nos priva así del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro, con aquel que es diferente; nos priva de una oportunidad de encuentro con el Señor (cf. *Homilía en la Concelebración Eucarística de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado*, 14 enero 2018).

«Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos?» (Mt 5,46). *No se trata sólo de migrantes: se*

trata de la caridad. A través de las obras de caridad mostramos nuestra fe (cf. St 2,18). Y la mayor caridad es la que se ejerce con quienes no pueden corresponder y tal vez ni siquiera dar gracias. «Lo que está en juego es el rostro que queremos darnos como sociedad y el valor de cada vida [...]. El progreso de nuestros pueblos [...] depende sobre todo de la capacidad de dejarse conmover por quien llama a la puerta y con su mirada estigmatiza y depone a todos los falsos ídolos que hipotecan y esclavizan la vida; ídolos que prometen una aparente y fugaz felicidad, construida al margen de la realidad y del sufrimiento de los demás» (*Discurso en la Cáritas Diocesana de Rabat*, 30 marzo 2019).

«Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció» (Lc 10,33). *No se trata sólo de migrantes: se trata de nuestra humanidad.* Lo que mueve a ese samaritano, un extranjero para los judíos, a detenerse, es la compasión, un sentimiento que no se puede explicar únicamente a nivel racional. La compasión toca la fibra más sensible de nuestra humanidad, provocando un apremiante impulso a “estar cerca” de quienes vemos en situación de dificultad. Como Jesús mismo nos enseña (cf. Mt 9,35-36; 14,13-14; 15,32-37), sentir compasión significa reconocer el sufrimiento del otro y pasar inmediatamente a la acción para aliviar, curar y salvar. Sentir compasión significa dar espacio a la ternura que a menudo la sociedad actual nos pide reprimir. «Abrirse a los demás no empobrece, sino que más bien enriquece, porque ayuda a ser más humano: a reconocerse parte activa de un todo más grande y a interpretar la vida como un regalo para los otros, a ver como objetivo, no los propios intereses, sino el bien de la humanidad» (*Discurso en la Mezquita “Heydar Aliyev” de Bakú, Azerbaiyán*, 2 octubre 2016).

«Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial» (Mt 18,10). *No se trata sólo de migrantes: se trata de no excluir a nadie.* El mundo actual es cada día más elitista y cruel con los excluidos. Los países en vías de desarrollo siguen agotando sus mejores recursos naturales y humanos en beneficio de unos pocos mercados privilegiados. Las guerras afectan sólo a algunas regiones del mundo; sin embargo, la fabricación de armas y su venta se lleva a cabo en otras regiones, que luego no quieren hacerse cargo de los refugiados que dichos conflictos generan. Quienes padecen las consecuencias son siempre los pequeños, los pobres, los más vulnerables, a quienes se les impide sentarse a la mesa y se les deja sólo las “migajas” del banquete (cf. Lc 16,19-21). La Iglesia «en salida [...] sabe

tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos» (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 24). El desarrollo exclusivista hace que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres. El auténtico desarrollo es aquel que pretende incluir a todos los hombres y mujeres del mundo, promoviendo su crecimiento integral, y preocupándose también por las generaciones futuras.

«El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos» (Mc 10,43-44). *No se trata sólo de migrantes: se trata de poner a los últimos en primer lugar*. Jesucristo nos pide que no cedamos a la lógica del mundo, que justifica el abusar de los demás para lograr nuestro beneficio personal o el de nuestro grupo: ¡primero yo y luego los demás! En cambio, el verdadero lema del cristiano es “¡primero los últimos!”. «Un espíritu individualista es terreno fértil para que madure el sentido de indiferencia hacia el prójimo, que lleva a tratarlo como puro objeto de compraventa, que induce a desinteresarse de la humanidad de los demás y termina por hacer que las personas sean pusilánimes y cínicas. ¿Acaso no son estas las actitudes que frecuentemente asumimos frente a los pobres, los marginados o los últimos de la sociedad? ¡Y cuántos últimos hay en nuestras sociedades! Entre estos, pienso sobre todo en los emigrantes, con la carga de dificultades y sufrimientos que deben soportar cada día en la búsqueda, a veces desesperada, de un lugar donde poder vivir en paz y con dignidad» (*Discurso ante el Cuerpo Diplomático*, 11 enero 2016). En la lógica del Evangelio, los últimos son los primeros, y nosotros tenemos que ponernos a su servicio.

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10). *No se trata sólo de migrantes: se trata de la persona en su totalidad, de todas las personas*. En esta afirmación de Jesús encontramos el corazón de su misión: hacer que todos reciban el don de la vida en plenitud, según la voluntad del Padre. En cada actividad política, en cada programa, en cada acción pastoral, debemos poner siempre en el centro a la persona, en sus múltiples dimensiones, incluida la espiritual. Y esto se aplica a todas las personas, a quienes debemos reconocer la igualdad fundamental. Por lo tanto, «el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre» (S. Pablo VI, *Carta enc. Populorum progressio*, 14).

«Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Ef 2,19). *No se trata sólo de migrantes: se trata de construir la ciudad de Dios y del hombre*. En nuestra época, también llamada la era de las migraciones, son muchas las personas inocentes víctimas del “gran engaño” del desarrollo tecnológico y consumista sin límites (cf. *Carta enc. Laudato si’*, 34). Y así, emprenden un viaje hacia un “paraíso” que inexorablemente traiciona sus expectativas. Su presencia, a veces incómoda, contribuye a disipar los mitos de un progreso reservado a unos pocos, pero construido sobre la explotación de muchos. «Se trata, entonces, de que nosotros seamos los primeros en verlo y así podamos ayudar a los otros a ver en el emigrante y en el refugiado no sólo un problema que debe ser afrontado, sino un hermano y una hermana que deben ser acogidos, respetados y amados, una ocasión que la Providencia nos ofrece para contribuir a la construcción de una sociedad más justa, una democracia más plena, un país más solidario, un mundo más fraterno y una comunidad cristiana más abierta, de acuerdo con el Evangelio» (*Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* 2014).

Queridos hermanos y hermanas: La respuesta al desafío planteado por las migraciones contemporáneas se puede resumir en cuatro verbos: *acoger, proteger, promover e integrar*. Pero estos verbos no se aplican sólo a los migrantes y a los refugiados. Expresan la misión de la Iglesia en relación a todos los habitantes de las periferias existenciales, que deben ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados. Si ponemos en práctica estos verbos, contribuimos a edificar la ciudad de Dios y del hombre, promovemos el desarrollo humano integral de todas las personas y también ayudamos a la comunidad mundial a acercarse a los objetivos de desarrollo sostenible que ha establecido y que, de lo contrario, serán difíciles de alcanzar.

Por lo tanto, no solamente está en juego la causa de los migrantes, no se trata sólo de ellos, sino de todos nosotros, del presente y del futuro de la familia humana. Los migrantes, y especialmente aquellos más vulnerables, nos ayudan a leer los “signos de los tiempos”. A través de ellos, el Señor nos llama a una conversión, a liberarnos de los exclusivismos, de la indiferencia y de la cultura del descarte. A través de ellos, el Señor nos invita a reapropiarnos de nuestra vida cristiana en su totalidad y a contribuir, cada uno según su propia vocación, a la construcción de un mundo que responda cada vez más al plan de Dios.

Este es el deseo que acompaño con mi oración, invocando, por intercesión de la Virgen María, Nuestra Señora del Camino, abundantes bendiciones sobre todos los migrantes y los refugiados del mundo, y sobre quienes se hacen sus compañeros de viaje.

Vaticano, 27 de mayo de 2019.

Francisco

**VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD
EL PAPA FRANCISCO
A MOZAMBIQUE, MADAGASCAR Y MAURICIO
(4 - 10 DE SEPTIEMBRE DE 2019)**

**SALUDO DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS
DURANTE EL VUELO A MAPUTO**

Miércoles, 4 de septiembre de 2019

Mons. Mauricio Rueda:

¡Buenos días a todos! Estoy muy contento no de presentar -porque lo conocéis todos- al nuevo director de la Oficina de Prensa, el Dr. Matteo Bruni, que nos ha acompañado en todos los viajes apostólicos, pero hoy le damos un cordial saludo y todos nuestros mejores deseos en esta nueva misión, en este nuevo servicio a la Iglesia y al Santo Padre. Todos conocemos su capacidad, su generosidad para llevar a cabo este precioso servicio con idoneidad. Gracias.

Matteo Bruni:

Gracias monseñor Rueda. Gracias al Santo Padre por su confianza en este nuevo puesto y gracias también a vosotros por el afecto de tantos años de trabajo juntos en estos aviones y en ocasiones similares.

Hoy, Santo Padre, somos una comunidad de trabajo de poco menos de 70 periodistas, algunos de los cuales provienen de los países que visitaremos: hay cuatro periodistas de Mozambique, una periodista de Madagascar y tres que vienen de Mauricio. Buenos días a todos. No sigo más, excepto para agradecerle las palabras que nos dirá, las que nos dirá junto con los gestos que nos acompañarán en estos días y por el placer de poder ser sus compañeros de viaje. ¡Gracias Santo Padre!

Papa Francisco:

¡Buenos días! Gracias de la compañía, gracias por la ayuda. Esperamos que este viaje, algo largo, dé frutos, muchas gracias. Hoy la "decana" [Valentina Alazraki] no está presente, creo que habría sido su 153º viaje... Pero está el "decano" de Reuters, Pulella: él toma la delantera... ¡y sigue adelante! Muchas gracias. Pero sobre la decana, me gustaría decir que el otro día salió su último libro sobre las mujeres maltratadas ¿una verdadera joya? para que se entiendan el dolor y la explotación de las mujeres en estos tiempos. Necesitamos reflexionar sobre este tema. Agradezco a Valentina este trabajo que hizo, con tanta precisión, un buen libro. Luego me gustaría decirles que hay otro aniversario, creo que el 50, de la EFE, española ... ¿Dónde está Cristina Cabrejas? ... ¿Ochenta? Ah, entonces es todavía más joven que yo... Luego le diré a Matteo Bruni que le dé un lugar especial para hacer las preguntas que considere apropiadas, una o dos preguntas, en el encuentro final con total libertad, sin programar. Un homenaje a la EFE. Gracias. Ahora tendré el placer de saludarlos a todos. Gracias.

Muchas gracias, buena continuación.

Quisiera invitaros a todos a rezar por las víctimas de los huracanes en las Bahamas: son gente pobre que de repente, de un día para otro, pierden su hogar, pierden todo, incluso sus vidas. Todos para vuestros adentros rezad por estos hermanos y hermanas que sufren a causa de estos huracanes en las Bahamas. Gracias.

Boletín de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 4 de septiembre de 2019.

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, SACERDOTES,
RELIGIOSOS/AS, CONSAGRADOS Y SEMINARISTAS,
CATEQUISTAS Y ANIMADORES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de la Inmaculada Concepción de Maputo
Jueves, 5 de septiembre de 2019

*Queridos hermanos Cardenales,
hermanos obispos,
Queridos sacerdotes, religiosas, religiosos y seminaristas,
Queridos catequistas y animadores de comunidades cristianas,
Queridos hermanos y hermanas, ¡buenas tardes!*

Agradezco el saludo de bienvenida de Mons. Hilário en nombre de todos vosotros. Con afecto y gran reconocimiento, os saludo a todos. Sé que habéis hecho un gran esfuerzo para estar aquí. Juntos, queremos renovar la respuesta al llamado que una vez hizo arder nuestros corazones y que la Santa Madre Iglesia nos ayudó a discernir y confirmar con la misión. Gracias por vuestros testimonios,

que hablan de las horas difíciles y los desafíos serios que vivís, reconociendo límites y debilidades; pero también admirándoos de la misericordia de Dios. Me alegró escuchar de la boca de una catequista decir: "Somos una Iglesia insertada en un pueblo heroico". ¡Gracias! Un pueblo que sabe de sufrimientos pero mantiene viva la esperanza. Con ese sano orgullo por vuestro pueblo, que invita a renovar la fe y la esperanza, queremos renovar nuestro "sí" hoy. ¡Qué feliz es la Santa Madre Iglesia al escucharos manifestar el amor del Señor y la misión que os ha dado! ¡Qué contenta está de ver vuestro deseo de *volver siempre al "amor primero"* (Ap 2,4)! Pido al Espíritu Santo que os dé siempre la lucidez de llamar a la realidad con su nombre, la valentía de pedir perdón y la capacidad de aprender a escuchar lo que Él quiere decirnos.

Queridos hermanos y hermanas, nos guste o no, estamos llamados a enfrentar la realidad tal como es. Los tiempos cambian y debemos reconocer que a menudo no sabemos cómo insertarnos en los nuevos tiempos, en los nuevos escenarios; podemos soñar con las "cebollas de Egipto" (cf. Nm 11,5), olvidando que la Tierra Prometida está adelante y no atrás, y en ese lamento por los tiempos pasados, nos vamos petrificando, nos vamos "momificando". No es algo bueno. Un obispo, un sacerdote, una religiosa, un catequista momificado. No, no está bien. En lugar de profesar una Buena Nueva, lo que anunciamos es algo gris que no atrae ni enciende el corazón de nadie. Esta es la tentación.

Nos encontramos en esta catedral, dedicada a la Inmaculada Concepción de la Virgen María, para compartir como familia lo que nos pasa. Como familia que nació en ese "sí" que María le dijo al ángel. Ella, ni por un momento miró hacia atrás. Es el evangelista Lucas quien nos narra estos acontecimientos del inicio del misterio de la Encarnación. Quizás en su modo de hacerlo encontremos respuestas a las preguntas que habéis hecho hoy -obispos, sacerdotes, religiosas, catequistas... ¡Los seminaristas no han hecho! [ríen]- y descubramos también el estímulo necesario para responder con la misma generosidad y premura de María.

San Lucas va presentando en paralelo los acontecimientos vinculados a san Juan Bautista y a Jesucristo; quiere que en el contraste descubramos aquello que se va apagando del modo de ser de Dios y de nuestro relacionarnos con Él en el Antiguo Testamento, y el nuevo modo que nos trae el Hijo de Dios hecho hombre. Un modo, en el Antiguo Testamento, que se extingue, y otro nuevo que Jesús trae.

Es evidente que en ambas anunciaciones -la de Juan Bautista y la de Jesús- hay un ángel. Pero, en una, la aparición se da en Judea, en la ciudad más importante: Jerusalén; y no en cualquier lugar, sino en el templo y, dentro de él, en el Santo de los Santos; el ángel se dirige a un varón, y sacerdote. Por el contrario, el anuncio de la Encarnación es en Galilea, la más alejada y conflictiva de las regiones, en una pequeña aldea, Nazaret, en una casa y no en una sinagoga o lugar religioso, y se hace a una laica, una mujer -no a un sacerdote, no a un hombre-. El contraste es grande. ¿Qué ha cambiado? Todo. Todo ha cambiado. Y, en ese cambio, está nuestra identidad más profunda.

Vosotros preguntabais qué hacer con la crisis de identidad sacerdotal, cómo luchar contra ella. A propósito, lo que voy a decir relativo a los sacerdotes es algo que todos -obispos, catequistas, consagrados, seminaristas- estamos llamados a cultivar y desarrollar. Hablaré para todos.

Frente a la crisis de identidad sacerdotal, quizás tenemos que salir de los lugares importantes, solemnes; tenemos que volver a los lugares donde fuimos llamados, donde era evidente que la iniciativa y el poder eran de Dios. Ninguno de nosotros ha sido llamado para un puesto importante, ninguno. A veces sin querer, sin culpa moral, nos habituamos a identificar nuestro quehacer cotidiano como sacerdotes, religiosos, consagrados, laicos, catequistas, con ciertos ritos, con reuniones y coloquios donde el lugar que ocupamos en la reunión, en la mesa o en el aula es de jerarquía; nos parecemos más a Zacarías que a María. "Creo que no exageramos si decimos que el sacerdote es una persona muy pequeña: la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres -sí, el sacerdote es el más pobre de los hombres- si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. La debilidad del sacerdote, del consagrado, del catequista. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas; por eso nuestra oración protectora contra toda insidia del Maligno es la oración de nuestra Madre: soy sacerdote porque Él miró con bondad mi pequeñez (cf. Lc 1,48)" (*Homilía en la Misa Crismal*, 17 de abril de 2014). Hermanos y hermanas: Volver a Nazaret, volver a Galilea puede ser el camino para afrontar la crisis de identidad. Jesús nos llama, después de su resurrección a volver a Galilea para encontrarlo. Volver a Nazaret, a la primera llamada, volver a Galilea,

para resolver la crisis de identidad, para renovarnos como pastores-discípulos-misioneros. Vosotros mismos expresabais cierta exageración en la preocupación por generar recursos para el bienestar personal, por "caminos tortuosos" que muchas veces terminan privilegiando actividades con una retribución garantizada y generan resistencias a entregar la vida en el pastoreo cotidiano. La imagen de esta sencilla doncella en su casa, en contraste con toda la estructura del templo y de Jerusalén, puede ser el espejo donde miremos nuestras complicaciones, nuestros afanes, que oscurecen y dilatan la generosidad de nuestro "sí".

Las dudas y la necesidad de explicaciones de Zacarías desentonan con el "sí" de María que sólo requiere saber cómo se va a dar todo lo que le suceda. Zacarías no puede superar el afán de controlarlo todo, no puede salir de la lógica de ser y sentirse el responsable y autor de lo que suceda. María no duda, no se mira a sí misma: se entrega, confía. Es agotador vivir el vínculo con Dios como Zacarías, como un doctor de la ley: siempre cumpliendo, siempre creyendo que la paga es proporcional al esfuerzo que haga, que es mérito mío si Dios me bendice, que la Iglesia tiene el deber de reconocer mis virtudes y esfuerzos. Es extenuante. Es extenuante vivir la relación con Dios como lo hace Zacarías. No podemos correr tras aquello que redunde en beneficios personales; nuestros cansancios deben estar más *vinculados a nuestra capacidad de compasión*. ¿Tengo capacidad de compasión? Son tareas en las que nuestro corazón es "movido" y conmovido. Hermanos y hermanas: La Iglesia pide capacidad de compasión. Capacidad de compasión. "Nos alegramos con los novios que se casan -la vida pastoral-, reímos con el bebé que traen a bautizar; acompañamos a los jóvenes que se preparan para el matrimonio y a las familias; nos apenamos con el que recibe la unción en la cama del hospital, lloramos con los que entierran a un ser querido" (*Homilía Misa en la Misa Crismal*, 2 abril 2015). Entregamos minutos y días en pos de esa madre con SIDA, ese pequeño que quedó huérfano, esa abuela a cargo de tantos nietos o ese joven que ha venido a la ciudad y está desesperado porque no encuentra trabajo. "Tantas emociones... Si tenemos el corazón abierto, esta emoción y tanto afecto fatigan el corazón del Pastor. Para nosotros, sacerdotes, las historias de nuestra gente no son un noticiero: nosotros conocemos a nuestro pueblo, podemos adivinar lo que les está pasando en su corazón; y el nuestro, al compadecernos (al padecer con ellos), se nos va deshilachando, se nos parte en mil pedacitos, se conmueve y hasta parece comido por la gente: "Tomad, comed". Esa es la palabra que musita constantemente el sacerdote de Jesús cuando va atendiendo a su pueblo fiel: "Tomad y comed, tomad y bebed...". Y así nuestra vida sacerdotal se va entregando en el servicio, en

la cercanía al pueblo fiel de Dios... que siempre, siempre cansa" (*ibíd.*). Hermanos y hermanas: La cercanía cansa, cansa siempre. La cercanía al Santo Pueblo de Dios. La cercanía cansa. Es hermoso encontrar un sacerdote, una hermana, un catequista..., agotados por la cercanía. Renovar el llamado muchas veces pasa por revisar si nuestros cansancios y afanes tienen que ver con cierta "mundanidad espiritual", "por la fascinación de mil propuestas de consumo que no nos podemos quitar de encima para caminar, libres, por los senderos que nos llevan al amor de nuestros hermanos, a los rebaños del Señor, a las ovejitas que esperan la voz de sus pastores" (*Homilía en la Misa Crismal*, 24 marzo 2016). Renovar la llamada, nuestra llamada, pasa por elegir, decir sí y cansarnos por aquello que es fecundo a los ojos de Dios, que hace presente, encarna, a su Hijo Jesús. *Quiera Dios que en este sano cansancio encontremos la fuente de nuestra identidad y felicidad*. La cercanía cansa, y este cansancio es santidad.

Que nuestros jóvenes descubran eso en nosotros, que nos dejemos "tomar y comer", y que sea eso lo que los lleva a preguntarse por el seguimiento de Jesús, que deslumbrados por la alegría de una entrega cotidiana no impuesta sino madurada y elegida en el silencio y la oración, ellos quieran dar su "sí". Tú, que te lo preguntas o ya estás en camino de una consagración definitiva, has descubierto "que la ansiedad y la velocidad de tantos estímulos que nos bombardean hacen que no quede lugar para ese silencio interior donde se percibe la mirada de Jesús y se escucha su llamado. Mientras tanto, te llegarán muchas propuestas maquilladas, que parecen bellas e intensas, aunque con el tiempo solamente te dejarán vacío, cansado y solo. No dejes que eso te ocurra, porque el torbellino de este mundo te lleva a una carrera sin sentido, sin orientación, sin objetivos claros, y así se malograrán muchos de tus esfuerzos. Más bien busca esos espacios de calma y de silencio que te permitan reflexionar, orar, mirar mejor el mundo que te rodea, y entonces sí, con Jesús, podrás reconocer cuál es tu vocación en esta tierra" (*Exhort. ap. Christus vivit*, 277).

Este juego de contrastes que plantea el evangelista Lucas -la encarnación en Nazaret y la anunciación a Zacarías en el Templo-, culmina en el encuentro de las dos mujeres: Isabel y María. La Virgen visita a su prima mayor y todo es fiesta, baile y alabanza. Hay una parte de Israel que ha entendido el cambio profundo, vertiginoso del proyecto de Dios: por eso acepta ser visitada, por eso el niño salta en el vientre. En una sociedad patriarcal, por un instante, el mundo de los hombres se retira, enmudece como Zacarías. Hoy también nos ha hablado una catequista, una

religiosa, una mujer mozambiqueña que nos ha recordado que nada les hará perder su entusiasmo por evangelizar, por cumplir con su compromiso bautismal. Vuestra vocación es evangelizar; la vocación de la Iglesia es evangelizar; la identidad de la Iglesia es evangelizar. No hacer proselitismo. El proselitismo no es evangelización. El proselitismo no es cristiano. Nuestra vocación es evangelizar. La identidad de la Iglesia es evangelizar. Y en esta hermana nuestra están todos los que salen al encuentro de sus hermanos: los que visitan como María, los que al dejarse visitar aceptan gustosos que el otro los transforme al regalarle su cultura, sus modos de vivir la fe y de expresarla.

La inquietud que expresas nos devela que la inculturación siempre será un desafío, como este "viaje" entre estas dos mujeres que quedarán mutuamente transformadas por el encuentro y el servicio. "Las Iglesias particulares deben fomentar activamente formas, al menos incipientes, de inculturación. Lo que debe procurarse, en definitiva, es que la predicación del Evangelio, expresada con categorías propias de la cultura donde es anunciado, provoque una nueva síntesis con esa cultura. Aunque estos procesos son siempre lentos, a veces el miedo nos paraliza demasiado" (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 129). El miedo paraliza.

La "distancia" entre Nazaret y Jerusalén se acorta, se hace inexistente por ese "sí" de María. Porque las distancias, los regionalismos y particularismos, el estar constantemente construyendo muros atentan contra la dinámica de la encarnación, que ha derribado el muro que nos separaba (cf. Ef 2,14). Vosotros que habéis sido testigos -al menos los mayores- de divisiones y rencores que terminaron en guerras, tenéis que estar siempre dispuestos a "visitaros", a acortar las distancias. La Iglesia de Mozambique está invitada a ser la Iglesia de la Visitación. No puede ser parte del problema de las competencias, menosprecios y divisiones de unos con otros, sino puerta de solución, espacio donde sea posible el respeto, el intercambio y el diálogo. La pregunta formulada sobre qué hacer ante un matrimonio interreligioso nos desafía en esta tendencia asentada que tenemos a la fragmentación, a separar en vez de unir. Como también lo es el vínculo entre nacionalidades, entre razas, entre los del norte y los del sur, entre comunidades, sacerdotes y obispos. Es el desafío porque, hasta desarrollar "una cultura del encuentro en una pluriforme armonía", se requiere "un proceso constante en el cual cada nueva generación se ve involucrada. Es un trabajo lento, es un trabajo arduo que exige querer integrarse y aprender a hacerlo". Es el requisito necesario para la "construcción de un pueblo en paz, justicia y fraternidad", para "el desarrollo de la convivencia social y la construc-

ción de un pueblo donde las diferencias se armonicen en un proyecto común" (*ibíd.*, 220-221). Así como María fue a la casa de Isabel, como Iglesia tenemos que aprender el camino frente a nuevas problemáticas, buscando no quedar paralizados por una lógica que enfrenta, divide, condena. Poneos en camino y buscad una respuesta a estos desafíos pidiendo la asistencia segura del Espíritu Santo. Él es el Maestro para mostrar los nuevos caminos a transitar.

Reavivemos entonces nuestro llamado vocacional, hagámoslo bajo este magnífico templo dedicado a María, y que nuestro "sí" comprometido proclame las grandezas del Señor, alegre el espíritu de nuestro pueblo en Dios, nuestro Salvador (cf. Lc 1,46-47). Y llene de esperanza, paz y reconciliación a vuestro país, a nuestro querido Mozambique.

Os pido que, por favor, recéis y hagáis rezar por mí.

Que el Señor os bendiga y la Virgen Santa os cuide.

Gracias.

ENCUENTRO INTERRELIGIOSO CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Estadio Maxaquene, Maputo
Jueves, 5 de septiembre de 2019

Muchas gracias por tus palabras de bienvenida, muchas gracias también por todas y cada una de las representaciones artísticas que habéis realizado. Muchas gracias, gracias. Siéntense, pónganse cómodos.

Me agradecíais porque he reservado tiempo para estar con vosotros. ¿Qué es más importante para un pastor que estar con los suyos? ¿Qué es más importante para un pastor que encontrarse con sus jóvenes? ¡Vosotros sois importantes! Tenéis que saberlo, tenéis que creéroslo. ¡Vosotros sois importantes! Pero con humildad. Porque vosotros no sois sólo el futuro de Mozambique, tampoco de la Iglesia y de la humanidad. Vosotros sois el presente, sois el presente de Mozambique, que, con todo lo que sois y hacéis, ya estáis aportando lo mejor que hoy podéis regalar. Sin vuestro entusiasmo, vuestros cantos, vuestra alegría de vivir, ¿qué sería de esta

tierra? Sin los jóvenes, ¿qué sería de esta tierra? Veros cantar, sonreír, bailar, en medio de todas las dificultades que vivís -como bien nos contabas tú- es el mejor signo de que vosotros, jóvenes, sois la alegría de esta tierra, la alegría de hoy, de hoy. La esperanza del mañana.

La alegría de vivir es una de vuestras principales características, la característica de los jóvenes, la alegría de vivir -y eso se puede sentir aquí-. Alegría compartida y celebrada, *que reconcilia*, y se transforma en el mejor antídoto que desmiente a todos aquellos que os quieren dividir -atentos: que os quieren dividir-, que os quieren fragmentar, que os quieren enfrentar. ¡Cuánto les hace falta a algunas regiones del mundo vuestra alegría de vivir! Como se siente, en algunas regiones del mundo, la alegría de estar sólo juntos, de vivir juntos distintas confesiones religiosas, pero hijos de la misma tierra, unidos.

Gracias por estar presentes las distintas confesiones religiosas. Gracias por animaros a vivir el desafío de la paz y a celebrarla hoy juntos como familia; también a aquellos que sin ser parte de alguna tradición religiosa estáis participando. Es hacer la experiencia de que todos somos necesarios, con nuestras diferencias, pero necesarios. Nuestras diferencias son necesarias. Vosotros juntos -así como os encontráis ahora-, sois el palpitante de este pueblo, donde cada uno juega un papel fundamental en un único proyecto creador, para escribir una nueva página de la historia, una página llena de esperanza, llena de paz, llena de reconciliación. Os pregunto: ¿Queréis escribir esta página? [responden: sí.] Cuando yo entraba, cantaban: "Reconciliación". ¿Lo repiten? [Todos: Reconciliación. Reconciliación. Reconciliación.] Gracias.

Me hicisteis dos preguntas que creo van unidas. Por un lado, ¿cómo hacer para que los sueños de los jóvenes se hagan realidad? Y, ¿cómo hacer para que los jóvenes se involucren en los problemas que aquejan al país? Vosotros hoy nos marcasteis el camino y nos enseñasteis cómo responder a estas preguntas.

Habéis expresado con el arte, con la música, con esa riqueza cultural que mencionabas con tanto orgullo, una parte de vuestros sueños y realidades; en todas ellas mostráis diferentes modos de asomaros al mundo y mirar el horizonte: siempre con ojos llenos de esperanza, llenos de futuro y llenos de ilusiones. Vosotros, jóvenes, camináis con dos pies como los adultos, igual, pero a diferencia de

los adultos, que los tienen paralelos, vosotros ponéis uno delante del otro, dispuesto a irse, a partir. Vosotros tenéis tanta fuerza, sois capaces de mirar con tanta esperanza, sois una promesa de vida que lleva incorporado un cierto grado de tenacidad (cf. *Exhort. ap. postsin. Christus vivit*, 139), que no debéis perder ni dejar que os la roben.

¿Cómo realizar los sueños, cómo contribuir a los problemas del país? Me gustaría decirte: *No dejéis que os roben la alegría*. No dejéis de cantar y expresaros de acuerdo a todo lo bueno que aprendisteis de vuestras tradiciones. Que no os roben la alegría. Como os decía, hay muchas formas de mirar el horizonte, el mundo, de mirar el presente y el futuro, hay muchos modos. Pero es necesario cuidarse de dos actitudes que matan los sueños y la esperanza. ¿Cuáles son? La resignación y la ansiedad. Dos actitudes que matan los sueños y la esperanza. Son grandes enemigas de la vida, porque nos empujan normalmente por un camino fácil, pero de derrota, y *el precio que piden para pasar es muy caro*, es muy caro. Se paga con la propia felicidad e incluso con la propia vida. Resignación y ansiedad, dos actitudes que roban la esperanza. ¡Cuántas promesas de felicidad vacías que terminan truncando vidas! Seguro conocéis amigos, conocidos -o incluso os puede haber pasado a vosotros mismos-, el vivir momentos difíciles, dolorosos, donde parece que todo se viene encima y lleva a la resignación. Hay que estar muy atentos porque esa actitud "te hace tomar la senda equivocada. Cuando todo parece paralizado y estancado, cuando los problemas personales nos inquietan, los malestares sociales no encuentran las debidas respuestas, no es bueno darse por vencido" (*ibíd.*, 141). No es bueno darse por vencido, repitan: no está bien darse por vencido [todos: no está bien darse por vencido].

Sé que a la mayoría de vosotros os gusta mucho el fútbol. ¿Es verdad? Recuerdo un gran jugador de estas tierras que aprendió a no resignarse: Eusebio da Silva, la "pantera negra". Comenzó su vida deportiva en el club de esta ciudad. Las severas dificultades económicas de su familia y la muerte prematura de su padre, no pudieron impedir sus sueños; su pasión por el fútbol lo hizo perseverar, soñar y salir adelante, ¡y hasta llegó a hacer 77 goles para este club de Maxaquene! Tenía todo para resignarse. Y no se resignó.

Su sueño y ganas de jugar lo lanzaron hacia delante, pero tan importante como eso fue encontrar con quién jugar. Vosotros bien sabéis que en un equipo

no son todos iguales, ni hacen las mismas cosas o piensan de la misma manera. No. Cada jugador tiene sus características, como lo podemos descubrir y disfrutar en este encuentro: venimos de tradiciones diferentes e incluso podemos hablar lenguas diferentes, pero eso no impidió que nos encontremos. Mucho se ha sufrido y se sufre porque algunos se creen con el derecho de determinar quién puede "jugar" -no- y quién tiene que quedar "fuera de la cancha" -es un derecho injusto-. Y van por la vida dividiendo y enfrentando, y haciendo la guerra. Vosotros, queridos amigos, hoy sois un ejemplo, sois un testimonio de cómo tenemos que actuar. Testimonio de unidad, de reconciliación, de esperanza. Como un equipo de fútbol. ¿Cómo comprometerse con el país? Así como lo estáis haciendo, permaneciendo unidos más allá de lo que os puede diferenciar, buscando siempre la ocasión para realizar los sueños por un país mejor, pero juntos. Juntos. ¡Qué importante es no olvidar *que la enemistad social destruye!* Juntos: [todos: ¡la enemistad social destruye!]. "Y una familia se destruye por la enemistad. Un país se destruye por la enemistad. Juntos: [todos: ¡la enemistad social destruye!]. El mundo se destruye por la enemistad. Y la enemistad más grande es la guerra. Porque son incapaces de sentarse y hablar [...]. *Sean capaces de crear la amistad social* [cf. *ibíd.*, 169].

Recuerdo ese proverbio que dice: "Si quieres llegar rápido camina solo, si quieres llegar lejos, ve acompañado". Lo repetimos. [todos: si quieres llegar rápido camina solo, si quieres llegar lejos, ve acompañado]. Se trata siempre de soñar juntos, como lo estáis haciendo hoy. Soñad con otros, nunca contra otros; soñad como habéis soñado y preparado este encuentro: todos unidos y sin barreras. Eso es parte de la "nueva página de la historia" de Mozambique.

Fútbol, equipos, jugar juntos. Jugar juntos nos enseña que no sólo la resignación es enemiga de los sueños y del compromiso, también lo es la ansiedad. Resignación y ansiedad. La ansiedad: "Puede ser una gran enemiga cuando nos lleva a bajar los brazos porque descubrimos que los resultados no son instantáneos. Los sueños más bellos se conquistan con esperanza, paciencia y empeño, renunciando a las prisas. Al mismo tiempo, no hay que detenerse por inseguridad, *no hay que tener miedo de apostar y de cometer errores*" (*ibíd.*, 142), es normal. Las cosas más hermosas se gestan con el tiempo y, si algo no te salió la primera vez, no tengas miedo de volver a intentar, una y otra vez, y otra. No tengas miedo a equivocarte, nos vamos a equivocar mil veces, pero no caigamos en el error de detenernos

porque hay cosas que no nos salieron bien la primera vez. El peor error sería abandonar, por causa de la ansiedad, abandonar los sueños y las ganas de un país mejor por la ansiedad.

Por ejemplo, tenéis ese hermoso testimonio de María Mutola, que aprendió a perseverar, a seguir intentando a pesar de no cumplir su anhelo de la medalla de oro en los tres primeros juegos olímpicos que compitió; después, al cuarto intento, esta atleta de los 800 metros alcanzó su medalla de oro en las olimpiadas de Sídney. Intentar, intentar. La ansiedad no la hizo ensimismarse; sus nueve títulos mundiales *no le hicieron olvidar a su pueblo, sus raíces*, y sigue cerca de los niños necesitados de Mozambique. ¡Cuánto nos enseña el deporte a perseverar en nuestros sueños!

Me gustaría sumar otro elemento importante: no dejéis afuera a vuestros mayores. No al ansia, no a la resignación y ahora otro elemento importante: *no excluir a vuestros ancianos*.

También vuestros mayores os pueden ayudar a que vuestros sueños y aspiraciones no se sequen, no los tire el primer viento de la dificultad o la impotencia; los mayores son nuestras raíces. ¿Lo decimos juntos? [todos: los mayores son nuestras raíces]. Las generaciones anteriores tienen mucho para deciros, para proponeros. Es cierto que a veces nosotros, los mayores, lo hacemos de modo impositivo, como advertencia, metiendo miedo. Es verdad, a veces damos miedo; o pretendemos que hagáis, digáis y viváis exactamente igual que nosotros. Es un error. Vosotros tendréis que hacer vuestra propia síntesis, pero escuchando, valorando a los que os han precedido. Y esto, ¿no es lo que habéis hecho con vuestra música? Al ritmo tradicional de Mozambique, la "marrabenta", le habéis incorporado otros modernos y nació el "pandza". Lo que escuchabais, lo que veíais cantar y bailar a vuestros padres y abuelos, lo habéis hecho vuestro. Ese es el camino que os propongo, un camino "hecho de libertad, de entusiasmo, de creatividad, de horizontes nuevos, pero cultivando al mismo tiempo esas raíces que alimentan y sostienen" (*ibíd.*, 184). Los mayores son nuestras raíces. [todos: Los mayores son nuestras raíces].

Todos estos son pequeños elementos que pueden daros el apoyo necesario para no achicarse en los momentos de dificultad, sino para abrir una brecha de

esperanza; brecha que os ayudará a poner en juego vuestra creatividad y a encontrar nuevos caminos y espacios para responder a los problemas con el gusto de la solidaridad.

Muchos de vosotros nacisteis bajo el signo de la paz, una paz trabajosa que pasó por momentos más luminosos y otros de prueba. La paz es un proceso que también vosotros estáis llamados a recorrer, tendiendo siempre vuestras manos especialmente a aquellos que están pasando en un momento de dificultad. ¡Grande es el poder de la mano tendida y de la amistad que se juega en lo concreto! Pienso en el sufrimiento de aquellos jóvenes que llegaron llenos de ilusiones en búsqueda de trabajo a la ciudad y hoy están sin techo, sin familia y que no encuentran una mano amiga. Qué importante es que aprendamos a ser manos amigas y tendidas. El gesto de la mano extendida. Todos juntos: el gesto de la mano extendida. [Todos: el gesto de la mano extendida]. Gracias. Buscad crecer en la amistad también con los que piensan distinto, para que la solidaridad crezca entre vosotros y se transforme en la mejor arma para transformar la historia. La solidaridad es la mejor arma para transformar la historia.

Mano tendida que también nos recuerda la necesidad de comprometernos por el cuidado de nuestra casa común. Vosotros, sin lugar a dudas, fuisteis bendecidos con una gran belleza natural, estupenda: bosques y ríos, valles y montañas y esas lindas playas.

Pero tristemente, hace pocos meses habéis sufrido el embate de dos ciclones, habéis visto las consecuencias del descalabro ecológico en el que vivimos. Muchos ya habéis aceptado el desafío imperioso de proteger nuestra casa común, y entre estos hay muchos jóvenes. Tenemos un desafío: proteger nuestra casa común.

Y permitidme deciros una última reflexión: Dios os ama, y en esa afirmación estamos de acuerdo todas las tradiciones religiosas. "Para Él realmente eres valioso, no eres insignificante, le importas, porque eres obra de sus manos. Porque te ama. Intenta quedarte un momento en silencio dejándote amar por Él. Intenta acallar todas las voces y gritos interiores y quédate un instante en sus brazos de amor" (*ibíd.*, 115). Lo hacemos ahora juntos [permanecen un momento en silencio].

Es el amor del Señor que sabe más de levantadas que de caídas, de reconciliación que de prohibición, de dar nueva oportunidad que de condenar, de futuro que de pasado" (*ibíd.*, 116).

Sé que vosotros creéis en ese amor que hace posible la reconciliación.

Muchas gracias y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

Que Dios os bendiga.

SANTA MISA POR EL PROGRESO DE LOS PUEBLOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Estadio de Zimpeto, Maputo
Viernes, 6 de septiembre de 2019

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos escuchado en el evangelio de Lucas un pasaje del sermón de la llanura. Después de elegir a sus discípulos y haber proclamado las bienaventuranzas, Jesús dice: "a vosotros los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos" (Lc 6,27). Una palabra dirigida también a nosotros hoy que lo escuchamos en este estadio.

Y lo dice con claridad, sencillez y firmeza señalando un sendero, un camino estrecho que necesita de algunas virtudes. Porque Jesús no es un idealista que desconoce la realidad, él está hablando del enemigo concreto, del enemigo real; el que ha descrito en la bienaventuranza anterior (6,22): de aquel que nos odia, excluye, insulta y proscribire como infame.

Muchos de vosotros todavía podéis contar en primera persona historias de violencia, odio y desencuentros; algunos en carne propia, otros de alguien conocido que ya no está, otros incluso por el miedo de que heridas del pasado se repitan e intenten borrar el camino recorrido de paz, como en Cabo Delgado.

Jesús no nos invita a un amor abstracto, etéreo o teórico, redactado en escritorios y para discursos. El camino que nos propone es el que Él recorrió primero, el que lo hizo amar a los que lo traicionaron y juzgaron injustamente, a los que lo habrían matado.

Es difícil hablar de reconciliación cuando las heridas causadas en tantos años de desencuentro están todavía frescas o invitar a dar ese paso de perdón que no significa ignorar el dolor o pedir que se pierda la memoria o los ideales (cf. *Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 100). Aun así, Jesús invita a amar y a hacer el bien; que es mucho más que ignorar al que nos hizo daño o hacer el esfuerzo para que no se crucen nuestras vidas: es un mandato a una benevolencia activa, desinteresada y extraordinaria con respecto a quienes nos hirieron. Pero no se queda allí, también nos pide que los bendigamos y oremos por ellos; es decir, que nuestro decir sobre ellos sea un bien-decir, generador de vida y no de muerte, que pronuncemos sus nombres no para el insulto o la venganza sino para inaugurar un nuevo vínculo para la paz. La vara que el Maestro nos propone es alta.

Con esta invitación, Jesús quiere clausurar para siempre la práctica tan corriente -de ayer y de hoy- de ser cristianos y vivir bajo la ley del talión. No se puede pensar el futuro, construir una nación, una sociedad sustentada en la "equidad" de la violencia. No puedo seguir a Jesús si el orden que promuevo y vivo es el "ojo por ojo, diente por diente".

Ninguna familia, ningún grupo de vecinos o una etnia, menos un país, tiene futuro si el motor que los une, convoca y tapa las diferencias es la venganza y el odio. No podemos ponernos de acuerdo y unirnos para vengarnos, para hacerle al que fue violento lo mismo que él nos hizo, para planificar ocasiones de desquite bajo formatos aparentemente legales. "Las armas y la represión violenta, más que aportar soluciones, crean nuevos y peores conflictos" (*ibíd.*, 60). La "equidad" de la violencia siempre es un espiral sin salida y su costo es muy alto. Otro camino es posible porque es crucial no olvidar que nuestros pueblos tienen derecho a la paz. Vosotros tenéis derecho a la paz.

Para hacer más concreta su invitación y aplicable al día a día, Jesús propone una primera regla de oro al alcance de todos -"como queráis que la gente se porte con vosotros, de igual manera portaos con ella" (Lc 6,31)- y nos ayuda a descubrir qué es lo más importante de ese trato mutuo: amarnos, ayudarnos y prestar sin esperar nada a cambio.

"Amarnos", nos dice Jesús; y Pablo lo traduce como "revestirnos de sentimientos de misericordia y de bondad"(cf. Col 3,12). El mundo desconocía -y sigue sin conocer- la virtud de la misericordia, de la compasión, al matar o abandonar a su suerte a discapacitados y ancianos, eliminar heridos y enfermos, o gozar con los sufrimientos de los animales. Tampoco practicaba la bondad, la amabilidad, que nos mueve a que el bien del prójimo sea tan querido como el propio.

Superar los tiempos de división y violencia supone no sólo un acto de reconciliación o la paz entendida como ausencia de conflicto, implica el compromiso cotidiano de cada uno de nosotros de tener una mirada atenta y activa que nos lleve a tratar a los demás con esa misericordia y bondad con la que queremos ser tratados; misericordia y bondad especialmente hacia aquellos que, por su condición, son rápidamente rechazados y excluidos. Se trata de una actitud de fuertes y no de débiles, una actitud de hombres y mujeres que descubren que no es necesario maltratar, denigrar o aplastar para sentirse importantes, sino al contrario. Y esta actitud es la fuerza profética que Jesucristo mismo nos enseñó al querer identificarse con ellos (cf. Mt 25,35-45) y mostrarnos que el servicio es el camino.

Mozambique es un territorio lleno de riquezas naturales y culturales, pero paradójicamente con una enorme cantidad de su población bajo la línea de pobreza. Y a veces pareciera que quienes se acercan bajo el supuesto deseo de ayudar, tienen otros intereses. Y es triste cuando esto se constata entre hermanos de la misma tierra que se dejan corromper; es muy peligroso aceptar que la corrupción sea el precio que tenemos que pagar ante la ayuda extranjera.

"No será así entre vosotros" (Mt 20,26; cf. vv. 26-28). Con sus palabras, Jesús nos impulsa a ser protagonistas de otro trato: el de su Reino. Aquí y ahora, semillas de alegría y esperanza, paz y reconciliación. Lo que el Espíritu viene a impulsar no es un activismo desbordante, sino, ante todo, una atención puesta en el otro, a reconocerlo y valorarlo como hermano hasta sentir su vida y su dolor como nuestra vida y nuestro dolor. Este es el mejor termómetro para descubrir todas las

ideologías de cualquier tipo que intentan manipular a los pobres y a las situaciones de injusticia para el servicio de intereses políticos o personales (cf. *Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 199). Sólo así seremos, allí donde nos encontremos, semillas e instrumentos de paz y reconciliación.

Queremos que reine la paz en nuestros corazones y en el palpar de nuestro pueblo. Queremos un futuro de paz. Queremos "que la paz de Cristo reine en vuestros corazones" (Col 3,15), como bien lo decía la carta de san Pablo. Él utiliza un verbo que viene del campo de los deportes; es la palabra que se refiere al árbitro que decide las cosas discutibles: "que la paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones". Si la paz de Cristo es el árbitro en nuestros corazones, entonces, cuando los sentimientos estén en conflicto y nos sintamos impulsados ante dos sentidos opuestos, "juguémonos" por Cristo. La decisión de Cristo nos mantendrá en el camino del amor, en la senda de la misericordia, en la opción por los más pobres, en la preservación de la naturaleza. En el camino de la paz. Si Jesús es el árbitro entre las emociones conflictivas de nuestro corazón, entre las decisiones complejas de nuestro país, entonces Mozambique tiene un futuro de esperanza garantizado; entonces nuestro país cantará a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cantos inspirados (cf. Col 3,16).

Agradecimiento del Santo Padre al concluir la Santa Misa

Al final de mi visita, deseo decir "gracias" a todas las personas y entidades que colaboraron para su realización, comenzando por esta arquidiócesis de Maputo y su Pastor, el Mons. Francisco Chimoio, a quien agradezco por la fraternal acogida y también por el saludo cordial que me acaba de dirigir en nombre de los hermanos obispos y de todo el Pueblo de Dios. Una palabra de especial agradecimiento al Presidente Filipe Nyusi por la atención solícita que he recibido, tanto a nivel personal, como a través de las diversas instituciones gubernamentales y de las fuerzas de seguridad de la nación. Agradezco el trabajo sacrificado y silencioso de los miembros del comité organizador y de tantos voluntarios. Mi agradecimiento a los periodistas y a todas estas buenas personas que salieron de casa para saludarme.

Hermanas y hermanos: Conozco el sacrificio que hicieron para participar en las celebraciones y encuentros... y sé que os habéis mojado todos, ¡espero con

agua bendita! Lo aprecio y os doy las gracias de corazón. Y estoy agradecido también a los que no han podido realizarlo por las consecuencias de los ciclones recientes: ¡Queridos hermanos, he experimentado igualmente vuestro apoyo! Y os digo a todos: ¡Tenéis muchos motivos para esperar! Lo he visto, lo he tocado con mi mano en estos días. Por favor, mantened la esperanza; no dejad que os la roben. Y no hay mejor manera de custodiar la esperanza que permanecer unidos, para que todos los motivos que la sustentan se consoliden aún más en un futuro de reconciliación y paz en Mozambique. ¡Que Dios os bendiga y la Virgen Madre os proteja! Y por favor no olvidéis de rezar por mí. Gracias.

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE MADAGASCAR

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de Andohalo, Antananarivo
Sábado, 7 de septiembre de 2019

Gracias, señor Cardenal, por sus palabras de bienvenida en nombre de todos sus hermanos. Agradezco, a su vez, que las mismas hayan querido mostrar cómo la misión que nos proponemos vivir se da en medio de contradicciones: una tierra rica y mucha pobreza; una cultura y una sabiduría heredada de los antepasados que nos hacen valorar la vida y la dignidad de la persona humana, pero también la constatación de la desigualdad y la corrupción. Es difícil la tarea del pastor en estas circunstancias. Incluso con las desigualdades: el pastor se arriesga a ir a una parte y dejar a los otros. Y incluso con la corrupción: no digo que el pastor se convierta en corrupto, pero está el peligro...: "Haré esta obra, y esta otra...", y se convierte en un hombre de negocios; o haré ese cambio, o ese otro, o ese otro... y al final, aquel buen pastor ha terminado manchado con la corrupción. Sucede, sucede. En el mundo, sucede. Tened los ojos abiertos.

"Sembrador de paz y de esperanza" es el lema elegido para esta visita, y que bien puede ser un eco de la misión que se nos ha encomendado. Porque somos sembradores, y el que siembra lo hace con esperanza; lo hace asentado en su esfuerzo y entrega personal, pero sabiendo que hay infinidad de factores que deben concurrir para que lo sembrado germine, crezca, se convierta en espiga y finalmente en trigo abundante. El sembrador cansado y preocupado no baja los brazos.

Esta parábola nos debe acompañar siempre, sea en la vida activa sea en la contemplativa, como hemos visto hoy [en el *encuentro con las religiosas contemplativas*]: sed valientes, sé un hombre valiente. El valor. El sembrador cansado y preocupado no baja los brazos, no abandona y menos aún quema su campo cuando algo se malogra. Sabe esperar, confía, asume las contrariedades de su siembra, pero jamás deja de amar aquel campo encomendado a su cuidado; incluso si viene la tentación, tampoco escapa encomendándose a otro.

El sembrador conoce su tierra, la "toca", la "huele" y la prepara para que pueda dar lo mejor de sí. Nosotros, obispos, a imagen del Sembrador, estamos llamados a esparcir las semillas de la fe y la esperanza en esta tierra. Para eso es necesario que desarrollemos ese "olfato" que nos permita conocerla mejor y descubrir también lo que dificulta, obstruya o dañe lo sembrado. El *olfato del pastor*. El pastor puede ser muy inteligente, puede tener títulos académicos, puede haber participado en muchos congresos internacionales, saber todo, estudiar todo, incluso ser bueno, una buena persona, pero si le falta el olfato, nunca podrá ser un buen pastor. El olfato. Por eso, "los Pastores, acogiendo los aportes de las distintas ciencias, tienen derecho a emitir opiniones sobre todo aquello que afecte a la vida de las personas, ya que la tarea evangelizadora implica y exige una promoción integral de cada ser humano. No se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está sólo para preparar las almas para el cielo. Esta es la verdad que nos ha dejado el iluminismo neoliberal: trabajamos también para el pueblo, sí, todo para el pueblo, pero nada con el pueblo. Sin la relación con el pueblo, sin el olfato... El auténtico pastor sin embargo está en medio del pueblo, inmerso entre la gente, en el amor de su gente, porque la entiende. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas "para que las disfrutemos" (1 Tm 6,17), para que todos puedan disfrutarlas. De ahí que la conversión cristiana exija revisar "especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención

del bien común". Por consiguiente, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos" (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 182-183). El pastor en medio del pueblo. El pastor que sabe escuchar el lenguaje del pueblo. El pastor ungido por el pueblo, a quien sirve, del que es servidor.

Sé que tenéis muchas razones para preocuparos y que, entre otras cosas, lleváis en el corazón la responsabilidad de velar por la dignidad de todos vuestros hermanos que reclama construir una nación cada vez más solidaria y próspera, dotada de instituciones sólidas y estables. ¿Puede un pastor digno de ese nombre permanecer indiferente ante los desafíos que enfrentan sus conciudadanos de todas las categorías sociales, independientemente de sus denominaciones religiosas? ¿Puede un pastor al estilo de Jesucristo ser indiferente a las vidas que le fueron confiadas?

La dimensión profética relacionada con la misión de la Iglesia requiere, en todas partes y siempre, un discernimiento que no suele ser fácil. En este sentido, la colaboración madura e independiente entre la Iglesia y el Estado es un desafío permanente, porque el peligro de una connivencia nunca está muy lejos, especialmente si nos lleva a perder la "mordedura evangélica". Escuchando siempre lo que el Espíritu dice constantemente a las Iglesias (cf. Ap 2,7) podremos escapar de las insidias y liberar el fermento del Evangelio para una fructífera colaboración con la sociedad civil en la búsqueda del bien común. El signo distintivo de ese discernimiento será que el anuncio del evangelio incluye de suyo la preocupación por toda forma de pobreza: no sólo "asegurar a todos un "decoroso sustento", sino también para que tengan "prosperidad sin exceptuar bien alguno". Esto implica educación, acceso al cuidado de la salud y especialmente trabajo, porque en el trabajo libre, creativo, participativo y solidario, el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida. El salario justo permite el acceso adecuado a los demás bienes que están destinados al uso común" (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 192).

La defensa de la persona humana es otra dimensión de nuestro compromiso pastoral. Para ser pastores según el corazón de Dios, debemos ser nosotros los *primeros en la opción por proclamar el Evangelio a los pobres*: "No deben

quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, "los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio", y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos" (*ibíd.*, 48). En otras palabras, tenemos un deber especial de cercanía y protección hacia los pobres, los marginados y los pequeños, hacia los niños y las personas más vulnerables, víctimas de explotación y de abuso, víctimas, hoy, de esta cultura del descarte. Hoy la mundanidad nos ha llevado a introducir en los programas sociales, en los programas de desarrollo, el descarte como posibilidad: el descarte de quién está por nacer y el descarte de quién está para morir, para acelerar la partida.

Ese inmenso campo no sólo es limpiado y roturado por el espíritu profético, sino que también se espera con paciencia cristiana a la semilla esparcida, sabiendo por otra parte que no estamos a cargo ni somos responsables de todo el proceso. Un pastor, que siembra, evita controlarlo todo. No se puede. El sembrador no va cada día a escavar la tierra para ver cómo crece la semilla. Un pastor evita de controlar todo -los pastores controladores no dejan crecer-, da espacio para las iniciativas, deja crecer en distintos tiempos -no todos tienen los mismos tiempos de crecimiento- y no estandariza: la uniformidad no es vida, la vida es variada, cada uno tiene su propio modo de ser, su propio modo de crecer, su propio modo de ser persona. La uniformidad no es un camino cristiano. El verdadero pastor no exige más de la cuenta, no menosprecia resultados aparentemente más pobres: "Esta vez ha ido así... venga, tranquilo. La próxima vez irá mejor". Sabe siempre aceptar los resultados tal como vienen. Permitirme que os diga cuál es la imagen que a veces me viene a la mente cuando pienso en la vida pastoral. El pastor debe aceptar la vida por donde viene, con los resultados que le llegan. El pastor es como el portero del equipo de fútbol: atrapa el balón por donde se lo lanzan. Sabe moverse, sabe aceptar la realidad como viene. Y corrige las cosas, después, pero en el momento acepta la vida como viene. Esto es el amor del pastor. Esto nos habla de una fidelidad al Evangelio que nos hace pastores cercanos al pueblo de Dios, comenzando por nuestros hermanos sacerdotes -que son nuestro prójimo más prójimo- que deben recibir un cuidado especial de nuestra parte.

El pastor debe ser cercano a Dios, a sus sacerdotes, cercano al pueblo. Las tres cercanías del pastor. Cercano a Dios en la oración. No olvidemos que cuando

los Apóstoles "inventan" los diáconos -esto lo he dicho muchas veces-, Pedro, para explicar esta nueva invención de los diáconos, dice: "Y a nosotros [los Apóstoles], la oración y el anuncio de la Palabra". La primera tarea del pastor es rezar. Cada uno de vosotros se pregunte: ¿rezo? ¿cuánto? ¿cómo? La cercanía a Dios. Cercanía a los sacerdotes: los sacerdotes son los prójimos más próximos al obispo. "He llamado al obispo, ha tomado la llamada la secretaria y me dice que en tres meses no hay sitio para darme una cita". Un consejo de hermano: si tú te encuentras que tu secretaria te deja en la lista la llamada de un cura, ese mismo día, o al máximo el día siguiente, llámalo. Puede que no tengas tiempo para recibirlo, pero llámalo. Ese cura sabrá que tiene un padre. Y la tercera cercanía: cercanía al pueblo. El pastor que se aleja del pueblo, que pierde el olfato del pueblo, termina como un "Señor Cura", un funcionario de corte... corte pontificia, importante, pero al final siempre corte, y esto no sirve.

Hace un tiempo manifestaba a los obispos italianos la atención que nuestros sacerdotes puedan encontrar en sus obispos la figura del hermano mayor y padre que los aliente y sostenga en el camino (cf. *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana*, 20 mayo 2019). Es la paternidad espiritual que impulsa al obispo a no dejar huérfanos a sus presbíteros, y que se puede "palpar" no sólo en la capacidad que tengamos de abrir las puertas a todos los sacerdotes, sino también en nuestra capacidad de ir a buscarlos para acompañarlos cuando estén pasando por un momento de dificultad.

En las alegrías y las dificultades inherentes al ministerio, los sacerdotes deben encontrar en vosotros, queridos obispos, padres siempre disponibles que saben cómo alentar y apoyar, que saben apreciar los esfuerzos y acompañar los pasos posibles. El *Concilio Vaticano II* hizo una observación especial sobre este punto: "[Los obispos] han de acoger siempre con amor especial a sus sacerdotes. Estos, en efecto, participan de sus funciones y tareas y las realizan con afán en el trabajo de cada día. Por tanto, los obispos, considerándolos sus hijos y sus amigos, dispuestos a escucharlos y a tratarlos con confianza, han de dedicarse a impulsar la pastoral conjunta de toda la diócesis" (*Decr. Christus Dominus*, 16).

El cuidado de la tierra implica también la paciente espera de los procesos. El pastor sabe esperar los procesos. Y, a la hora de la cosecha el agricultor también sopesa la calidad de los trabajadores. Esto os impone como pastores un

deber urgente -estoy hablando de la cualidad de los trabajadores- un deber urgente de acompañamiento y discernimiento, especialmente con respecto a las vocaciones a la vida consagrada y al sacerdocio, y que es fundamental para asegurar la autenticidad de estas vocaciones. Y en esto, por favor, estar atentos. No os dejéis engañar por la necesidad y por el número: "Tenemos necesidad de sacerdotes y porque tengo necesidad acojo sin discernimiento las vocaciones". No sé, creo que entre vosotros esto no sea tan común porque tenéis vocaciones y por tanto tenéis cierta libertad para ir despacio con el discernimiento. Pero en algunos países de Europa es lamentable, la falta de vocaciones empuja al obispo a tomar de aquí, de allí, de allá, sin ver la vida como era; toman personas "echadas" de otros seminarios, "echadas" de la vida religiosa, que han sido echadas porque inmorales o por otras deficiencias. Por favor, estar atentos. No hagáis entrar el lobo dentro del rebaño. La mies es abundante, y el Señor -que no quiere más que auténticos obreros- no se deja encasillar en los modos de llamar, de incitar a la respuesta generosa de la propia vida. La formación de candidatos para el sacerdocio y la vida consagrada está precisamente destinada a asegurar una maduración y purificación de las intenciones. Sobre esta cuestión, y en el espíritu de la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, me gustaría enfatizar que la llamada fundamental sin la cual las otras no tienen razón de ser, es la llamada a la santidad y que esta "santidad es la cara más bella de la Iglesia" (n. 9). Aprecio vuestros esfuerzos para asegurar la formación de auténticos y santos obreros en la abundante mies en el campo del Señor.

Además, quisiera subrayar una actitud que a mí no me gusta, porque no viene de Dios: la rigidez. Hoy es la moda, no se aquí, pero en otras partes es la moda, encontrar personas rígidas. Sacerdotes jóvenes, rígidos, que quieren salvarse con la rigidez, tal vez, no lo sé, pero toman una actitud de rigidez y a veces -perdonarme- de museo. Tienen miedo de todo, son rígidos. Estad atentos, y sabed que bajo toda rigidez hay graves problemas.

Ese esfuerzo también tiene que abarcar el amplio mundo laical; también los laicos son enviados a la mies, son convocados a tomar parte en la pesca, a arriesgar sus redes y su tiempo en "su múltiple apostolado tanto en la Iglesia como en el mundo" (Conc. Ecum. Vat. II, *Decr. Apostolicam actuositatem*, 9). Con toda su extensión, problemática y transformación, el mundo constituye el ámbito específico de apostolado donde están llamados a comprometerse con generosidad y responsabilidad, llevando el fermento del Evangelio. Por eso deseo dar la bienvenida a

todas las iniciativas que en cuanto pastores tomen para la formación de los laicos - gracias por esto- y no dejarlos solos en la misión de ser sal de la tierra y luz del mundo, para contribuir a una transformación de la sociedad y la Iglesia en Madagascar. Y por favor: no clericalizar a los laicos. Los laicos son laicos. Yo he sentido, en mi precedente diócesis, propuestas como esta: "Señor obispo, yo en la parroquia tengo un laico maravilloso: trabaja, organiza todo... ¿lo hacemos diácono?". Déjalo allí, no le arruines la vida, déjalo laico. Y, a propósito de los diáconos: los diáconos tantas veces sufren la tentación del clericalismo, se sienten presbíteros u obispos fallidos...

No. El diácono es el custodio del servicio en la Iglesia. Por favor, no tengáis los diáconos en el altar: que hagan el trabajo fuera, en el servicio. Si deben ir en misión a bautizar, que bauticen: está bien. Pero en el servicio, no hacer sacerdotes fallidos.

Queridos hermanos: Toda esta responsabilidad en el campo de Dios nos debe desafiar a tener el corazón y la mente abierta, a evitar el miedo que encierra y a vencer la tendencia a aislarnos: el diálogo fraterno entre vosotros -es importante-, así como el compartir los dones y la colaboración entre las Iglesias particulares del Océano Índico, sean un camino esperanzador. Diálogo y colaboración. La similitud de desafíos pastorales, como la protección del medio ambiente en un espíritu cristiano o el problema de la inmigración, exigen reflexiones comunes y una sinergia de acciones a gran escala para un planteamiento eficaz.

Finalmente, a través de vosotros me gustaría saludar de modo especial a los sacerdotes, religiosos y religiosas que están enfermos o muy afectados por la vejez. Dejo una pregunta para cada uno de vosotros: ¿voy a visitarles? Les ruego que les muestren no sólo mi afecto y la seguridad de mis oraciones, sino también que los cuiden con ternura, sosteniéndolos en esa hermosa misión de la intercesión.

Dos mujeres custodian esta Catedral: en la capilla de al lado descansan los restos de la beata Victoria Rasoamanarivo, que supo hacer el bien, custodiar y extender la fe en tiempos difíciles; y la imagen de la Virgen María que con sus brazos abiertos hacia el valle y las colinas, parece abrazarlo todo. A ellas le pedimos que ensanchen siempre nuestro corazón, que nos enseñen la compasión de las en-

trañas maternas que la mujer y Dios sienten ante los olvidados de la tierra y nos ayuden a sembrar paz y esperanza.

Y a vosotros, como signo de mi cordial y fiel apoyo, os doy la bendición, como hermano os bendigo y esta bendición la extiendo a vuestras diócesis.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí y hacer rezar por mí.

VIGILIA CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Campo Diocesano de Soamandrakizay, Antananarivo
Sábado, 7 de septiembre de 2019

Agradezco a Monseñor por sus palabras de bienvenida. Gracias a vosotros, queridos jóvenes que habéis venido de todos los rincones de esta hermosa isla, a pesar de los esfuerzos y dificultades que esto representa para un gran número de vosotros. Sin embargo ¡estáis aquí! Me da mucha alegría poder vivir con vosotros esta vigilia a la que el Señor Jesús nos invita. Gracias por las canciones y por los bailes tradicionales que habéis realizado con tanto entusiasmo -no se equivocaron quienes me dijeron que vosotros tenéis una alegría y entusiasmo extraordinario-.

Gracias, Rova Sitraka y Vavy Elyssa, por compartir con cada uno de nosotros vuestro camino de búsqueda entre aspiraciones y desafíos. ¡Qué bueno encontrar dos jóvenes con fe viva, en movimiento! Jesús nos deja el corazón siempre inquieto, nos pone en camino y en movimiento. El discípulo de Jesús, si quiere crecer en su amistad, no puede quedar quieto, quejándose o mirándose a sí mismo.

Debe moverse, debe actuar, comprometerse, seguro de que el Señor lo apoya y lo acompaña.

Por eso, me gusta ver a cada joven como uno que busca. ¿Os acordáis de la primera pregunta que Jesús le hace a los discípulos a la orilla del Jordán? La primera pregunta era: "¿Qué buscáis?" (Jn 1,38). El Señor sabe que somos buscadores de esa "felicidad para la cual fuimos creados" y que "el mundo no nos podrá quitar" (*Exhort. ap. Gaudete et exsultate*, 1; 177). Cada uno lo manifiesta de diversas maneras pero, en el fondo vosotros siempre estáis buscando esa felicidad que nadie nos podrá quitar.

Como nos lo compartiste tú, Rova. En tu corazón tenías una vieja inquietud de visitar a las personas encarceladas. Comenzaste a ayudar a un sacerdote en su misión y, poco a poco, te fuiste comprometiendo cada vez más hasta que se convirtió en tu misión personal. Descubriste que tu vida era una misión. Esta búsqueda de fe ayuda a hacer que el mundo en el que vivimos sea mejor, más evangélico. Y lo que hiciste por los demás, te transformó, cambió tu forma de ver y de juzgar a las personas. Te hizo más justo y más humano. Te comprometiste y descubriste cómo el Señor se comprometió contigo dándote una felicidad que el mundo no te podrá quitar (cf. *ibíd.*, 177).

Rova, en tu misión aprendiste a dejar los adjetivos y a llamar a las personas por su nombre, como el Señor lo hace con nosotros. No nos llama por nuestro pecado, por nuestros errores, equivocaciones, limitaciones, sino que lo hace por nuestro nombre; cada uno es precioso a sus ojos. El demonio, sin embargo, sabiendo también nuestros nombres prefiere llamarnos y recordarnos continuamente nuestros pecados y errores; y de esta forma nos hace sentir que hagamos lo que hagamos nada puede cambiar, que todo seguirá igual. El Señor no actúa así. El Señor siempre nos recuerda lo valiosos que somos ante sus ojos y nos confía una misión.

Rova, tú aprendiste a conocer no sólo las cualidades, sino las historias que se esconden detrás de cada rostro. Dejaste de lado la crítica fácil y rápida, que siempre paraliza, para aprender algo que a muchas personas nos puede llevar años descubrir. Te diste cuenta que, en muchas de las personas que estaban en prisión, no había maldad sino malas elecciones. Erraron el camino y lo sabían, pero ahora tenían ganas de recomenzar.

Esto nos recuerda uno de los regalos más hermosos que la amistad con Jesús nos puede ofrecer. "Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar" (*Exhort. ap. postsin. Christus vivit*, 2) y confiarte una misión. Este es el regalo que nos invita a descubrir y a celebrar hoy a todos nosotros.

Todos sabemos, incluso por experiencia personal, que se puede errar el camino y correr detrás de espejismos que nos prometen y encantan con una felicidad aparente, una felicidad rápida, fácil e inmediata, pero que al final dejan el corazón, la mirada y el alma a mitad de camino. Estad atentos a los que os prometen caminos fáciles y después os dejarán en mitad de la calle. Esas ilusiones que, cuando somos jóvenes, nos seducen con promesas que nos adormecen, nos quitan vitalidad, alegría, nos vuelven dependientes y encerrados en un aparente círculo sin salida y lleno de amargura.

Una amargura que, yo no sé si es verdad, pero os puede hacer caer en el peligro de pensar: "Es así ... nada puede cambiar y nadie puede cambiarlo". Especialmente cuando no se cuenta con lo mínimo necesario para pelear el día a día; cuando las oportunidades efectivas para estudiar no son suficientes; o para aquellos que experimentan que su futuro está atascado debido a la falta de trabajo, la precariedad, las injusticias sociales, y entonces tienen la tentación de rendirse. Estad atentos ante esta amargura. Estad atentos.

El Señor es el primero en decir: no, este no es el camino. Él está vivo y te quiere vivo a ti también compartiendo todos tus dones y carismas, tus búsquedas y competencias (cf. *ibíd.*, 1). El Señor nos llama por nuestros nombres y nos dice: ¡Sígueme! No para hacernos correr detrás de espejismos, sino para transformarnos a cada uno en discípulos-misioneros aquí y ahora. Él es el primero en desmentir todas las voces que buscan adormecernos, domesticarnos, anestesiaros o silenciaros para que no busquéis nuevos horizontes. Con Jesús siempre hay nuevos horizontes. El nos quiere transformar a todos y hacer de nuestra vida una misión. Pero nos pide una cosa, nos pide que no tengamos miedo a ensuciarnos las manos, de no tener miedo de ensuciarnos las manos.

A través de vosotros entra el futuro en Madagascar y en la Iglesia. El Señor es el primero en confiar en vosotros y os invita a que también confiéis en vosotros mismos, a confiar en vuestras habilidades y capacidades, que son muchas. Os invita

a animaros, unidos a Él para escribir la página más hermosa de vuestras vidas, a superar la apatía y a ofrecer, como Rova, una respuesta cristiana a los múltiples problemas que tenéis que enfrentar. Es el Señor quien nos invita a ser constructores del futuro (cf. *ibíd.*, 174). Vosotros seréis los constructores del futuro. Os invita a contribuir a ello como sólo vosotros podéis hacerlo con la alegría y la frescura de vuestra fe. A cada uno de vosotros -a ti, a ti, a ti, a ti...- te pregunto y te pido que tú mismo te preguntes: ¿El Señor, puede contar contigo? ¿El pueblo malgache puede contar contigo? ¿Tu patria, Madagascar, puede contar contigo?

Pero el Señor no quiere aventureros solitarios. El nos regala una misión, sí, pero no nos manda solos al frente de batalla.

Como bien ha dicho Vavy Elyssa, es imposible ser discípulo misionero solos; necesitamos de los demás para poder vivir y compartir el amor y la confianza que el Señor nos tiene. El encuentro personal con Jesús es irremplazable, pero no en solitario sino en comunidad. Es cierto que solos podemos hacer cosas grandes, sí; pero juntos podemos soñar y comprometernos con cosas inimaginables. Vavy lo ha expresado con claridad. Estamos invitados a descubrir el rostro de Jesús en el rostro de los demás: celebrando la fe en familia, creando lazos de fraternidad, participando en la vida de un grupo o movimiento y animándonos a trazar un camino común vivido en solidaridad. Así podremos aprender a descubrir y discernir los caminos que el Señor nos invita a recorrer, los horizontes que tiene para vosotros: Pero ¡nunca aislarse o "querer estar solos"! Esa es una de las peores tentaciones que podemos tener.

En comunidad, es decir, juntos, podemos aprender a presenciar los pequeños milagros cotidianos, así como los testimonios de lo hermoso que es seguir y amar a Jesús. Y esto, muchas veces de forma indirecta, como en el caso de tus padres Vavy que, a pesar de pertenecer a dos tribus diversas, cada una con sus usos y costumbres, gracias al amor recíproco que se tienen, pudieron superar todas las pruebas y diferencias, y mostrarte un hermoso camino por el que transitar. Camino que se sella cada vez que os dan los frutos de la tierra para ofrecerlos en el altar. ¡Cuanta falta hacen estos testimonios! O como tu tía o las catequistas y los sacerdotes que las han acompañado y sostenido en el proceso de fe. Todo ayudó a engendrar y animar vuestro "sí". Todos somos importantes, todos, todos somos necesarios y nadie puede decir: "no te necesito". Ninguno puede decir: "Yo no te necesito", o "no formas parte de este proyecto de amor que el Padre soñó al crearnos".

Ahora os lanzo un desafío, querría que todos juntos dijéramos: "*ninguno puede decir: 'no te necesito'*". Tres veces... [lo repiten tres veces] Lo habéis hecho muy bien.

Somos una gran familia -estoy terminando, tranquilos, porque hace frío... [ríen]-, y podemos descubrir, queridos jóvenes, que tenemos una Madre: la protectora de Madagascar, la Virgen María. Siempre me impactó la fuerza del "sí" de María joven -era joven como vosotros-. La fuerza de ese "hágase según tu palabra" que le dijo al ángel. Fue algo distinto a un "sí" como diciendo: "bueno, vamos a probar a ver qué pasa". No. María no conocía la expresión: "Vamos a ver qué pasa". Dijo "sí", sin vueltas. Fue el "sí" de quien quiere comprometerse y arriesgar, de quien quiere apostar todo, sin más seguridad que la certeza de saberse portador de una promesa. Aquella muchacha de Nazaret hoy es la Madre que vela por sus hijos que caminamos por la vida muchas veces cansados, necesitados, pero queriendo que la luz de la esperanza no se apague. Eso es lo que queremos para Madagascar, para cada uno de vosotros y de vuestros amigos: que la luz de la esperanza no se apague. Nuestra Madre mira a este pueblo de jóvenes que ella ama, que también la busca haciendo silencio en el corazón, aunque en el camino haya mucho ruido, conversaciones y distracciones; y le implora para que no se apague la esperanza (cf. *ibíd.*, 44-48).

A ella quiero confiar la vida de todos y cada uno de vosotros, de vuestras familias y amigos para que nunca os falte la luz de la esperanza y Madagascar pueda ser cada vez más la tierra que el Señor soñó. Que ella os acompañe y os proteja siempre.

Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Campo diocesano de Soamandrakizay, Antananarivo
Domingo, 8 de septiembre de 2019

El Evangelio nos dice que "mucha gente acompañaba a Jesús" (Lc 14,25). Como esas multitudes que se agrupaban a lo largo del camino de Jesús, muchos de vosotros habéis venido para acoger su mensaje y para seguirlo. Pero bien sabéis que el seguimiento de Jesús no es fácil. Vosotros no habéis descansado, y muchos habéis pasado la noche aquí. El evangelio de Lucas nos recuerda, en efecto, las exigencias de este compromiso.

Es importante evidenciar cómo estas exigencias se dan en el marco de la subida de Jesús a Jerusalén, entre la parábola del banquete donde la invitación está abierta a todos -especialmente para aquellos rechazados que viven en las calles y plazas, en el cruce de caminos-; y las tres parábolas llamadas de la misericordia, donde también se organiza fiesta cuando lo perdido es hallado, cuando quien parecía muerto es acogido, celebrado y devuelto a la vida en la posibilidad de un nuevo

comenzar. Toda renuncia cristiana tiene sentido a la luz del gozo y la fiesta del encuentro con Jesucristo.

La primera exigencia nos invita a mirar nuestros vínculos familiares. La vida nueva que el Señor nos propone resulta incómoda y se transforma en sinrazón escandalosa para aquellos que creen que el acceso al Reino de los Cielos sólo puede limitarse o reducirse a los vínculos de sangre, a la pertenencia a determinado grupo, clan o cultura particular. Cuando el "parentesco" se vuelve la clave decisiva y determinante de todo lo que es justo y bueno se termina por justificar y hasta "consagrar" ciertas prácticas que desembocan en la cultura de los privilegios y la exclusión -favoritismos, amiguismos y, por tanto, corrupción-. La exigencia del Maestro nos lleva a levantar la mirada y nos dice: cualquiera que no sea capaz de ver al otro como hermano, de conmovirse con su vida y con su situación, más allá de su proveniencia familiar, cultural, social "no puede ser mi discípulo" (Lc 14,26). Su amor y entrega es una oferta gratuita por todos y para todos.

La segunda exigencia nos muestra lo difícil que resulta el seguimiento del Señor cuando se quiere identificar el Reino de los Cielos con los propios intereses personales o con la fascinación por alguna ideología que termina por instrumentalizar el nombre de Dios o la religión para justificar actos de violencia, segregación e incluso homicidio, exilio, terrorismo y marginación. La exigencia del Maestro nos anima a no manipular el Evangelio con tristes reduccionismos sino a construir la historia en fraternidad y solidaridad, en el respeto gratuito de la tierra y de sus dones sobre cualquier forma de explotación; animándonos a vivir el "diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio" (*Documento sobre la fraternidad humana*, Abu Dhabi, 4 febrero 2019); no cediendo a la tentación de ciertas doctrinas incapaces de ver crecer juntos el trigo y la cizaña en la espera del dueño de la mies (cf. Mt 13,24-30).

Y, por último, ¡qué difícil puede resultar compartir la vida nueva que el Señor nos regala cuando continuamente somos impulsados a justificarnos a nosotros mismos, creyendo que todo proviene exclusivamente de nuestras fuerzas y de aquello que poseemos. Cuando la carrera por la acumulación se vuelve agobiante y abrumadora -como escuchamos en la primera lectura- exacerbando el egoísmo y el uso de medios inmorales! La exigencia del Maestro es una invitación a recuperar la memoria agradecida y reconocer que, más bien que una victoria personal, nuestra

vida y nuestras capacidades son fruto de un regalo (cf. *Exhort. ap. Gaudete et exsultate*, 55) tejido entre Dios y tantas manos silenciosas de personas de las cuales sólo llegaremos a conocer sus nombres en la manifestación del Reino de los Cielos.

Con estas exigencias, el Señor quiere preparar a sus discípulos a la fiesta de la irrupción del Reino de Dios liberándolos de ese obstáculo dañino, en definitiva, una de las peores esclavitudes: el vivir para sí. Es la tentación de encerrarse en pequeños mundos que termina dejando poco espacio para los demás: ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Muchos, al encerrarse, pueden sentirse "aparentemente" seguros, pero terminan por convertirse en personas resentidas, quejasas, sin vida. Esa no es la opción de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado (cf. *Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 2).

En el camino hacia Jerusalén, el Señor, con estas exigencias, nos invita a levantar la mirada, a ajustar las prioridades y sobre todo a crear espacios para que Dios sea el centro y eje de nuestra vida.

Miremos nuestro entorno, ¡cuántos hombres y mujeres, jóvenes, niños sufren y están totalmente privados de todo! Esto no pertenece al plan de Dios. Cuán urgente es esta invitación de Jesús a morir a nuestros encierros, a nuestros individualismos orgullosos para dejar que el espíritu de hermandad -que surge del costado abierto de Jesucristo, de donde nacemos como familia de Dios- triunfe, y donde cada uno pueda sentirse amado, porque es comprendido, aceptado y valorado en su dignidad. "Ante la dignidad humana pisoteada, a menudo permanecemos con los brazos cruzados o con los brazos caídos, impotentes ante la fuerza oscura del mal. Pero el cristiano no puede estar con los brazos cruzados, indiferente, ni con los brazos caídos, fatalista: ¡no! El creyente extiende su mano, como lo hace Jesús con él" (*Homilía con motivo de la Jornada Mundial de los Pobres*, 18 noviembre 2018).

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos invita a reanudar el camino y a atrevernos a dar ese salto cualitativo y adoptar esta sabiduría del desprendimiento personal como la base para la justicia y para la vida de cada uno de nosotros: porque juntos podemos darle batalla a todas esas idolatrías que llevan a poner el

centro de nuestra atención en las seguridades engañosas del poder, de la carrera y del dinero y en la búsqueda patológica de glorias humanas.

Las exigencias que indica Jesús dejan de ser pesantes cuando comenzamos a gustar la alegría de la vida nueva que él mismo nos propone: la alegría que nace de saber que Él es el primero en salir a buscarnos al cruce de caminos, también cuando estábamos perdidos como aquella oveja o ese hijo pródigo. Que este humilde realismo -es un realismo, un realismo cristiano- nos impulse a asumir grandes desafíos, y os dé las ganas de hacer de vuestro bello país un lugar donde el Evangelio se haga vida, y la vida sea para mayor gloria de Dios.

Decidámonos y hagamos nuestros los proyectos del Señor.

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Monumento de María, Reina de la Paz, Port Louis
Lunes, 9 de septiembre de 2019

Aquí, ante este altar dedicado a María, Reina de la Paz; en este monte desde el que se ve la ciudad y más allá el mar, nos encontramos para participar de esa multitud de rostros que han venido de Mauricio y de las demás islas de esta región del Océano Índico para escuchar a Jesús que anuncia las bienaventuranzas. La misma Palabra de Vida que, como hace dos mil años, tiene la misma fuerza, el mismo fuego que enciende hasta los corazones más fríos. Juntos podemos decir al Señor: creemos en ti y, con la luz de la fe y el palpitar del corazón, sabemos que es verdad la profecía de Isaías: anuncias la paz y la salvación, traes buenas noticias, reina nuestro Dios.

Las bienaventuranzas "son el carnet de identidad del cristiano. Si alguno de nosotros se plantea la pregunta: "¿Cómo se hace para ser un buen cristiano?", la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que pide Jesús en

las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas" (*Exhort. ap. Gaudete et exsultate*, 63), tal como hizo el llamado "apóstol de la unidad mauriciana", el beato Jacques-Désiré Laval, tan venerado en estas tierras. El amor a Cristo y a los pobres marcó su vida de tal manera que lo protegió de la ilusión de realizar una evangelización "lejana y aséptica". Sabía que evangelizar suponía hacerse todo para todos (cf. 1 Co 9, 19-22): aprendió el idioma de los esclavos recientemente liberados y les anunció de manera simple la Buena Nueva de la salvación. Supo convocar a los fieles y los formó para emprender la misión y crear pequeñas comunidades cristianas en barrios, ciudades y aldeas vecinas, muchas de estas pequeñas comunidades han sido el inicio de las actuales parroquias. Fue solícito en brindar confianza a los más pobres y descartados para que fuesen ellos los primeros en organizarse y encontrar respuestas a sus sufrimientos.

A través de su impulso misionero y su amor, el padre Laval dio a la Iglesia mauriciana una nueva juventud, un nuevo aliento, que hoy estamos invitados a continuar en el contexto actual.

Y este impulso misionero hay que cuidarlo porque puede darse que, como Iglesia de Cristo, caigamos en la tentación de perder el entusiasmo evangelizador refugiándonos en seguridades mundanas que, poco a poco, no sólo condicionan la misión, sino que la vuelven pesada e incapaz de convocar (cf. *Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 26). El impulso misionero tiene rostro joven y rejuvenecedor. Son precisamente los jóvenes quienes, con su vitalidad y entrega, pueden aportarle la belleza y frescura propia de la juventud cuando desafían a la comunidad cristiana a renovarnos y nos invitan a partir hacia nuevos horizontes (cf. *Exhort. ap. Christus vivit*, 37).

Pero esto no siempre es fácil, porque exige que aprendamos a reconocerles y otorgarles un lugar en el seno de nuestra comunidad y de nuestra sociedad.

Pero qué duro es constatar que, a pesar del crecimiento económico que tuvo nuestro país en las últimas décadas, son los jóvenes los que más sufren, ellos son quienes más padecen la desocupación que provoca no sólo un futuro incierto, sino que además les quita la posibilidad de sentirse actores privilegiados de la propia historia común. Un futuro incierto que los empuja fuera del camino y los obliga a escribir su vida muchas veces al margen, dejándolos vulnerables y casi sin puntos

de referencia ante las nuevas formas de esclavitud de este siglo XXI. ¡Ellos, nuestros jóvenes, son la primera misión! A ellos debemos invitar a encontrar su felicidad en Jesús; pero no de forma aséptica o lejana, sino aprendiendo a darles un lugar, conociendo "su lenguaje", escuchando sus historias, viviendo a su lado, haciéndoles sentir que son bienaventurados de Dios. ¡No nos dejemos robar el rostro joven de la Iglesia y de la sociedad; no dejemos que sean los mercaderes de la muerte quienes roben las primicias de esta tierra!

A nuestros jóvenes y a cuantos como ellos sienten que no tienen voz porque están sumergidos en la precariedad, el padre Laval los invitaría a dejar resonar el anuncio de Isaías: "¡Prorrumpen en gritos de alegría, ruinas de Jerusalén, porque el Señor consuela a su Pueblo, él redime a Jerusalén!" (52,9). Aun cuando lo que nos rodee pueda parecer que no tiene solución, la esperanza en Jesús nos pide recuperar la certeza del triunfo de Dios no sólo más allá de la historia, sino también en la trama oculta de las pequeñas historias que se van entrelazando y que nos tienen como protagonistas de la victoria de Aquel que nos ha regalado el Reino.

Para vivir el Evangelio, no se puede esperar que todo a nuestro alrededor sea favorable, porque muchas veces las ambiciones del poder y los intereses mundanos juegan en contra nuestra. *San Juan Pablo II* decía que "está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y consumo, hace más difícil la realización de esta donación [de sí] y la formación de esa solidaridad interhumana" (*Enc. Centesimus annus*, 41c). En una sociedad así, se vuelve difícil vivir las bienaventuranzas; puede llegar incluso a ser algo mal visto, sospechado, ridiculizado (cf. *Exhort. ap. Gaudete et exsultate*, 91). Es cierto, pero no podemos dejar que nos gane el desaliento.

Al pie de este monte, que hoy quisiera que fuera el monte de las Bienaventuranzas, también nosotros tenemos que recuperar esta invitación a ser felices. Sólo los cristianos alegres despiertan el deseo de seguir ese camino; "la palabra "feliz" o "bienaventurado" pasa a ser sinónimo de "santo", porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha" (*ibíd.*, 64).

Cuando escuchamos el amenazante pronóstico "cada vez somos menos", en primer lugar, deberíamos preocuparnos no por la disminución de tal o cual modo de consagración en la Iglesia, sino por las carencias de hombres y mujeres que

quieren vivir la felicidad haciendo caminos de santidad, hombres y mujeres que dejen arder su corazón con el anuncio más hermoso y liberador. "Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, sin la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, viven sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida" (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 49).

Cuando un joven ve un proyecto de vida cristiana realizado con alegría, eso lo entusiasma y alienta, y siente ese deseo que puede expresar así: "Yo quiero subir a ese monte de las bienaventuranzas, yo quiero encontrarme con la mirada de Jesús y que Él me diga cuál es mi camino de felicidad".

Pidamos, queridos hermanos y hermanas, por nuestras comunidades, para que, dando testimonio de la alegría de la vida cristiana, vean florecer la vocación a la santidad en las múltiples formas de vida que el Espíritu nos propone. Implorémoslo para esta diócesis, como también para aquellas otras que hoy han hecho el esfuerzo de venir aquí. El padre Laval, el beato cuyas reliquias veneramos, vivió también momentos de decepción y dificultad con la comunidad cristiana, pero finalmente el Señor venció en su corazón. Tuvo confianza en la fuerza del Señor. Dejemos que toque el corazón de muchos hombres y mujeres de esta tierra, dejemos que toque también nuestro corazón para que su novedad renueve nuestra vida y la de nuestra comunidad (cf. *ibíd.*, 11). Y no nos olvidemos que quien convoca con fuerza, quien construye la Iglesia, es el Espíritu Santo, con su fuerza. Él es el protagonista de la misión, Él es el protagonista de la Iglesia.

La imagen de María, la Madre que nos protege y acompaña, nos recuerda que fue llamada la "bienaventurada". A ella que vivió el dolor como una espada que le atraviesa el corazón, a ella que cruzó el peor umbral del dolor que es ver morir a su hijo, pidámosle el don de la apertura al Espíritu Santo, de la alegría perseverante, esa que no se amilana, ni se repliega, la que siempre vuelve a experimentar y afirmar: "El Todopoderoso hace grandes obras, su nombre es santo".

Agradecimiento

Antes de concluir esta celebración, deseo dirigir a todos vosotros un cordial saludo y mi más sincero agradecimiento. Gracias ante todo al cardenal Piat, por sus

palabras y por todo el trabajo de preparación para esta visita; gracias a Mons. Aubry, al coordinador, al traductor y a todos los demás colaboradores, y a todo el pueblo de Dios de esta Iglesia.

Expreso mi profunda gratitud al Presidente de la República, al Primer Ministro y a las demás Autoridades del País, con quienes me reuniré esta tarde, por la cálida acogida y por el generoso esfuerzo realizado.

Y mi agradecimiento se extiende cariñosamente a los sacerdotes, a los diáconos, a los consagrados, y a los numerosos voluntarios. Saludo a los encarcelados que han seguido el proyecto "Alpha" en la prisión y que me han escrito; los saludo y les doy mi bendición.

Al terminar, un saludo lleno de gratitud a todo el pueblo de Dios que está aquí presente, de modo particular a los fieles de Seychelles, Reunión, Comoras, Chagos, Agalega, Rodrigues y Mauricio. Os aseguro mi oración y mi cercanía. Que el Señor siga dando a todos sabiduría y valentía para cumplir las legítimas aspiraciones. Y, por favor, seguid rezando por mí. Gracias a todos.

CONFERENCIA DE PRENSA DEL SANTO PADRE DURANTE EL VUELO DE VUELTA

Martes, 10 de septiembre de 2019

MATTEO BRUNI

¡Buenos días! Buenos días Santo Padre. En estos días hemos podido conocer a los pueblos de estas tierras africanas y del Océano Índico. Son pueblos con tantos jóvenes, con muchos niños, personas llenas de entusiasmo y esperanza, porque son jóvenes. También pudimos ver tantas heridas que usted tocó con su mano y en sus discursos, y con los periodistas hemos visto tantas señales de resurrección, reconciliación y paz. Los periodistas, sus compañeros de viaje, han seguido intensamente los acontecimientos de estos días y han llevado al mundo las historias, los rostros y también los temas que han conocido, contribuyendo a poner a Mozambique, África, Madagascar y Mauricio en el centro del interés internacional. Agradezco a los periodistas el trabajo que han realizado con pasión y trabajo duro, y les daría la palabra para que le dirijan las preguntas que deseen, en primer lugar a los periodistas que vienen de los países donde hemos estado.

PAPA FRANCISCO

Ante de nada, deseo agradecer la compañía, gracias.

MATTEO BRUNI

El primer periodista que pregunta es Julio Mateus Manjate, de Noticias, de Mozambique.

JULIO MATEUS MANJATE (*Noticias, Mozambique*).

Gracias, Santo Padre. En primer lugar, agradezco esta oportunidad de hablar en nombre de los compañeros de la prensa de Mozambique, que acompañan al Santo Padre. Durante su visita a Mozambique, se reunió con el Presidente de la República y los Presidentes de los dos partidos presentes en el Parlamento. Me gustaría saber qué espera del proceso de paz después de estas conversaciones y qué mensaje le gustaría dejar a Mozambique. Y dos breves comentarios, uno sobre el tema de la xenofobia, que está aconteciendo en África, y también sobre el tema de la juventud, el impacto de las redes sociales en la educación de los jóvenes.

PAPA FRANCISCO

El primer punto, sobre el proceso de paz. Hoy, Mozambique se identifica con un largo proceso de paz que ha tenido sus altibajos, pero que al final ha llegado a ese abrazo histórico. Espero que esto continúe y rezo por ello. Pido a todos que hagan un esfuerzo para garantizar que este proceso de paz continúe. Porque todo se pierde con la guerra, todo se gana con la paz, dijo un Papa antes que yo. Este lema es claro, no debe olvidarse. Es un largo proceso de paz porque tuvo una primera fase, después decayó, luego otra fase... Y el esfuerzo de los líderes de los partidos opositores, por no decir de los enemigos, por ir a encontrarse también fue un esfuerzo peligroso, algunos arriesgaban sus vidas... Pero al final hemos llegado. Quiero dar las gracias a todas las personas que han ayudado en este proceso de paz. Desde sus comienzos, en un café en Roma, donde hubo personas que conversaron -había un sacerdote de la Comunidad de San Egidio, que será nombrado cardenal el próximo 5 de octubre-. Todo comenzó allí. Y luego, con la ayuda de

muchas personas, entre ellas la Comunidad de San Egidio, han llegado a este resultado. No debemos ser triunfalistas en estas cosas. El triunfo es la paz. No tenemos derecho a ser triunfalistas, porque la paz sigue siendo frágil en tu país, como lo es en el mundo, y debe ser tratada como se trata a los recién nacidos, como a los bebés, con mucha, mucha ternura, con mucha delicadeza, con mucho perdón, con mucha paciencia, para hacerla crecer y que se fortalezca. Pero es el triunfo del país: la paz es la victoria del país, debemos reconocerlo.

Y esto se aplica a todos los países, a todos los países que son destruidos por la guerra. Las guerras destruyen, te hacen perder todo. Voy a detenerme un poco en este tema de la paz porque me llega al corazón. Cuando se celebró, hace unos meses, el desembarco en Normandía, sí, es cierto, hubo jefes de gobierno para recordar cuál fue el comienzo del fin de una guerra cruel, y también de una dictadura inhumana y cruel como el nazismo y el fascismo. Pero en esa playa perecieron 46.000 soldados. ¡El precio de la guerra! Confieso que *cuando fui a Redipuglia para el centenario de la Primera Guerra Mundial* a ver ese memorial, lloré. ¡Por favor, no más guerra! Cuando fui a Anzio a *celebrar el día de los difuntos*, en mi corazón me sentí así. Pero tenemos que trabajar para crear esta conciencia, que las guerras no resuelven nada, al contrario, hacen enriquecerse a la gente que no quiere el bien de la humanidad. Disculpenme por este apéndice, pero tenía que decirlo, frente a un proceso de paz por el cual rezo, y haré todo lo que pueda para que siga adelante y espero que se fortalezca.

El problema de la juventud. África es un continente joven, tiene una vida joven. Si lo comparamos con Europa, repetiré *lo que dije en Estrasburgo*: la madre Europa casi se ha convertido en la "abuela Europa", ha envejecido, estamos viviendo un invierno demográfico muy grave en Europa. Leí que -no sé en qué país, pero es una estadística oficial del gobierno de ese país- en el año 2050, en ese país habrá más pensionistas que personas que trabajan. Esto es trágico. ¿Cuál es el origen de este envejecimiento de Europa? Creo -es una opinión personal- que el bienestar está en la raíz. Aferrarse al bienestar: "Sí, pero estamos bien, no tengo hijos porque tengo que comprar la casa, hacer turismo, esto y lo otro. Estoy bien así, un niño es un riesgo, nunca se sabe". Bienestar y tranquilidad, pero un bienestar que te lleva a envejecer. En cambio, África está llena de vida. He hallado en África un gesto que encontré en *Filipinas* y en Cartagena, *en Colombia*. La gente iba con niños en alto, te los mostraban: "Este es mi tesoro, esta es mi victoria". Es el orgullo; es el tesoro de los pobres, el hijo. Pero es el tesoro de una patria, de un país. Vi el

mismo gesto *en Europa del Este, en Iasi, especialmente en aquella abuela que mostraba al niño: "Este es mi triunfo"*. Tenéis el reto de educar a estos jóvenes y de hacer leyes para ellos. La educación en este momento es una prioridad en vuestro país. Es prioritario hacerlo crecer con leyes sobre educación. El Primer Ministro de Mauricio me habló de ello y me dijo que tenía en mente el reto de extender el sistema de educación gratuita para todos. La gratuidad del sistema educativo: es importante, porque hay centros de educación de alto nivel, pero de pago. Hay centros educativos en todos los países, pero hay que multiplicarlos para que la educación llegue a todos. Las leyes de educación. La salud y la educación son elementos clave en estos países en este momento.

El tercer punto, la xenofobia. He leído en los periódicos sobre este problema de xenofobia, pero no es sólo un problema de África. Es un problema, es una enfermedad humana, como el sarampión. Es una enfermedad que viene, entra en un país, entra en un continente. Y construimos muros; y los muros aíslan a los que los construyen. Sí, dejan fuera a mucha gente, pero los que permanecen dentro de las murallas se quedarán solos y, al final de la historia, serán derrotados por poderosas invasiones. La xenofobia es una enfermedad, una enfermedad que se justifica a sí misma: la pureza de la raza, por ejemplo, por mencionar una xenofobia del siglo pasado. Y la xenofobia a veces se apoya en los llamados populismos políticos. Dije la semana pasada, o la anterior, que a veces oigo discursos que se parecen a los de Hitler en 1934. Se puede ver que se repite en Europa, pero en África también hay otro problema cultural por resolver. Recuerdo haber hablado de ello *en Kenia*: el tribalismo. Allí es necesario un trabajo de educación, de acercamiento entre las diferentes tribus para hacer una nación. Hace poco tiempo conmemoramos el 25º aniversario de la tragedia de Ruanda: una consecuencia del tribalismo. *Recuerdo en Kenia, en el estadio*, cuando pedí a todos que se pusieran de pie y se dieran la mano y dijeran "¡No al tribalismo, no al tribalismo!". Tenemos que decir que no. Esto es también un muro, y también una xenofobia, una xenofobia interna, pero también es xenofobia. Debemos luchar contra esto: tanto la xenofobia de un país con otro, como la xenofobia interna que, en el caso de algunos lugares de África, junto con el tribalismo, nos lleva a tragedias como la de Ruanda, por ejemplo.

MATTEO BRUNI

La segunda pregunta la hace la Dra. Ratovoarivelo, de Madagascar

MARIE FRÉDELIN RATOVOARIVELO (Radio Don Bosco, Madagascar)

Santidad, usted habló del futuro de los jóvenes, durante su Visita apostólica. Considero que la fundación de una familia es muy importante para el futuro. Actualmente en Madagascar muchos jóvenes viven en situaciones familiares muy complejas a causa de la pobreza ¿Cómo puede la Iglesia acompañar a los jóvenes, que piensan que sus enseñanzas están anticuadas en relación con la crisis familiar y la revolución sexual de hoy día? Gracias, Santo Padre.

PAPA FRANCISCO

La familia es sin duda un elemento clave en este sentido, en la educación de los hijos. Es conmovedor la forma en que los jóvenes se expresan, en Madagascar la hemos visto, y también en Mauricio, y en Mozambique *en el encuentro interreligioso de jóvenes por la paz*. Dar valores a los jóvenes, hacerlos crecer. En Madagascar, el problema de la familia está ligado al problema de la pobreza, a la falta de trabajo y a veces también a la explotación del trabajo por parte de muchas empresas. Por ejemplo, en la cantera de granito [en Antananarivo], los que trabajan ganan un dólar y medio al día. Y las leyes laborales, las leyes que protegen a la familia, esto es fundamental. Y también los valores familiares, los hay, los hay, pero a veces son destruidos por la pobreza, no los valores, sino la capacidad de transmitirlos y de continuar la educación de los jóvenes, de hacerlos crecer. *En Madagascar vimos la obra de Akamasoa*: trabajar con niños, para que los niños puedan vivir en una familia, que no es la natural, es cierto, pero es la única posibilidad.

Ayer en Mauricio, después de la misa, encontré a Monseñor Rueda con un policía alto y grande, que tenía una niña en brazos, de unos dos años. Se perdió y lloraba porque no podía encontrar a sus padres. La policía anunció que vendrían, y mientras tanto la acariciaron. Y allí vi el drama de muchos niños y jóvenes que pierden sus lazos familiares, aunque vivan en la familia, pero en un momento los pierden. En este caso sólo por un accidente. Y también el papel del Estado para apoyarlos y hacerlos crecer. El Estado debe cuidar de la familia, de los jóvenes: es un deber del Estado, el deber de hacerlos crecer. Entonces, repito, para una familia tener un hijo es un tesoro. Y tenéis esta conciencia, tenéis la conciencia del tesoro. Pero ahora es necesario que toda la sociedad tenga conciencia de hacer crecer este

tesoro, de hacer crecer el país, de hacer crecer la patria, de hacer crecer los valores que darán soberanía a la patria. No sé si contesté más o menos. Una cosa que me llamó la atención de los niños de los tres países fue que saludaban. También había niños pequeños que saludaban: participaban en la alegría. En cuanto a la alegría, me gustaría hablar más tarde. Gracias.

MATTEO BRUNI

Santo Padre: La tercera pregunta la realiza el Sr. Mootoosamy, de Mauricio.

JEAN-LUC MOOTOOSAMY (Radio One, Mauricio)

El Primer Ministro de Mauricio le agradeció su preocupación por el sufrimiento de nuestros compatriotas que fueron obligados por el Reino Unido a abandonar su propio archipiélago después de una separación ilícita de esta parte de nuestro territorio antes de la independencia. Hoy en la isla Diego García hay una base militar americana. Santo Padre, los chagosianos que están en exilio forzoso durante 50 años quieren regresar a su patria, y las respectivas administraciones de los Estados Unidos y del Reino Unido no permiten que esto ocurra, a pesar de que el pasado mes de mayo hubo una resolución de las Naciones Unidas al respecto. ¿Cómo puede usted apoyar la voluntad de los chagosianos y ayudar a la gente de Chagos a regresar a casa?

PAPA FRANCISCO

Quisiera reiterar la Doctrina de la Iglesia al respecto. Las organizaciones internacionales, cuando las reconocemos y les damos la capacidad de juzgar a nivel internacional -pensemos en el Tribunal Internacional de La Haya o en las Naciones Unidas-, cuando se pronuncian, si somos una única humanidad, debemos obedecer. Es cierto que las cosas que parecen justas para toda la humanidad no siempre serán justas para nuestros bolsillos, pero debemos obedecer a las instituciones internacionales. Por eso se crearon las Naciones Unidas, se crearon los tribunales internacionales, porque cuando hay algún conflicto interno o entre países vamos allí para resolverlo como hermanos, como países civilizados.

Después hay otro fenómeno que, no sé, lo digo claramente, no sé si tiene relación con este caso. Ahora dejaré el caso particular a un lado. He dicho que me parece correcto hacer referencia a las organizaciones internacionales. Pero hay un fenómeno. Cuando se produce la liberación de un pueblo y el Estado dominante ve que debe marcharse -en África ha habido muchas liberaciones de Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Italia...-, algunas han madurado bien, pero en todo ello siempre existe la tentación de marcharse "con algo en el bolsillo". Sí, concedo la liberación a este pueblo, pero me llevo algunas "migajas" conmigo. Por ejemplo, doy la liberación al país, pero "del suelo hacia arriba": el subsuelo sigue siendo mío. Es un ejemplo, no sé si cierto, pero por poner un ejemplo. Siempre existe esta tentación. Creo que las organizaciones internacionales también deben implementar un proceso de acompañamiento, reconociendo a las potencias dominantes lo que han hecho por ese país y reconociendo la buena voluntad de marcharse y ayudándoles a marcharse totalmente, con libertad, con hermandad. Es una lenta labor cultural de la humanidad y en esto las instituciones internacionales nos ayudan mucho, siempre, y debemos seguir adelante fortaleciendo las instituciones internacionales: que las Naciones Unidas recuperen ese espíritu...; la Unión Europea, que sea más fuerte, no en el sentido de la dominación, sino en el sentido de la justicia, la fraternidad, la unidad para todos. Creo que esta es una de las cuestiones importantes.

Pero hay algo más que me gustaría decir aprovechando su intervención. Hoy en día no hay colonizaciones geográficas -al menos no tantas- pero hay colonizaciones ideológicas, que quieren entrar en la cultura de los pueblos y cambiar esa cultura y homogeneizar a la humanidad. Es la imagen de la globalización como esfera: todos iguales, cada punto equidistante del centro. En cambio, la verdadera globalización no es una esfera, es un poliedro en el que cada pueblo, cada nación preserva su propia identidad, pero se une a toda la humanidad. En su lugar, la colonización ideológica trata de borrar la identidad de los demás para hacerlos iguales; y presentan propuestas ideológicas que van en contra de la naturaleza de ese pueblo, en contra de la historia de ese pueblo, en contra de los valores de ese pueblo. Debemos respetar la identidad de las personas. Esta es una premisa que siempre hay que defender. La identidad de los pueblos debe ser respetada, y así eliminamos toda colonización. Gracias.

Sí, antes de dar la palabra a EFE -que es la privilegiada de este viaje: ¡es "anciana", tiene 80 años!- Me gustaría decir algo más sobre el viaje, algo que me

llamó mucho la atención. En su país [Mauricio] me impresionó tanto la capacidad de unidad interreligiosa, el diálogo interreligioso. La diferencia entre las religiones no se borra, sino que se subraya que todos somos hermanos, que todos tenemos que hablar. Y esto es una señal de la madurez de su país. Al hablar ayer con el Primer Ministro, me sorprendió la forma en que han desarrollado esta realidad y la viven como una necesidad de coexistencia. También hay una comisión intercultural que se reúne. Lo primero que encontré ayer cuando entré al obispado -una anécdota- fue un hermoso ramo de flores. ¿Quién lo envió? El Gran Imán. Sí, hermanos: la fraternidad humana está en la base y respeta todas las creencias. El respeto religioso es importante, por eso les digo a los misioneros: "No hagan proselitismo". El proselitismo se aplica a la política, al mundo del deporte -mi equipo, el tuyo-esto es válido para esos ámbitos, pero no para la fe. "Pero, ¿qué significa para ti, Papa, evangelizar?" Hay una frase de san Francisco que me ha iluminado mucho. Francisco de Asís dijo a sus frailes: "Llevad el Evangelio, si es necesario con palabras". Es decir, evangelizar es lo que leemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles: el testimonio. Y ese testimonio provocó la pregunta: "Pero, ¿por qué vives así, por qué haces esto?" Y luego les explicaba: "Por el Evangelio". El anuncio viene después del testimonio. Primero vives como cristiano y, si te preguntan, haces el anuncio. El testimonio es el primer paso, y el protagonista de la evangelización no es el misionero, sino el Espíritu Santo, que lleva a los cristianos y a los misioneros a dar testimonio. Entonces vendrán las preguntas o no vendrán, pero el testimonio de vida, este es el primer paso. Es importante evitar el proselitismo. Cuando ves propuestas religiosas que van por el camino del proselitismo, no son cristianas. Buscan prosélitos, no adoradores de Dios en realidad, a partir del testimonio. Aprovecho esta oportunidad para decir esto debido a su experiencia interreligiosa que es tan hermosa. Y el Primer Ministro también me dijo que cuando uno pide ayuda, se le da lo mismo a todos y nadie se ofende, porque se sienten como hermanos. Y esto hace la unidad del país. Es muy, muy importante.

En las reuniones no sólo había católicos, había cristianos de otras confesiones y había musulmanes, hindúes, pero todos eran hermanos. Lo vi también bastante en Madagascar y también [en Mozambique] *en el encuentro interreligioso de jóvenes por la paz*, donde jóvenes de diferentes religiones quisieron expresar cómo viven el deseo de paz. Paz, fraternidad, convivencia interreligiosa, no proselitismo. Estas son cosas que debemos aprender a vivir juntos. Esto es algo que tenía que decir.

Luego, otra cosa que me llamó la atención -y me refiero a esta reunión en tu país y luego en los tres países, pero me quedo con uno, Madagascar, porque de ahí partimos-: el pueblo. En las calles estaba el pueblo, el pueblo convocado por sí mismo. *En la misa en el estadio* bajo la lluvia estaba el pueblo, y bailaban bajo la lluvia, estaban felices, felices, entonces me quedaré con esto. Y también *en la vigilia nocturna [de los jóvenes de Madagascar]* y *en la misa* -que dicen que ha superado el millón de asistentes, no sé, las estadísticas oficiales lo dicen, yo rebajo un poco, digamos 800.000-, pero la cifra no interesa, interesa la gente, el pueblo que ha caminado desde la tarde anterior, han estado en la vigilia, han dormido allí. Pensé *en Río de Janeiro en 2013*, cuando dormían en la playa. Era la gente la que quería estar con el Papa. Me sentí humilde y muy pequeño ante esta grandeza de la "soberanía" popular. ¿Y cuál es la evidencia de que un grupo de personas es pueblo? La alegría. Había gente pobre, gente que no había comido esa tarde para estar allí, pero estaban alegres. En cambio, cuando la gente o los grupos se alejan de ese sentido popular de alegría, pierden su alegría. Es uno de los primeros signos, la tristeza de la gente solitaria, la tristeza de aquellos que han olvidado sus raíces culturales. Ser consciente de ser un pueblo es ser consciente de tener una identidad, de tener una forma de entender la realidad, y eso une a las personas. Pero la señal de que estás en el pueblo y no en una élite, es la alegría, la alegría común. Quería subrayar esto. Y es por eso que los niños saludaban de esta manera, porque los padres contagiaban la alegría.

Gracias. Eso es lo que quería decir sobre el viaje, y si luego se me ocurre algo más, lo diré. ¡Ahora, la "privilegiada"!

CRISTINA CABREJAS GILES [de la agencia española EFE, que celebra ochenta años de su fundación]

Gracias, Santo Padre, por la oportunidad. Tengo dos preguntas. Una privilegiada y una sobre el tema del viaje. Si quiere le hago la privilegiada, vamos a la cuestión, pido perdón a los colegas, quisiera pedir si me puede responder en español, después traduzco yo, no hay problema. En primer lugar, damos por sentado que uno de sus planes para el futuro es venir a España, a ver si es posible, ¡esperemos! Y la pregunta que quiero hacerle: para estos ochenta años de EFE hemos preguntado a varias personalidades, líderes mundiales, sobre la información y el periodismo, y quiero preguntarle: ¿cómo cree usted que será la información del futuro?

PAPA FRANCISCO

¡Necesitaría una bola de cristal para responderle! Iré a España, si vivo, pero la prioridad de los viajes en Europa es para los países pequeños, luego para los más grandes.

No sé cómo será la comunicación del futuro. Pienso en cómo la comunicación era, por ejemplo, cuando yo era niño, todavía sin televisión, con la radio, con el periódico, incluso con el periódico clandestino que era perseguido por el gobierno de turno, vendido por la noche con voluntarios; y también la comunicación oral. Si lo comparamos con esto, era una información precaria, y la información de hoy quizás sea precaria en comparación con la del futuro. Pero lo que es una constante de la comunicación es la capacidad de transmitir un hecho, y de distinguirlo de un relato. Una de las cosas que daña la comunicación, del pasado, del presente y del futuro, es lo que se relata. Hay un estudio muy bueno, publicado hace tres años, por Simone Paganini, estudioso de la Universidad de Aquisgrán (Alemania) y que habla del movimiento de la comunicación entre el escritor, el escrito y el lector. La comunicación siempre corre el riesgo de pasar del hecho al relato y esto arruina la comunicación. Es importante que el hecho se mantenga y que siempre nos acerquemos al hecho. Incluso lo veo en la Curia: hay un hecho y luego cada uno lo decora con lo suyo, sin mala intención, esa es la dinámica. Así que la ascesis del comunicador debe ser siempre volver al hecho, reportar el hecho, y luego decir: "esta es mi interpretación, me han dicho esto", distinguiendo el hecho del relato. Hace algún tiempo me contaron la historia de Caperucita Roja, pero desde el relato, ¡y terminaba con Caperucita Roja y la abuela que metían al lobo en la olla y se lo comían! El relato cambió las cosas. Cualquiera que sea el medio de comunicación, la garantía es la fidelidad. ¿Se puede usar "se dice que"? Sí, se puede utilizar en la comunicación, pero siempre en busca de la objetividad de "se dice que". Es uno de los valores que hay que perseguir en la comunicación.

En segundo lugar, la comunicación debe ser humana, y por humana quiero decir constructiva, es decir, debe hacer crecer al otro. La comunicación no puede ser utilizada como un instrumento de guerra, porque es antihumana, destruye. Hace poco le pasé al Padre Rueda un artículo que encontré en una revista, titulado: "Las gotas de arsénico de la lengua". La comunicación debe estar al servicio

de la construcción, no de la destrucción. ¿Y cuándo está la comunicación al servicio de la destrucción? Cuando defiende proyectos no humanos. Piensen en la propaganda de las dictaduras del siglo pasado, fueron dictaduras que supieron comunicarse bien, pero que fomentaron la guerra, las divisiones y la destrucción. No sé qué decir técnicamente porque no soy bueno en eso. Quería hacer hincapié en los valores a los que la comunicación, por cualquier medio, debe ser siempre coherente.

CRISTINA CABREJAS GILES (segunda pregunta)

Volvamos al viaje. Uno de los temas de este viaje fue la protección del medio ambiente. Habló de ello en todos sus discursos, Habló de la protección de los árboles, de los incendios, de la deforestación... Ahora mismo está sucediendo en la Amazonía. ¿Cree usted que los gobiernos de estas zonas están haciendo todo lo posible para proteger este pulmón del mundo?

PAPA FRANCISCO

Vuelvo con África. Eso lo he comentado en otro viaje. Hay un lema en el inconsciente colectivo: hay que explotar a África. Es algo inconsciente. Nunca pensamos: Europa debe ser explotada, no. África debe ser explotada. Y debemos liberar a la humanidad de este inconsciente colectivo. El punto más fuerte de la explotación, no sólo en África sino en el mundo, es el medio ambiente, la deforestación, la destrucción de la biodiversidad. Hace un par de meses *recibí a los capellanes de la marina* y entre el público había siete jóvenes pescadores que estaban pescando con un barco que no era más largo que este avión. Estaban pescando con medios mecánicos como los que usamos ahora, un poco aventureros. Me dijeron esto: desde hace unos meses hasta hoy hemos recogido seis toneladas de plástico -en el Vaticano hemos prohibido el plástico, estamos haciendo este trabajo-. ¡Seis toneladas de plástico! Esta es una realidad, sólo de los mares. La intención del Papa para la oración de este mes es precisamente la protección de los océanos, que también nos dan el oxígeno que respiramos. Luego están los grandes "pulmones" de la humanidad, uno en África central, el otro en Brasil, toda la zona panamazónica; y luego hay otro, no recuerdo dónde. También hay pulmones pequeños del mismo tipo. Defender la ecología, la biodiversidad, que es nuestra vida, defender el oxígeno. Me da esperanza que la

mayor lucha por la biodiversidad, por la defensa del medio ambiente, sea llevada a cabo por los jóvenes. Tienen una gran conciencia, porque dicen: el futuro es nuestro; ustedes, con el suyo, hagan lo que quieran, pero no con el nuestro. Están empezando a pensar un poco así. Creo que el hecho de haber alcanzado el Acuerdo de París fue un buen paso adelante. Luego el último en Marrakech. Son encuentros que nos ayudan a tomar conciencia. Pero el año pasado, en verano, cuando vi esa foto del barco que navegaba en el Polo Norte como si nada hubiera pasado, sentí angustia. Y hace poco tiempo, hace unos meses, todos vimos la fotografía del acto funerario que hicieron, creo que en Groenlandia, en ese glaciar que ya no existía, hicieron un acto funerario simbólico para llamar la atención. Esto está sucediendo rápidamente, debemos tomar conciencia, empezando por las pequeñas cosas. Pero su pregunta era: ¿hacen los gobernantes todo lo posible? Algunos más, otros menos. Y aquí una palabra que tengo que decir, que es la base de la explotación ambiental. Me quedé conmovido con el artículo del "Messaggero" del 4 de septiembre, el día de nuestra partida, donde Franca Giansoldati no escatimó en palabras, habló de maniobras destructivas, de rapacidad. Pero esto no sólo en África, sino también en nuestras ciudades, en nuestras civilizaciones. La palabra fea, fea es "corrupción". Tengo que llevar a cabo este negocio, pero para ello tengo que deforestar, y necesito el permiso del gobierno, del gobierno provincial, del gobierno nacional, no lo sé, y me dirijo al responsable y la pregunta - repito literalmente lo que me dijo un empresario español- la pregunta que oímos cuando queremos que aprueben un proyecto es: "¿Cuánto para mí?", descaradamente. Esto ocurre en África, en América Latina y también en Europa. En todas partes, cuando se toma la responsabilidad sociopolítica como un beneficio personal, se explotan los valores, se explota la naturaleza, se explota a las personas. Pensamos: "África debe ser explotada". Pero pensemos en tantos trabajadores que son explotados en nuestras sociedades: la explotación de los trabajadores no la han inventado los africanos, la tenemos en Europa. Que a la asistente le paguen un tercio de lo que se le debe no lo han inventado los africanos; que se engañe a las mujeres y las exploten para hacer prostitución en nuestras ciudades no lo han inventado los africanos. También nosotros tenemos esta explotación, no sólo ambiental, sino también humana. Y esto se debe a la corrupción. Cuando la corrupción entra en el corazón, preparémonos, porque sucede de todo.

MATTEO BRUNI

La próxima pregunta es de Jason Horowitz, del *New York Times*.

JASON DREW HOROWITZ (*The New York Times*, Estados Unidos)

Buenos días, Santo Padre. En el vuelo a Maputo usted reconoció ataques de un sector de la Iglesia americana. Hay fuertes críticas por parte de algunos obispos y cardenales, hay canales católicos y sitios de internet americanos muy críticos, y algunos de sus aliados más cercanos han hablado incluso de un complot contra usted en la curia italiana. ¿Hay algo que estos críticos no entiendan de su pontificado? ¿Hay algo que haya aprendido de las críticas en los Estados Unidos? Otra cosa, ¿le teme a un cisma en la Iglesia Americana? Y si es así, ¿hay algo que usted pueda hacer -un diálogo- para ayudar, para evitarlo?

PAPA FRANCISCO

En primer lugar, la crítica siempre ayuda, siempre. Cuando se recibe una crítica, hay que hacer inmediatamente una autocrítica y decir: ¿es verdad o no? ¿Hasta qué punto? Siempre aprovecho las críticas, siempre. A veces te hacen enojar, pero las ventajas están ahí. *En el camino a Maputo* llegó... -¿Fuiste tú quien me dio el libro?- Algunos de ustedes me dieron ese libro en francés: "La Iglesia americana ataca al Papa", no, "El Papa bajo el ataque de los americanos" [alguien dice: "Cómo los americanos quieren cambiar al Papa"]. Ese es el libro. Me diste una copia. Sabía lo de ese libro, pero no lo había leído. Las críticas no son sólo de los americanos, sino de todas partes, incluso de la Curia. Al menos los que te lo dicen tienen la ventaja de la honestidad para decírtelo. Me gusta eso. No me gusta cuando las críticas están debajo de la mesa y te sonríen, te muestran los dientes y luego te apuñalan por la espalda. Eso no es justo, no es humano. La crítica es un componente fundamental, y si su crítica no es justa, estás listo para recibir la respuesta y tener un diálogo, una discusión, y llegar al punto justo. Esta es la dinámica de la verdadera crítica. En cambio, la crítica de las "píldoras de arsénico" de las que hablábamos, de aquel artículo que le di al Padre Rueda, es un poco tirar la piedra y esconder la mano. Esto no ayuda, no ayuda. Ayuda a los pequeños grupitos cerrados, que no quieren escuchar la respuesta a las críticas. Una crítica que no quiere oír una respuesta es tirar la piedra y esconder la mano. En cambio, una crítica leal: "Pienso esto, esto, esto y esto", y está abierta a la respuesta, esta construye, ayuda. En cuanto al Papa: "No me gusta esto del Papa", hago la crítica, espero la respuesta, me dirijo a él, hablo, hago un artículo y le pido que responda, esto es leal, esto es amar a la Iglesia. Hacer una crítica sin querer escuchar la respuesta y sin dialogar no es amar a la Iglesia, es ir detrás de una idea fija:

cambiar al Papa, o hacer un cisma, no sé. Esto está claro: la crítica leal siempre es bien aceptada, al menos por mí.

Segundo, el problema del cisma: en la Iglesia ha habido muchos cismas. Después del *Vaticano I*, en la última votación, la de la infalibilidad, un buen grupo abandonó la Iglesia y fundó los antiguos católicos para ser realmente "honestos" con la tradición de la Iglesia. Entonces ellos mismos tomaron un desarrollo diferente y ahora hacen las ordenaciones de mujeres; pero en ese momento eran rígidos, fueron tras una cierta ortodoxia y pensaron que el Concilio estaba equivocado. Otro grupo se fue sin votar, se calló, pero no quiso votar. El *Vaticano II* hizo estas cosas, quizás el distanciamiento más conocido es el de Lefebvre. La opción cismática siempre existe en la Iglesia, siempre. Es una de las opciones que el Señor deja siempre a la libertad humana. No le temo a los cismas, rezo para que no haya ninguno, porque está en juego la salud espiritual de mucha gente. Que haya diálogo, que haya corrección si hay algún error, pero el camino del cisma no es cristiano. Pensemos en el comienzo de la Iglesia, como empezó con tantos cismas, uno tras otro, basta con leer la historia de la Iglesia: arrianos, gnósticos, monofisitas...

Ahora voy a contar una anécdota que he contado varias veces. Fue el pueblo de Dios quien salvaba de los cismas. Los cismáticos tienen siempre una cosa en común: se separan del pueblo, de la fe del pueblo de Dios. Y cuando en el Concilio de Éfeso hubo una discusión sobre la maternidad divina de María, el pueblo -esto es histórico- esperaba en la entrada de la catedral cuando los obispos entraron para hacer el concilio, estaban allí con palos, mostraron los palos y gritaron: "¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios!", como diciendo: si no hacéis esto, os espera... El pueblo de Dios siempre arregla las cosas y ayuda. Un cisma es siempre un desapego elitista provocado por una ideología desprendida de la doctrina. Es una ideología, quizás justa, pero que entra en la doctrina y la separa y se convierte en "doctrina" durante cierto tiempo. Por eso rezo para que no haya cismas, pero no tengo miedo.

[El periodista retoma la pregunta]

¿Qué podemos hacer para ayudar? Lo que estoy diciendo ahora: no tener miedo; yo respondo a las críticas, hago todo esto. Tal vez si alguien piensa en algo que tengo que hacer, lo haré, para ayudar... Pero este es uno de los resultados del *Vaticano II*, no de este Papa o del otro Papa. Por ejemplo, las cosas sociales que digo, son las mismas que dijo *Juan Pablo II*, las mismas. Lo copio. Pero dicen: "El

Papa es demasiado comunista". Las ideologías entran en la doctrina, y cuando la doctrina patina en las ideologías, existe la posibilidad de un cisma. Y también está la ideología conductista, que es la primacía de la moralidad aséptica sobre la moralidad del pueblo de Dios. Los pastores deben guiar al rebaño entre la gracia y el pecado, porque ésta es la moralidad evangélica. En cambio, una moral de ideología pelagiana, por así decirlo, lleva a la rigidez, y hoy tenemos muchas escuelas de rigidez dentro de la Iglesia, que no son cismas sino caminos cristianos pseudo-cismáticos, que terminarán mal. Cuando vemos cristianos, obispos, sacerdotes rígidos, detrás de esa actitud yacen problemas, no hay santidad del Evangelio. Por eso tenemos que ser mansos con las personas que están tentadas a hacer estos ataques, están pasando por un problema, tenemos que acompañarlos con mansedumbre. Gracias.

MATTEO BRUNI

La última pregunta es de Aura Miguel, de Radio Renascença.

PAPA FRANCISCO:

¿Cómo he hablado el portugués?

AURA VISTAS MIGUEL (Radio Renascença, Portugal)

Muy bien, todo el mundo lo entendió, se entendió muy bien. Voy a volver a Mozambique sólo para preguntar una cosa. Sabemos que no le gusta visitar países durante la campaña electoral, y sin embargo lo hizo en Mozambique, un mes antes de las elecciones, siendo justamente el presidente quien lo invitó, uno de los candidatos. ¿Por qué?

PAPA FRANCISCO

Sí. No ha sido un error. Fue una elección libre, porque la campaña electoral comenzaba estos días y quedaba en segundo lugar tras el proceso de paz. Lo importante era hacer una visita para ayudar a consolidar el proceso de paz. Y esto era más importante que una campaña que aún no había comenzado, que comenzó en los días siguientes al final de mi visita. Y ahí, en el límite, buscando el equilibrio entre

los dos, [evaluamos]: sí, es importante consolidar. Y luego pude saludar a los adversarios políticos, transmitirles la idea y subrayar que eso era lo importante, y no "animar" a este Presidente que no conozco, que no sé cómo piensa, ni siquiera cómo piensan los demás. Para mí era más importante subrayar la unidad del país. Pero lo que usted dice es cierto: tenemos que mantenernos alejados de las campañas electorales, eso es cierto. Gracias.

Muchas gracias por vuestro trabajo. Os estoy agradecido por todo lo que hacéis. Y rezad por mí; yo lo hago por vosotros. ¡Que aproveche el almuerzo!

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.